



Universidad de Valparaíso

Facultad de Derecho y Cs. Sociales

Escuela de Derecho

“Estrategias Partidistas en las elecciones presidenciales. Las Alianzas políticas. (Período 1958 a 1970).”

Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en Ciencias Jurídicas

Jaime Andrés Díaz Astorga

2006

Índice

Introducción		2
Capítulo 1. Visión histórica de la época.		6
1.1	Visión del mundo en la segunda mitad del siglo XX.	9
1.2	Evolución de Chile en la segunda mitad del siglo XX.	25
Capítulo 2. Los Partidos Políticos chilenos y su evolución.		39
2.1	Los Partidos Políticos y su importancia en la marcha de un país.	39
2.2	Los Partidos Políticos Parlamentarios.	42
2.2.1	El Partido Conservador.	44
2.2.2	El Partido Liberal.	51
2.2.3	El Partido Radical.	56
2.2.4	El Partido Demócrata.	62
2.2.5	El Partido Nacional Montt-Varista.	66
2.3	Los Partidos Políticos Extraparlamentarios.	69
2.3.1	El Partido Socialista.	70
2.3.2	El Partido Comunista.	80
2.3.3	EL Partido Demócrata Cristiano.	89
2.4	Visión sintética de las alianzas políticas entre los años 1861 y 1958.	94
Capítulo 3. Las Alianzas Políticas.		125
3.1	Las Alianzas Políticas y sus objetivos.	126
3.1.1	El Frente Popular.	128
3.1.2	Alianza Democrática de Chile.	130
3.1.3	Alianza Popular Libertadora.	130
3.1.4	Coalición.	131
3.1.5	Frente de Acción Popular.	132
3.2	Elección Presidencial de 1958.	133
3.3	Elección Presidencial de 1964.	151
3.4	Elección Presidencial de 1970.	168
Conclusiones		187
Bibliografía		191

Introducción

Durante más de cien años de vida independiente nuestra República ha sido testigo de los más diversos ensayos políticos en su desarrollo institucional. No hay que olvidar, que nuestro país dentro del concierto Latinoamericano ha dado serias muestras de ser un Estado gestor y defensor de la democracia.

Por lo mismo, resulta interesante observar cuales han sido las variantes que han llevado a los partidos políticos a reunirse en torno a un candidato común y conformar alianzas para llegar al poder. De ahí que este trabajo tiene por objeto identificar, comentar y analizar las diversas alianzas políticas que se forjaron en torno a las elecciones presidenciales de 1958-1964 y 1970.

Se puede advertir que durante los primeros años de emancipación (1810-1830), existe una ausencia de partidos políticos, por carecer de una precisión doctrinaria y una organización estable. No obstante lo anterior, ya desde principios del siglo XIX, se vislumbraba una serie de tendencias o corrientes de opiniones políticas, las que surgieron en torno a nuestro Primer Congreso Nacional en 1811. En él se destacaban con precisión tres grupos políticos o bandos; los moderados -equidistantes del régimen colonial como del nuevo estado de cosas-, los realistas -incondicionales de la Corona Española- y los exaltados -quienes querían la independencia del país-.

Con todo, luego de la abdicación de O'Higgins y hasta la Batalla de Lircay, la opinión pública se estructura en dos grandes grupos, que pasaron a constituirse en el germen de desarrollo de futuras fuerzas políticas, hablamos de los pelucones y de los pipiolos. Los primeros asociados a la aristocracia terrateniente, la tradición colonial, la fe religiosa y el acendrado respeto a la autoridad. Los segundos pertenecientes a un estrato social inferior a los pelucones, pero más doctos y con un espíritu reformista. A pesar de la existencia de estas dos corrientes, de carácter aislado y sin un contenido ideológico, el periodo sigue caracterizándose por la ausencia de un modelo propio de gobierno. Siguiendo al profesor Germán Urzúa¹, podríamos decir que hasta la Batalla de Lircay, no es posible hablar propiamente de partidos estructurados conforme a las actuales orientaciones. Son sólo bandos, de psicología embrionaria, confusos y cambiantes.

¹ Germán Urzúa, "Los Partidos Políticos Chilenos". Pág. 28.

Si bien la Batalla de Lircay trajo repercusiones negativas, también fue el punto de inicio de uno de los partidos con mayor tradición en nuestra historia política. Se trata del Partido Conservador, quien agrupó a los vencedores de Lircay, antiguos pelucones, estanqueros y pipiolos moderados que se unen bajo la fuerza personal de Portales y que más tarde, en 1857, experimentaría su más importante división producto de la llamada cuestión religiosa, en virtud del cual se dio origen al Partido Monttvarista. Otro movimiento de importancia que surge a mediados del Siglo XIX es el liberalismo, que con don José Victorino Lastarria, comienza adquirir vigencia en el ideario político nacional.

Junto con el término del decenio del Presidente Montt se pone término a una etapa de absoluta preponderancia del primer mandatario, hasta este momento los partidos y grupos políticos no han jugado el rol que les corresponde de acuerdo a la teoría política, es más, la voluntad presidencial es omnímoda y existe una verdadera prescindencia de su colaboración. Asimismo se da inicio a nueva era dentro del régimen de gobierno. Con don José Joaquín Pérez surge el “Gobierno Presidencial de Partido” (1861-1891). Asociado a este fenómeno, también adquiere relevancia el concepto de alianzas políticas. En efecto, durante una primera etapa el gobierno de partido está moderado por el Presidente. Es él quien decide qué partido o combinación de partidos lo van a acompañar durante su periodo presidencial. La figura del candidato prima por sobre las posiciones ideológicas y las estructuras partidistas.

La distribución de las alianzas políticas en este periodo se da de la siguiente manera. Comienza el régimen de partido con los nacionales, desde 1857 hasta 1862; luego sigue con la fusión liberal-conservadora, durante la década 1862-73 y, finalmente, reemplaza a esta última por la Alianza Liberal, constituida por sucesivas combinaciones de liberales y radicales, en los diecisiete años que transcurren desde 1873 hasta 1891.

Consecuencia inmediata de la revolución de 1891 en el plano institucional fue el triunfo de la interpretación parlamentaria de la Constitución de 1833. De ahora en adelante los ministros de Estado debían contar con la aquiescencia de los partidos políticos que tenían mayor representación en el Parlamento. Se establece pues el principio de que los ministros no pueden mantenerse en sus cargos una vez promovida una censura en su contra.

Desde 1891 hasta 1924 tenemos un Gobierno de Partido manejado principalmente por las cúpulas partidistas, quienes determinan y juzgan el destino de los ministerios,

poniendo en jaque el acento doctrinario subyacente en cada Gobierno. De este modo se configura con todas sus características el régimen parlamentario, en un gobierno de partido bajo formas parlamentarias.

Tras el desastre de 1891 el Partido Conservador resultó notablemente favorecido, en especial, por la supresión de la intervención electoral que se había vivido en periodos anteriores. A partir de esta fecha este conglomerado pasó a ser el primero del país. Casi la misma fuerza adquiere el Partido Liberal, dividido en varias facciones. Luego está el Partido Radical, que es muy reducido todavía, pero que adquiriría importancia en un futuro próximo. Y también encontramos al Partido Demócrata o Democrático, surgido desde poco antes de la revolución, y que busca su fuerza en obreros y artesanos.

Durante este período podemos visualizar dos importantes alianzas o combinaciones políticas, las cuales se organizan en torno a los conservadores o los radicales. Por una parte, si en ella entra el Partido Conservador se llama la Coalición. Es una coalición conformada entre conservadores y liberales, que hace mayoría y decide la suerte del gabinete más interesante para sus aspiraciones políticas. Por otra parte, encontramos a la Alianza Liberal, conformada por liberales y radicales. Las diversas facciones del Partido Liberal hacen que la balanza se incline hacia al lado de la coalición o de la alianza. Durante esta época no hay una exclusividad en el Gobierno, las alianzas políticas no logran adquirir una supremacía absoluta. De ahí, que en la Moneda transitan tanto radicales como conservadores, en tanto que los liberales se mantienen en general en el gabinete.

Con la llegada de la Constitución de 1925 perdió estabilidad el Régimen de Gobierno, principalmente, porque a la inversa de lo que sucedió con la Constitución de 1833, en esta ocasión primero se dictó la Carta Fundamental y luego se estableció el Gobierno. En efecto, después de su promulgación, en los ocho años que corren desde 1925 hasta 1933, hubo cuatro intentos sucesivos de dar forma al régimen de gobierno. En estas cuatro intentos los partidos políticos jugaron un rol fundamental, logrando acuerdos en torno al candidato presidencial y a su participación en el gobierno, cosa que no ocurrió en el caso del General Ibáñez donde predominó la figura autoritaria de éste por sobre los partidos políticos.

Desde 1933 hasta 1952 transcurren veinte años, en los cuales los partidos políticos de tipo parlamentario recobran el protagonismo perdido dando vida a los gobiernos que se

sucedan. En 1952 llega a la Presidencia nuevamente don Carlos Ibáñez con un mensaje antipartidista que coloca en crisis y franca decadencia a los partidos de corte parlamentario.

Ahora bien, desde 1932 y hasta el año 1973 donde se produce el quiebre institucional de nuestro país, las Alianzas Políticas adquieren su mayor plenitud. Vemos que estas nuevas agrupaciones distan bastante de las alianzas existentes en el siglo XIX. En efecto, el partido conservador y el liberal, ambos poseedores de una larga tradición histórica, eran partidos con un claro sentido nacional, que no tenían la voluntad de trascender nuestras fronteras ni de abrazar doctrinas extranjeras. Por el contrario las nuevas Alianzas políticas que surgen a principios y mediados del siglo XX, tienen otros integrantes (socialistas, comunistas y demócratas cristianos), los cuales traen consigo otra visión del mundo, ya no solo examinan la realidad nacional, sino que también miran hacia fuera, siguen el ejemplo de sus camaradas en otras partes del mundo. Así por ejemplo, la D.C mira con buenos ojos la trascendencia del Partido Demócrata Cristiano en Italia, y socialistas y comunistas estrechan lazos con sus pares de la Unión Soviética y Francia.

Otro elemento que jugó un rol esencial en la evolución electoral de nuestro país fue la modificación de la ley electoral. La obtención del derecho a sufragio por parte de la mujer hizo que los partidos políticos fijaran sus mayores esfuerzos en captar el voto de estos nuevos electores. No hay que olvidar que el voto femenino fue determinante en el triunfo de las candidaturas de centro derecha durante la segunda mitad del siglo anterior.

También vemos que estas nuevas alianzas se diferencian de las del siglo XIX, por la mayor participación que tienen sus bases electorales. En el periodo que les antecede advertimos una casi nula intervención de éstas en la conformación de las alianzas. Fueron los principales dirigentes de los partidos políticos los llamados a celebrar los acuerdos partidistas. Cosa diferente ocurre con las nuevas alianzas, donde era necesario consultar a las bases para tomar este tipo de decisiones tan trascendentes.

Diversos son los conglomerados que se unen para enfrentar las distintas elecciones durante el siglo XX, destacándose en este periodo: el Frente Democrático, el Frente Popular, el Frente de Acción Popular y la Unidad Popular. Los partidos políticos se dan cuenta de la necesidad de sumar fuerzas para llegar al poder. Las motivaciones por las cuales se unen los partidos políticos son diversas, y pueden ir desde la imposibilidad de constituirse en una fuerza mayoritaria que les permita acceder por sí mismos a la presidencia, por coincidencias de tipo doctrinarias, por desahucio de una anterior coalición,

por no querer quedar sin representación gubernamental o simplemente para no dejar de existir. Todo ello sumado a la ambición que tiene todo partido político por ver concretado en el Gobierno su programa político.

A continuación se plantea el contenido de este trabajo comenzando por una síntesis de los principales acontecimientos vividos durante la segunda mitad del siglo XX, y una revisión de la evolución histórica y social de nuestro país en igual periodo. Luego se trata el tema de los principales partidos políticos chilenos y sus alianzas. Para terminar con el objetivo principal de este trabajo, cual es, el análisis de las Alianzas Políticas que surgieron en torno a las elecciones presidenciales de 1958-1964 y 1970.

Capítulo 1. Visión histórica de la época

El siglo XX es una época marcada por el florecimiento y consolidación de pensamientos e ideales acerca del hombre y de la organización que debía adoptar la sociedad para dotar a los pueblos de seguridad política, de mejoramientos económicos y de progreso cultural. Estas concepciones marcaron una centuria de crisis política eminentemente entre quienes eran partidarios de un conservadurismo anglosajón, cuyo origen radica en el tradicionalismo político francés y en el pensamiento conservador germano, y quienes proclamaban un liberalismo revolucionario, racionalista y antitradicional, anticristiano o secularizado. Estos conceptos tienen su origen a mediados del siglo XVIII, sin embargo, durante lo que resta de este siglo y posteriores, tendrán interpretaciones propias de teóricos y estudiosos, los cuales marcarán claras tendencias políticas mediante la creación de partidos, movimientos y colectivos de personas con conciencia social e intereses de reformar y transformar el mundo que vivían

El pueblo va a adquiriendo mayor conciencia acerca de sus propias necesidades y de la manera en que éstas deben ser satisfechas, visión que corresponde a una adecuada asignación de recursos por parte del Estado. El liberalismo al afirmar que la regulación del desarrollo socioeconómico era asunto de libre competencia y que la “mano invisible del estado” aseguraría el equilibrio entre demanda y oferta, le da al desarrollo de las naciones un sello eminentemente materialista.

Las objeciones al liberalismo clásico, tanto por parte de quienes mantienen el ideario de libertad como supremo valor como por los que ofrecen otro tipo de soluciones, se

manifestarán cada vez más como corrientes positivistas, que procurarán respuestas concretas y prácticas a las demandas sociales y que en muchos casos adoptarán posturas militantemente laicas, cuando no definitivamente ateas.

Entre los intelectuales europeos, la escuela liberal histórica pierde preeminencia y corrientes contrarias niegan que las instituciones liberales sean necesarias y que constituyan respuestas naturales de la evolución de las naciones, por lo que se transparentan doctrinas contrarias al pensamiento liberal y, entre ellas, las teorías de Marx.

Para Marx, las leyes de ordenamiento social sacralizadas por los autores clásicos no eran sino puntuales de un modelo abusivo, que criticó vehementemente el modelo capitalista. Aunque el capitalismo consigue aumentar la producción aceleradamente, trae consigo consecuencias insuperables para ciertos países, como la esclavitud de los trabajadores, la apropiación de los medios de producción, que concentra la plusvalía en pocas manos, desequilibrios en la producción y sobretodo la miseria del proletariado.

Luego de la aparición de este pensamiento crítico, los clásicos se sintieron obligados a una respuesta, ofreciendo una restauración de mayor elevación y abstracción. En este esfuerzo, se imaginó al ser humano ante la competencia y luego enfrentado al monopolio. Los marginalistas vieneses sostenían que el valor de los bienes estaba sometido a la valoración marginal, que los bienes indirectos obtenían su valor de los bienes directos, que los ingresos eran los precios de los factores de producción y que, por lo tanto, estaban sometidos a las leyes ordinarias del mercado. También se afirmó que en una perfecta relación de oferta y demanda los precios estarían dependiendo de la intensidad de la última necesidad satisfecha, que las fluctuaciones del mercado llevarían a igualar los bienes ofrecidos con los demandados y que el sistema produciría una relación de igualdad entre los precios de los productos y los ingresos de los factores de la producción. A pesar, de estas respuestas, los problemas sociales persistieron, dando lugar a una agudización de contradicciones.

Al comenzar el siglo XX, los economistas seguían preocupados fundamentalmente de la redistribución de los ingresos. La discusión entre los defensores del liberalismo, los revolucionarios socialistas y quienes procuraban posiciones eclécticas, tendía a centrarse en la cuestión de la repartición de los frutos de los sistemas económicos.

En relación con los problemas de la organización social, la convicción de estos reformistas liberales era que la respuesta social a la organización económica era neutra. Sin duda parecían aprobar todo régimen fundado, como el de la época, en el principio “laissez faire”. Uno de estos teóricos, John Bates Clark, sostenía que “*la repartición del producto social esta determinada por una ley natural...y si esa ley funcionara sin elementos perturbadores, aseguraría a cada agente de la producción la cantidad de riqueza que éste crea*”².

Poco a poco habían aparecido una serie de dificultades, en presencia de las cuales no se podía ya permanecer indiferente: subconsumo en ciertos países amenazados por la competencia de naciones mejor equipadas de instrumentos de producción o con salarios más bajos, miseria obrera, marginalidad extrema, etc. En oposición al liberalismo teórico, Estados Unidos había sostenido, solamente con un criterio de orden práctico, una política aduanera de control del comercio exterior. El proteccionismo a su propia capacidad productiva se acentuó hacia 1890 y los países de Europa comenzaron a imitar estas medidas con idéntico propósito. En los años siguientes, las naciones europeas comenzarán también a proteger a sus trabajadores.

Es en estas circunstancias, cuando hacen aparición los primeros estatutos que conceden un rango privilegiado a la obligatoriedad y a los niveles mínimos salariales. También obtienen los primeros reconocimientos jurídicos los movimientos mutualistas, las cooperativas y los sindicatos. Además, aparece un creciente interés por los accidentes del trabajo y las enfermedades profesionales, traduciéndose en rudimentos de una estructura de seguridad social, que paulatinamente se irá situando en el seno de instituciones públicas.

Es así que la lucha doctrinaria entre diversos teóricos y adherentes a estas ideologías constituye una cultura política que selló esta época, marcada por guerras, golpes de estado, y constantes explotaciones por sobre el trabajador y la clase proletaria.

La tendencia del siglo, sin embargo es a una participación democrática y a una ampliación a márgenes no conocidos históricamente de los atributos de la persona. Esta cuestión será abordada por las principales instituciones que orientan la evolución de las humanidad y en particular por la Iglesia Católica Romana y por las sucesivas asociaciones de países, hasta la formación de las naciones Unidas.

² Arriagada A., Bravo G. y Norambuena C. (1988) Historia de Chile III, *Enciclopedia Temática de Chile*, Tomo 19, 7.

1.1 Visión del mundo en la segunda mitad del siglo XX

Los cuarenta y cinco años transcurridos entre la explosión de las bombas atómicas y el fin de la Unión Soviética no constituyen un período de la historia universal homogéneo y único. Sin embargo, la historia del período en su conjunto siguió un patrón único marcado por la peculiar situación internacional que lo dominó hasta la caída de la URSS: el enfrentamiento constante de las dos superpotencias surgidas de la segunda guerra mundial, la denominada “guerra fría”.

Puede afirmarse que la Guerra Fría se originó en la secuela inmediata de la Conferencia de Yalta, para ser exactos en marzo de 1945. Por supuesto, en cierto sentido Rusia Soviética había librado la Guerra Fría desde octubre de 1917: era un aspecto intrínseco del determinismo histórico del leninismo. La alianza pragmática concertada a partir de junio de 1941 fue una mera interrupción. Era inevitable que Stalin recomenzara más tarde o más temprano sus prácticas depredatorias hostiles. Tenía excesiva prudencia para imitar el ejemplo de Hitler, que era crear sistemáticamente oportunidades de saqueo. Su táctica razonable hubiera sido esperar hasta que los norteamericanos hubiesen desaparecido del lado opuesto del atlántico. Pero al ver que la fruta polaca estaba madura, no pudo resistir el deseo de arrancarla. Del lado de Roosevelt, el almirante Leahy, el miembro firme de la delegación norteamericana, se había quejado, incluso en Yalta, de que el acuerdo acerca de Polonia era “tan elástico que los rusos pueden estirarlo desde Yalta hasta Washington sin que pueda afirmarse que técnicamente están infringiéndolo”³. Pero cuando la comisión creada por Yalta para cumplir la promesa de elecciones libres se reunió el 23 de febrero, se advirtió claramente que Stalin tenía el propósito de ignorar sus compromisos. El momento crítico fue el 23 de marzo, cuando Molotov anunció que las elecciones se celebrarían atendiéndose al estilo soviético. En el momento que Roosevelt recibió la reseña de Harriman acerca de esta reunión, dos días después, descargó el puño sobre la silla de ruedas: “Averell está en lo cierto. No podemos tratar con Stalin. Ha roto todas y cada una de las promesas que formuló en Yalta.”⁴

La segunda guerra mundial apenas había acabado cuando la humanidad se precipitó en lo que sería razonable considerar una tercera guerra mundial, aunque muy singular; y es

³ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 442.

⁴ Ídem Anterior.

que, tal como dijo el gran filósofo Thomas Hobbes⁵, “La guerra no consiste sólo en batallas, o en la acción de luchar, sino que es un lapso de tiempo durante el cual la voluntad de entrar en combate es suficientemente conocida”. La guerra fría entre los dos bandos de los Estados Unidos y la URSS, con sus respectivos aliados, que dominó por completo el escenario internacional de la segunda mitad del siglo XX, fue sin lugar a dudas un lapso de tiempo así. Generaciones enteras crecieron bajo la amenaza de un conflicto nuclear global que, tal como creían muchos, podía estallar en cualquier momento y arrasarse a la humanidad.

Los gobiernos de ambas superpotencias aceptaron el reparto global de fuerzas establecido al final de la segunda guerra mundial, lo que suponía un equilibrio de poderes muy desigual pero indiscutido. La URSS dominaba o ejercía una influencia preponderante en una parte del globo: la zona ocupada por el ejército rojo y otras fuerzas armadas comunistas al final de la guerra, sin intentar extender más allá su esfera de influencia por la fuerza de las armas. Los Estados Unidos controlaban y dominaban el resto del mundo capitalista, además del hemisferio occidental y los océanos, asumiendo los restos de la vieja hegemonía imperial de las antiguas potencias coloniales. En contrapartida, no intervenían en la zona aceptada como de hegemonía soviética. En Europa las líneas de demarcación se habían trazado en 1943-1945, tanto por los acuerdos alcanzados en las cumbres en que participaron Roosevelt, Churchill y Stalin, como en virtud del hecho de que sólo el ejército rojo era realmente capaz de derrotar a Alemania. La situación fuera de Europa no estaba tan clara, salvo en el caso de Japón, en donde los Estados Unidos establecieron una ocupación totalmente unilateral que excluyó no sólo a la URSS, sino también a los demás aliados. El problema era que ya se preveía el fin de los antiguos imperios coloniales, cosa que en 1945, en Asia, ya resultaba inminente, aunque la orientación futura de los nuevos estados poscoloniales no estaba nada clara. Esta fue la zona en que las dos superpotencias siguieron compitiendo en busca de apoyo e influencia durante toda la guerra fría y, por lo tanto, fue la de mayor fricción entre ambas, donde más probables resultaban los conflictos armados, que acabaron por estallar. Hasta mediados de los setenta ambas superpotencias habían aceptado el reparto desigual del mundo, habían hecho los máximos esfuerzos por resolver las disputas sobre sus zonas de influencia sin llegar a un choque abierto de sus fuerzas armadas que pudiese llevarlas a la guerra. De hecho, a la hora de la verdad, la una confiaba en la moderación de la otra, incluso en las ocasiones en que estuvieron oficialmente a punto de entrar, o entraron, en guerra. Así, durante la guerra de Corea de 1950-1953, en la que participaron oficialmente los norteamericanos, pero no los rusos, Washington sabía

⁵ Thomas Hobbes, “Leviatán”.

perfectamente que unos 150 aviones chinos eran en realidad aviones soviéticos pilotados por aviadores soviéticos.

Stalin continuó comprometiendo cada vez más en la Guerra Fría a los norteamericanos. En marzo de 1946 no se atuvo al plazo otorgado para el retiro de sus tropas de Irán, y en definitiva dio ese paso sólo después de un irritado enfrentamiento en el nuevo Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En agosto, los yugoslavos derribaron dos aviones norteamericanos de transporte, y el mismo mes Stalin comenzó a presionar sobre Turquía. Los norteamericanos respondieron en consecuencia. Se organizó el prototipo de la CIA, Estados Unidos y Canadá crearon un sistema de defensa conjunta aéreo y antisubmarino. Las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas comenzaron a intercambiar planes de guerra; sus organismos de inteligencia reanudaron el contacto. Por su parte, Truman, inició una depuración de su gobierno para eliminar a los elementos prosoviéticos. El presidente anunció la “Doctrina Truman” el 12 de Marzo de 1947. “Creo que debe ser la política de Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que están oponiéndose al intento de sometimiento de minorías armadas o a la presión externa.....debemos ayudar a los pueblos libres a resolver a su propio modo su propio destino.”⁶ La ayuda debía ser “esencialmente” económica. Solicitó dinero para Grecia y Turquía, además de expertos civiles y militares, como comienzo, y consiguió todo esto con mayorías de dos a uno en ambas cámaras. Dos meses más tarde, el 5 de Junio, el secretario de Estado reveló el Plan Marshall en el Harvard Commencement.

El programa comenzó en Julio de 1948, continuó durante tres años y en definitiva costó 10.200 millones de dólares al gobierno norteamericano. Fue un paso sumamente sensato, porque los excedentes de la exportación norteamericana representaban, en el segundo trimestre de 1947, un índice anual de 12.500 millones de dólares. La ayuda Marshall recicló parte del excedente, puso los cimientos de una Europa Occidental y Meridional apoyada en sus propias fuerzas. Hacia 1950 era sin duda un éxito abrumador. Inició el proceso de eliminar la distancia entre los niveles de vida de Estados Unidos y Europa, y en ese proceso originó una diferencia igualmente con carácter de cataclismo entre Europa Occidental y Oriental: La Cortina de Hierro se convirtió en la frontera entre la abundancia y la escasez.

⁶ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 446.

El 24 de Junio de 1948 Stalin bloqueó el acceso a las zonas occidentales de Berlín, y cortó la electricidad. Como no atinaban a convenir una fórmula de paz para una sola Alemania, en 1946 los bloques rivales habían comenzado a crear dos Alemanias. El 18 de Junio de 1948, los tres aliados occidentales anunciaron la emisión de una nueva moneda alemana para su zona. El bloqueo de Berlín fue un acontecimiento decisivo, porque obligó a los aliados occidentales a aclarar sus ideas y a adoptar decisiones de largo plazo. Los llevó a racionalizar el hecho consumado de una Alemania dividida, y a abordar la creación de un Estado alemán occidental. La constitución de ese Estado fue redactada hacia febrero de 1949; se la adoptó en mayo y entró en vigencia durante el otoño. Esta Alemania tendría que ser rearmada, y eso implicaba incluirla en una estructura formal de la defensa occidental. De modo que el 4 de abril de 1949, once potencias democráticas firmaron en Washington el Tratado del Atlántico Norte. La premisa de la política norteamericana era que había sólo cinco regiones en la tierra que eran las fuentes de la fuerza militar moderna: Estados Unidos, el Reino Unido, la región industrial del Rin y el Ruhr, Japón y la Unión Soviética. El propósito de la política norteamericana debía consistir en asegurar que los líderes soviéticos se limitasen al área que ya ocupaban. Por otra parte, desde el punto de vista de Moscú, la única estrategia racional para defender y explotar su nueva posición de gran, aunque frágil, potencia internacional, era exactamente la misma: la intransigencia. No cabía negociar las posiciones que le habían ofrecido Roosevelt y Churchill cuando la intervención soviética era esencial para derrotar a Hitler y todavía se creía que sería esencial para derrotar a Japón. La URSS podía estar dispuesta a retirarse de las zonas en donde no estaba amparada por los acuerdos de las cumbres de 1943-1945, y sobre todo de Yalta- por ejemplo, la frontera entre Irán y Turquía en 1945-1946, pero todo intento de revisión de Yalta sólo podía acogerse con una rotunda negativa, y, de hecho, el “no” del ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, Molotov, en todas las reuniones posteriores a Yalta se hizo famoso.

Aunque el aspecto más visible de la guerra fría fuera el enfrentamiento militar y la carrera de armamento atómico cada vez más frenética en Occidente, ese no fue su impacto principal. Las armas atómicas no se usaron, pese a que las potencias nucleares participaran en tres grandes guerras (aunque sin llegar a enfrentarse). Sobresaltados por la victoria comunista en China, los Estados Unidos y sus aliados (bajo el disfraz de las Naciones Unidas) intervinieron en Corea en 1950 para impedir que el régimen comunista del norte de ese país dividido se extendiera hacia el sur. El resultado fue de tablas. Volvieron a hacer lo mismo en Vietman, y perdieron. La URSS se retiró en 1988 después de haber prestado asistencia militar al gobierno amigo de Afganistán contra las guerrillas apoyadas por los

Estados Unidos y pertrechadas por Pakistán. En resumen, los costosos equipamientos militares propios de la rivalidad entre superpotencias demostraron ser ineficaces. La amenaza de guerra constante generó movimientos pacifistas internacionales, dirigidos fundamentalmente contra las armas nucleares, que ocasionalmente se convirtieron en movimientos de masas en parte de Europa, y que los apóstoles de la guerra fría consideraban como armas secretas de los comunistas.

Los Estados Unidos no estaban en situación de imponer a los estados europeos su ideal de un plan europeo único, que condujera, a ser posible, hacia una Europa unida según el modelo estadounidense en su estructura política, así como en una floreciente economía de libre empresa. Ni a los británicos, que todavía se consideraban una potencia mundial, ni a los franceses, que soñaban con una Francia fuerte y una Alemania dividida, les gustaba. No obstante, para los norteamericanos, una Europa reconstruida eficazmente y parte de la alianza antisoviética que era el lógico complemento del plan Marshall- la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) de 1949- tenía que basarse, siendo realistas, en la fortaleza económica alemana ratificada por el rearme de Alemania. Lo mejor que los franceses podían hacer era vincular los asuntos de Alemania Occidental y de Francia tan estrechamente que resultara imposible un conflicto entre estos dos antiguos adversarios. Así pues, los franceses propusieron su propia versión de una unión europea, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951), que luego se transformó en la Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo (1957), más adelante simplemente en la Comunidad Europea y, a partir de 1993, en la Unión Europea.

Los efectos de la guerra fría sobre la política internacional europea fueron más notables que sobre la política interna continental: la guerra fría creó la Comunidad Europea con todos sus problemas; una forma de organización política sin ningún precedente, a saber, un organismo permanente (o por lo menos de larga duración) para integrar las economías y, en cierta medida, los sistemas legales de una serie de estados-nación independientes. Formada al principio (1957) por seis estados (Francia, República Federal de Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo), a finales del siglo XX corto, cuando el sistema empezó a tambalearse al igual que todos los productos de la guerra fría, se le habían unido seis más (Gran Bretaña, Irlanda, España, Portugal, Dinamarca, Grecia), y se había comprometido en principio a alcanzar un mayor grado de integración tanto política como económica, que llevara a una unión política permanente, federal o confederal, de Europa.

La guerra de Corea constituyó una característica tragedia del siglo XX. No puede decirse que Stalin precisamente planeó la guerra. Al parecer, en la primavera de 1950 convino en que Kim Il Sung, el dictador comunista de Corea del Norte, podía desencadenar un ataque limitado a lo largo del paralelo 38, durante el mes de Noviembre. Pero Kim no era un hombre controlable. En su propio periódico afirmó que él era “el jefe respetado y bienamado”, “un gran pensador y teórico”, responsable de la “idea orientadora de la revolución de nuestra época”.⁷ Convirtió la astuta maniobra exploratoria de Stalin en un ataque de todo su ejército, y comenzó a operar el 25 de Junio, con éxito suficiente para sembrar el pánico entre los norteamericanos.

La guerra de Corea fue desencadenada por razones ideológicas, sin un ápice de justificación moral o prueba de apoyo popular. Determinó la muerte de 34.000 norteamericanos, un millón de coreanos, un cuarto de millón de chinos. No alcanzó ningún objetivo. Todas sus consecuencias fueron involuntarias; su desarrollo fue una sucesión de errores garrafales. Kim y Stalin subestimaron la reacción de Estados Unidos. Truman creyó que la invasión era el preludio de un ataque a Japón, y un desafío directo a la voluntad de Estados Unidos de sostener el derecho internacional a través de las Naciones Unidas. Hasta ese momento, dicho organismo estaba destinado a reflejar el acuerdo de las grandes potencias, y su Consejo de Seguridad, con el sistema de veto, destacaba ese principio. Truman no necesitaba invocar a las Naciones Unidas. El acuerdo de Postdam otorgaba a Estados Unidos atribuciones suficientes para actuar por sí solo. Pero Truman deseaba obtener el respaldo de la autoridad moral de las Naciones Unidas. De modo que esquivó al Consejo de Seguridad y obtuvo la autorización de la Asamblea General de las Naciones Unidas, dominada entonces por Estados Unidos, sobre la base de un mero recuento de votos. Así, la primera consecuencia general de Corea fue debilitar el concepto de las Naciones Unidas como un organismo útil, pero limitado, e iniciar en esa entidad un curso que la transformó en instrumento de propaganda ideológica. Por supuesto, la razón por la cual Truman deseaba el respaldo de las Naciones Unidas era que él estaba llevando a Estados Unidos a la guerra sin la aprobación previa del Congreso. Esta fue la segunda consecuencia involuntaria: la elevación de la presidencia a la condición de un ejecutivo supraconstitucional que hacía la guerra, especialmente en un contexto del Lejano Oriente. Una tercera consecuencia fue, ciertamente, impedir con una espada la reaproximación entre Estados Unidos y China, el objetivo que Stalin había perseguido, pero de un modo que no podía haber previsto.

⁷ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 456.

Stalin supuso que esa guerra por interposición país acentuaría la dependencia militar de China respecto de Rusia Soviética. Sucedió lo contrario. El general MacArthur prontamente rechazó a los norcoreanos; tres meses más tarde había recapturado Seúl, la capital del sur. Pero MacArthur no era más flexible que Kim. Dijo a Washington: “A menos y hasta que el enemigo capitule, considero que Corea entera está expuesta a nuestras operaciones militares”⁸, y avanzó hacia la frontera china, a orillas del Yalu. A causa de la crisis, los chinos primero soportaron a un Tíbet casi independiente (21 de Octubre de 1950), otra consecuencia involuntaria; después, atacaron a MacArthur con un enorme ejército de “voluntarios” (28 de diciembre). MacArthur fue derrotado, y en abril de 1951 despedido.

Como consecuencia del enfrentamiento chino-norteamericano, Mao convirtió a China, por primera vez, en una potencia militar de primera línea. Más tarde, Mao indujo a los sucesores de Stalin a colaborar en la transformación de China en una potencia nuclear. Rehusó permitir a las fuerzas soviéticas la instalación de bases nucleares en suelo chino. En cambio, impulsó un programa nuclear independiente, y los rusos se sintieron obligados a ayudarlo. De acuerdo con la versión de Jruschov, los rusos se disponían a entregar el prototipo de una bomba cuando de pronto lo pensaron mejor. Los chinos afirman que el 20 de Junio de 1959 “el gobierno soviético faltó unilateralmente al acuerdo..... y rehusó suministrar a China una bomba atómica”⁹. A partir de ese momento, Rusia tuvo que lidiar con otra gran potencia militar en sus fronteras surorientales.

Esta modificación del equilibrio fue mucho más grave, porque otra consecuencia involuntaria en Corea fue la aceleración fundamental del rearme. Si bien las crisis de Checoslovaquia y Berlín empujaron a Estados Unidos a un sistema de seguridad colectiva, Corea fue el episodio que provocó la carrera armamentista permanente.

Sin duda que uno de los motores de la expansión económica y de la comunicación en el mundo fue la revolución tecnológica. En este sentido, no sólo contribuyó a la multiplicación de los productos de antes, mejorados, sino a la de productos desconocidos, incluidos muchos que prácticamente nadie se imaginaba siquiera antes de la guerra. Algunos productos revolucionarios, como los materiales sintéticos conocidos como “plásticos”, habían sido desarrollados en el período de entreguerras o incluso habían llegados a ser producidos comercialmente, como el nylon (1935), el poliéster y polietileno. Otros como la televisión y los magnetófonos, apenas acababan de salir de su fase

⁸ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 457.

⁹ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 458.

experimental. La guerra, con su demanda de alta tecnología, preparó una serie de procesos revolucionarios luego adaptados al uso civil, aunque bastante más por parte británica (luego también por los Estados Unidos) que entre los alemanes, tan amantes de la ciencia: el radar, el motor a reacción, y varias ideas y técnicas que prepararon el terreno para la electrónica y la tecnología de la información de la posguerra. Sin ellas el transistor (inventado en 1947) y los primeros ordenadores digitales civiles (1946) sin duda habrían aparecido mucho más tarde. Que estas innovaciones se basaran en los avances científicos del período de posguerra o de entreguerras, en los avances técnicos o incluso comerciales pioneros de entreguerras o en el gran salto adelante post-1945- los circuitos integrados, desarrollados en los años cincuenta, los láseres de los sesenta o los productos derivados de la industria espacial- resulta ser la fórmula perfecta para el desarrollo de una época de oro, que descansaba sobre la investigación científica más avanzada. La industria e incluso la agricultura superaron por primera vez decisivamente la tecnología del siglo XIX.

Tres aspectos de este terremoto tecnológico son decisivos en la visión de este nuevo mundo.¹⁰

Primero, transformó completamente la vida cotidiana en los países ricos e incluso, en menor medida, en los pobres, donde la radio ahora llegaba ahora hasta las aldeas más remotas gracias a los transistores y a las pilas miniaturizadas de larga duración, donde la *revolución verde* transformó el cultivo del arroz y del trigo y las sandalias de plástico sustituyeron a los pies descalzos. La mayor parte del contenido de la nevera o del congelador (ninguno de los cuales hubiera figurado en la mayoría de los hogares en 1945) es nuevo: alimentos liofilizados, productos de granja avícola, carne llena de enzimas y de productos químicos para alterar su sabor. La revolución tecnológica penetró en la conciencia del consumidor hasta tal punto, que la novedad se convirtió en el principal atractivo a la hora de venderlo todo, desde detergentes sintéticos (surgidos en los años 50) hasta ordenadores portátiles. La premisa era que *nuevo* no sólo quería decir algo mejor, sino también revolucionario.

En cuanto a productos que representaron novedades tecnológicas visibles, la lista es interminable: la televisión, los discos de vinilo (los LP's aparecieron en 1948), seguidos por las cintas magnetofónicas (los cassettes aparecieron en los años sesenta) y los discos compactos; los pequeños radiotransistores portátiles, los relojes digitales, las calculadoras

¹⁰ Sofía Correa Sutil, "Historia del Siglo XX Chileno".

de bolsillo, primero a pilas y luego con energía solar; y luego los demás componentes de los equipos electrónicos, fotográficos y de vídeo domésticos.

Segundo, a más complejidad de la tecnología en cuestión, más complicado se hizo el camino desde el descubrimiento o la invención hasta la producción, y más complejo y caro el proceso de creación. La investigación y desarrollo se hizo crucial en el crecimiento económico y, por eso, la ya entonces enorme ventaja de las economías de mercado desarrolladas sobre las demás se consolidó. En efecto, la innovación tecnológica no floreció en las economías socialistas. Un país desarrollado típico tenía más de 1.000 científicos e ingenieros por millón de habitantes en los años sesenta, mientras que Brasil tenía unos 250, la India 130, Pakistán unos 60 y Kenia y Nigeria unos 30. Además, el proceso innovador se hizo tan continuo, que el coste del desarrollo de nuevos productos se convirtió en una proporción cada vez mayor e indispensable de los costes de producción. En industrias más orientadas a mercados de masas, como la farmacéutica, un medicamento nuevo y realmente necesario, sobre todo si se protegía de la competencia patentándolo, podía amasar no una, sino varias fortunas, necesarias según sus fabricantes, para poder seguir investigando. Los innovadores que no podían protegerse con tanta facilidad tenían que aprovechar la oportunidad más deprisa, porque tan pronto como otros productos entraban en el mercado, los precios caían en picado.

Tercero, en su abrumadora mayoría, las nuevas tecnologías empleaban de forma intensiva el capital y eliminaban mano de obra (con la excepción de científicos y técnicos altamente cualificados) o llegaban a sustituirla. La característica principal de esta edad de oro fue que necesitaba grandes inversiones constantes y que, en contrapartida, no necesitaba a la gente, salvo como consumidores. Sin embargo, el ímpetu y la velocidad de la expansión económica fueron tales, que durante una generación, eso no resultó evidente. En todos los países avanzados, excepto los Estados Unidos, las grandes reservas de mano de obra que se habían formado durante la depresión de la preguerra y la desmovilización de la posguerra se agotaron, lo que llevó a la absorción de nuevas remesas de mano de obra procedentes del campo y de la inmigración; y las mujeres casadas, que hasta entonces se habían mantenido fuera del mercado laboral, entraron en él un número creciente. No obstante, el ideal al que aspiraba esta edad de oro, aunque la gente sólo se diese cuenta de ello poco a poco, era la producción o incluso el servicio sin la intervención del ser humano: robots automáticos que construían coches, espacios vacíos y en silencio llenos de terminales de ordenador controlando la producción de energía, trenes sin conductor. El ser

humano como tal sólo resultaba necesario para la economía en un sentido: como comprador de bienes y servicios.

La descolonización y las revoluciones transformaron drásticamente el mapa político del globo. La cifra de estados asiáticos reconocidos internacionalmente como independientes se quintuplicó. En África, donde en 1939 sólo existía uno, ahora eran unos cincuenta. Incluso en América, donde la temprana descolonización del siglo XIX había dejado una veintena de repúblicas latinoamericanas, la descolonización añadió una decena más. La asombrosa explosión demográfica en los países dependientes tras la segunda guerra mundial, alteró el equilibrio de la población mundial. Desde la primera revolución industrial, y es posible que desde el siglo XVI, este equilibrio se había inclinado a favor del mundo *desarrollado*, es decir, de la población europea u originaria de Europa. De menos del 20 por 100 de la población mundial en 1750, los europeos habían pasado a constituir aproximadamente un tercio de la humanidad antes de 1900. La era de las catástrofes paralizó la situación, pero desde mediados de siglo la población mundial ha crecido a un ritmo sin precedentes, y la mayor parte de ese crecimiento ha procedido de regiones antes gobernadas por un puñado de imperios.

Esta explosión demográfica en los países pobres del mundo, es probablemente el cambio más fundamental del siglo XX, aunque se acepte que la población del planeta acabará estabilizándose en torno a los 10 mil millones de habitantes (o cualquiera que sea la cifra que se baraje actualmente) en algún momento del siglo XXI. La explosión demográfica es el hecho fundamental en la existencia del tercer mundo. Los países del tercer mundo adoptaron o se vieron obligados a adoptar sistemas políticos derivados de los de sus amos imperiales o de sus conquistadores. La minoría de los que surgían de la revolución social, o (lo que venía a ser lo mismo) de largas guerras de liberación, era más probable que siguieran el modelo de la revolución soviética. El predominio de regímenes militares, o la tendencia a ellos, unía a los estados del tercer mundo, cualesquiera que fuesen sus modalidades políticas o constitucionales. Si se deja a un lado el núcleo principal de regímenes comunistas del tercer mundo (Corea del Norte, China, las repúblicas de Indochina y Cuba) y el régimen que surgió de la revolución mexicana, es difícil dar con alguna república que no haya conocido por lo menos etapas de regímenes militares desde 1945. Las escasas monarquías, salvo excepciones (Tailandia), parecen haber sido más seguras. La India sigue siendo, el ejemplo más impresionante de un país del tercer mundo que ha sabido mantener de forma ininterrumpida la supremacía del gobierno civil. La política del golpe de estado fue, pues, el fruto de una nueva época de gobiernos vacilantes o

ilegítimos. La situación era mucho más favorable a una intervención militar en el tercer mundo, sobre todo en estados de reciente creación, débiles y en ocasiones diminutos, donde unos centenares de hombres armados, reforzados o a veces incluso reemplazados por extranjeros, podían resultar decisivos, y donde la inexperiencia o la incompetencia de los gobiernos era fácil que produjese estados recurrentes de caos, corrupción o confusión. En resumen, la política de los militares, al igual que los servicios de información militares, solía llenar el vacío que dejaba la ausencia de política o de servicios ordinarios.

Es probable que jamás se hayan producido tantas reformas agrarias como en la década que siguió a la segunda guerra mundial, ya que las llevaron a cabo gobiernos de todo el espectro político. Entre 1945 y 1950 casi la mitad del género humano se encontró con que en sus países se estaba llevando a cabo alguna clase de reforma agraria: de tipo comunista en la Europa del Este y, después de 1949, en China; como consecuencia de la descolonización del antiguo imperio británico en la India, y como consecuencia de la derrota de Japón o, mejor dicho, de la política de ocupación norteamericana en Japón, Taiwán y Corea. La revolución egipcia de 1952 extendió su alcance al mundo islámico occidental: Irak, Siria y Argelia siguieron el ejemplo de El Cairo. La revolución boliviana de 1952 la introdujo en América del Sur, aunque México, desde la revolución de 1910, o, más exactamente, desde el nuevo estallido revolucionario de los años 30, hacía tiempo que propugnaba el agrarismo. No obstante, a pesar de la proliferación de declaraciones políticas y encuestas sobre el tema, América Latina tuvo demasiado pocas revoluciones, descolonizaciones o derrotas militares como para que hubiese una auténtica reforma agraria, hasta que la revolución cubana de Fidel Castro puso el tema en el orden del día. Para los modernistas, los argumentos a favor de la reforma agraria eran políticos (ganar el apoyo del campesinado para regímenes revolucionarios o para regímenes que podían evitar la revolución o algo semejante), ideológicos (la tierra para quien la trabaja) y a veces económicos, aunque no era mucho lo que la mayoría de los revolucionarios y reformadores esperaban conseguir con el simple reparto de tierras a campesinos tradicionales y a peones que tenían poca o ninguna tierra. Sin embargo, el argumento económico más poderoso a favor de la reforma agraria no se basa en la productividad, sino en la igualdad. No cabe duda de que la reforma agraria fue bien acogida por el campesinado del tercer mundo, por lo menos hasta que pasó a la colectivización de las tierras o a la constitución de cooperativas, como fue norma general de los países comunistas.

Otro suceso importante de analizar durante este periodo, es el que dice relación con la descolonización de aquellas naciones que estuvieron bajo la tutela de los grandes

imperios europeos. A fines del verano de 1945, el Imperio Británico y la Comunidad parecían haber retornado al meridiano de 1919. El poder británico se extendía sobre casi una tercera parte del globo. Además de sus posesiones legítimas, Gran Bretaña administraba el Imperio italiano de África Septentrional y oriental, muchas ex colonias francesas y numerosos territorios liberados de Europa y Asia, incluso los deslumbrantes imperios de Indochina y las Indias Orientales Holandesas. Ninguna nación había soportado jamás responsabilidades tan amplias. Veinticinco años después, todo eso había desaparecido. La historia nunca había presenciado antes una transformación tan amplia y veloz. No hubo pruebas concretas de un derrumbe de la lealtad al Imperio Británico en los pueblos sometidos. Todo lo contrario. Los intensos esfuerzos realizados por los japoneses con el fin de crear un “Ejército Nacional Indio” y un régimen independiente fueron un fracaso total. El Ejército Nacional Indio se desintegró tan pronto entró en acción contra el Ejército Indio. Los japoneses nunca pudieron persuadir u obligar a más de 30.000 indios, civiles y militares, de manera que sirvieran contra Gran Bretaña. En 1942, en parte a causa de la presión ejercida por Roosevelt, Churchill convino en formular una declaración que otorgaba a India el gobierno propio después de la guerra. Las discusiones de 1945-1947 se refirieron todas al modo y al tiempo, no al hecho de la partida de Gran Bretaña. El proyecto acerca de la Independencia de India, que se convirtió en ley el 18 de julio de 1947, fue aprobado por las dos cámaras del parlamento, sin división, y sobre un trasfondo de indiferencia pública casi total. En efecto, si Gran Bretaña no hubiese abdicado rápidamente y con un gesto de fatiga, es difícil comprender cómo hubiera podido obtenerse la independencia de India. Gandhi no era un liberador sino un exótico político, que podía haber florecido sólo en el ambiente protegido del liberalismo británico. Las excentricidades de Gandhi atraían a una nación que venera la rareza sacra. Lo único que demostró la carrera de Gandhi fue el carácter no represivo del dominio británico y su disposición a abdicar. Y Gandhi constituyó un factor que promovió el dispendio de vidas humanas tanto como de dinero.

Gran Bretaña había ingresado en los yacimientos petrolíferos de Medio Oriente en 1908, y Estados Unidos la siguió en 1924. Hacia principios de los años 40 ya se aceptaba que Medio Oriente poseía la mayoría de las reservas petroleras mundiales. Churchill creía que Gran Bretaña podía controlar aún el destino de Palestina. A decir verdad, la situación ya se les escapaba de las manos. Había dos factores principales. El primero era el terrorismo judío. El segundo factor fue la irrupción de Estados Unidos. En realidad, durante los años de la guerra, la comunidad judía norteamericana adquirió por primera vez una forma de confianza colectiva en sí misma, y comenzó a aplicar la fuerza política creada por

su número, riqueza y capacidad. Durante la posguerra inmediata se convirtió en el lobby mejor organizado y más influyente de Estados Unidos. Pudo demostrar que controlaba los votos decisivos en estados variables como Nueva York, Illinois y Pennsylvania. Roosevelt poseía una base política suficientemente fuerte como para ignorar esta presión. Truman era mucho más débil desde el punto de vista político. Consideró que necesitaba el voto de los judíos para ganar la elección de 1948. Además, era sinceramente proсионista, y desconfiaba del arabismo de los “muchachos de pantalón rayado” del Departamento de Estado. En tal caso, su voluntad permitió la aprobación del plan de partición en las Naciones Unidas (29 de Noviembre de 1947) y el reconocimiento del nuevo Estado Israelí proclamado por Ben-Gurion en mayo siguiente. Fuerzas poderosas trataron de impedirlo. Max Thornburg, de Caltex, habló en nombre de los intereses petroleros y escribió que Truman había “prevalecido sobre la Asamblea, de modo que los criterios raciales y religiosos se convirtieron en la base de la creación de un estado político”¹¹. El departamento de Estado norteamericano profetizó la ruina. El secretario de Defensa Forestal se sintió abrumado¹²: “Ningún grupo de este país”, escribió amargamente refiriéndose al núcleo de presión judío, “debería ejercer tanta influencia sobre nuestra política como para amenazar nuestra seguridad nacional”. El respaldo norteamericano a Israel en 1947-1948 fue el último lujo idealista que los norteamericanos se permitieron antes de que se instalara la Realpolitik de la confrontación global. La misma configuración de tiempos influyó sobre Rusia. Apoyó al sionismo con el fin de quebrar la posición de Gran Bretaña en Medio Oriente. No sólo reconoció a Israel, sino que, para agravar la lucha y el caos consiguiente, indicó a los checos que le vendiesen armas. De ahí que muchos historiadores sostienen la idea de que Israel fue creado por el imperialismo no sólo es errónea, sino que representa lo contrario de la verdad. En Occidente, todos, desde los ministerios de Relaciones Exteriores hasta los de Defensa y las grandes empresas, estaban contra los sionistas. Incluso los franceses se limitaron a venderles armas para molestar a los británicos, que los habían llevado a perder Siria.

La política de los estados europeos alineados con los Estados Unidos fue casi unánime, ya que en la práctica se vio que la totalidad de los partidos políticos locales, salvo los comunistas, les unía su antipatía por los soviéticos. En cuestiones de política exterior, no importaba quién estuviera al mando. Sin embargo, los Estados Unidos simplificaron las cosas en dos de los antiguos países enemigos, Japón e Italia, al crear lo que venía a ser un sistema permanente de partido único. En Tokio, los Estados Unidos impulsaron la

¹¹ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 490.

¹² Ídem. Anterior.

fundación del Partido Demócrata-Liberal (1955), y en Italia, al insistir en la exclusión total del poder del partido de oposición natural porque daba la casualidad de que eran los comunistas, entregaron el país a la Democracia Cristiana, con el apoyo suplementario, según lo requiriera la ocasión, de una selección de minipartidos: liberales, republicanos, etc.

Sin duda, que la segunda mitad del siglo XX estuvo marcada por la presencia de grandes ideales revolucionarios que en el concierto Latinoamericano estuvo representado por Cuba. Cuando Cuba en 1898 conquistó la independencia, lógicamente hubiera tenido que convertirse en un estado norteamericano, como Texas o Nueva México, o en una colonia, como Puerto Rico, para alcanzar después una jerarquía más elevada. En 1924, la inversión norteamericana en Cuba ya se elevaba a 1.200 millones de dólares. Cuba obtenía de Estados Unidos el 66 por ciento de sus importaciones, y le enviaba el 83 por ciento de las exportaciones, principalmente azúcar. Cuba era una suerte de satélite norteamericano.

Como la gran mayoría de los dictadores latinoamericanos, los de Cuba siempre habían comenzado como liberales y terminaron como tiranos, y en general en este proceso solían reconciliarse con el predominio norteamericano. El último dictador de viejo estilo, por supuesto un ex liberal, había sido Gerardo Machado, derrocado en 1933 por un golpe de suboficiales dirigido por Fulgencio Batista. Este sargento-taquígrafo era un auténtico hombre de pueblo, medio indio, de origen, su padre había sido trabajador del azúcar. El propio Batista había trabajado en las plantaciones. Era un extremista. Batista manejó la presidencia personalmente en 1940-1944, pero generalmente utilizó testaferros, como Ramón Grau San Martín, que fundó el Movimiento Revolucionario Auténtico. Cuando Batista reasumió el poder, en 1952, el daño estaba hecho, y el mismo se había sumido en el pantano del peculado. Durante los años 40 y 50, Cuba se convirtió en una sociedad de pistoleros extremistas. En los viejos tiempos, Estados Unidos habría intervenido e impuesto el dominio de una persona honesta. Ahora, eso estaba excluido. Uno de los estudiantes pistoleros era Fidel Castro. Su padre provenía de Galicia, pertenecía a una familia de carlistas derechistas, y como la mayoría de los inmigrantes españoles, odiaba a los norteamericanos. Batista supo que Castro era un pistolero político excepcionalmente dotado, y trató de atraerlo. Castro declinó, a causa de lo que según él denominó eran “razones generacionales”. De acuerdo con un condiscípulo de la facultad de derecho, era “una persona hambrienta de poder, desprovista por completo de principios, dispuesta a unirse a un grupo cualquiera si creía que eso podía facilitar su carrera política”¹³. La oportunidad de Castro llegó en 1951-1952, cuando Chibás enloqueció y se suicidó, y dejó vacante el papel de idealista, y Batista, en un intento de acabar con el pistolero, abolió

los partidos y se autoproclamó dictador. Castro vio el golpe como una oportunidad de iniciar un período de lucha en serio. Batista abandona el poder en enero de 1959, y Cuba quedó a merced de Castro. Cuando asumió el poder, logró que lo designaran Comandante en jefe, y utilizando como excusa la necesidad de impedir la reaparición del pistolero, monopolizó la fuerza. Todas las fuerzas policiales fueron puestas bajo el mando de Castro. Así, en el lapso de pocas semanas después de la asunción del poder, los liberales y los demócratas habían sido excluidos efectivamente del poder. El gabinete era el Politburó, y en su marco, gracias a sus relaciones y amistades, Castro era el dictador, exactamente como Batista. Pero Batista tenía la compensación de que buscaba el dinero tanto como el poder. Castro deseaba únicamente el poder.

Para nuestro país no fue indiferente la creación de nuevos estamentos dentro del desarrollo económico continental, es más, Chile tuvo una importante injerencia en su formulación. La Comisión Económica para América Latina de la Organización de Estados Americanos (CEPAL), bajo la presidencia del argentino Raúl Prebisch, elaboró en la década de 1950 el diseño de una política económica hispanoamericana fundada en la noción de “desarrollo” de economistas europeos. Hispanoamérica quedó clasificada como “subdesarrollada”, por carecer de factores fundamentales de desarrollo, carencias que deberían ser corregidas por decisivas intervenciones estatales. Tales deficiencias capitales eran, entre otras, la coexistencia de estructuras socio-económicas “tradicionales” o “atrasadas”, especialmente en la agricultura, con estructuras “modernas” en la industria o en el comercio internacional; las desigualdades de nivel económico, que arrojaban una escasa renta per capita media; la resistencia a las innovaciones técnicas; la falta de una educación básica y después especializada en aplicaciones técnicas o en investigaciones científicas (entendiendo por “ciencias” solamente las que siguen modelos matemático-naturales o biológicos, no las “ciencias culturales”); la falta de empresarios innovadores y creativos, como los que exigía la doctrina de Schumpeter, etc. Para salir del subdesarrollo era precisa la acción concertada del Estado, en primer lugar, con todos los sectores progresistas de la sociedad, empresarios innovadores, ingenieros, etc.; pues el desarrollo no se produciría aquí como en los países nórdicos, por el despliegue espontáneo de las fuerzas productivas, sino que tendría que ser “un proceso inducido” por medios directos e indirectos que forzaran a racionalizar la producción, comercialización y consumo, venciendo todos los obstáculos que pusiera la mentalidad “tradicional” de origen hispánico o indígena.

¹³ Paul Johnson, “Tiempos Modernos”, Pág. 623.

En 1960, el Presidente Kennedy planteaba su “Alianza para el Progreso”, como plan conjunto de todo el hemisferio occidental, para romper la “imagen” de los Estados Unidos aliados constantemente a las clases dominantes “tradicionales” de América Latina. Su programa significaba trasladar el favor de la potencia hegemónica norteamericana a los gobiernos de centro, para implementar el modelo norteamericano de democracia. Según el pacto constitutivo de la Alianza, los países del hemisferio fijarían precios estables a sus exportaciones, racionalizando la localización de las producciones para la exportación (superando así el gran obstáculo que tuvo la industrialización chilena); se favorecerían las reformas agrarias que terminarían con los latifundios; los capitales norteamericanos se asociarían a capitales nacionales en industrias de alto rendimiento y con empleo de mano de obra local, etc.

1.2 Evolución de Chile en la segunda mitad del siglo XX

Al igual que otros países, el Estado chileno a partir de la década de 1930 asumió nuevas funciones. Entre las nuevas funciones estuvo el fomento al proceso de industrialización por sustitución de algunas importaciones. En esta línea de fomento a la industria, el Estado, desde el segundo gobierno de Alessandri y el Frente Popular en adelante, intentó programar o planificar a medias la economía, estimulando el proceso de acumulación originaria de capital en la industria, dando créditos y estableciendo un cierto proteccionismo a determinadas manufacturas extranjeras.

Efectivamente, la política fiscal contribuía igualmente a la transferencia de excedente hacia el sector industrial, aunque esta vez ya no a través de las variables del mercado, sino que directamente a través de la función del estado como concentrador y reasignador de excedentes.

En la década del 30, ciertos criterios tradicionales de la Derecha se modificaron con el fin de adaptarse o acomodarse a los nuevos tiempos. Uno de los puntos claves fue la evaluación del papel del Estado en la economía. La Derecha, mayoritariamente, estuvo de acuerdo con las leyes proteccionistas para favorecer la industrialización y con las nuevas funciones del Estado planteadas después de la crisis de 1929, sistematizadas por el ideólogo norteamericano Keynes. Trató entonces de eludir la tradicional polémica sector privado-sector estatal en el plano de la Economía Política, mientras reforzaba sus organizaciones corporativas. Su respaldo a la intervención del Estado en la economía y al proteccionismo industrial tenía relación con sus peticiones de ayuda a las empresas rurales. A su vez, la Derecha estaba interesada en el desarrollo industrial porque este proceso requería una mayor compra de materias primas provenientes del agro. Por su lado, la burguesía industrial estaba interesada en el desarrollo agropecuario porque conllevaría a un ensanchamiento del mercado interno y, por ende, al aumento del poder adquisitivo de productos manufacturados. En síntesis, la Sociedad Nacional de Agricultores coincidía con la Sociedad de Fomento Fabril en pedir ayuda al Estado para sus respectivas áreas productivas.

Además del fomento a la industrialización, el Estado tuvo que acrecentar su intervención en las siguientes áreas de la economía; a) negociación de la deuda externa, con un nuevo estilo, como el inaugurado por el segundo gobierno de Arturo Alessandri; b) control estricto de las divisas y del mercado cambiario; c) mayor eficiencia en la

administración de las crisis, con la experiencia adquirida en la crisis de 1929-30; d) obras de infraestructura en función de las necesidades de la industrialización; e) promoción de nuevas fuentes energéticas, como el carbón, a partir de la década de 1930 y empresas hidroeléctricas estimuladas por la CORFO; f) adaptar el régimen tributario a las nuevas necesidades del Estado, como subir el impuesto desde la década de 1930, que fue de nuevo modificado en 1964 con la ley de Reforma Tributaria dictada por Jorge Alessandri; g) afinamiento del sistema de fijación de los porcentajes de derechos de exportación; h) canalización de la renta del cobre hacia las necesidades prioritarias del Estado.

Para implementar estos planes, el Estado chileno desde 1932 hasta 1964 tuvo que reforzar los servicios públicos, como Vivienda, Salud, Transporte y, sobre todo, una Educación en los niveles funcionales a las necesidades del desarrollo industrial, expresada fundamentalmente por los planes de Pedro Aguirre Cerda.

En 1938, se instala el Partido Radical en la presidencia, mediante su candidato, nombrado anteriormente Pedro Aguirre Cerda, luego de una confrontación con el candidato Gustavo Ross, quien no reconoció el triunfo de su contrincante aduciendo que las votaciones se habían hecho bajo un clima de violencia y terror impuesto por el Frente Popular en todo el país, mientras que el presidente Alessandri, se sujeta a las elecciones y reconoce rápidamente el triunfo de Ross.

Por su origen, el Frente Popular no era, como lo hemos visto, un sistema cohesionado en torno a objetivos comunes, hecho que quedó en evidencia tan pronto como Aguirre Cerda inició su administración. Por un lado, los socialistas y los comunistas eran partidarios de una redistribución de los ingresos a favor de los obreros industriales, en tanto que los radicales propiciaban un aumento del producto nacional, mediante la expansión del sector manufacturero. En este sentido, el terremoto del 24 de enero de 1939 inclinó la balanza a favor de los radicales. Por otra parte, resultó problemática la capacidad de movilización que tenían los componentes políticos del gobierno y la repartición de los cargos de la administración pública, situación que se había presentado ya en otras oportunidades y que adquiriría insospechadas dimensiones a partir del gobierno de Aguirre Cerda, justamente debido al desarrollo del aparato estatal de la administración de Ibáñez. En ambos casos era indispensable la voluntad del Presidente para designar a directores o consejeros, y para fijar la asignación de cuotas en los empleos inferiores. Así, la administración pública, en su sentido más amplio, habría de transformarse en prenda de

transacciones a la que el mandatario debía recurrir para conservar el frágil equilibrio entre los partidos.

Socialistas y Radicales tuvieron desavenencias respecto a la conducción política. Comunistas y Socialistas tuvieron conflictos más graves aún debido al pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939, cuando los segundos acusaron a los comunistas de traicionar al movimiento popular internacional aliándose con el nacionalsocialismo. Pero el conflicto fundamental entre ellos se debía a que se disputaban la misma base electoral.

Por otra parte, dentro de su propio partido el Presidente no encontró mayor cohesión. Aguirre Cerda sabía que debía favorecer con ministerios y otros altos cargos a los distintos sectores que lo apoyaron, pero él insistió en mantener su completa libertad para proceder. No obstante, la Junta Central de su partido y luego de las asambleas, insistieron en designar tanto a los ministros como, incluso, a los jefes de servicios. Sólo mediante el visto bueno de dicha Junta podía un radical aceptar el cargo de ministro que el Presidente le ofreciera. Más aún, bastaba una orden de partido para provocar la renuncia de los ministros.

Esta situación, aceptada por Aguirre, se quebró se quebró por causa de Arturo Olavaria Bravo, diputado desde 1932 y miembro del Partido Radical desde 1936. La Junta Central tuvo diversos roces con Olavaria, agudizados cuando clausuró mediante la Ley de Seguridad del Estado de dos periódicos, *El Imparcial* y *El Siglo*.

En 1941, el movimiento nazista de Jorge González Von Marées, llamado Vanguardia Socialista, desde la masacre del Seguro Obrero se fue distanciando del gobierno, debido a un incidente a tiros entre vanguardistas y radicales, con resultado de un muerto y varios heridos. El Ministro del Interior, Olavaria, consideró que el partido y su jefe constituían un peligro público y obtuvo del director de beneficencia, doctor Castro de Oliveira, una orden para detener a González Von Marées y someterlo a un examen psiquiátrico en la Casa de Orates. González se defendió a balazos, pero fue reducido a viva fuerza y conducido al manicomio. La Corte Suprema revocó la orden, pero desacreditó al partido radical.

Todo esto llevó a la Junta Central del radicalismo a intentar liberarse de Olavarría, para lo cual dispuso como “orden de partido” la renuncia de todos los ministros radicales. Pero Aguirre cerda rechazó renuncias invocando la Constitución de 1925. El partido entonces expulsó a los ministros, trasladando el conflicto al Presidente, quien los mantuvo

en sus cargos. En mayo se llevó a cabo la Convención Radical, en la que se suspendió la expulsión de los ministros para que se exponer sus puntos de vista. Al término de ella, todos renunciaron a sus cargos excepto Olavarria que permaneció en un ministerio dominado por los socialistas. Finalmente, en septiembre de 1941, los radicales consiguieron su salida.

La derecha, en tanto, recuperada de su derrota electoral, intentaba salvarse económica y políticamente de la persecución emprendida contra los funcionarios públicos que lo apoyaron. Mediante el contraataque, desde el Congreso y la prensa periódica acusaron al Frente Popular de ser instrumento del comunismo y de usufructuar en provecho propio con la ayuda reunida para los damnificados del terremoto. Por otra parte, los ibañistas que habían apoyado a Aguirre Cerda en 1938 buscaron el rompimiento a través de un golpe militar, en agosto de 1939, que fue el llamado “Ariostazo”, en que el jefe de la Segunda División del Ejército, general Ariosto Herrera Ramírez, que recientemente volvía de la Italia fascista, promovió una amplia conspiración de la que participaron oficiales alessandristas que habían sido llamados a retiro por el Frente Popular. El golpe estaba programado para el 25 de agosto, pero, advertido el gobierno, el hecho fue frustrado. Herrera fue apresado e Ibáñez se refugió en la embajada de Paraguay. Muchos de los demás comprometidos fueron apresados y otros relegados a Pisagua. El gobierno afianzaba su posición y conseguía un respiro para continuar su marcha.

A fines de 1940 hubo elecciones complementarias para reemplazar al senador por Valparaíso y Aconcagua, Álvaro Santa María. El frente Popular presentó al radical Aníbal Cruzat. Luego vendrían los actos electorales para llenar cargos en los municipios y en el parlamento, en marzo de 1941. Dada la tensión siempre reinante, la violencia se adueñó parcialmente del proceso. Los comunistas organizaron ligas anticohecho que, en realidad, eran fuerzas de choque a través de las cuales intentaron reducir el predominio derechista en las zonas rurales, especialmente en el sur del país. La violencia desatada llevó a la oposición a acusar constitucionalmente al Ministro del Interior Guillermo Labarca, quien debió renunciar para ser reemplazado por Arturo Olavaria. Desde su cargo ministerial, Olavaria, asesorado por Ramón Zañartu, conservador del Registro Electoral, logró el despacho de una ley electoral que fue aprobada en febrero de 1941. Mediante dicha ley, se entregaba a las Fuerzas Electorales a través de jefes de plazas.

En las contiendas electorales del mes de marzo, la izquierda triunfó ampliamente, con cerca del 62% de los votos, aumentando sus diputados a 88 frente a 59 de la oposición.

En tal proceso incrementaron su votación los radicales, permanecieron igual a los comunistas.

Entretanto, la salud del Presidente se había deteriorado considerablemente. Durante el mes de septiembre de 1941 dejó de presidir el gabinete. Aguirre Cerda falleció en noviembre de 1941, pero previo a esto, se hizo cargo del gobierno Jerónimo Méndez, para dar paso a la elección de un nuevo mandatario en febrero de 1942. Ante este hecho, los distintos sectores políticos comenzaron a tomar posiciones: los comunistas, frente a la ruptura producida entre el estado alemán y el soviético, postulaban ahora la unidad nacional y la búsqueda de un nuevo mandatario por consenso y no por elección. El socialismo levantó la candidatura de Oscar Shnake, junto a quien quiso reorganizar a toda la izquierda. Por su parte, la derecha se unió a Ibáñez, que regresó del exilio a que lo había obligado el "Ariostazo". En torno a su figura se ordenaron los conservadores, los agrariolaboristas, algunos liberales, los democráticos, y los ibañistas de la Alianza Popular Libertadora. Por otro lado, dentro del radicalismo se levantaron los nombres de Antonio Ríos y Gabriel González. Al primero lo acompañaron los viejos radicales y a González los aguirristas, los empleados públicos del partido y aquellos radicales que se sentían más próximos al partido Comunista. Cuando se inició la lucha por la sucesión presidencial al interior del radicalismo, Juan Antonio Ríos se desempeñaba en el alto cargo de Director de la Caja de Crédito Hipotecario, un auténtico centro de poder dentro del sistema político y administrativo. En cambio, Gabriel González llegó a Santiago el 12 de diciembre y fue llevado de inmediato al teatro Caupolicán donde, ante diez mil personas, pronunció un discurso que no favoreció sus pretensiones.

Finalmente, luego de una votación confusa, el día 17 un tribunal de honor del partido Radical proclamó a Ríos como candidato, en un momento en que se temía una división dentro de dicha colectividad.

Iniciada la campaña electoral, crecientes fuerzas políticas se unieron a Ríos temerosas de la peligrosidad de Ibáñez como contendor. Así resolvió hacerlo el partido Democrático. Los socialistas retiraron la candidatura de Shnake e incluso los comunistas optaron por apoyarlo. De todas estas fuerzas surgió la Alianza Democrática.

Un agudo desacuerdo surgió en cuanto a la posición chilena frente al conflicto bélico mundial. Al respecto, la posición de Juan Antonio Ríos era la de mantener la neutralidad, como se había hecho con éxito durante la guerra de 1914. Opuestos a dicha

postura eran los comunistas que insistían la ruptura con el Eje y también los partidarios de la posición de estados Unidos, cuyo gobierno no dejó de presionar sobre el de Chile. Así las cosas, la neutralidad fue votada favorablemente en el Senado, con los votos contrarios de los comunistas. No obstante, la situación comenzó a cambiar a partir de la intervención directa de Estados Unidos en el conflicto y luego cuando, en Río de Janeiro, los cancilleres allí reunidos recomendaron la ruptura con las potencias del Eje.

En consecuencia, las presiones del gobierno yanqui sobre el chileno se agudizaron a tal punto que en enero de 1943 rompió con las fuerzas del Eje. Si bien los chilenos no se vieron comprometidos en la acción bélica, el aporte económico del Estado fue muy considerable, como consecuencia de un acuerdo respecto de los términos de intercambio comercial con las fuerzas aliadas, especialmente los Estados Unidos: Chile tuvo que aceptar, por la venta de su cobre, de indiscutible valor estratégico, un precio muy inferior al del mercado internacional, lo que le significó un menor ingreso de alrededor de 50 millones de dólares.

En el orden interno hubo un momento de crisis debido a la participación de los liberales en el gobierno, hecho que fue rechazado por la Convención Radical a principios de 1944. Pero luego la dificultad surgida fue superada cuando el Presidente logró organizar un ministerio que incluía a los falangistas, democráticos y personeros técnicos. El partido Radical, sin embargo, ya acosaba un desconcierto, que se manifestaba entre otros síntomas en una falta de apoyo al Presidente. De hecho, dicha colectividad se veía ante la obligación de ordenarse internamente para enfrentar una elección presidencial no prevista, debido a la grave enfermedad, ya evidente, que afectaba a Ríos. En enero de 1944 se llevó a cabo una Convención de las ciudades de Concepción en la que quedó en evidencia el candidato con mayores posibilidades era ahora Gabriel González Videla, en ese momento embajador de Brasil. Su posible candidatura implicaba ya una decisión puesto que González, pertenecía al sector izquierdista del radicalismo y se sabía que contaría con el apoyo de a lo menos parte de los comunistas, lo que, de partida, le significaría el rechazo de la derecha. Este mismo hecho hacía probable que el radicalismo se inclinara por otra personalidad de sus filas que no despertara el claro repudio de las considerables fuerzas electorales de la derecha.

Dentro de la Convención del radicalismo, los partidarios de González Videla se ganaron inicialmente el apoyo de Olavaria Bravo. Contando con una ventaja ocasional lograron reorganizar la directiva del partido y eliminaron la junta central de 44 miembros, para formar un consejo ejecutivo nacional (CEN), de siete miembros, los que eran elegidos

por la convención en la lista cerrada; esto significaba que la mayoría lograría llenar todos los cargos. Con una hábil maniobra, los gabrielistas obtuvieron el apoyo del partido que se pronunciaba así por una vía electoral con el apoyo de toda la izquierda.

El CEN exigió en forma tajante al presidente, que hiciera salir del gobierno a los técnicos y amigos personales, petición a la cual finalmente Ríos tuvo que acceder para organizar, a fines de 1944, un gabinete compuesto sólo por Radicales. Ello significó que toda la derecha pasara a la oposición y, desde el Senado, que casi controlaba, ejerciera una estricta fiscalización de la administración.

Entretanto, bajo la Vicepresidencia de Duhalde, pocos meses antes de la muerte de Juan Antonio Ríos, en 1946, se llevó a cabo en Valdivia una importante convención del radicalismo, en la cual dicho partido quedó peligrosamente dividido. Pero otros hechos incidieron en este proceso. Al día siguiente de esta convención, se produjeron enfrentamientos, cuando la confederación del trabajo realizaba una concentración de solidaridad con los sindicatos Mapocho y Humberstone. Duhalde, ordenó contener los desordenes; como resultado de esta acción política hubo seis muertos y 60 heridos; entre los primeros, la militante comunista Ramona Parra. Tales hecho produjeron una crisis de Gabinete: Renunció el falangista Eduardo Frei, Ministro de Obras Públicas. Luego los radicales sostuvieron una enojosa reunión con Duhalde. Al día siguiente renunciaron los democráticos. Poco después, la CTCH declaró una huelga en Lota, Duhalde hizo intervenir a los efectivos de la Armada de Talcahuano e incorporó al Ministro del Interior, al Vicealmirante Vicente Merino y en Obras Pública al general Manuel Tovarías, además de tres socialistas que aceptaron movidos por el fuerte espíritu anticomunista que animaba en ese momento a su partido.

Entre tanto, el CEN se distanciaba de Duhalde. La mayoría se manifestó claramente por la izquierda y proclive a aceptar el concurso de los comunistas. En febrero de 1946, se enfrentaron González Videla y Olavarría Bravo. Los duhaldistas, se abstuvieron. EL 28 de abril, González se impuso cómodamente sobre Olavaria. En seguida vino la tarea de atraer a los comunistas, temerosos de los contactos de Duhalde con acuerdo con los socialistas, quienes buscaban un acuerdo sin González. Dicho acuerdo surgió en torno a la Alianza Democrática que decidió entre Elías Lafferte y Gabriel González. Se inició la campaña cuya propaganda se encargó a Pablo Neruda, Senador desde 1941.

Instalado Gabriel González Videla en la presidencia, luego de un cómodo triunfo al conservador Eduardo Cruz-Coke, pronto comenzaron los problemas, tanto debido a los comunistas como a los socialistas. Los primeros, que lograron tres ministerios y otros cargos importantes, comenzaron a utilizar su poder en beneficio directo del Partido, acarreándole al Gobierno un considerable desprestigio.

Aún en 1947 las relaciones entre González y los comunistas parecían buenas, sin embargo, cuando hubo indicios de que el partido Comunista iba en camino de convertirse en una verdadera potencia electoral, los radicales empezaron a preocuparse respecto de las elecciones de 1949. Ese mismo mes, Gabriel González los separó de su gobierno.

Los comunistas, al sentirse acosados, optaron por atacar a través de la movilización social y el claro y directo enfrentamiento. El gobierno, forzado a actuar, declaró a la capital como zona de emergencia y González Videla los atacó airadamente y los amenazó con someterlos por la fuerza si ello fuese necesario. Por otra parte, el mandatario debió buscar un más amplio apoyo político; se llegó así a la formación de un “ministerio de administración” como consecuencia del desacuerdo con un sector de los liberales que intentó imponer a Gustavo Ross, como ministro de ambas carteras económicas. El nuevo gabinete contó con dos enérgicos miembros de las fuerzas armadas, el contralmirante Holger, en Interior, y el general Barrios, en Defensa. Entretanto, el partido comunista, que creía ver al primer mandatario en una posición de debilidad, continuó promoviendo los movimientos huelguísticos en distintos puntos del país. En agosto de 1947, so pretexto del alza en los precios del pan, lograron paralizar las labores en los minerales de Lota, coronel, Curanilahue y Lirquén, así como también en algunos centros ferroviarios. Ante estas presiones, Gabriel González replicó con un violento discurso que constituyó una verdadera declaración de guerra al comunismo. Expulsó a los militantes de este partido de todos los cargos públicos y pidió al Congreso facultades extraordinarias. Acto seguido vino la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia, que provocó serias divisiones entre los partidos políticos, en los que se plantearon dudas cerca de la legitimidad de proscribir una tendencia ideológica, y la conveniencia y eficacia de colocar fuera de la ley a un partido político como el comunista.

Al finalizar el gobierno de Gabriel González Videla, cundió en el país un clima de pesimismo colectivo y de rechazo a los partidos políticos, en especial al radical, muchos de cuyos militantes fueron acusados por la oposición de ser autores o cómplices de manipulaciones y malversaciones con fondos fiscales, y de usar los servicios de la administración en beneficio propio o para pagar favores de carácter político.

En 1949, en las elecciones parlamentarias se presentaron dieciocho partidos políticos, lo que reflejaba, un agudo proceso de fraccionamiento. Frente a esta situación, González Videla logró maniobrar formando el denominado gabinete de Concertación Nacional, con miembros de los partidos Radical, Conservador, Liberal, Democrático y Socialista. Esta situación produjo una fuerte baja en el precio del cobre y la desvalorización de la libra esterlina. Se produjo una intensa agitación social que trajo como consecuencia la caída del gabinete, el que fue reemplazado por otro que tuvo por misión terminar con las huelgas aceptando demandas sindicales, y una posterior inevitable alza en la inflación.

Todas las esperanzas se volcaron entonces hacia la figura del ex-presidente Ibáñez. En torno suyo se originó un conglomerado social que no tenía una definida dirección política y que fue creciendo debido al descontento generado por el Gobierno de González Videla. Tal movimiento incluyó a gentes de todas las tendencias políticas. Los agrario-laboristas, los socialistas, el partido radical doctrinario, el Partido Democrático del Pueblo, el Femenino de Chile, y un sin fin de colectivos escindidos de los partidos tradicionales, que conformaron la base de adherentes al “General de la Esperanza”, para las elecciones de 1952. La clase media, los empleados públicos, profesionales, pequeños comerciantes, militares en retiro y jubilados, cansados del “cuoteo” político, los fraudes fiscales y de la pendular posición del radicalismo que era capaz de gobernar con cuanto partido le permitiese seguir controlando el gobierno, levantaron la figura de Ibáñez con la esperanza de que “barriera a los políticos venales”. Las mujeres, con derecho a voto en las elecciones presidenciales desde 1949, se plegaron masivamente a favor del general.

En efecto, no pocos votantes se habían inclinado por Ibáñez con la intención de que “pusiera orden”, es decir, que instaurara un autoritarismo dictatorial semejante al de su primer gobierno. De ahí que el fantasma de un golpe militar rondara continuamente durante su Presidencia. Sin embargo, parece que el general quería “pasar a la historia” como un demócrata, limpiando así su imagen de dictador; esto explica que a pesar de la tentación dictatorial, su arbitrariedad autoritaria sólo afectase a sus colaboradores más cercanos, a sus ministros y a los partidos que lo apoyaban.

Desde que Ibáñez asumió la Presidencia de la República, en Noviembre de 1952, y hasta mediados de 1955, vale decir, durante más de dos años y medio se experimentó la fase populista del gobierno, la que a su vez contó con subperíodos. Durante los primeros meses se impuso el sello del Partido Socialista Popular, pero éste se retiró del gabinete en

abril de 1953, y pronto se situó en la oposición. A iniciativa de ministros socialistas se creó el Banco del Estado y se respaldó la formación de la Central Única de Trabajadores (CUT), que, presidida por Clotario Blest, reunió otra vez al dividido movimiento sindical. Enseguida, viene una etapa de permanentes conflictos entre los grupos ibañistas por ganarse la voluntad del Presidente; tan sólo al comenzar 1955 el Partido Agrario Laborista logró constituirse en eje del gobierno.

Este conglomerado, nuevo en la política chilena, había surgido en 1945 a partir de la fusión del Partido Agrario (fuerte entre los agricultores de la zona sur) con una facción de la Alianza Popular Libertadora, que integraban seguidores de Ibáñez, y el Movimiento Nacionalista de Chile, en cuyas filas se encontraban antiguos nazis. Bajo el liderazgo de Jaime Larraín García Moreno, esta colectividad había hecho alianza permanente con los partidos de la derecha; por citar en ejemplo, en la elección presidencial de 1946, asistió a la conversación de las derechas, y terminó apoyando la candidatura Liberal de Fernando Alessandri. Sin embargo, hacia 1950 se produjo una transformación sustantiva en el partido, al aumentar el número de adherentes y cambiar el carácter de su militancia. Los recién ingresados precipitaron la renuncia de su fundador y líder, Jaime Larraín al imponer la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez. Desde ese momento, el populismo pasó a caracterizar al Partido Agrario Laborista, el cual recibió una fuerte influencia de movimientos afines de América Latina, tales como el peronismo argentino, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia y el Partido Aprista Peruano, más conocido como APRA.

A través de su dirigente Rafael Tarud, impulsaron una política de mayor control estatal de la actividad económica y de apoyo a los sindicatos en sus conflictos laborales. Durante esta primera etapa del gobierno de Ibáñez, en consecuencia, se dieron relaciones muy tensas entre el Ejecutivo y los empresarios, rompiéndose de este modo el entendimiento fluido de ministros y funcionarios del área económica con dirigentes empresariales, que había caracterizado a los gobiernos radicales. Las dificultades económicas estructurales, agravadas por una política zigzagueante, se tradujeron en una espiral inflacionaria, que ascendió al 40% en 1953, al 64% en 1954, y al 86% en 1955. La inflación vino acompañada de huelgas, como también llamados a paros generales en 1954 y 1955, impulsadas por la CUT, que afiliaba a los trabajadores del cobre, del carbón, del salitre, de la electricidad, del gas, de industrias metalúrgicas, de textiles y, además a los empleados públicos.

De esta manera se inició el año 1955 en medio de una profunda crisis política. El ejecutivo, sin apoyo ni de los socialistas populares ni del movimiento sindical, y enemistado con el empresariado y la derecha, no lograba concitar el apoyo de fuerzas sociales ni políticas con las cuales articular el gobierno. Simultáneamente, la coalición ibañista, carente de proyecto, se desangra en disputas internas por cuestiones menores. En el Congreso, la derecha y la izquierda concordaban en la crítica al Presidente; el Ibañismo, a la defensiva, respondía atacando al Parlamento y a los partidos políticos, los cuales, a su vez, reaccionaban temiendo que el General intentara asumir la totalidad del poder.

Aunque respaldado por una alta votación, Ibáñez del Campo, fue incapaz de cohesionar al heterogéneo electorado que le había dado el triunfo. El ibañismo reflejaba la intención de obviar los acuerdos de los sectores sociales e imponer la decisión del dictador. Sin embargo, Ibáñez cumpliría con todos los preceptos constitucionales impulsando la derogación de la ley de defensa de la Democracia y la reforma electoral que pondría fin al cohecho.

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1957 la opinión pública castigó la inoperancia del gobierno no votando por aquellos partidos que lo habían apoyado. El ibañismo bajó sus votaciones de un 28% a un 17% en menos de tres años. En el mes de abril estalló la violencia detonada por el alza del precio de la locomoción colectiva en Santiago y Valparaíso., comenzada por los estudiantes, luego se les unieron los obreros y por último se les sumó el *lumpen*, que se apoderó de las calles, manifestando su profundo descontento.

En 1961, se realizaron las elecciones parlamentarias y el gobierno perdió un tercio indispensable, debido al gran avance de la izquierda socialista (más cercana al marxismo) y el partido comunista, representado por Allende. Alessandri llamó entonces a los radicales al gobierno. La elección marcó un aumento de la D.C., de un 9,4% obtenido en 1957 a un 15,9%. Igualmente fortalecimiento obtuvo el Partido Comunista.

Durante el gobierno de Jorge Alessandri se reforzó la llamada "ayuda militar" de Estados Unidos al recibir Chile 22 millones de dólares, que sumados a "donaciones" anteriores, desde 1950, llegaban a 66 millones. Entre 1950 y 1965 se entrenaron 2.064 militares chilenos en las bases norteamericanas.

Ese entrenamiento, focalizado en las tácticas antsubversivas fue condicionando las lecturas de los militares. A principio de la década del 60, los libros más consultados en las bibliotecas militares, según el Memorial del Ejército de Chile eran: "La guerra de guerrillas", por el Tte. Crl. Enrique Blanche, "Guerra de Guerrillas" por el Dpto. de Instrucción, "Guerra Subversiva", por el Tte. Crl. Henry Grand D'Esnon (ejército francés), "La Guerra insurreccional", por el Tte. Crl. Carlos Neira Mattos, "Subversión-Propaganda-Rebelión", por el Mayor Sergio Fernández Rojas.

Jorge Alessandri reemplazó por decreto del 5 de abril de 1960 el Consejo Superior de Defensa Nacional por el Consejo Superior de Seguridad Nacional, integrado por los jefes de las ramas de las FF.AA., con la finalidad de explicitar el papel de los militares en la Seguridad Interna. De esta manera, a partir de 1960 pareciera ser que el restringido concepto de Defensa Nacional es reemplazado por el de Seguridad Nacional, que implica un énfasis creciente en las relaciones fundamentales: por un lado, en la relación entre conservación de la sensibilidad del país y por el otro, el desarrollo del conjunto de factores económico-culturales que contribuyen a un eventual esfuerzo bélico.

Con su base de sustentación política ampliada por el radicalismo Alessandri impulsó diversas medidas de reforma social, que son las resultantes de la intervención de estados Unidos a través de la Alianza para el progreso, impulsada por el presidente Kennedy, a partir de la Carta de Punta del Este, en que los países latinoamericanos se comprometieron a promover cambios, sin embargo, principalmente estaba destinada a disminuir la influencia del marxismo, luego de la Revolución Cubana, a manos de Fidel Castro y Ernesto "Che" Guevara.

En 1962 la inflación saltó de un 9,6% a un 27,7%; el año 1963 a un 45,3% y el 64 al 38,5%. Este hecho contribuyó al deterioro de la imagen de Alessandri a medida que las huelgas cundían, en un proceso que culminó con un paro nacional en noviembre de 1962.

Aunque con carácter limitado, las elecciones de 1963 tuvieron gran influencia, al proyectar sus resultados a las elecciones presidenciales de 1964. Esto dejó en claro que la derecha si lograba mantener su alianza con el radicalismo su triunfo estaba casi asegurado. El partido Demócrata Cristiano, por su parte daba muestras de un gran ascenso.

La izquierda, por su parte, levantó la candidatura de Salvador Allende, aunque al interior del FRAP las divisiones entre comunistas pro soviéticos y socialistas, más cercanos

al maoísmo y al castrismo, amenazaban con caer la candidatura allendista. La Democracia Cristiana proclamó a Eduardo Frei Montalvo bajo el lema de la *Revolución en Libertad* y con un programa en algunos aspectos similar al del FRAP, pero con un marcado énfasis en las vías constitucionales y legales de acción.

Luego del triunfo de Eduardo Frei, las primeras medidas tomadas por el gobierno fueron la reanudación de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y el inicio del denominado plan de “promoción popular”, que en su primera etapa consistió en superar drásticamente el problema del analfabetismo, para luego continuar con nuevas formas de organización popular: las juntas de vecinos, centros de madres, etc.

El plan de gobierno Demócrata Cristiano proponía las bases de un nuevo orden político, social y económico. Ellas eran la reforma agraria, la “chilenización” del cobre y la promoción popular. Luego de diversas maniobras publicitarias, en las elecciones parlamentarias de 1965, logra obtener una importante mayoría en la cámara de Diputados y de Senadores, lo que le permite en el mismo año enviar un proyecto de reforma de la constitución para modificar el derecho de propiedad y poder hacer efectiva la expropiación de tierras agrícolas, el cual obtuvo el triunfo con el apoyo de la izquierda. Con respecto a la promoción popular campesina, apoyada en una ley de sindicalización campesina, se tradujo en una fuerte politización del sector agrícola, la que fue estimulada por los partidos de izquierda. Por otra parte, mediante lo que llamó la “chilenización” del cobre, el Estado chileno adquirió gradualmente el 51% de la gran minería de ese metal.

En 1966, los partidos políticos Liberal y Conservador se fusionaron, luego de la derrota de 1965, para formar el Partido Nacional.

Por su parte, el partido Radical continuaba en su intento de apoyar a los distintos sectores con propósitos electorales, por lo que expulsó al sector más derechista, y así, de esta manera, nace el la Democracia Radical y simultáneamente el radicalismo, iniciaba una vertiginosa decadencia.

A partir de 1967 se inició así un progresivo distanciamiento de los sectores más rebeldes, que con inspiración marxista decidieron formar el MAPU. Además producto de divisiones de las Juventudes Comunistas y del Partido Socialista se creó el MIR en la Universidad de Concepción.

La segunda parte del gobierno de Frei, se caracterizó por una creciente inflación, cercana al 30%, una aguda agitación social, provocada principalmente por la izquierda, que mantuvo la actitud de negarle a la Democracia Cristiana el apoyo; la disociadora acción del MIR en las universidades y en los sectores afectados por la reforma agraria, el inicio de la Reforma Universitaria y el desorden ocasionado en la producción agrícola.

Llegado el año 1970, se enfrentaban tres proyectos políticos de carácter global y los dos con mejores posibilidades de éxito eran absolutamente excluyentes, la candidatura de Radomiro Tomic y la cuarta insistencia de Salvador Allende por alcanzar la presidencia en un conglomerado bautizado como Unidad Popular, con un programa que contenía 40 medidas para la creación de una república socialista que implicaba la expropiación de los minerales de cobre, de la banca, de las grandes empresas y de la profundización de la reforma agraria, además de un conjunto de otras medidas.

La Izquierda Comunista se gestó en 1929 como una tendencia en el interior del PC, adoptando ese nombre el 19 de marzo de 1933, en calidad de sección chilena de la Oposición Comunista Internacional, luego Cuarta Internacional o KOMINTERN. Sus divergencias se iniciaron en torno a la aplicación de la estrategia política nacional y al funcionamiento de la democracia interna. Pronto se elevaron a los problemas internacionales, al papel de Stalin y al proceso de burocratización de la Unión Soviética, definiéndose la Izquierda Comunista a favor de las posiciones de Trotsky. El Buró Sudamericano de la III Internacional, dirigido por Codovila, desde Argentina, expulsó al sector trotskista de las filas del PC chileno.

Capítulo 2. Los Partidos Políticos chilenos y su evolución.

Los Partidos Políticos a lo largo de la historia han tenido diferentes injerencias en la organización social del país, ya sea desde el poder o fuera de este. Quienes han llegado al poder, lo han hecho independientemente, mientras que otros lo han tenido que hacer mediante alianzas político-electorales, con el fin de captar la mayor cantidad de adherentes y por ende de votos posible. Además la participación de estos partidos en las decisiones que desde el poder legislativo emanan, unos lo han tenido que hacer dentro y otros desde fuera. Es por esto se han clasificado en partidos parlamentarios, entre los que se encuentran el Partido Conservador, el Partido Liberal, Radical, Partido Demócrata y Partido Nacional; y, extraparlamentarios, el Partido Socialista, el Partido Comunista, y el Partido Demócrata Cristiano.

Se presentan de esta manera los partidos políticos parlamentarios y extraparlamentarios desde una visión política y económico-social de los principios que cada uno de ellos proclama, presentando cada doctrina de la manera lo más completa posible.

2.1 Los Partidos Políticos y su importancia en la marcha de un país.

En términos generales es posible afirmar que el partido político es el instrumento que mediatiza la relación de los ciudadanos con el poder, permitiendo que enormes cantidades de ciudadanos puedan participar en la formación de la voluntad estatal. Así, se transforman en elemento fundamental del complejo proceso de formación de la voluntad política del Estado. Son el puente entre los grandes grupos ciudadanos y el poder político. Sin embargo, como ya señalamos, esta noción ha ido configurando y adquiriendo un perfil más claro a través de un proceso histórico que pasa por situaciones distintas.

Los diferentes autores ponen énfasis distintos en su idea de partido político.

Hans Kelsen establecía que “los partidos son formaciones que agrupan hombres de la misma opinión para asegurarles una verdadera influencia sobre la gestión de los asuntos públicos”.¹⁴

¹⁴ Hans Kelsen, “Esencia y valor de la democracia”. Ed. Guadarrama. España.1977.

Loewenstein, señala que los partidos en las organizaciones estatales constitucionales “llevan a cabo la designación de los detentadores del poder constitucional en el parlamento y el gobierno”.¹⁵

Otros autores como Duverger, definen a los partidos poniendo de relieve su estructura organizacional interna. De ahí que lo define de la siguiente manera: “partido es una comunidad de una estructura particular. Los partidos políticos modernos se caracterizan ante todo por su autonomía.....”, por las relaciones internas entre los miembros de la comunidad, “el microcosmos partidista debe ser puesto al descubierto para que se evidencien las características esenciales del mismo. Sólo así podrá apreciarse el grado de escisión entre sus pretendidas definiciones generales teóricas, o los intereses que dicen defender, y lo que realmente hacen, prefiguración de su aplicación futura desde el poder”.¹⁶

De acuerdo a Joseph La Palombara y Myron Weiner, las condiciones necesarias para la existencia de un partido político, son las siguientes:

- Una organización duradera, cuya esperanza de vida sea superior a la de sus dirigentes.
- Una organización local, estable y aparentemente duradera, dotada de relaciones regulares y diversificadas con el nivel nacional.
- Una voluntad deliberada de los dirigentes locales y nacionales para tomar y ejercer el poder -solos o en coalición-, y no sólo de influir sobre él
- El deseo de la organización de buscar un apoyo popular a través de las elecciones o de cualquier otro medio.¹⁷

Por último vamos a hacer referencia al concepto de partido político dado por los autores nacionales Humberto Nogueira y Francisco Cumplido, quienes señalan que éste “es una asociación permanente y voluntaria de ciudadanos que sustentan unos mismos principios o ideología sobre el quehacer social, cuya finalidad es participar en la formación de la voluntad política del Estado y realizar una acción política coherente con sus principios o ideología implícita o explícita de acuerdo al apoyo popular obtenido a través de la

¹⁵ Karl Loewenstein, “Teoría de la Constitución”, Pág. 37.

¹⁶ Maurice Duverger, “Introducción a la Política”. Págs. 83 y 84.

¹⁷ Joseph La Palombara y Myron Weiner. Political Parties and Political Development. Princeton University Press. Princeton. 1966.

presentación de candidatos para ocupar los cargos de gobierno del Estado en los distintos niveles o en los plebiscitos o referéndum”.¹⁸

Para Hans Kelsen los partidos políticos juegan un rol sustancial en la estructuración de un Estado de Derecho, de ahí que señalara en una de sus obras que “la democracia moderna reposa enteramente sobre los partidos políticos, cuya importancia es tanto más grande cuando el principio democrático recibe una aplicación más amplia”.¹⁹ A su vez, Daniel Seiler expresaba que “los partidos políticos constituyen el vehículo obligado de la democracia. El pluralismo de partidos y su competencia por el poder, a través del proceso electoral, son el pan cotidiano de la democracia.”²⁰

Los partidos políticos son de gran importancia en la marcha de un país y cumplen diversas funciones al interior de la sociedad política actual, dentro de ellas destacan las siguientes:

- a) Los partidos integran una gran cantidad de intereses, valores y creencias de la multitud de ciudadanos que forman parte de la sociedad, desarrollando programas de acción destinadas a mantener o reformar la realidad social existente.
- b) Los partidos desarrollan una función representativa, al ser los mediadores entre el ciudadano y el poder del Estado.
- c) Los partidos desempeñan una función de formadores de la opinión, contribuyendo a educar políticamente a los ciudadanos, al difundir sus programas de acción y de análisis crítico de los existentes y en aplicación.
- d) Los partidos encauzan y buscan resolver los conflictos existentes en el seno de la sociedad.
- e) Los partidos seleccionan en su interior a los dirigentes, orientando y promoviendo su carrera política y su acceso a los cargos de representación parlamentaria o de gobierno, como asimismo, encuadran la acción de ellos.

¹⁸ Humberto Nogueira y Francisco Cumplido, “Las Fuerzas Políticas en los hechos y en el derecho”, Pág. 54.

¹⁹ Hans Kelsen, “Esencia y valor de la democracia”. Ed. Guadarrama. España.1977.

²⁰ Daniel Seiler, Les partis politiques en Europe . Pág 3

- f) Los partidos contribuyen a organizar las elecciones, presentando sus candidatos y apoyándolos con toda su estructura organizativa, como también intervienen en todo el proceso electoral, velando por la corrección y transparencia de ésta.
- g) Los partidos políticos cumplen en el seno de los órganos estatales una función de tipo doble, según tengan una posición de mayoría o de minoría. En el primer caso, dirigen las instituciones públicas; en el segundo, controlan la acción gubernamental.
- h) Los partidos políticos desarrollan la función de estructuración de la sucesión política de los gobernantes.
- i) Los partidos contribuyen a reforzar el régimen político, dándole legitimidad y estabilidad al participar en él y aceptar sus reglas del juego.²¹

En definitiva los partidos políticos representan a los votantes, tanto individuales como en grupos, en sus opiniones e intereses. Esta representación permite la adecuada comunicación entre la sociedad y el Estado, ya que permite expresar y transmitir en forma organizada las demandas de la sociedad al Estado.

2.2 Los Partidos Políticos Parlamentarios.

Como anteriormente se mencionó, los Partidos Políticos han tenido una participación especial en el poder, ya sea en el ejecutivo, como en el legislativo. Es por esto que quienes han tenido mayor cantidad de adherentes y votos en cada una de las elecciones que se han llevado a cabo en este período han podido posicionarse en el parlamento marcando cierta presencia o tendencia política en cuanto a las decisiones que desde aquí emanan.

Es por esto que el criterio de clasificación de los Partidos Políticos que a continuación se presentan es la participación en el periodo parlamentario, en tanto ha sido, por una parte la forma legalista de intervención con matices estructuralistas de representatividad de un sector determinado de la sociedad, tomando en cuenta su historia

²¹ Humberto Nogueira y Francisco Cumplido, "Las Fuerzas Políticas en los hechos y en el derecho", Págs. 56, 57 y 58.

en el plano político de la época en cuestión, su organización interna y los principios políticos y económico sociales que rigen el accionar, principalmente en las estructuras representativas de la sociedad, y por otra parte, su influencia histórica en la creación de nuevos partidos políticos, movimientos o colectivos.

Según Bernardino Bravo Lira²², desde 1861 hasta 1891 tuvimos un gobierno de partido bajo la dirección del presidente. Desde 1891 hasta 1924 tenemos un gobierno de partido bajo la dirección de los jefes partidistas cuyas decisiones y acuerdos deciden la suerte de los gabinetes y con ello también la propia orientación del gobierno. Si en sus principios el gobierno de partido adoptó una forma presidencial, en donde correspondía al presidente decidir con qué partido gobernaba, durante el régimen parlamentario son los propios dirigentes partidistas los que deciden quién gobierna. Gobiernan aquellos que cuentan con el respaldo de los partidos que forman la mayoría en el parlamento. Los partidos de esta época son los mismos que existían desde 1857 y los mismos que subsistirán como mayoritarios hasta 1950. En primer lugar, está el Conservador, que fue el gran beneficiado con la supresión de la intervención electoral del Presidente. Después de 1891 apareció a la vista que el Partido Conservador tenía muchísima más fuerza que la que los radicales y liberales desde el gobierno le habían permitido exhibir bajo el régimen de intervención electoral. El Partido Conservador pasó a ser, después de 1891, el primero del país. Casi la misma fuerza que el Partido Conservador tiene el Partido Liberal, dividido en varias facciones. Entre ellas hay incluso una liberal balmacedista, que se organiza durante la presidencia de Jorge Montt. Luego está el Partido Radical, que es muy reducido todavía, pero que adquiriría relevancia en decenios posteriores. Desde 1887, o sea, desde poco antes de la revolución, se había constituido un nuevo partido, el democrático o demócrata, que es el único que se agrega a esta época al conjunto de fuerzas políticas existentes. Este Partido Demócrata busca su fuerza entre los artesanos, obreros y trabajadores manuales de las ciudades. No es un partido similar a los otros que están absorbidos por las cuestiones doctrinarias, en materia religiosa y en materia política.

²² Bernardino Bravo Lira, "Historia de las Instituciones Políticas de Chile e Hispanoamérica", Págs. 217 y ss.

2.2.1 El Partido Conservador.

Bajo la directiva de Joaquín Tocornal Jiménez, se organiza un conjunto de personas entre los cuales se encuentran Diego Portales, Joaquín Prieto, Mariano Egaña, Manuel Rengifo, Manuel Camilo Vial, y otros serían los progenitores del partido Conservador, el cual gobernará la República de Chile durante las administraciones de Prieto, Bulnes, y gran parte del decenio de Montt.

La armazón jurídica del régimen de Portales se sostiene en la Constitución de 1833, que fue la carta autocrática y aristocrática, y que significó el antecedente directo de la formación del partido Conservador.

En 1878, se celebra la 1ª Convención Nacional del Partido Conservador, presidida por el señor Domingo Fernández Concha, acto político que marcaría el nacimiento legal de este partido, pues en él se vitalizan sus cuadros y se aprueba el Programa, el cual propugna la descentralización administrativa; ampara las libertades electoral, de asociación, prensa, de enseñanza; sostiene las compatibilidades parlamentarias y se manifiesta defensor sin reticencias del catolicismo.

Posteriormente, en 1884, en 1891 y en 1895, se celebran la 2ª, 3ª, y 4ª Convenciones Nacionales Conservadoras. Esta última asamblea acusa importancia, pues ella, no sólo aprueba los Estatutos del Partido Conservador, sino que, además toma acuerdos “*para conservar el Orden Social Cristiano*”, preocupándose de la cuestión social y de la clase obrera

Tal posición, coincide con las enseñanzas derivadas de la encíclica “*Rerum Novarum*”, de León XIII, sería acentuada en la 5ª Convención Nacional en 1901, al introducir por primera vez en su Declaración Fundamental, que la “*suprema aspiración del Partido Conservador es el mantenimiento del Orden Social Cristiano*” y que “*en asuntos religiosos, el Partido Conservador se mantendrá en la debida sujeción a las enseñanzas y autoridad de la Iglesia*”.

En la mayoría de los Gobiernos que suceden después de la Revolución de 1891, el Partido Conservador asume responsabilidades ministeriales, debiendo abandonar esas tareas en 1938, con el triunfo del Frente Popular.

A raíz de la elección presidencial de ese año, se desprende la Falange Nacional, más tarde Partido Demócrata-Cristiano, que hacia 1935 constituía la Juventud Conservadora.

En la 13ª Convención Nacional, realizada en 1941, se da cuenta de ese hecho y, junto con reafirmar las bases inmutables y cristianas de los principios sociales y el mantenimiento del régimen democrático de Gobierno, se rechaza la doctrina comunista, principios que se vigorizan en la 14ª Convención Nacional en 1947.

Un año antes, en 1946, el Partido Conservador lleva como candidato a la Presidencia de la República al doctor Eduardo Cruz-Coke.

Con motivo de los sucesos políticos que se promovieron en 1948 en torno a la dictación de la Ley N° 8.987, de Defensa Permanente de la Democracia²³, el conservantismo se divide en dos sectores: tradicionalista y socialcristiano. El núcleo, llamado “rojo” de este último, se incorporará más tarde a la Falange Nacional, constituyendo con ésta, en Julio de 1957, el Partido Demócrata Cristiano. El otro grupo, llamado “azul”, se unirá al Partido Conservador Tradicionalista, dando vida, en Diciembre de 1953, al Partido Conservador Unido. Este último, en 1950, celebra una Convención Nacional, que corresponde a la 15 del partido conservados, en la cual se aprueba la declaración fundamental del partido.

Esta última asamblea encuentra al partido nuevamente en el gobierno, pues desde dos años antes, en 1948, durante la Administración de González Videla, participa en el Gabinete junto a liberales y radicales. Sólo se mantuvo alejado del poder durante el Gobierno de Ibáñez.

En la 16ª convención Nacional del Partido Conservador Unido, que tuvo lugar en octubre de 1954 y que dirigió don Juan Antonio Coloma, dicha colectividad, en el orden político, mantuvo sus declaraciones fundamentales en resguardo del régimen democrático y, en cuanto al sistema de gobierno, declaró que *“el Partido aspira a un régimen parlamentario disciplinado, sobre la base de mayorías estables, en que los Ministros no deben renunciar sino ante el voto de la mayoría de los Diputados en ejercicio y en el cual*

²³ “Se prohíbe la existencia, organización, acción y propaganda, de palabra, por escrito, o por cualquier medio, del Partido Comunista y en general toda asociación, entidad, partido, facción o movimiento, que persiguieran la implantación en la República de un Régimen opuesto a la Democracia o atentatorio a la soberanía del país”. Ley 8.987 de Septiembre de 1948.

*el Presidente de la República puede disolver la Cámara de Diputados, por una sola vez en el período presidencial”.*²⁴

En octubre de 1962, junto a los Partidos Liberal y Radical, el conservantismo integra el Frente Democrático y, el Junio de 1963, acordó apoyar la candidatura del Senador del Partido Radical, Julio Durán Neumann, para los comicios presidenciales de Septiembre de 1964.

Posteriormente, en marzo de 1964, queda desahuciado el Frente Democrático y los conservadores se suman a la candidatura del senador demócrata-cristiano, don Eduardo Frei Montalva.

El Partido Conservador, en resumen, disminuyó su votación entre 1932 y 1965, como puede apreciarse en el siguiente cuadro:

----- A diputados: -----			
Elecciones	Nº Votos	%	Elegidos

1932	55.259	16,9	34
1937	87.845	21,3	35
1941	77.243	17,2	32
1945	106.264	23,6	36
1949	105.603	22,7	33
1953	109.715	14,5	18
1957	154.877	17,1	24
1961	197.151	14,7	17

Fuente: Dirección del Registro Electoral.

Los conservadores sufrieron varias divisiones. En 1932 se desprendió el grupo Conservador Independiente; en 1938 se apartó otro sector formando la Falange; en 1949, a raíz de la incorporación de 3 conservadores en el gabinete de "Sensibilidad Social", designado por el Presidente González Videla, se produjo una escisión en el Partido Conservador, dando lugar al Partido Conservador Tradicionalista, que en las elecciones de ese año obtuvo 7.485 votos y 2 diputados. En las elecciones a diputados de 1953 y 1957, los conservadores volvieron a presentarse divididos en dos listas.

²⁴ Sergio Guisasti, "Partidos Políticos Chilenos", Pág. 25.

La organización interna, según los estatutos del Partido Conservador, aprobados en la 17ª Convención Nacional, aquél “es una colectividad política chilena, de inspiración cristiana y democrática”.

Las actividades internas del Partido se desarrolla a través de los siguientes organismos y autoridades: la Asamblea Comunal, el Directorio Comunal, el Directorio Departamental, el Presidente Provincial, el Consejo Provincial, el Presidente del Partido, las Comisiones Superiores, la Junta Ejecutiva, el Directorio General, el Tribunal Superior y la Convención Nacional.

El fundamento filosófico del Partido Conservador es el catolicismo. Lo dice clara y enfáticamente, la Declaración Fundamental del programa.

El partido tiene como suprema aspiración el *orden social cristiano*, en el cual todas las fuerzas espirituales, sociales, jurídicas y económicas cooperan al bien común según los dictados de la justicia y de la caridad.

Conforma sus *doctrinas fundamentales* a las enseñanzas de la Iglesia y entiende y sustenta los derechos, deberes y libertades en el sentido católico.

Sostiene que existen derechos y deberes naturales, no derivados del Estado, sino anteriores y superiores a él, y que esos derechos y deberes forman la base sobre la cual debe establecerse el orden jurídico positivo.

Este orden social cristiano, no se identifica con ninguna estructura política, social o económica determinada, pero tiene un insustituible fundamento: la cooperación de todas las fuerzas humanas al bien común y el sometimiento de todas ellas a los imperativos de la justicia y, más aún, a los dictados de la caridad. Esta aspiración fundamental, debe presidir y orientar la acción conservadora.

Dentro del pensamiento llamado cristiano, el conservador acepta el único que constituye la exacta y legítima definición de las doctrinas de Cristo: el catolicismo. Es por ello que el partido conforma sus doctrinas fundamentales en las enseñanzas de la Iglesia, en esta materia, es la de señalar cuales son los grandes principios morales que han de regir la conducta individual y social, sin penetrar en aquellos tópicos sobre los cuales los católicos pueden sustentar lícitamente ideas y posiciones diferentes.

La enseñanza de la Iglesia, en todos los campos de la Moral, alcanza hasta los principios básicos de orden político y social, pero son los partidos políticos, y no la Iglesia, los llamados a aplicar esos principios a los problemas contingentes, eligiendo entre todas las posiciones lícitas la que estimen mejor. De ahí que ningún partido político pueda atribuirse la representación de la Iglesia, y que ésta no pueda asumir la dirección de los partidos.

Se ha calificado a este partido como “clerical”, entendiendo el “clericalismo” la intromisión exagerada del Clero en la política. La casi totalidad de los conservadores, ha manifestado decidirse partidarios de que el Clero no se mezcle en las luchas partidistas, y tal es el pensamiento oficial del Partido.

La afirmación católica de la Declaración Fundamental no excluye, por cierto, la tolerancia con las ideas ajenas. *“Creemos firmemente en los dogmas católicos, pero no negamos que, fuera del campo de los dogmas, podemos nosotros no tener toda la verdad y pueden nuestros adversarios tener una parte de ella. De ahí consideramos conveniente y necesario el juego de las distintas ideas y de los partidos que las representan”*²⁵

Según Francisco Bulnes, hay profundas diferencias entre la Falange Española, emparentada con el fascismo, y la Democracia Cristiana de Alemania, eminentemente democrática; entre el Partido Social Cristiano de Bélgica, monárquico y derechista en su mayoría, y el Movimiento Republicano Popular de Francia, predominantemente izquierdista, además de la Democracia Cristiana de Italia, que incluye desde elementos de extrema derecha hasta elementos definidamente izquierdistas.

La Democracia que el conservantismo promulga es una democracia orgánica, la del Gobierno “en forma”, donde impera el principio de autoridad, donde las autoridades tienen atribuciones suficientes para ejercer su ministerio y donde las libertades públicas son amplias, pero no llegan siquiera a la licencia.

Como consecuencia de la convicción democrática, y también de la inspiración católica, se consideran anticomunistas. *“Es evidente que el comunismo se combate con el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo; pero como asociación ilícita, revolucionaria, especialmente peligrosa, ya que puede paralizar a un país entero si se inmovilizan unos pocos centros vitales. El comunismo debe ser combatido también*

impidiendo su organización, acción y propaganda, y cerrando a sus personeros el acceso a los cargos públicos y sindicales”²⁶

Otras convicciones del Partido Conservador son la propiedad privada y la empresa particular (concebida como derecho natural), pero que deben estar limitadas en sus derechos. No aceptan el Estado empresario, pero consideran útil la intervención del Estado para orientar la economía y obtener de ella el mayor beneficio social. Declaran tener siempre presentes en el pensamiento y acción, las doctrinas económico-sociales de los Papas, que se refieren especialmente a las relaciones entre Capital y Trabajo y que están definidas en las Encíclicas “Rerum Novarum” y “Quadragésimo Anno” y en otros documentos pontificios.

La administración debe estar descentralizada, otorgando a los Intendentes y Gobernadores mayores atribuciones y prerrogativas, robusteciendo a las Municipalidades, creando diversas instituciones consejos provinciales y adoptando todo un conjunto de medidas adecuadas. Deben existir los Tribunales Administrativos, con el objetivo de resguardar a los particulares contra el error, la injusticia y desidia de los funcionarios públicos.

El Partido sustenta, una comunidad internacional regida por los principios cristianos y respetuosa del Derecho Natural. Propicia la igualdad jurídica de los Estados, el respeto de su integridad espiritual y material, la no intervención de un Estado en los asuntos meramente internos de otro y la Observancia de los Derechos y Deberes Fundamentales de los Estados, definidos en la Convención de la Habana en 1928.

Aspira, además, al fortalecimiento de la Organización de las Naciones Unidas y de la Corte Internacional de Justicia. También anhela la unidad espiritual de las naciones iberoamericanas y el acercamiento económico y legislativo entre ellas, como medio de realizar paulatinamente la integración de Iberoamérica, indispensable en un mundo que cada vez se caracteriza por el agrupamiento de los distintos pueblos en grandes Estados o Confederaciones.

El Estado, para el conservantismo, debe amparar y proteger a la Familia y la Iglesia en el cumplimiento de sus funciones educacionales.

²⁵ Memorias de Francisco Bulnes Sanfuentes, Presidente del Partido Conservador.

²⁶ Ibid.

En lo económico-social, propugna la sujeción de la economía a la moral, la colaboración de los factores de la producción y la desaparición de la conciencia clasista, para ser reemplazada por la función social. El socialcristianismo, no concibe la inmutabilidad de las leyes económicas, pero tampoco concibe que la economía natural pueda ser distorsionada, moldeada por el ser humano. No admite privilegios, aspirando a que cada ser humano sea propietario, mediante la capitalización y la planificación de la economía.

El Partido Conservador propone, para obtener el máximo rendimiento de los recursos naturales y humanos en este periodo, los siguientes objetivos:²⁷

- Diversificación de la economía, de modo de no depender de la producción de materias primas.
- Complementar el plan de industrialización, mediante el aprovechamiento intensivo de las fuentes de energía y la dictación de medidas que favorezcan el desarrollo de la industria nacional.
- Fomentar la explotación técnica e intensiva de campos, procurando mejorías en el sistema de regadíos, la mecanización agrícola la formación de técnicos, etc.
- Incorporar a la producción grandes zonas del territorio inaprovechadas en este período.
- Procurar el fomento de la minería y, en especial del cobre y salitre.
- Desarrollo de la pesca, plantas de celulosa, etc.
- Participación general de los asalariados en las utilidades de las empresas.
- Despolitización de los sindicatos.
- Reglamentación del derecho de huelga.
- Reforma educacional que tienda a crear técnicos y trabajadores, que contribuyan al fomento de la producción nacional, dando así expectativa de surgimiento al obrero especializado.

²⁷ Sergio Guilisasti, "Partidos Políticos Chilenos", Pág. 69.

2.2.2 El Partido Liberal.

En 1892, se reúne el Partido Liberal en una gran Convención, presidida por don José Besa, en la que se aprueban los Estatutos y el Programa, que propugna el afianzamiento y perfeccionamiento del régimen de gobierno representativo-parlamentario, a través de “elecciones populares absolutamente libres”. Asimismo postula la restricción de las excesivas facultades de los poderes nacionales o locales”

Con la elección presidencial de 1920, se cierra la República Parlamentaria, en la cual el Liberalismo ejerció influencia desde el Parlamento, el gobierno y la prensa. Durante la Administración Alessandri, se promulga la Constitución de 1925 y las primeras leyes protectoras del trabajo.

En Diciembre de 1931, se realiza la 5° Convención del Partido Liberal, presidida por don Gonzalo Bulnes, la cual puede calificarse ajustadamente como el torneo de la unidad del partido, pues participan en él elementos provenientes de grupos políticos afines, como el Partido Liberal Unido, el Liberal Democrático, el Liberal Aliancista, el Liberal Unionista, el nacional y la Unión Republicana. En dicha asamblea se aprueba el Programa del Partido Liberal que propugna “el respeto a la libertad del individuo en armonía con la solidaridad humana y la justicia social”. Asimismo, en lo político, “acepta la Constitución dictada en 1925 y el régimen de presidencial de gobierno que en ella se establece.”

Retornada al país, en 1932, la normalidad constitucional con la segunda Administración Alessandri, el liberalismo, unido en un solo haz, celebra, en Octubre de 1933, su 6° Convención, que contó con la extraordinaria asistencia de 1.491 convencionales, presididos por don Luis Claro Solar.

Un año después del triunfo del Frente popular, que llevó al poder al Radicalismo, el Partido Liberal, en octubre de 1939, se reúne en su 7° Convención Nacional, que dirige don Pedro Opazo Letelier.

La 8° Convención que, bajo la presidencia de don Gustavo Rivera Baeza, sesionó en diciembre de 1947, se caracteriza por la acentuación de la línea anticomunista. En efecto, por asentimiento unánime, se aprueba “la petición de declarar el comunismo fuera de la ley”, propósito alcanzado en año después, con la dictación de la Ley N° 8.987, de defensa de la Democracia.

En octubre de 1959, tiene lugar la 9ª Convención. Presidió sus destinos el actual senador don Hugo Zepeda Barrios.

En unión de radicales y conservadores, el liberalismo integra, en octubre de 1962, el frente democrático, materializando así una correlación de fuerzas políticas que han venido participando, desde 1932, en casi todos los gobiernos que se han sucedido.

Su Director General, reunido en Junio de 1963, acordó por amplia mayoría, proclamar la candidatura presidencial del senador radical don Julio Durán Neumann, para las elecciones de septiembre de 1964.

Sin embargo, desahuciado el Frente Democrático en marzo de este último año, debido al resultado de una elección extraordinaria de diputado por Curico, el liberalismo, por acuerdo mayoritario de su directorio General reunido el 23 de abril resolvió apoyar al candidato de la Democracia Cristiana, senador Eduardo Frei Montalva.

El Partido Liberal tuvo altibajos en su votación, como lo muestra el siguiente cuadro de la Dirección del Registro Electoral:

A Diputados:			
Elecciones	Nº Votos	%	Elegidos

1932	32.645	10,6	18
1937	85.515	20,8	
1941	63,118		
1945	90.446	20,1	34
1949	90.013	19,4	35
1953	84.924	10,5	23
1957	139.071	15,8	32
1961	221.361	16,5	28

El partido Liberal se presentó dividido en dos listas en las elecciones de 1937. El paso más grave lo dio la Derecha en 1946. Según Sergio Onofre Jarpa: *"La quiebra de la Convención Presidencial de 1946 demostró la carencia de visión política de los dirigentes de los partidos derechistas (...) Impidieron la designación de Jaime Larraín (...) cuya integración en la Derecha había significado una reordenación política y social de*

trascendencia histórica (...) Consecuencia de la miopía política de los dirigentes de los partidos de Orden fue la derrota de Eduardo Cruz-Coke, candidato conservador y Fernando Alessandri, candidato liberal (...) Los partidos de derecha habían dejado de ser motor, como en el siglo pasado".

Después de haber estado de 1932 a 1950 marginada del aparato del Estado, aunque formalmente, la Derecha aceptó incorporarse al Ministerio de "Sensibilidad Social" del Presidente González Videla. En su calidad de Ministro de Hacienda, Jorge Alessandri y la Derecha pudieron haber planteado un nuevo plan capitalista, pero su programa no iba más allá de la estabilización de salarios.

Es importante señalar que la derecha recién después de medio siglo volvió a ganar en 1958 con Jorge Alessandri una elección presidencial. La última vez había sido con Juan Luis Sanfuentes en 1915.

A su vez, el Centro político y la Izquierda (PR, PS, PC), no habían ganado una elección presidencial hasta 1938. Otra votación histórica de esta alianza fue la elección de 1941: un 59,24% para el Frente Popular, que por primera vez obtuvo mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. En las elecciones parlamentarias de 1945 logró un 1% de votos más que la Derecha.

La acción del partido se desarrolla, en el campo político, principalmente a través de los siguientes organismos:

- La Convención General.
- El Tribunal Supremo.
- El Directorio General.
- El Consejo Nacional.
- La Junta Ejecutiva.
- Los Consejos Agrupacionales, y
- Las Asambleas.

Además es secundada por organismos como la Juventud Liberal, la Sección Femenina y la organización gremial, y los siguientes Departamentos: de Municipalidades; Electora; Relacionador; de Administración y Finanzas; de Prensa; Propaganda y Publicidad; de Acción Social y Cultural; de Estudios; Técnico y de Comisiones; Femenino;

Gremial y Universitario, Secundario y Estudiantil. Todos ellos dependen de la Junta Ejecutiva, quien nombra sus Directores.

El Organismo con más influencia, dentro del Partido, es la Junta Ejecutiva, que la integran los miembros de la mesa, dos senadores, tres diputados, cuatro miembros no parlamentarios, los presidentes de la Juventud, de la Sección Femenina y de la Organización Gremial, un alcalde o Regidor y dos representantes elegidos por los ex-presidentes del partido.

A la Junta Ejecutiva corresponde, entre otras obligaciones, velar por los intereses del partido, dirigir su marcha política, autorizar a su miembros para formar parte de cualquier Ministerio o aceptar cargos políticos, reorganizar o disolver cualquiera asamblea, elegir los candidatos a Senadores o Diputados, y pronunciarse sobre la expulsión de algún miembro del partido.

Cada cinco años, por lo menos el liberalismo celebrará una convención general, a la que corresponderá, entre otras cosas, revisar el Programa del partido, modificar su Estatuto Orgánico y adoptar los acuerdos, declaraciones y recomendaciones que estime convenientes.

En cuanto a los principios rectores del liberalismo, encontramos en las memorias de Eduardo Moore²⁸ la *“(...)libertad propia del hombre, en los espíritus y hábitos, en la política y el trabajo, alejada de dogmatismos, permitiendo a las personas tan sólo vivir el liberalismo, (...) como lo hizo Portales, que tuvo que poner una ley dura en las manos firmes de un gobierno para asegurar el ejercicio de la libertad y el goce real de derechos cívicos, para rodear al individuo de un ambiente de dignidad(...)”*.

Como respuesta a los pensamientos de Marx, Eduardo Moore establece que *(...) la lucha de clases va desapareciendo sin obedecer a causas, (...) mediante la difusión de la enseñanza en todas las capas sociales determinadas por las diferenciaciones individuales (...)*

En relación a los sistemas de gobierno, el partido Liberal plantea la democracia como la única forma digna de dirigir a un pueblo, de conducir los destinos de una

²⁸ Sergio Guilisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 83.

colectividad. Agregando, además, la cultura cívica de las masas, al que le permite a los individuos discriminar libremente, elegir soluciones.

En cuanto al sufragio universal, el Partido Liberal se declara partidario de mantenerlo, evitando así cualquier tipo de enfrentamiento con uso de violencia, defendiendo la libertad en el ejercicio de este derecho frente a la presión de gobiernos o de organizaciones y grupos contrarios a la democracia, asegurando así al régimen democrático, su única base firme y estable: la conciencia ciudadana.

Entonces, el partido Liberal, preconiza un sistema político en que individuos y sociedad encuentran un perfecto equilibrio. Ni la personalidad individual es absorbida y anulada por el Estado, ni este es despojado de su función rectora y orientadora, de la vida en común. El individuo detenta, frente al Estado derechos inalienables, y el Estado reclama, a su vez, de cada individuo, un comportamiento en armonía con las exigencias del interés colectivo que él representa.

El Liberalismo, según Pablo Aldunate²⁹, en relación a lo económico-social, corresponde al bienestar, en lo material, entendido como la abundancia de bienes de consumo y de trabajo bien remunerado para adquirirlos. Este bienestar, que se expresa en condiciones de vida elevadas, es, pues, una consecuencia del capital que se ponga al servicio del hombre y de las condiciones y aptitudes de este para explotarlo provechosamente.

La propiedad de los bienes es de alguien, ya sea del estado o privado. Por lo tanto, el capital existe incondicionalmente, y negarlo, sería equivalente a negar la existencia de bienes de producción, por ende, o hay capitalismo estatal o privado. El Liberalismo considera que, como norma general el capital debe estar en manos de privados. Para ello el liberalismo se funda en las siguientes razones:

- Porque los bienes rinden frutos mucho más abundantes y a un costo mucho mas bajo en manos de particulares y porque las iniciativas privadas y el incentivo particular son mucho más eficaces que el menos malo de los funcionarios en la explotación de tales bienes de producción, y

²⁹ Sergio Guilisasti, "Partidos Políticos Chilenos", Pág. 107.

- Porque los bienes de capital, en manos de particulares, constituyen el único sistema que asegura la democracia, la libertad y la dignidad para el hombre.

Para el liberalismo, el capital y los bienes de producción, en manos de los particulares, generan bienes de consumo mucho mejores, más abundantes y baratos; crean más trabajo, mejor remunerado y, finalmente permiten el funcionamiento de la democracia, que da vida a hombres libres y dignos.

2.2.3 El Partido Radical.

Durante la época de la Independencia y en los años posteriores de la Anarquía (1823-1830) y del Gobierno de Prieto (1831-1841), el clima no fue favorable para el desarrollo de una ideología que, no sólo entrañaba la negación del mando, sino que encarnó la antirreligiosidad.

Sólo en 1844, y a raíz del proceso seguido a Francisco Bilbao por su artículo “Sociabilidad Chilena”, que apareció en las columnas de “El Crepúsculo”, en el que proclamó sus ideas de Libertad e Igualdad, toma mayor cuerpo el radicalismo. Las ideas renovadoras de Bilbao se difundieron rápidamente en la juventud intelectual de esos años y encontraron una cálida acogida en la “Sociedad de la Igualdad”.

En 1875 se estructura la Alianza Liberal-Radical, ingresando al Gabinete -el 19 de Abril-, como Ministro de Relaciones Exteriores, don José Alfonso, el primer radical que llegó al poder. Dicha combinación de gobierno realiza una gran tarea legislativa, reformando la Constitución de 1833, a fin de despojarla de sus originales características de aristocrática y autocrática.

En Noviembre de 1924 se reúne la 7ª Convención Radical, en la cual se condena el movimiento militar “porque considera que la intervención de las fuerzas armadas en el gobierno de una República es contraria a la esencia misma de un régimen republicano”. Esto ya que en septiembre del mismo año se produjo el famoso “Ruido de Sables” en el Congreso Nacional, y el país se encontraba bajo un gobierno de facto.

A través de la combinación política denominada Alianza “Liberal”, el radicalismo participa de las tareas gubernativas desarrolladas por las Administraciones de la República Parlamentaria.

Recobrada la normalidad constitucional con el regreso al país del señor Arturo Alessandri Palma, se realizó la 8° Convención en abril 1925, presidida por el señor José María Sepúlveda Bustos, en la cual se promulga es establecimiento entre las normas constitucionales de la facultad del presidente de la República para disolver el Congreso, por una sola vez, en un período; y la facultad del Parlamento para destituir al Presidente de la República, destitución que, al acordarse, debería ser sancionada por un plebiscito.

En septiembre del mismo año, se llevó a cabo la 9° Convención, en la cual se proclamó candidato a la república a Armando Quezada Acharán, postulación a la que renunció muy pronto, debido a la situación de dictadura que se vivía entonces.

El 6 de diciembre de 1931, dos días después de haber asumido la Presidencia de la República don Juan Esteban Montero, personero radical que triunfó con el apoyo de liberales y conservadores, se reúne el radicalismo en su Décima Convención, dirigida por don Alfredo Guillermo Bravo, torneo en el cual se propugna el reemplazo del régimen capitalista y se repudia toda clase de dictaduras, sean militares, capitalistas o proletarias.

En esta Convención se declaran los siguientes principios:³⁰

- Que el régimen capitalista, en que se apoyan fundamentalmente el individualismo y la propiedad privada de los medios de producción ha hecho crisis.;
- Que el régimen capitalista debe ser reemplazado por un régimen en que los medios de producción sean patrimonio de la colectividad y el principio individualista sea reemplazado por el de solidaridad social.;
- Que, como medio de llegar a este régimen social, el partido radical preconiza el proceso evolutivo, debiendo comenzar en Chile por la expropiación, a justo precio, de los grandes medios de producción, hasta obtener que todos estos sean patrimonio de la colectividad;
- Que siendo una realidad social la lucha de clases, el partido radical, esta de parte de los asalariados que pretenden la reivindicación de derechos sociales que eliminarían

³⁰ Sergio Guilisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 136.

esta lucha, mientras la solidaridad social no sea para la organización económica de la sociedad;

- Que la plena libertad no existe mientras no se posea la libertad económica y, como las clases asalariadas no cuentan con ésta dentro del actual régimen capitalista, el partido Radical reconoce en la organización sindical un medio de obtenerla;
- El Partido Radical repudia, toda clase de dictaduras, sean militares, capitalistas, proletarias, etc.

Estas aspiraciones programáticas se perfeccionan en la 11° y 12° Convenciones, presididas por Octavio Señoret y Juan Antonio Ríos, tienen lugar en junio de 1933 y en marzo de 1936, respectivamente.

En 1932, había sido derrocado don Juan Esteban Montero, estableciéndose la llamada “República Socialista”, y el, 24 de diciembre de ese mismo año, asumía la presidencia por segunda vez, Arturo Alessandri Palma.

En mayo de 1937, el radicalismo acordó su retiro del gobierno y “mantener, en todas su partes, el Pacto del Frente Popular”. Combinación política que, en octubre de 1938, eligió Presidente de la República a don Pedro Aguirre Cerda (1938-42), inaugurando así la “Era de gobiernos radicales”, que integraron además las Administraciones de los ex-presidentes Ríos Morales (1942-46) y González Videla (1946-52), periodo en el cual se dio gran impulso a la industrialización del país (electricidad, petróleo, acero), planificándola técnicamente a través de la Corporación de Fomento de la Producción, creada durante la Administración de Aguirre cerda.

En los años 1939, 1941, 1944, 1946 y 1949, tienen lugar la 13° a 17° Convenciones radicales, presididas las dos primeras por González Videla y Rudesindo Ortega, y las tres últimas por Alfredo Rosende Verdugo, respectivamente. Sin enmiendas de fondo, todas estas convenciones mantienen el programa radical aprobado en anteriores asambleas.

Transcurridos cuatro años de la Administración González Videla, se celebra, en 1951, la 18° Convención, que dirige Ángel Faivovich. En ella, se aprobó un voto político destinado a prohibir todo entendimiento con los partidos Liberal, Conservador Tradicionalista y Comunista debido a la imposibilidad de realizar una obra efectiva y progresiva, de acuerdo con su ideario y su programa, en unión de fuerzas doctrinariamente antagónicas. De esta manera el radicalismo rompía oficialmente con el Partido Comunista,

su ex-aliado del Frente popular, y con las dos tiendas que le acompañaron en el gabinete de “Concentración Nacional”.

Triunfante en 1952 el General Ibáñez del campo, que puso término a la “era radical”, este partido en la 19ª Convención (1953), presidida por don Julio Durán, acordó colocarse en la Oposición, conducta que mantuvo sin alteración durante toda la segunda Administración Ibáñez. En su Declaración Fundamental, que fija el pensamiento radical, en el que se reitera que el radicalismo se fundamenta en el principio de la “evolución”.

En consecuencia, el partido Radical declara que considera necesarias las siguientes premisas para el establecimiento de una sociedad sin clases que garantice al individuo una vida libre y digna, con el pleno goce de beneficios materiales y espirituales creados por la civilización:³¹

En orden político:

- El mantenimiento del régimen democrático y del sistema representativo de gobierno basado en el libre desarrollo de las corrientes de opinión expresadas por los partidos políticos;
- El respeto absoluto a la libertad de las personas, de opiniones y creencias;
- El repudio a toda clase de dictaduras, y
- El reconocimiento, como base de las relaciones entre los hombres, de los principios contenidos en la Declaración de los Derechos Humanos, proclamados por las Naciones Unidas.

La 20ª Convención, efectuada en 1957, introdujo leves enmiendas al programa. La dirigió Raúl Retting, quien asimismo, asumió la presidencia de la 21ª Convención, que se reunió en junio de 1961. En esta, se aprobó un voto político en el cual se dice que el Partido Radical se define por su doctrina socialista democrática. Además, se pronunció por el sistema de la democracia Representativa; la Democratización de la enseñanza; la Reforma Agraria; el perfeccionamiento de la seguridad social; el establecimiento de un régimen tributario que permita una justa redistribución de la riqueza y de la renta nacional, de modo de dar acceso a la clase trabajadora a los beneficios tanto de los bienes de consumo como de capital; la nivelación de pensiones y una política habitacional.

³¹ Sergio Guisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 162.

En agosto del mismo año, y hasta septiembre de 1963, el partido Radical comparte responsabilidades ministeriales y políticas con liberales y conservadores, en el gobierno del señor Jorge Alessandri Rodríguez. Tras nueve años de ausencia, regresó a la moneda, pero por un corto período.

Sin embargo, debían pasar todavía catorce meses, para que dicha combinación política se estructurara orgánicamente en el Frente democrático, el cual, en agosto de 1963, proclamó al senador radical don Julio Durán Neumann como su abanderado para la lucha presidencial de septiembre de 1964.

Posteriormente desahuciado por el radicalismo, en marzo, el pacto del Frente Democrático, el señor Durán prosigue su campaña sólo con aportes políticos de su partido.

Marcial Mora, plantea las siguientes constantes ideológicas, fundadas en principios filosóficos. (...) *La organización social debe ser de tal naturaleza que en ella pueda el hombre realizarse íntegramente. Para esto existe una condición inexcusable: la libertad. Si nos referimos al Estado como a la Nación políticamente organizada se nos presenta de inmediato la antinomia de dos conceptos: libertad y organización.*

Se suele plantear este problema en los siguientes términos:

- *La sociedad está al servicio del individuo, puesto que ella no es sino la suma de dos componentes. Una sociedad será feliz en tanto cuanto lo sean los individuos que la componen. Luego la sociedad políticamente organizada debe actuar en función del individuo.*
- *El individuo se debe a la sociedad, esta no es la suma de los individuos que la componen. Posee personalidad propia que la convierte en algo más que una simple yuxtaposición de individuos. Y aún si fuera así, el todo es más importante que cada una de las partes y estas deben subordinarse al todo.*

Los principios arguyen: no hay democracia si no se respetan las libertades de los individuos, los segundos redarguyen: la democracia es el gobierno de la mayoría.

Naturalmente, ambas actitudes no se presentan de esta manera elemental y simple. En ambas hay infinitas implicancias y sutiles derivaciones, pero en lo substancial es lo que dejamos expresado.

El Radicalismo cree que no se puede, lealmente plantear a individuos y sociedad en forma antinómica. No actúan en oposición sino en simbiosis. Se beneficia a la sociedad

beneficiando a cada uno de sus miembros y, a la inversa, se beneficia el individuo cuando se beneficia a la sociedad.

Todo el problema radica en una cuestión de proporciones, de límites (...)³²

El Partido Radical, el principal partido de centro entonces, mantuvo un constante crecimiento, como lo demuestran las siguientes cifras de la Dirección del Registro electoral:

A Diputados:			

Elecciones	Votos	%	Elegidos

1932	59.413	18,2	34
1937	76.941	18,7	29
1941	98.246		44
1945	89.922	24,0	39
1949	100.869	21,7	34
1953	106.000	14,0	19
1957	188.526	21,4	36
1961	296.704	22,1	39

El radicalismo también fue afectado por escisiones: en 1941 con la formación de la tendencia antifrentista, liderada por Alfredo Duhalde y Marcial Mora; en 1946 por la corriente opuesta a la alianza con el PC, que dio lugar al Partido Radical Doctrinario, encabezado por Julio Durán y Juan Luis Maurás; en 1958 volvió a dividirse entre las candidaturas de Bossay y Julio Durán.

Detrás de estas crisis estaban nuevos intereses, pues había cambiado el tipo de afiliados. Al Partido Radical, en ascenso desde los gobiernos del Frente Popular, se fueron incorporando industriales, gerentes de bancos, grandes y medianos comerciantes, sectores acomodados del agro, además de un gran contingente de profesionales y capas medias asalariadas

En cuanto a su organización, las Asambleas del partido son organismos deliberantes y resolutivos; constituyen la base democrática del partido; tiene por objeto propagar la doctrina, estudiar los problemas políticos, económicos y sociales, y ejercer todas las actividades dentro de su jurisdicción.

³² Sergio Guilisasti, "Partidos Políticos Chilenos", Pág. 167.

En cada provincia del país, existe un consejo Provincial, que es el organismo ejecutor de las resoluciones del Comité Ejecutivo Nacional en la respectiva zona. Este comité Ejecutivo Nacional, es la autoridad máxima del partido en receso de la Asamblea Nacional y de las Convenciones. Se compone de once vocales no parlamentarios, dos senadores, dos diputados, el Presidente de la Juventud Radical, el Presidente de la Organización Nacional Sindical, el presidente de la Organización Nacional de Regidores y la Presidenta de la Organización Nacional Femenina.

Entre otras, el Comité Ejecutivo Nacional, que elige a la Mesa Directiva, tiene atribuciones para dirigir la política del partido; hacer cumplir los acuerdos de las convenciones de la Asamblea Nacional; autorizar a los radicales, cuando lo estime necesario, para que acepten cargos públicos y poner término a estas autorizaciones cuando así lo aconsejen los intereses superiores del partido; determinar el número de candidatos a elegir de elección popular que presentará el partido en cada circunscripción electoral; fijar directivas a la acción de los parlamentarios y suscribir pactos políticos y electorales, debiendo someterlos a la ratificación de la Asamblea Nacional.

En receso de las convenciones nacionales, dicha Asamblea es el organismo superior del partido y está facultada para considerar la posición política de aquel.

La autoridad suprema del radicalismo es la Convención Nacional y únicamente ella puede establecer la Declaración de Principios, el Estatuto Orgánico y el Programa del partido, fijando la posición política del mismo, la que puede ser revisada por la Asamblea Nacional. La Convención Nacional se reunirá ordinariamente cada cuatro años.

2.2.4 El Partido Demócrata.

Nació a la vida política el 2 de noviembre de 1887 como un partido de extracción netamente obrera y como la expresión política de la clase trabajadora. Se originó en el Partido Radical, ya que un grupo de dirigentes de este partido, encabezados por Malaquías Concha, reunieron a los radicales que estaban disconformes con la política del Partido Radical, especialmente en lo que refería al acentuado anticlericalismo, y algunas agrupaciones obreras.

Una de las primeras actuaciones públicas del nuevo partido tuvo lugar en 1888 con ocasión de las protestas que originó el alza de las tarifas de los carros urbanos. En los desordenes que se siguieron cayó preso uno de los dirigentes, Antonio Poupin, pero en pocos días después fue puesto en libertad.

En 1889, tuvo lugar la primera Convención del partido, en la cual se aprobó su programa, cuyos puntos principales eran: Participación efectiva del pueblo en las elecciones; descentralización administrativa; avances de la legislación social; control de las exportaciones para proteger la producción nacional; vuelta a la convertibilidad del billete. El mérito principal de esta declaración de principios es el de haber sido la primera en que se enunció que “*la emancipación social y económica es inseparable de la emancipación política*”. El partido tuvo su primera división con motivo de la revolución de 1891, ya que algunos de sus dirigentes, incluso su presidente, se enrolaron en las filas revolucionarias mientras otra parte se pronunció a favor del gobierno de Balmaceda, los que fueron perseguidos después del triunfo de la revolución.

En 1894 el partido obtuvo su primer parlamentario en la persona de Ángel Guarello, que fue elegido diputado por Valparaíso. En 1896, el partido, después de una convención en que se criticó el aislamiento político, entro a formar parte de la Alianza Liberal.

En las elecciones parlamentarias de 1897 el partido obtuvo dos diputados, lo que fue decisivo para el gobierno de Errázuriz Echaurren, ya que pudo tener mayoría en la Cámara. En las presidenciales de 1901 el Partido democrático acordó apoyar a Germán Riesco, candidato de la Alianza Liberal, el cual triunfó. Después de las elecciones el partido celebró una Convención en la cual se produjo su segunda división. Se formaron dos grupos, por un lado los reglamentarios, que querían la independencia política del partido; y los doctrinarios que querían la incorporación a la Alianza Liberal. En las elecciones parlamentarias de 1903 el partido aumentó a tres sus diputados y logró su unificación.

En las elecciones presidenciales de 1906 el partido acordó el apoyo a Fernando Lazcano, candidato de la Coalición, lo que produjo una nueva división, encabezada esta vez, por Luis Emilio Recabarren, el futuro fundador del Partido Comunista, que no aceptó que se apoyara a ningún candidato que era llevado por los conservadores. En 1910 se apoyó la candidatura de Ramón Barros Luco, que resultó vencedor.

En 1912 se produjo el alejamiento definitivo del grupo encabezado por Recabarren, el cual fundó el Partido Obrero Revolucionario, del que nació el Partido Comunista. En 1915 el partido apoyó la candidatura de la alianza Liberal con Javier Ángel Figueroa, que fue derrotado por Juan Luis Sanfuentes. Este a pesar de haber sido el candidato de la Coalición, se vio obligado a llamar a su gabinete a miembros de los partidos de la Alianza Liberal y, entre ellos, a los democráticos, quienes entraron por primera vez al gobierno con el ministerio de Industrias, para el que fue designado Ángel Guarello. En los diversos cambios de gabinete que tuvo Sanfuentes, casi siempre estuvieron representados los democráticos. En 1918 la Alianza Liberal tuvo un gran triunfo en las elecciones parlamentarias, por lo que el presidente Sanfuentes llamó a organizar gabinete a Arturo Alessandri.

En esta ocasión los democráticos exigieron dos carteras, a lo que no fue posible acceder, por lo cual quedaron fuera del ministerio. A poco andar, el partido pidió una cartera, lo que provocó un nuevo cambio de gabinete y el nombramiento de un democrático en la cartera de Industrias. En las elecciones de 1920, el Partido Democrático apoyó decididamente la candidatura de Alessandri y contribuyó en parte importante a su triunfo.

En las elecciones parlamentarias de 1921, cuando el Partido Democrático estaba participando en el gobierno de Alessandri, obtuvo doce diputados y un senador. En noviembre de ese año el partido se retiró del gobierno, pero en diciembre se celebró una convención en la que se acordó participar nuevamente, y uno de sus miembros, Pedro Fajardo, ocupó la cartera de Industrias, y en 1922, ocupó la cartera de Justicia e Instrucción Pública Ángel Guarello. En las elecciones de 1922 el parlamento mantuvo su representación de doce diputados pero aumentó a cuatro el número de senadores. En 1924, cuando se produjo el golpe militar, el partido Demócrata se pronunció en contra del gobierno, pero uno de sus miembros, Ángel Guarello, ocupó la cartera de Industrias y Ferrocarriles.

En 1925 se produjo otro golpe militar, esta vez para llamar al país a Arturo Alessandri y el Partido democrático firmó el telegrama que se le envió a París pidiéndole el regreso. Después de la renuncia de Alessandri, poco antes de terminar su período, el Partido Democrático adhirió a la candidatura, que habían ya proclamado los partidos Democrático y Liberal y Conservador de Emiliano Figueroa Larraín. En esta ocasión hubo varios disidentes, entre ellos, la Asamblea de Santiago, que apoyaron al candidato José Santos Salas. En las elecciones parlamentarias de 1925 el partido Comunista y otras agrupaciones

obreras. En 1927 se celebraron las elecciones presidenciales para elegir a Carlos Ibáñez del Campo. Entonces asumió la presidencia del Partido Democrático Javier Ibáñez del Campo. En el Congreso termal, al partido se le asignaron 31 diputados y 4 senadores. En las elecciones que siguieron a la caída del general Ibáñez el Partido Democrático apoyó la candidatura de Arturo Alessandri, que fue derrotado por Juan Esteban Montero. Al ser derrocado Montero, el 4 de Junio de 1932, el partido participó en todos los gabinetes que se sucedieron y el 16 de dicho mes un demócrata fue miembro de la Junta de Gobierno.

En la presidencia provisoria de Carlos Ávila, durante cien días, los demócratas participaron en el gabinete. En septiembre de 1932 se celebró una nueva convención en que otra vez se dividió el partido entre los que aceptaban participar en el gobierno y los que repudiaron la colaboración a los gobiernos de facto. En octubre del mismo año ambas fracciones apoyaron la candidatura de Arturo Alessandri y en esa misma época se dio el nombre de Demócrata a una de las fracciones, continuando la otra con el nombre tradicional de Democrático.

El sector demócrata adoptó una posición de derecha y el democrático, al aceptar la lucha de clases, se ubicó en la izquierda. Durante la presidencia volvió a unificarse el partido, pero por poco tiempo, ya que, al acordar el directorio el apoyo al gobierno, se separó nuevamente el sector Democrático y se colocó en la oposición. Entre 1934 y 1936 fueron incontables las divisiones que se producían para volverse a fusionar y separarse nuevamente. En 1937, para las elecciones parlamentarias estaban divididos y el sector Demócrata alcanzó siete diputados y dos senadores y el democrático, cinco diputados y dos senadores. En las elecciones presidenciales de 1938 ambas fracciones formaron parte del frente Popular y apoyaron al candidato Pedro Aguirre Cerda.

En 1941, en las elecciones parlamentarias, se volvieron a unir y obtuvieron nueve diputados y dos senadores. Durante los gobierno de Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, el partido, ya dividido, ya fusionado, participó en la mayor parte de los ministerios. En las elecciones parlamentarias de 1945 la representación del partido bajó a ocho diputados y, en las de 1949, a seis. En 1946, el partido apoyó la candidatura de Fernando Alessandri, que fue derrotado por González Videla y aventajado por Cruz-Coke. En 1952 nuevamente volvió a unificarse y participó en el frente de Acción Popular (FRAP); pero nuevamente, al llegar las elecciones presidenciales de 1958, se dividió y esta vez en tres fracciones: una apoyó la candidatura de Allende, otra la de Bossay y otra la de Jorge Alessandri.

En 1960 todas las fracciones pasaron a formar parte del nuevo partido Democrático Nacional con lo cual dejó de existir el Partido Democrático.

2.2.5 El Partido Nacional Montt-Varista.

Al iniciarse el segundo período presidencial de Manuel Montt, el país comenzó a agitarse en un afán de renovación de ideas, desarrollándose una clara tendencia a rebelarse contra el régimen de autoridad dominante desde los tiempos de Portales. Se quería derribar el predominio que el Presidente de la república ejerció sin contrapeso sobre el poder legislativo.

A estas ideas renovadoras se sumaron, en la oposición de Montt, los conservadores intransigentes que se distanciaron de su gobierno por advertir lo que creyeron hostilidad del presidente hacia la iglesia y que culminó en la *cuestión del sacristán*.

Todo esto llevó a los conservadores a que se aferraron a sus principios religiosos a una alianza con los liberales, en lo que se llamó la fusión liberal conservadora. Por la otra parte, los conservadores moderados, que no aceptaban el predominio eclesiástico sobre el poder civil y un grupo de liberales que tuvieron la visión suficiente para advertir que el debilitarse el Ejecutivo, se produciría la anarquía política, se reunieron en un solo partido que se llamó Nacional, fundada por Antonio Varas, jefe del ministerio de Montt durante todo su primer período. También se le llamó monttvarista y su divisa fue: *La libertad dentro del orden*.

En las primeras elecciones parlamentarias a que se enfrentó el nuevo partido, en 1861, tuvo un éxito extraordinario obteniendo la mayoría de ambas cámaras. Para suceder a Montt, el partido quiso llevar a Antonio Varas, pero éste se negó reiteradamente a aceptar la candidatura; el partido Nacional apoyó, entonces, a José Joaquín Pérez, que triunfó sin oposición por haber sido apoyado también por conservadores y liberales. Antes que hubiera transcurrido un año del gobierno de Pérez, el partido Nacional comenzó a provocar dificultades al presidente por su afán de conservar el poder total que veía que se le escapaba al compartirlo con Liberales y Conservadores. El presidente Pérez, organizó pues, un gabinete sin los Nacionales que tenían mayoría en el congreso y que hicieron una fuerte oposición al gobierno. Al terminar el primer período de cinco años del presidente Pérez, el

partido Nacional, quiso proclamar la candidatura de Manuel Bulnes, pero éste no aceptó por motivos de salud, por lo que el presidente fue reelegido, como había sido la costumbre desde los tiempos de Prieto. Influyó también en la decisión de no dar la lucha contra la reelección el hecho de que en las elecciones parlamentarias del año anterior en 1864, el Partido Nacional bajó considerablemente su representación.

En las elecciones de 1867, volvió a disminuir el número de elegidos, a pesar de haber hecho un pacto con el Partido Radical, recién creado, para que cada partido presentara candidatos sólo en las circunscripciones en que cada cual podía tener más posibilidades. Al acercarse el término de la administración de Pérez, los Nacionales y Radicales, que se mantenían en la oposición, ungiéron candidato a José Tomás Urmeneta, que fue derrotado por el candidato del gobierno y de los liberales y conservadores, Federico Errázuriz Zañartu.

Durante el gobierno de Errázuriz, el partido Nacional, el partido nacional se mantuvo en la oposición, pero ya había perdido su antiguo prestigio al realizar la campaña presidencial de Urmeneta, bajo consignas totalmente contrarias a su primitivo programa, ya que había abogado, entre otras cosas, por la restricción de las atribuciones del ejecutivo.

Esta baja en su arrastre electoral, quedó demostrada en las elecciones parlamentarias de 1876 en que disminuyó su representación en forma apreciable. En las elecciones presidenciales para designar al sucesor de Errázuriz Zañartu, el partido Nacional apoyó a Aníbal Pinto, que era el candidato de los liberales y conservadores, a parte de serlo del gobierno, y que triunfó sobre la candidatura de Benjamín Vicuña Mackena, candidato de los liberales democráticos, partido fundado por él y cuya candidatura despertó enorme entusiasmo popular.

En el gobierno de Errázuriz Zañartu el partido nacional volvió al gobierno y tuvo una actuación destacada en el desempeño de Antonio Varas en el ministerio del Interior, en vísperas de la guerra del Pacífico.

Cuando aún no finalizaba la guerra, tuvieron lugar las elecciones presidenciales para suceder a Pinto, en las que el partido nacional adhirió a la candidatura de Domingo Santa María, que era apoyado, también, por Liberales y Radicales, y que triunfó sobre el general Baquedano, que fue el candidato de los conservadores, pero que renunció a su candidatura antes de las elecciones.

Durante el gobierno de Santa María el partido nacional siguió formando parte del gobierno, en compañía de liberales, con un solo ministerio. Igualmente en la administración de Balmaceda, el partido Nacional participó en el gobierno, esta vez, con dos ministerios, el de Justicia e Instrucción Pública y el de Hacienda.

Al estallar la revolución contra el presidente Balmaceda, el partido nacional se puso de lado de los revolucionarios y, al asumir el gobierno Jorge Montt, participó en su primer ministerio en la cartera de Industria y Obras Públicas. En la representación parlamentaria, el partido Nacional venía bajando su cuota de congresales hasta que en 1891 obtuvo sólo nueve diputados, y en las de 1894, sólo cinco.

Respecto a las dos grandes combinaciones partidistas, la alianza liberal y la coalición, el partido nacional venía participando alternamente en cada una de ellas, según las circunstancias del momento. En las elecciones presidenciales de 1896 abandonó la alianza liberal, para apoyar la candidatura de Federico Errázuriz Echaurren, candidato de la coalición. Al triunfar Errázuriz sobre Vicente Reyes, el partido nacional volvió a formar parte del gobierno.

También en las elecciones de 1901, se agregó a la coalición en el apoyo de la candidatura de Pedro Montt, que fue derrotado por Germán Riesco, candidato de la Alianza Liberal. En el gobierno de Riesco el partido se mantuvo fuera del gobierno. En las siguientes elecciones para suceder a Riesco, ya no podía hablarse de la alianza liberal, ni de la coalición, ya que los Nacionales, Radicales, Liberales, Doctrinarios, y una parte de los Conservadores habían constituido la Unión Nacional, la que proclamó candidato a Pedro Montt, hijo del Presidente que había sido el padre espiritual de Partido Nacional. Montt venció por una amplia mayoría a Fernando Lazcano, candidato de los conservadores y de lo que restaba de la coalición. En el gobierno de Montt, el partido Nacional volvió a participar en diversos gabinetes, pero continuó su representación parlamentaria y su significación en la política del país.

En las elecciones presidenciales de 1910 apoyó a Ramón Barros Luco, y en las de 1915 a Juan Luis Sanfuentes, en cuya administración sirvió varios ministerios. En 1920 apoyó a Luis Barros Borgoño, candidato de la Unión Nacional, en contra de Arturo Alessandri, de la Unión Liberal. En el gobierno de Alessandri, el partido fue llamado a algunos gabinetes, pero su representación parlamentaria había disminuido al punto de que

ya en 1924 no tenía ningún representante en el Congreso. Posteriormente los nacionales se fusionaron en el Partido Liberal Unido.

2.3 Los Partidos Políticos Extraparlamentarios.

Según Bernardino Bravo Lira³³, estos partidos extraparlamentarios datan justamente de la misma época en que estabilizó el régimen de gobierno. Concretamente su punto de partida podemos en el año 1933 en que ocurren tres hechos decisivos en lo que a ellos se refiere.

Por una parte se fusionan diferentes corrientes socialistas y se funda el Partido Socialista, primer hecho que sucede en 1933. Paralelamente se reconstituye el Partido Comunista, ahora bajo la dirección soviética. Este es el segundo hecho que ocurre en 1933. En tercer lugar se forma el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, que luego se transformó en la Falange Nacional y dará origen al Partido Demócrata Cristiano. Esto también sucede en 1933.

Estos partidos tienen una serie de rasgos que los diferencian de los del periodo parlamentario. En primer lugar, son organizados por una minoría, quienes se consideran pertenecientes a una minoría selecta, son ellos quienes ocupan los puestos dirigenciales, ya que ellos son los creadores del partido. Un segundo rasgo de estos partidos es que el ideario sobre el cual se constituye esta minoría, se caracteriza por ofrecer una visión total de la política, o sea, una visión que abarca todos los problemas del país y ofrecen una solución integral para todos los problemas sociales. Estas agrupaciones además, experimentan la necesidad de definirse en el plano internacional. Así el Partido Comunista adhiere a la Primera Internacional.

Estos partidos, a diferencia de los partidos parlamentarios, tienen una base ideológica, en virtud de la cual se identifican con el interés del pueblo, de ahí que se autodefinen todos como populares. Estos partidos se proponen realizar en el país una ideología que suponen válida para todo el mundo.

³³ Bernardino Bravo Lira, "Evolución Institucional de Chile en el periodo 1924-1973".

Otro rasgo propio de estos partidos es que son ateos o aconfesionales. Los socialistas y los comunistas son ateos; ateos no sólo en el sentido de que no creen en dios, eso sería un ateísmo simple, sino que son contrarios a toda religión. Se trata de un ateísmo militante. Por su parte, el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, luego Falange Nacional y después Democracia Cristiana, aun cuando adhirieron a la doctrina social de la Iglesia, no tuvieron una posición religiosa determinada, de ahí que se les pueda catalogar de aconfesionales. Lo anterior se justifica en el afán de ellos, por diferenciarse del Partido Conservador que era un partido católico.

2.3.1 El Partido Socialista.

Las ideas socialistas en Chile tuvieron su primera manifestación en la Sociedad de la Igualdad, fundada, en abril de 1850, por Francisco Bilbao y Santiago Arcos, quienes durante su periplo en Europa, fueron testigos del surgimiento del socialismo utópico. A su llegada al país, estos inquietos idealistas, no hicieron más que divulgar en la sociedad chilena los principios propios de esta doctrina.

Los antecedentes más inmediatos a este conglomerado político lo encontramos en la Unión Socialista (1897), el Centro Social Obrero, el Partido Obrero Francisco Bilbao (1898) y el Partido Socialista (1901), que serían agrupaciones de vida efímera.

En 1920 es elegido presidente de la República don Arturo Alessandri Palma, iniciando un período que alguien definió como el del ascenso de la clase media y del pueblo al poder político.

Una junta de gobierno se hace cargo del país, en septiembre de 1924; el presidente constitucional, Alessandri, reasume sus funciones en mayo de 1925, y dicta una nueva carta política, que pone término al régimen parlamentario y establece el sistema presidencial de gobierno.

Entre 1927 y 1931, el general Carlos Ibáñez del Campo, preside los destinos de la república, ejerciendo el poder dictatorialmente.

Un año después, en junio de 1932, el comodoro del aire, Marmaduke Grove Vallejos, y el líder político socialista, Eugenio Matte Hurtado, encabezan un golpe de Estado que derroca al presidente de la república Juan Esteban Montero, instalándose en la

moneda una junta de gobierno, que integra el propio Matte Hurtado, y que sólo alcanzaría doce días de existencia. Con ella quedaba inaugurado el periodo que los historiadores llaman “República Socialista”, la cual, posteriormente, con Carlos Dávila Espinoza como presidente provisional, duraría hasta septiembre del mismo año.

En las elecciones presidenciales de octubre de 1932, el señor Grove es derrotado por el candidato liberal Arturo Alessandri Palma, quien, en diciembre del mismo año asume, por segunda vez, el mando de las naciones.

Las ideas socialistas en el período que va de 1931 a 1933, se difunden, muy particularmente en los núcleos de asalariados e intelectuales formándose partidos y grupos que, más tarde, se unen entre sí para dar nacimiento al partido socialista de Chile. en efecto, en abril de 1933 se funda este sobre la base de las siguientes agrupaciones: Nueva Acción Pública (NAP), dirigida por Eugenio Matte Hurtado, Carlos A. Martínez y Marmaduke Grove; Acción Revolucionaria Socialista, de Eugenio González Rojas, y Oscar Schnake; Orden Socialista, de Arturo Bianchi, Partido Socialista marxista y Partido Socialista Unificado. Oscar Schnake Vergara fue elegido Secretario general de la nueva tienda política. Según lo expresó, alguna vez, para los hombres de ideología socialista, la revolución del 4 de junio de 1932 “nos ha dejado a todos una tarea: organizarse férrea y disciplinadamente en el partido socialista, que será el arma formidable para realizar nuestro supremo y único ideal: la república socialista de los trabajadores manuales e intelectuales”.³⁴

En su declaración de principios, el partido Socialista acepta, como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido y rectificado con todos los aportes científicos del constante devenir social.

En diciembre de 1933, realiza su primer Congreso General, en el cual se acuerda la oposición del gobierno e impulsa la unidad de las fuerzas populares.

Un mes después, el 11 de enero de 1934, dejas de existir, a los 37 años, el senador Eugenio Matte Hurtado, a quien se considera como el verdadero fundador del Partido Socialista chileno.

³⁴ Sergio Guilisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 258.

En diciembre del mismo año y en igual mes, de 1935 se efectúa el segundo y tercer congreso general, aprobándose en este último los estatutos reformados del partido y definiendo la doctrina socialista “como la organización de la producción de todo orden, en función del bienestar de la colectividad, producción que se distribuye teniendo en vista llegar a l ideal de dar a cada individuo según sus necesidades exigiendo su aporte de trabajo a cada uno, según sus aptitudes”.

En el 4º congreso general, en marzo de 1937, el partido socialista nombra a Marmaduke Grove como candidato de la presidencia de la república, postulación que se retira en abril de 1938, acordándose apoyar la del radical pedro Aguirre cerda, quien triunfa en octubre de ese año.

En los meses anteriores al triunfo del frente popular, el partido socialista se opone, en la calle, a las escaramuzas del movimiento nacional socialista, conocido mas generalmente como partido nacistas.

En Diciembre, el 5º congreso general del partido socialista resuelve colaborar con el gobierno de Aguirre cerda, a través de tres carteras ministeriales, e integrar la combinación partidista denominada frente popular. El 6º congreso general, encuentra al socialismo participando activamente en las tareas administrativas, política que es combatida por un sector inconformista del mismo, el cual, mas adelante divide al partido y se agrupa en torno al partido socialista de trabajadores, muchos de cuyos dirigentes y bases, dos años después se incorporan al partido comunista.

Convocado por el partido socialista, se celebra en Santiago, en octubre de 1940, el primer congreso de partidos democráticos populares de América Latina. Entre sus acuerdos mas importantes declara que, los pueblos de Latinoamérica, para alcanzar la plenitud de su destino autónomo, deben procurar su independencia económica, nacionalizando progresivamente sus fuentes productoras de riqueza y los servicios de utilidad pública, lo cual es base de toda defensa eficaz e irrenunciable aspiración de sus mayorías nacionales.

En febrero de 1942, el octavo congreso general, se acuerda colaborar con el gobierno que preside el señor Juan Antonio Ríos Morales, para facilitar su triunfo sobre Carlos Ibáñez del campo.

La pugna entre dos corrientes una colaboracionista y otra contraria a la participación del gobierno radical del señor Ríos, aflora en el noveno congreso general, en enero de 1943.

Meses después, los colaboracionistas, dirigidos por Grove, forman tiendan aparte: El Partido Socialista Autentico.

En 1946 se produjo un reajuste de gabinete, siendo vicepresidente de la republica Alfredo Duhalde, el partido socialista reingreso al ministerio con tres carteras, retirándose en septiembre del mismo año, fecha que se realizan las elecciones presidenciales, venciendo el candidato radical Gabriel González Videla, sobre el socialista Bernardo Ibáñez Aguila.

Una nueva escisión afecta, en mayo de 1948, al socialismo chileno. En efecto, se divide en Parido Socialista de Chile y Partido Socialista Popular.

La adhesión a la candidatura presidencial del general Carlos Ibáñez del campo es acordada por el partido socialista popular en el catorceavo congreso nacional. Por su parte el partido socialista de chile levanta la candidatura de Salvador allende, a quien apoya también, el partido comunista.

Triunfando el señor Ibáñez, el partido socialista popular ingresa gabinete con dos carteras.

En noviembre de 1955, el 16° congreso general del partido socialista popular, se resuelve, entre otros acuerdos, la oposición al gobierno y estructurar el frente de acción popular (FRAP).

Ubicada ambas corriente socialistas en una misma línea antagónica al gobierno de Ibáñez es que en el 17° congreso general de oficializa la unión del Socialismo, torneo conocido como el congreso nacional de unidad del socialismo.

En la asamblea mencionada anteriormente, el partido socialista conforma su posición irreductible al régimen existente en el país en todos los planos y proclama su voluntad de dirigir a todas las fuerzas sociales interesadas en sus superación en una común empresa política destinada a edificar un nuevo orden social capaz de asegurar el desarrollo productivo del país y de crear condiciones para una convivencia social justa, democrática y progresiva.

En las elecciones presidenciales de 1958 triunfo el candidato independiente don Jorge Alessandri Rodríguez, el líder socialista, senador Salvador Allende, abanderado del FRAP, obtuvo la segunda mayoría relativa.

Posteriormente, en octubre de 1959, se lleva a cabo el 18º congreso general, al cual asisten delegaciones extranjeras. En materia de política nacional, se acordó mantener en vigencia la política de frente de trabajadores, enriquecida por la experiencia de los últimos años y fortalecer cada día más el frente de acción popular y, especialmente, el entendimiento socialista-comunista, expresión práctica de su línea política.

En diciembre de 1962, el partido socialista proclama la candidatura presidencial del senador Salvador Allende, para los comicios de 1964, postulación que recibe el apoyo de las más colectividades integrantes del frente de acción popular.

La organización del partido se ajusta principalmente al principio del centralismo democrático.

Los organismos políticos del partido son: El núcleo, el comité seccional, la conferencia seccional, el comité regional, el congreso regional, el pleno nacional, el comité central y el congreso general.

En cada comuna y subdelegación, la agrupación de tres o más núcleos, generará el comité seccional que anualmente celebrará una conferencia seccional. En cada provincia del país se organizará un comité regional, con un mínimo de tres comités seccionales. Cada dos años se reunirá ordinariamente el congreso regional.

El pleno nacional que sesionará en forma ordinaria cada seis meses, deberá analizar, discutir y resolver sobre materias políticas, sindicales, electorales, y organizativas, para la consecuente aplicación de la línea política aprobada en el último congreso general.

El comité central es el órgano ejecutivo superior del partido durante el período comprendido entre dos congresos generales ordinarios y lo integran el secretario general, trece miembros elegidos por el congreso general ordinario, el jefe de la brigada parlamentaria socialista, el secretario general de la Juventud, y la jefa nacional de la federación de mujeres socialistas.

Entre otras, el comité central tiene facultades para difundir y aplicar la línea política del partido; ejercer acción disciplinaria en casos de delitos políticos flagrantes; designar y proclamar a los candidatos a cargos de elección popular y de mas mandatarios del partido; acordar pactos, alianzas, bloques y acciones comunes con otros partidos de carácter político, parlamentario, electoral y/o sindical.

El órgano superior del partido es el congreso general, que se reúne ordinariamente cada dos años, esta constituido por delegados elegidos en congresos regionales previos y le corresponde fijar la línea política del partido, discutir la cuenta política y administrativa del comité central. Además, podrá convocar a conferencias nacionales de carácter consultivo.

Los núcleos de senadores y diputados socialistas forman la brigada parlamentaria, cuya principal función es divulgar, sostener, y aplicar consecuentemente la línea política del partido en el trabajo parlamentario.

La federación de mujeres socialistas plantea, organiza, y dirige el trabajo político y cultural de las mujeres socialistas, y la juventud socialista agrupa a los miembros del partido entre los 15 y los 26 años de edad.

Los tribunales de disciplina instruyen los procesos y proponen al comité central las sanciones por faltas y delitos cometidos individual o colectivamente, por los militantes socialistas contra la unidad ideológica y orgánica, la disciplina del partido y la moral revolucionaria.

Finalmente son mandatarios del partido los militantes que desempeñen cargo públicos de significación política.

En relación con los principios políticos que rigen el actuar del partido socialista, Salvador Allende declara en sus memorias³⁵ que frente a las diversas posturas que ha adoptado el socialismo en el mundo, están aquellas que abrazan las ideas Marxistas como también aquellas que rechazan toda orientación revolucionaria, defendiendo hasta el colonialismo, sin embargo el socialismo en Chile en esta época se define como Marxista, por lo tanto su fundamento ideológico es el materialismo dialéctico.

³⁵ Sergio Guilisasti, "Partidos Políticos Chilenos", Pág. 271.

Esta concepción, contraria al idealismo, parte de la apreciación del mundo como encarnación de la “idea absoluta”; que considera que solo en nuestra conciencia, en nuestras sensaciones, representaciones y conceptos, existe la materia, la naturaleza, el ser, se levanta el pensamiento materialista expresado por Marx, cuando dice: “Para mi, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre”.

Otro elemento que caracteriza el materialismo dialéctico es su rechazo de la renuncia del idealismo a la posibilidad de conocer el mundo y las leyes que lo rigen. El materialismo no acepta la idea de que el mundo está lleno de cosas en sí, que no pueden ser jamás conocidas por la ciencia. En cambio, sostiene que el mundo y sus leyes son perfectamente cognoscibles; que nuestro conocimiento de las leyes de la naturaleza verificado por la experiencia, por la práctica, es un conocimiento de valor; que ella tiene la significación de una verdad objetiva; que no hay en el mundo cosas incognoscibles, sino cosas aun desconocidas, las cuales serán descubiertas y conocidas por los medios de la ciencia y de la práctica.

La aplicación del materialismo dialéctico al estudio de la vida social y de su historia, es precisamente, lo que da al socialismo su carácter de científico. El materialismo histórico es la aplicación de la dialéctica materialista al análisis y la interpretación de la historia.

Al enfocar el desarrollo histórico de la humanidad con la aplicación de este método de interpretación se establece que son las causas materiales las que predicen las transformaciones sociales. La causa fundamental de toda evolución social, de todo proceso histórico, es la lucha del hombre con la naturaleza para satisfacer sus necesidades.

Son, por lo tanto, los fenómenos económicos lo que determinan fundamentalmente el cauce y el desarrollo de la historia. Son las relaciones de producción las que fijan la estructura misma de la sociedad. El Estado, las leyes y la moral son la superestructura emanada de una realidad económica. El orden social está basado en la producción y el cambio de sus productos. Es la estructura económica la que determina la división entre clases sociales, la contradicción y la lucha entre ellas. La historia se mueve con el motor de la lucha de clases.

El régimen socialista en sí representa una sociedad sin clases, la socialización de los medios e instrumentos de producción y de cambios, manteniendo la propiedad privada solo para bienes de uso y consumo. Esta producción del sistema socialista está planificada con fines de uso y no de lucro, y los productos se distribuyen de acuerdo con la cantidad de trabajo prestado. “De cada uno según su capacidad; a cada uno según su trabajo”.

La libertad en el socialismo, es plena e integral. Poco significa el reconocimiento de la igualdad, si el hombre nace y vive en un mundo que lo condena a sufrir las limitaciones que derivan de su origen social, de su posición económica, de su impotencia para tener acceso a la cultura, etc.

Esto no significa que la igualdad del socialismo lleve a la equiparidad de todos a un nivel medio y común. La igualdad es la oportunidad para llegar a las diferentes escalas, atendiendo sólo a la capacidad, al esfuerzo y a la iniciativa de cada uno. Solamente así el hombre puede ver respetada su individualidad y posibilitando el desarrollo de todas sus potencialidades.

Los fundamentos del socialismo científico, basados en el marxismo como método de interpretación de la realidad, determinan, como un elemento de su esencia misma, que la aplicación del socialismo, que los métodos de su acción y los objetivos que se fija, están condicionados a la realidad del lugar y del momento histórico que corresponden.

Según Raúl Ampuero³⁶, el socialismo, en su acción y en sus propósitos, esta condicionado por dos factores fundamentales: la ineficacia del ordenamiento actual para promover el desarrollo económico y el vigor y capacidad de las nuevas fuerzas sociales para adaptarlo como sistema de convivencia.

Respecto de las líneas del programa económico que propugna el socialismo chileno, en la Conferencia celebrada en abril de 1958, se definen los siguientes puntos:

- El Estado, como intérprete y ejecutor de las clases vinculadas a la emancipación nacional y social de los países latinoamericanos, tiene una responsabilidad principal y directa, tanto en la tarea de acumular excedentes destinados al desarrollo económico, como en la dirección de las actividades económicas.

³⁶ Sergio Guilisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 275.

- La función rectora del Estado debe proyectarse en cuatro direcciones fundamentales:
 - Hacia la planificación integral de la economía;
 - Hacia la gestión directa de empresas públicas operen servicios esenciales;
 - Hacia la recuperación del control y la propiedad de los recursos productivos en poder del capital extranjero, y
 - Hacia la transformación de la estructura agraria, a fin de obtener el máximo aprovechamiento de la tierra y la incorporación del campesinado a la vida moderna, mediante formas capitalistas, cooperativas y estatales de propiedad y producción.

- El mejoramiento de nuestra tasa de capitalización debe descansar, básicamente, en la cuota del recurso nacional actualmente destinado a satisfacer las necesidades de minorías privilegiadas, aprovechada deficientemente o que simplemente se encuentra ociosa. Será, sobretodo, la política fiscal, por la vía del presupuesto y de los tributos, la encargada de canalizar el ahorro privado hacia la inversión, desalentando los consumos suntuarios y evitando el desperdicio de recursos financieros aplicables al desarrollo económico racional y equilibrado.

Tanto la disminución de los gastos improductivos (los destinados a la Defensa Nacional, por ejemplo), como el aprovechamiento del ahorro interno, deben ofrecer fuentes adicionales de capitalización.

- El correcto empleo de las exportaciones requiere un conjunto orgánico de medidas y objetivos:
 - Control nacional de las actividades de exportación y constitución de corporaciones especializadas, con representación de los trabajadores, a cuyo cargo se encuentre la comercialización de productos básicos.
 - Régimen cambiario e impositivo dirigido a radicar en el país la mayor parte de las divisas y beneficios de los exportadores que no se transfieran a la economía pública;
 - Mecanismo de control de cambios que permita la utilización selectiva de los recursos en moneda extranjera en función del programa nacional de desarrollo, y

- Política de mejora de los términos de intercambio, mediante la ampliación de los mercados y el desahucio de compromisos lesivos para nuestro comercio exterior, y a través de la integración de los mercados nacionales en el plano regional, siempre que ella se base en las aspiraciones de progreso social de Latinoamérica y no constituya exclusivamente al consolidación arbitraria de los intereses privados por sobre las conveniencias colectivas.
- La parálisis económica del sector agrario es causada, esencialmente, por la persistencia de formas precapitalistas en la explotación del suelo. Cualquiera reforma destinada a proporcionar un fuerte impulso a la producción agropecuaria debe comenzar por la transformación de la estructura actual de la propiedad, dando acceso a ella al trabajador y proporcionándole los recursos y auxilios que lo habiliten para realizar una explotación técnicamente adecuada.
- El atraso en que el país se hallaba, exigía la dirección racional de la economía y la proyección de un desarrollo de tipo social, tendiente al pleno empleo de los recursos productivos, no sólo desde el punto de vista de cada país, sino también en orden a la integración progresiva de las economías latinoamericanas.

En el campo social, la tarea estaba orientada a lograr una distribución mas igualitaria de los ingresos, beneficiando así, al sector asalariado y fortaleciendo, en consecuencia, su capacidad de consumo, con saludables efectos para el conjunto de la economía. Sólo la experiencia establecería el punto de equilibrio entre el monto de los sueldos y salarios vitales, el aumento de la tasa de capitalización y los reajustes adecuados de las remuneraciones periódicas.

Además, la incorporación orgánica de las instituciones profesionales, sindicales y gremiales, a la administración de los organismos de previsión y de las corporaciones de la economía pública. Un proceso de estatización progresiva, sin democratizar la gestión de los institutos y empresas, puede conducir al país a un hipertrofiado burocratismo, perjudicial para su eficiente funcionamiento, y a la sustitución práctica del poder del pueblo trabajador por el dominio efectivo y arbitrario de una casta de administración para todos los asalariados y la facultad de federarse, son requisitos para el ascenso del movimiento sindical hasta las más altas funciones y para la creación de un sistema adecuado de control y de responsabilidades.

2.3.2 El Partido Comunista.

Las primeras reivindicaciones proletarias, base de este movimiento político, las encontramos en nuestro país a inicios del siglo XX, produciéndose huelgas de importancia en Santiago (1900 y 1905), Valparaíso (1903), Antofagasta (1906) e Iquique (1907). Estas tuvieron su origen en la desvalorización de la moneda, por una parte, y por el despertar de una conciencia de clase, por la otra.

Luis Emilio Recabarren, conocedor de la doctrina marxista por su viaje a Europa a inicios del siglo XX, fue la figura más sobresaliente en los inicios de este partido. En 1912, junto a Carlos Martínez y Manuel Hidalgo, funda en Iquique el Partido Obrero Socialista. En su Congreso de 1922, celebrado en Rancagua, el Partido Obrero Socialista resolvió cambiar su nombre por el de Partido Comunista y acordó adherir a la Tercera Internacional Comunista.

En el segundo congreso del partido comunista, reunido en 1923, se echaron las bases para organizar a los campesinos.

La cuestión social, como escribe el tratadista Amunátegui³⁷, engendró en nuestro país, en esos años, “el nacimiento de las asociaciones de trabajadores, la promulgación de las primera leyes protectoras del trabajo (Administración Alessandri, año 1924), y la formación de los partidos Marxistas, Socialista y Comunista, que se vigorizarán dentro del Gobierno presidencial a partir del año 1932”.

Progresivamente, el partido comunista afinaba su estructura, cohesionaba sus cuadros. En efecto, en 1924, en el Tercer congreso, se dispuso que las Secciones y Asambleas de Secciones debieran ser reemplazadas por Células, lo que se logró mas tarde. A este respecto, cabe señalar que en el Quinto Congreso se avanzó bastante en la tarea de darle al Partido la organización leninista que reclamaba. Así, en 1928, la Internacional Comunista lo aceptó como partido miembro, pues desde su adhesión a aquella tenía simplemente la calidad de “partido simpatizante”.

³⁷ Sergio Guisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 311.

Durante la primera administración del general Ibáñez (1927-31) el partido adoptó la organización celular, que corresponde a un partido comunista. Perseguido por aquel debió desarrollar una actividad subterránea.

En las postrimerías del gobierno de Ibáñez y, más aun, en el periodo que siguió a su caída, el partido sufrió una grave crisis que debió alejar de sus filas al grupo llamado Trotskista, encabezado por Manuel Hidalgo. En 1928, el partido propuso la creación de un frente único Anti-imperialista, “para combatir en contra de los monopolios internacionales”.

El senador Carlos Contreras Labarca fue designado en agosto de 1931, secretario general del partido. Su nombramiento significó que la dirección del partido pasó de manos obreras a las de intelectuales.

Para las elecciones presidenciales de 1932, el partido comunista postuló, sin éxito la candidatura de Elías Lafertte Gaviño.

En la Conferencia Nacional verificada en julio de 1933, se planteó, por primera vez en la historia del partido que en la revolución chilena debía ser democrático-burguesa, agraria y anti-imperialista, impulsada por fuerzas provenientes de la clase obrera y campesinos.

En agosto de 1935, el comité central del partido comunista lanzó un manifiesto llamando al pueblo a constituir el frente popular, el cual, según el mensaje del partido comunista al pueblo de Chile, de Noviembre de 1937, si bien “aún no había salido de su carácter de alianza de partidos, debe ampliarse y vitalizarse hasta convertirse en el frente de la gran mayoría del pueblo chileno”

Se seguían así las instrucciones contenidas en los informes de Dimitroff ante el 7º Congreso de la Internacional Comunista, reunido en Moscú en julio-agosto de 1935, prefiriéndose hablar de “gobierno de frente único” antes que de “gobierno obrero”.

Por ello el entonces diputado Carlos Contreras pudo expresar en el sexto congreso del partido comunista en abril de 1938, el llamado “congreso de la victoria”, que su partido fue el creador y el campeón del frente popular chileno que, en octubre de 1938, obtuvo la victoria con Pedro Aguirre Cerda.

El presidente Radical invitó al partido comunista a ingresar al gabinete; sin embargo, el Buró político del partido declino tal ofrecimiento, porque, como lo expreso su secretario general, Contreras Labarca³⁸, en el informe rendido ante el 7º Congreso Nacional (diciembre de 1939), “creímos de nuestro deber evitar que la reacción nacional e internacional, tuviera ni siquiera una sombra de pretexto para combatir al gobierno, acusándole de ser un gobierno comunista”.

En el periodo que media entre 1939 y 1945, el partido comunista, superando sus errores internos en el noveno pleno (septiembre de 1940), se robustece poderosamente y capitaliza en gran medida, el apoyo popular, ayudado en su fortalecimiento por factores de orden internacional, provenientes de la II guerra mundial: Posición antifascista y Alianza de la URSS con las potencias occidentales. De esta manera, llega a ser “el partido popular, más fuerte de Chile y de América Latina”. En agosto de 1940, se funda el diario “El Siglo” vocero de esta colectividad política.

El 9º Congreso Nacional se efectúa en diciembre de 1945 y, bajo la dirección del diputado Ricardo Fonseca Aguayo, el partido mantuvo su línea de independencia política.

En las elecciones presidenciales de septiembre de 1946, el partido comunista apoyo la candidatura radical del señor Gabriel González Videla, quien venció a los señores Eduardo Cruz-Coke (conservador), Fernando Alessandri Rodríguez (liberal) y Bernardo Ibáñez Águila (socialista). Invitado por el seños González Videla a participar de su administración, dicho partido ocupo tres carteras ministeriales.

Posteriormente, el 3 de septiembre de 1948, se dictó la ley N° 8.987, de Defensa Permanente de la Democracia, que apuso fuera de la ley al partido comunista, reprimiendo la autoridad todas sus actividades. Acerca de 24.000 ciudadanos se les cancelo su inscripción electoral. Diez años debió pasar el partido comunista en la clandestinidad, ya que solo en agosto de 1958, por ley N° 12.927, se derogaron las disposiciones legales que lo proscribieron de la vida cívica.

Empero, durante el decenio de clandestinidad, no se mantuvo inactivo.

³⁸ Sergio Guilisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 313.

En efecto, en marzo de 1956, en plena de clandestinidad, se verifico el décimo congreso nacional en el que se formulo un programa y se reformaron los estatutos.

A este respecto, cabe consignar que en el informe a dicho congreso se dice que el triunfo del frente popular en 1938 y el de la Alianza Democrática en 1946 demostraron precisamente, la posibilidad de que la clase obrera y el pueblo de Chile conquisten el gobierno por una vía que no es la insurrección.

Por otra parte, el diario “El Siglo”, órgano oficial del pensamiento comunista, había reaparecido en Noviembre de 1952. Otras publicaciones han sido “Frente Popular”, “El Pueblo”, “Democracia”, entre otras.

Un mes después de haber recuperado la legalidad, el partido comunista participa en la elección presidencial de septiembre de 1958, dando su apoyo al candidato Salvador Allende, abanderado del Frente de Acción Popular, conglomerado partidista reunido en 1956, en torno a la Unidad de las Fuerzas Socialistas y Comunistas.

En Noviembre de 1958, el partido comunista llama a sus militantes al 11º congreso nacional el que, por primera vez, se inaugura en el salón de honor del parlamento. Lo preside el ex-senador y Presidente del Partido, Elías Lafertte.

El citado congreso ratificó íntegramente el programa aprobado en el décimo congreso, “que plantea el establecimiento de un gobierno democrático de liberación nacional”.

Entre las resoluciones acordadas en aquel congreso que dirigió el nuevo secretario general, Luis Corvalán Lepes, reemplazante de Galo González, fallecido en Marzo de 1958, se aprobó una que expresa lo siguiente: “la unidad de los partidos comunistas y socialistas es un elemento esencial en el fortalecimiento y la ampliación del movimiento democrático. El congreso acuerda reforzar esta unidad, contribuir con toda energía a la consolidación y desarrollo del frente de acción popular y a aprovechar la acción conjunta de todas las fuerzas democráticas en defensa de las libertades públicas y de los intereses del pueblo y de la nación”.

En enero de 1963 el partido comunista proclamo públicamente su apoyo al candidato presidente del FRAP, Salvador Allende, para las elecciones de septiembre de 1964.

En este período se produjo el cambio de orientación del partido comunista. Desde su fundación había sostenido la necesidad de luchar por la Revolución Socialista, rechazando toda política de colaboración de clases con los partidos de la burguesía. El PC combatió tanto el populismo de Alessandri como el bonapartismo de Ibáñez. Durante los 16 días de la "República Socialista" agitó la consigna de todo el poder a los Comités Revolucionarios de obreros, campesinos, soldados y marineros.

Esta estrategia política fue cambiada en la Conferencia Nacional de 1933, por otra que planteaba la revolución por etapas, es decir, luchar primero por la revolución democrática-burguesa; una vez cumplida esta etapa, se plantearía el derrocamiento del régimen capitalista y la ulterior instauración del socialismo.

Como conclusión de la citada Conferencia nacional, la administración de Alessandri fue calificada como "un gobierno feudal-burgués" que estaba por "la salvación del feudalismo", y defendía al "gran señor feudal Ladislao Errázuriz". Al mismo tiempo, se descargaba un arsenal de epítetos contra los ayudantes del feudalismo "que trabajan en el campo obrero, que toman la máscara del grovismo, del hidalguismo, del trotskismo y del anarco-sindicalismo". Este increíble canibalismo político contra toda persona de izquierda que no fuera del PC, que inunda las páginas de "Bandera Roja", llegó al colmo de las descalificaciones cuando se caracterizó al Comité Único de la Construcción como "un sindicato de tipo fascista".

En el 12º Congreso Nacional del partido Comunista de Chile, se señala que "es el Partido de la clase obrera, constituido por la unión consciente y voluntaria de los que aspiran al comunismo" y se guía en su acción por los principios del socialismo científico, el marxismo leninismo. Agrega que su programa, fundamentado en estos principios, contempla las tareas correspondientes a la revolución nacional liberadora, antiimperialista y antifeudal, y que basa toda su actividad en la fiel observancia de las normas leninistas de vida del Partido, en los principios de la dirección colectiva, del centralismo democrático, de la actividad e iniciativa de sus militantes y de la crítica y autocrítica. El Partido Comunista de Chile, en este período, se declara parte integrante del movimiento comunista y obrero internacional.

La organización de base del Partido Comunista de Chile es la célula, que es de dos tipos: de empresa, que son las más importantes, que se constituyen en los sitios de trabajo y que pueden formarse en cada establecimiento industrial, servicios públicos y haciendas, y

de Barrio, que se constituyen en el sitio de residencia del militante, pudiendo abarcar una calle, manzana, barrio o aldea. Asimismo, se pueden crear subcélulas, para desarrollar una mejor actividad.

De abajo hacia arriba, la organización del partido comunista, es:

- La Célula;
- El Comité del Partido, agrupación de varias células.
- El Comité Regional, que agrupa a las organizaciones de una región determinada., y
- Los organismos dirigentes para todo el país son: el Comité Central, la Conferencia Nacional y el Congreso Nacional.

La autoridad máxima es su Congreso Nacional, que se compone de Delegados elegidos por los Congresos regionales, los miembros del Comité central y los invitados. Debe reunirse regularmente cada tres años, para adoptar decisiones políticas y organizativas obligatorias para todo el Partido, y elige al Comité Central, que se compone de miembros permanentes y suplentes, cuyo número lo fija el Congreso.

Entre uno y otro Congreso, la autoridad máxima es el Comité Central, que tiene por obligación poner en práctica la política general adoptada por el Congreso Nacional; organiza y controla las diversas Comisiones y demás Organismos Auxiliares; dirige el trabajo político; envía activistas a las regiones que necesiten o requieran ayuda; designa a los candidatos a cargos de elección popular; controla la actividad de los parlamentarios y vigila y supervisa las finanzas y bienes del Partido. Además, elige de su seno una Comisión Política, que dirige políticamente al Partido, y un Secretariado, que realiza la dirección orgánica del Partido.

La Conferencia del Partido es la reunión de los miembros del organismo dirigente respectivo y los secretarios de todos los organismos inmediatamente inferiores. Existen Conferencias Nacionales, Regionales y Locales.

La reunión del Comité Central con todos sus miembros se denomina Pleno y, si participan invitados algunos dirigentes regionales y de organismos de masas, se llama Pleno Ampliado.

El partido Comunista de Chile, consecuente con los principios del internacionalismo proletario, mantiene relaciones fraternales de solidaridad con los demás partidos hermanos, aprovechando las experiencias y enseñanzas que entregan los éxitos en la construcción del comunismo en la Unión Soviética, en la implantación del socialismo en otros países y en la lucha de los demás pueblos por su liberación. Estas relaciones se mantienen por intermedio de su Comité Central.

La doctrina del Partido Comunista de Chile es el marxismo-leninismo. Esta es una concepción científica del mundo y de la vida, una filosofía de la naturaleza y el proceso del conocimiento y un poderoso instrumento de la clase obrera para transformar la sociedad y edificar el socialismo y el comunismo.

El marxismo-leninismo se apoya en las ciencias naturales, se enriquece con ellas, al mismo tiempo que contribuye a su enriquecimiento. Considera que el espacio es infinito y que la materia que en él existe ha existido y existirá siempre, pero permanece en mutación. La vida orgánica es creación de la materia en movimiento. Los minerales, los vegetales y los animales, incluido el hombre, son productos de un gran proceso de evolución.

Tanto la naturaleza como la sociedad están sujetas a leyes objetivas, es decir, a leyes que existen independientemente de la voluntad y la conciencia de los hombres. Las leyes que rigen el desarrollo de la naturaleza son permanentes, en tanto que algunas leyes que rigen el desarrollo de la sociedad tienen un carácter transitorio, no acompañan a todas las formaciones sociales.

En la lucha por las transformaciones sociales, la ideología revolucionaria, el marxismo-leninismo, desempeña un papel decisivo. La teoría revolucionaria nace de la práctica revolucionaria, pero sin la primera es inconcebible la segunda. La teoría, cuando se hace carne en las masas, se transforma en una poderosa fuerza material. La toma de conciencia sobre los fenómenos sociales y la lucha consiguiente por las transformaciones sociales son un factor decisivo para el triunfo del socialismo y del comunismo. De esta manera, los marxistas-leninistas no se limitan a interpretar la sociedad, sino que, al mismo tiempo, luchan por transformarla.

El comunismo es esencialmente humanista, la más alta expresión del humanismo. No le atribuye al ser humano ninguna cualidad congénita negativa. Su divisa es servir al hombre. Lucha por su plena liberación, por que los medios de producción sean propiedad

de toda la sociedad, porque los dones de la naturaleza y los frutos del trabajo social sean para todos y porque la sociedad se rija por la autogestión social, pasando de la administración de los hombres a la administración de las cosas. Con el comunismo se logra la plena igualdad social de todos los hombres. Cada ser humano puede desarrollar su capacidad a plenitud. Al eliminar toda traba al desarrollo de las fuerzas productivas y sobre la base de la técnica y de la ciencia más avanzadas, creará la sociedad de la abundancia, los productos suficientes para satisfacer las necesidades de todos. En estas condiciones se hará realidad el principio básico del comunismo: “de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”.

Los fines del Partido Comunista son mediatos, unos e inmediatos, otros. Su objetivo más lejano es la construcción de la sociedad comunista. El más próximo es la formación de un gobierno popular que libere a país de la opresión imperialista y termine con el latifundio y los monopolios privados.

El comunismo plantea la liquidación del dominio imperialista, del latifundio y del monopolio privado como medidas indispensables. El traspaso al Estado de las riquezas básicas de Chile (cobre, hierro, salitre), de toda energía eléctrica, de la siderúrgica de Huachipato, de toda la función bancaria, del comercio exterior, del comercio mayorista de distribución y de una determinada cantidad de grandes haciendas, constituyen la base más sólida y a la vez una cuantiosa fuente de recursos para aumentar la inversión nacional, desarrollar la industria y resolver problemas graves como el de habitación.

Entre otras proclamas, el partido comunista plantea el sufragio universal, directo y secreto. Un Estado de derecho con poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Un Parlamento Unicameral, que cuente entre sus facultades y atribuciones esenciales la de designar al Presidente de la República, los Ministros de Estado y los miembros de los organismos superiores encargados de administrar justicia. Libertad de conciencia, de culto, de palabra, de prensa, de reunión, asociación, inviolabilidad personal y de domicilio; por el derecho al trabajo, al descanso, a la educación y a la cultura; por la igualdad social, económica y jurídica de la mujer. Todo esto, mediante la dictación de una nueva Constitución Política, nuevos códigos, nuevas leyes, nuevas instituciones o profunda transformación de las que existen.

En materia religiosa, el Partido Comunista de Chile, está por que la iglesia Católica, al igual que todas las comunidades religiosas tengan amplia libertad de propagación de sus

credos y ejercicio de cultos, ya sea dentro o fuera del templo. Sin embargo, la única apuesta opositaba es la utilización de las iglesias en las lides políticas. El Estado debe ser laico. La enseñanza también debe ser laica, científica, humanística y democrática, sin perjuicio de lo cual se pueden contemplar las clases de religión de acuerdo al principio de voluntariedad de los padres y estudiantes.

Los comunistas se declaran internacionalistas. Su internacionalismo proletario, comunista, coincidente con los intereses del pueblo y de todos los pueblos. Mas aún, la posición internacionalista de los comunistas es una ayuda inapreciable a la causa de los pueblos, al desarrollo progresista de las naciones. Todos los movimientos revolucionarios se han apoyado tanto en las fuerzas nacionales como en las fuerzas internacionales de avanzada.

En el X y XII Congreso, fue elaborado el Programa del Partido Comunista para la presente etapa histórica. Dicho programa comprende los siguientes puntos: las tareas antiimperialistas; las tareas antifeudales; las tareas antimonopolistas; las tareas del desarrollo económico; las tareas relativas al bienestar y la cultura de las masas, y las tareas de democratización. El conjunto de estos puntos constituye el proceso de transformación revolucionaria que abarca todas las esferas de la vida nacional y que es llamada revolución democrática nacional

Como condición esencial de un verdadero progreso económico y social, el partido comunista aboga por una política tendiente a eliminar la sangría de riqueza nacional que significan las actuales relaciones con el imperialismo norteamericano. En tal sentido, se favorecen el establecimiento de tributos a las ganancias y a otras formas de riqueza que se evade al exterior; se plantean medidas de control de las empresas vinculadas a los monopolios norteamericanos; exigen el cese de de la dominación del dólar sobre el comercio exterior; reclaman la renegociación de la deuda externa; el desahucio de los nuevos trabajadores y otros convenios onerosos, etc.

En el sector agrícola, el partido comunista comprende como parte inmediata de las tareas antifeudales, la lucha decidida a favor de las reivindicaciones de los obreros agrícolas y demás capas de trabajadores del campo incluidos los indígenas, en especial su demanda de tierra, agua, créditos y ayuda técnica. De acuerdo a esto, plantea como centro del problema, la reforma agraria.

La esencia de la reforma agraria, para el partido Comunista, es la liquidación del latifundio y de su sistema de explotación. Con este objeto, se requiere eliminar la propiedad privada de los grandes terratenientes sobre la tierra, sus accesorios y los medios de producción anexos (edificios, maquinarias, instalaciones, aperos, etc.) para ser entregados a los obreros agrícolas, inquilinos, medieros, arrendatarios modestos, colonos, ocupantes, pequeños propietarios.

La reforma agraria³⁹ daría paso a tres formas de propiedad sobre la tierra:

Primero: Haciendas estatales, administradas por técnicos y obreros agrícolas bajo la dirección del Estado.

Segundo: Haciendas cooperativas, donde los trabajadores de los latifundios expropiados producirán colectivamente y lo que obtengan les pertenecerá en su totalidad.

Tercero: Haciendas privadas, individuales o familiares de un tamaño apropiado para vivir de su trabajo y en las que, no obstante, el Estado fomentará el cooperativismo.

En resumen, la industrialización es el objetivo básico del desarrollo económico propuesto por el Partido Comunista de Chile, en esta etapa. Sólo de esta manera, manifiestan poder eliminar la monoproducción de materias primas que caracteriza la economía del país.

En lo social, los comunistas respaldan plenamente todas las reivindicaciones que brotan de la lucha del pueblo chileno por el mejoramiento de sus condiciones de vida. Ellas surgen por el imperativo de la subsistencia, porque corresponden al grado de intereses egoístas de las clases gobernantes.

2.3.3 El Partido Demócrata Cristiano.

Los orígenes de esta colectividad política habría que buscarlos, en un plano puramente doctrinario, en las ideas socialcristianas que, después de la aparición de la encíclica “Rerum Novarum”, empezaron a agitar, a comienzos del siglo XX, a los sectores católicos del país, tanto los integrantes en el partido Conservador como los que

permanecían al margen de él. Los nombres de Juan Enrique Concha, Luis Pizarro Espoz y Emilio Tizón, sobresalen entre los conservadores que lucharon por la difusión de los principios socialcristianos. Organismos como la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, grupos como el Partido Nacional de Estudiantes Católicos, grupos como los jesuitas Vives y Fernández Pradel, y escritores como Bartolomé Palacios, destacáronse, también, en el quehacer de propagar esos principios.

Posteriormente, hacia 1931, la juventud universitaria de orientación cristiana encontraba, de manera especial en la Asamblea de propaganda conservadora, la tribuna más adecuada para expresar sus inquietudes políticas, que muchas veces deberían sensiblemente de la línea trazada por la directiva del partido.

En septiembre de 1932, se producirían dos hechos que agravarían esas divergencias: la Pastoral Colectiva del Episcopado chileno sobre *“La verdadera y única solución de la cuestión social”* y el discurso pronunciado por don Héctor Rodríguez de la Sotta en la XI Convención del Partido Conservador, que presidió, y en la cual fijó un pensamiento muy distante de los anhelos de renovación social que alentaba esa juventud, la que, pese a ello, apoyó con entusiasmo la postulación de aquél a la Presidencia de la República, siendo derrotado por Arturo Alessandri Palma.

En 1934, con motivo de la respuesta dada por el Vaticano al Episcopado chileno respecto de consultas que este le formulara, se abrió camino la idea de organizar una nueva tienda política de católicos, que agrupara a los que resistían al Partido Conservador.

Sin embargo, dentro de la juventud católica, prosperó el propósito de alcanzar la unión de ella en torno del viejo tronco conservador y, para lograrlo, se echó a andar el “Movimiento de los Estudiantes Conservadores”.

El 22 de julio de 1935, aparecía el primer número del periódico “Lircay”, órgano de aquella juventud y, los días 11, 12 y 13 de octubre del mismo año, se convocó a una Convención Nacional, en la cual se reveló una gran unidad de pensamiento.

Dada la trascendencia que tuvo la mencionada convención, la Falange Nacional vinculó después esa fecha a la partida de su nacimiento a la vida política chilena.

³⁹ Sergio Guilisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 351.

En los Estatutos aprobados en dicha convención se estableció una relativa libertad para los cuadros que integraban el “Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora”, cuya dependencia quedaba ligada a la autoridad central del partido y no a la de los directorios departamentales.

La influencia de la revolución española, en el aspecto internacional, y, particularmente las obras del filósofo francés Jacques Maritain en lo ideológico, creó un clima que paulatinamente fue alterando las relaciones, en un comienzo cordiales, entre el Partido Conservador y su movimiento juvenil, conocido ya, de preferencia, como Falange Nacional, diferente que se ahonda y se hace público, por primera vez, en la Segunda Convención de la Juventud Conservadora, en octubre de 1937.

La conducta adoptada por algunos parlamentarios que, en el seno de la Cámara de Diputados, actúan más como representantes de la Falange Nacional que del Partido Conservador; la renuncia del Ministro Leighton, la no participación de aquella en la Convención Presidencial que proclamó, en 1938, al señor Gustavo Ross Santa maría como candidato a la Presidencia de la República de conservadores, liberales, demócratas, y la libertad de acción decretada para los falangistas, junto con provocar ardorosas polémicas, hizo más profundas las discrepancias entre la Falange y el partido.

El 4 de Mayo de 1938, la Junta Ejecutiva conservadora censura a los siete diputados del partido que actúan en representación de la Falange Nacional, acordándose, posteriormente, reorganizar la juventud, medida que no fue aceptada por el presidente de dicho organismo, Manuel Carretón Walter, con lo cual la directiva de la Falange se coloca en franca rebeldía contra el Partido Conservador. En carta de 30 de noviembre de 1938, los siete diputados disidentes le reiteran su adhesión al señor Carretón Walter. También lo hizo Rafael Luis Gumucio, quien aseveró en esa oportunidad que “la Falange, por su cuerpo de doctrinas, porque ha penetrado en la clase media, porque se la sabe desinteresada y sincera, es, en realidad, la única entidad política con fuerza eficaz para detener el avance del comunismo”.⁴⁰

Así el 30 de noviembre de 1938, logra plena autonomía política el partido denominado Falange Nacional.

⁴⁰ Sergio Guisasti, “Partidos Políticos Chilenos”, Pág. 202.

A comienzos de 1939, la nueva colectividad se reúne en su primer Congreso Nacional, en el cual se fijan los lineamientos de sus aspiraciones programáticas fundamentales.

En julio de 1941, y en junio de 1944, la Falange celebra su Segunda y Tercer Congreso Nacionales. Un año después, en mayo de 1945, colabora con el gobierno de Juan Antonio Ríos, a través del Ministerio de Obras Públicas y vías de Comunicación, que desempeña, hasta enero de 1946, don Eduardo Frei Montalvo. En abril de este año, en el Cuarto Congreso, el Partido ratifica los 24 puntos esenciales de su Declaración Doctrinaria, que da a la Falange un irrevocable destino democrático y popular, y reafirma su confianza en la eficacia de una política fundamentalmente independiente.

El Quinto Congreso Nacional se desarrolla en mayo de 1948 y, el Sexto, en junio de 1953, siendo este el último torneo de la Falange, pues en julio de 1957, pasa a constituir junto con el Partido Conservador Social Cristiano, el Partido Demócrata Cristiano, destinado a reunir a todos aquellos que aspiran a realizar una verdadera democracia, dando expresión a una política inspirada en los principios y en el sentido cristiano de la vida, como se dice textualmente en la respectiva Acta de Organización.

Con la presencia de delegados extranjeros y con una asistencia cercana a las 1.200 personas que acreditaron poderes, se inaugura, en mayo de 1959, la Primera Convención Nacional de la Democracia Cristiana, presidida por Patricio Aylwin, torneo en el cual se aprueban importantes resoluciones sobre la política nacional, política internacional, política sindical, etc., y el Programa del partido, que considera aquellos problemas que se estiman mas urgentes entre los múltiples que comprometen las condiciones de vida de la población chilena, y en el que se indican los criterios, los medios o las vías de solución por las cuales el partido luchará, programa que “tiende a la implantación en nuestra patria de un orden social cristiano, de características propias y esencialmente distinto al actual y al sistema marxista-comunista”

Para lograr la finalidad perseguida, en dicho documento, se propugna el perfeccionamiento del sistema político e institucional; la lucha contra la miseria a través del desarrollo económico y de una mejor distribución de la riqueza; la reforma agraria y el acceso a la propiedad de la tierra, el mejoramiento de las condiciones de vivienda, de salud, de seguridad social, y la reorientación del sistema educacional.

A fines de julio de 1961, se realiza en Santiago la Tercera Conferencia Mundial de la Democracia Cristiana, que reúne en nuestra capital a los elementos más representativos de esta ideología de diversos países, como Perú, Venezuela, Europa y África (Camerún).

Al cerrarse la Tercera Conferencia Mundial de los Partidos Demócratas Cristianos, ésta declaró que el gran signo unificador de los demócratas cristianos del mundo es su identificación con la defensa de la dignidad espiritual de la persona humana como el primer valor de la historia. Sin esta fundamentación moral, ningún régimen de convivencia nacional o internacional será legítimo.

Además, agregó que los derechos del hombre y del ciudadano, el respeto a la libertad, la generación democrática de gobierno en el voto libre y concreto del pueblo y la participación deliberada y creciente de las clases laboriosas en los beneficios de la cultura y de la riqueza y en el ejercicio del poder político, son exigencias imperativas para los demócratas cristianos de todos los países.

En junio de 1963, Eduardo Frei Montalvo fue proclamado, por su partido, candidato a la Presidencia de la República para los comicios de septiembre de 1964. Además postuló a la Presidencia en 1958. Ahora, además de la Democracia Cristiana, recibe el apoyo de los partidos Democracia Agrario Laborista, Liberal y Conservador.

2.4 Visión sintética de las alianzas políticas entre los años 1861 y 1958.

Fue bajo el gobierno de Montt que se creó el primer sistema de partidos chileno. Surgió, como se señalara más arriba, de un conflicto entre la Iglesia y el Estado. Del pasado colonial, Chile heredó una Iglesia íntimamente ligada al funcionamiento del Estado. El rey de la lejana España estaba facultado para ejercer el llamado patronato, mediante el cual era, en la práctica, la cabeza administrativa de la Iglesia en sus dominios. Esto significaba que el rey sometía todos los nombramientos eclesiásticos a lo que equivalía a una aprobación meramente formal del Vaticano, que todos los sacerdotes seculares estaban en la nómina del Estado y que el diezmo (un impuesto a la producción agrícola) era recolectado y administrado por el Estado. Pese a su aparente subordinación a las autoridades civiles, la Iglesia ejercía una influencia rectora importante sobre toda la sociedad. Administraba todas las instituciones educativas, el derecho canónico era la base del derecho civil en materias relacionadas con el matrimonio y la vida familiar y los bautizos, matrimonios y funerales servían como el único registro oficial de la población. Las subdivisiones territoriales con fines administrativos coincidían con las parroquiales.

Los acontecimientos que habrían de galvanizar la creación de un partido político dedicado ante todo a defender las posiciones de la Iglesia en los asuntos nacionales, al igual que sus prerrogativas e intereses como componente del Estado, ocurrieron en 1856. El Presidente Manuel Montt, quien a su vez era un decidido regalista (esto es, un partidario del patronato), adoptó la posición opuesta y el choque resultante entre el arzobispo y el presidente pelucón se convirtió en un grave problema político. Los partidarios de la Iglesia, tanto los clérigos como los laicos, hombres y mujeres, organizaron manifestaciones de apoyo al arzobispo, al tiempo que éste se dispuso a partir al exilio antes que capitular frente a la postura del gobierno.

Al embarcarse Montt en una confrontación con la Iglesia, consiguió indisponerse durante su presidencia con el grueso de sus partidarios pelucones originales, que se fueron al recién formado Partido Conservador. Pero los conflictos previos de los pelucones con ambas facciones liberales hicieron imposible que los partidarios residuales de Montt se unieran a los liberales en contra de los conservadores. Por ende, quienes permanecieron leales a Montt y a su álgter ego, Antonio Varas, formaron un núcleo distinto. Con todo, en las décadas de 1870 y 1880, los viejos conflictos se habían ido diluyendo en la memoria y los montt-varistas o nacionales eran para entonces prácticamente indiferenciables de los liberales. Todas esas diferencias específicamente políticas (en oposición a las societales,

esto es, a las que se reflejaban en las organizaciones religiosas, educativas y sociales) dieron pie a un sistema partidario emergente de naturaleza cuatripartita y no sencillamente bipartidista.

El sistema electoral de este período favoreció la formación de coaliciones entre quienes estaban en el poder y quienes estaban fuera de él. Así, pese a sus diferencias, el patrón de formación de coaliciones partidistas estuvo a menudo determinado por alianzas tácticas más que programáticas. La mayoría del electorado estaba bajo fuerte influencia del gobierno, en la medida que estaba enrolada en la milicia cívica o empleada en los servicios públicos. El Ministerio del Interior elaboraba listas oficiales de candidatos, y dado que en el sistema electoral de lista completa para las elecciones municipales, de la Cámara baja y de los electores del Senado y los presidentes, el ganador se lo llevaba todo, la mayoría de quienes eran elegidos provenía de las listas oficiales. Aunque los gobiernos de la época incluían a menudo a algunos de sus críticos en las listas oficiales, los grupos opositores contaban con fuertes incentivos para reunir sus propios recursos, siempre con miras a socavar una sección, electoralmente hablando, en el tinglado electoral gubernamental. Concentraban sus esfuerzos en ganar el apoyo de los artesanos, los pequeños comerciantes y los pequeños propietarios, que formaban el grueso de la milicia cívica. La aparición de clubes políticos (la Sociedad Caupolicán de 1845 y la Sociedad de la Igualdad de 1850), centrados en captar una audiencia entre los artesanos, fue en buena medida el fruto de ese intento opositor de reclutar a los miembros de la milicia en favor de sus puntos de vista. Los conservadores y liberales se hallaban entre los activistas de oposición en 1850. Su común rechazo a Montt condujo a una alianza entre ellos, que tuvo éxito incluso como una coalición de gobierno nada fácil entre 1861 y 1873. Se rompió finalmente, dadas sus diferencias en el tema de las políticas educacionales y otros asuntos de importancia para la Iglesia.

La oposición legislativa intentó a su vez reformar el sistema electoral y limitar el poder del Ejecutivo por la vía de reforzar las libertades cívicas y fortalecer el papel del Congreso. Importantes reformas electorales llevadas a cabo en 1874 fueron promulgadas por una coalición parlamentaria de oposición entre los conservadores, los radicales y los “liberales sueltos” o “avanzados” (quienes eran generalmente opositores), y estaban diseñadas para limitar el control del gobierno sobre el electorado. Al afirmar en la nueva ley que todos los que sabían leer y escribir contaban con los medios necesarios para votar, los legisladores soslayaron las disposiciones constitucionales que estipulaban requisitos de ingreso y de propiedad para votar y, especialmente, dados los bajos niveles fijados para

tales requisitos, la obligación de los votantes de probar que tenían dichos ingresos o propiedades cuando se inscribían. A raíz de ello, el número de electores que votaron (no los que se inscribieron para votar) en las elecciones parlamentarias aumentó de 26.815 en 1873 a 80.346 en 1876, y a 104.041 en 1879. La ley de 1874 cambió a su vez el régimen electoral para asegurarse de que hubiera un tercio de representación minoritaria en los gobiernos municipales y facilitar este mismo en las elecciones a la Cámara baja, y reorganizó por completo el control y la organización del proceso electoral en sí, en un intento de arrebatarlo al control gubernamental directo. Las reformas electorales de 1874 no tuvieron los efectos que la oposición, especialmente los conservadores, habían esperado. El Partido Radical se unió a los liberales en una alianza de gobierno y en 1876 recurrió a medidas arbitrarias para derrotar a los líderes claves del Partido Conservador y seguir generando grandes mayorías a favor de su lista unida de candidatos oficiales. Los conservadores resolvieron a comienzos de la década de 1880 abstenerse de participar en las elecciones, lo cual provocó una caída en el número de votantes. Ello dio además vía libre a la alianza liberal-radical para que aprobara una serie de leyes anticlericales. Al término de la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-1891), el país se vio inmerso en una guerra civil, al surgir un grave conflicto respecto a las facultades del Ejecutivo. Balmaceda era una figura intransigente y, durante su período en el cargo, los radicales, la mayoría de los liberales y la mayor parte de los nacionales se habían unido a los conservadores para oponerse a su gobierno. Cuando el Congreso se negó a aprobar el presupuesto de Balmaceda para 1891, una herramienta favorita de los legisladores en las décadas previas para obtener concesiones del Ejecutivo, el Presidente replicó aprobando por decreto el presupuesto del año anterior. Ello condujo a un conflicto armado y la victoria de las fuerzas bajo el liderazgo congresista generó cambios significativos en las instituciones políticas de la nación.

La historiografía chilena asigna el rótulo de “República Parlamentaria” al período entre 1891 y 1925, dado que en él se implementó una nueva interpretación de la Constitución de 1833, en virtud de la cual se requería que los gabinetes tuvieran mayorías parlamentarias. Sin embargo, el régimen resultante fue en el mejor de los casos semipresidencial, pues los presidentes siguieron siendo elegidos por un período no renovable de cinco años. Además, aunque el Ministro del Interior era la figura sobresaliente dentro del gabinete, y el encargado por el Presidente de formar dicho gabinete, no había un cargo de primer ministro como tal a la cabeza del gobierno.

El sistema partidario se vio afectado por otros cambios introducidos en 1891. En la ola de vasto rechazo a los intentos de Balmaceda de nombrar a un candidato oficial a la presidencia para que lo sucediera, hubo finalmente un sólido compromiso entre todos los partidos fundamentales para crear un sistema electoral que habría de ser independiente de la intervención gubernamental. Con este fin, la autonomía de las autoridades municipales a cargo de organizar los procesos electorales se vio realzada. Las milicias cívicas, previamente un activo tan importante para los gobiernos como fuente de votos para las candidaturas oficiales, fueron finalmente disueltas luego de perder importancia como consecuencia de la formación de un ejército más grande para enfrentar la Guerra del Pacífico (1879-1883). Por ende, en 1896, luego de un gobierno de transición, Federico Errázuriz Echaurren se convirtió en el primer Presidente (1896-1901) elegido sin haber sido el candidato oficial escogido por su predecesor. A través de los votos que pudieran movilizar, las organizaciones partidistas locales se convirtieron en instrumentos claves para la elección de todas las autoridades, desde las municipales a las de alcance nacional. Este cambio no sólo consolidó a las organizaciones partidistas, sino que las situó en el centro del sistema político chileno. Las elecciones se volvieron altamente competitivas y los partidos hubieron de desarrollar filiales locales en todo el territorio nacional con miras a captar el voto. A pesar de que los partidos habían comenzado ya a crear redes de adherentes de nivel medio y bajo, la ampliación de la competencia electoral dio a este proceso un nuevo empuje. Se hizo de rigor organizar convenciones nacionales para decidir los programas y las candidaturas presidenciales de los partidos, práctica ya incipiente en la década de 1870. No eran convenciones pequeñas; las liberales, por ejemplo, congregaron a más de mil delegados de todo el país. Las candidaturas presidenciales y parlamentarias tuvieron que prestar mayor atención a las sensibilidades y exigencias de los dirigentes partidarios locales si pretendían ganarse su apoyo para movilizar a los electores necesarios para triunfar. Las elecciones presidenciales siguieron siendo indirectas, debiendo el electorado escoger entre 260 y 350 electores de todo el país.

La historiografía del período ha pasado por alto la significación de estos cambios. Se ha centrado más bien en el desarrollo de prácticas electorales como el cohecho, el conducir a las urnas, con sus respectivos votos marcados, a la clientela electoral y dependientes, y en el intento de los militantes locales de asegurarse, a través de una variedad de estrategias nunca enteramente seguras, de que tanto sus electores comprados y sus clientelas votaran realmente como se suponía que debían hacerlo. Pero tales recuentos no sólo exageran la amplitud con que tales prácticas “viciaban” las elecciones, sino que olvidan a la vez el punto crucial. Un sistema electoral administrado oficialmente es muy

distinto a uno que se convierte en un mercado electoral en el que las organizaciones partidarias compiten por el voto. Dicha competición llevó a los distintos partidos en aquella época a ofrecer a los votantes lo que ellos mismos designarían como una “gratificación”. Bien puede ser que algunos electores fueran influidos en sus preferencias de voto exclusivamente por las sumas que les eran ofrecidas.

Pero, muy probablemente, ese caso se daba en muchas menos instancias que las que sugieren los detractores contemporáneos de esta práctica y algunos historiadores actuales. Después de todo, era atendible que los electores racionales y de modestos recursos, que pensaban votar de todas maneras por cierto candidato, exigieran una “gratificación” en la sede de la candidatura al enterarse de que ésta era ofrecida. Puede que otros fueran impulsados a no abstenerse de votar a cambio de la gratificación, pero es posible que en tal caso acabaran también votando por sus preferencias. Es engañoso suponer pura y simplemente que todos los ciudadanos que recibían una gratificación estaban, por ende, votando obligatoriamente por una opción opuesta a sus propios puntos de vista e intereses.

Los testimonios de la época indican que el hecho de gastar más dinero para pagar a los electores no garantizaba el éxito electoral. E incluso si los partidos obtenían, por estos medios, votos que de otro modo no hubieran obtenido, aún así debían desarrollar la capacidad organizacional para cumplir con tales pagos.

Un nuevo régimen electoral estableció el voto acumulativo en todas las elecciones. Este sistema había sido utilizado previamente, en 1874, en contiendas para la cámara baja del Congreso. Esto significaba que los votantes contaban con tantas opciones como cargos había en litigio y que podían distribuir sus preferencias como quisieran, incluyendo la práctica de adjudicar todos los votos a un solo candidato. Los candidatos triunfantes eran los que obtenían los mayores totales individuales, independientemente del total de votos reunido por la lista del partido. Por ende, en los distritos parlamentarios plurinominales, en las elecciones municipales y las elecciones para el colegio electoral presidencial, los partidos minoritarios podían escoger a uno o más de sus candidatos en la medida que instruyeran a sus electores para que concentraran sus preferencias. Dicho sistema obligó a los partidos a diseñar cuidadosamente sus estrategias electorales en cada localidad. Los líderes partidarios habían de adivinar con mucha exactitud cuántos votantes acudirían a las urnas (las inscripciones y el acto de votar eran voluntarios y sólo la mitad a las tres cuartas partes de los individuos susceptibles de inscribirse y votar lo hacían), y cuántos votos habrían de reunir ellos y sus oponentes para sus respectivas listas. Esos cálculos eran

vitales, pues el éxito dependía de tener una equivalencia óptima entre el número de votos, el número de candidatos en la lista y la distribución de los votos entre los candidatos. Un exceso de candidatos sin instrucciones a los votantes acerca de cómo concentrar sus preferencias corría el riesgo de no aportar a ninguna de las candidaturas los votos suficientes para ganar, pese a que la lista obtuviera una gran votación. Muy pocos candidatos o una concentración excesiva de los votos en uno o dos de ellos planteaban el riesgo de que fueran elegidos menos candidatos de los que la lista hubiera sido capaz de elegir con su total de votos. El sistema incentivaba a los líderes partidarios locales para que organizaran e instruyeran a sus electores tanto como les fuera posible, y se aseguraran de que cada uno votara realmente; las “gratificaciones” a los votantes debían ser percibidas a su vez en este contexto, pues otorgaban a los militantes una oportunidad crucial de difundir sus instrucciones, y una papeleta marcada previamente, a cada votante. Una complicación adicional consistía en que los partidos podían formar pactos electorales, con la posibilidad de establecer distintos pactos en distintos distritos electorales. Esos pactos aumentaban el número de votantes por candidatos específicos, alterando los equilibrios matemáticos de los cálculos electorales y obligando a los oponentes a variar sus estrategias en conformidad con ello.

No había barreras legales importantes para la configuración de nuevas listas de partidos para las elecciones. Bastaba con que se imprimieran sus papeletas en el papel y la tinta requeridas por el formato y las especificaciones de la ley electoral, a menos que fueran declarados inadmisibles.

Los votantes podían traer consigo, a las urnas, las papeletas del partido, a veces ya marcadas y dobladas, o bien podían escoger una de entre los montones disponibles en la cámara secreta de los lugares de votación. Los votantes que recibían “gratificaciones” podían presumiblemente traer consigo más de una papeleta marcada y doblada y depositar aquella de su preferencia si querían obtener el dinero y favorecer igual a otra candidatura.

Pese a la falta de impedimentos para componer nuevas listas partidarias, surgieron pocos partidos nuevos en ese período. De hecho, el régimen electoral no era tan propicio a la creación de nuevas listas partidarias como podría esperarse. Los efectos proporcionales del voto acumulativo aumentaban con el número de cargos a llenar, pero en las elecciones senatoriales se escogía sólo a un senador por distrito (salvo en Santiago, donde se elegía a dos), lo cual significaba que el sistema se convirtió en tales casos en un sistema puro y simplemente mayoritario. En la Cámara baja, de 31 distritos sólo uno (Santiago) elegía 8

diputados, mientras que la mitad de ellos elegía a 3 y un cuarto a 2 o, en un único caso, a 1. Por ende, los efectos proporcionales del voto acumulativo eran moderados. En los comicios para elegir a los electores presidenciales, el sistema tuvo escaso efecto porque los candidatos de los representantes minoritarios en el colegio electoral ni siquiera podían regatear con otros candidatos a cambio de sus votos cuando las elecciones eran reñidas, pues en estos casos la decisión final la tomaba una sesión conjunta del Congreso. Es en las elecciones municipales, en las que se elegían al menos cinco concejales por comuna, donde el cambio del sistema de votación se hizo sentir mayormente. Y, con todo, las evidentes ventajas de formar pactos partidarios significaba que durante este período, la mayoría de los partidos entraba en ellos antes de cada elección, incluso en el caso de las elecciones municipales. Los pactos daban a los dirigentes de los partidos una herramienta formidable para emplearla en contra de los disidentes que intentaban levantar una nueva etiqueta partidaria, porque al concentrar los votos de más de una organización partidaria en el o los candidatos del pacto, el candidato díscolo tenía escasas probabilidades de ser elegido.

Así y todo, el número de partidos aumentó de hecho, más allá de los cuatro originales, a través de una división de los liberales y la creación de nuevos partidos obreros. Los liberales se escindieron en dos grandes facciones, la de los que apoyaban y la de los que se oponían al anterior Presidente Balmaceda y su legado político de gobierno fuertemente presidencialista. Balmaceda, abatido por su derrota en la guerra civil, se suicidó; pero se convirtió rápidamente en objeto de veneración de un segmento importante de la opinión liberal, agrupada en lo que llegó a conocerse como el Partido Liberal Democrático. Organizado por un antiguo ministro de Balmaceda en 1891, el partido obtuvo un éxito significativo al elegir a seis senadores —el doble de los elegidos por el Partido Liberal— en las elecciones parlamentarias de 1894, las primeras en las que participó. Su iniciador murió en 1892, luego de lo cual el partido quedó bajo el liderazgo de Enrique Salvador Sanfuentes, quien era un antiguo ministro del gobierno de Balmaceda. Al retirarse de la política a fines del decenio de 1890, su hermano menor, Juan Luis Sanfuentes, se convirtió en el líder del partido. Una facción liberal menor, el Partido Liberal Doctrinario, tuvo a su vez alguna significación en algunos años electorales. Agrupaba a quienes seguían el linaje más genuino del liberalismo decimonónico, comenzando por aquellos que habían apoyado a la Constitución de 1828. Los liberales doctrinarios se oponían a Balmaceda, por lo cual se ciñeron habitualmente a la que era la corriente principal del Partido Liberal. Sin embargo, cuando este último hizo alianzas con los conservadores, reactivaron su identidad y su denominación autónomas y pactaron con los liberales democráticos y los radicales.

Durante casi tres décadas, después de 1894, la escisión de los liberales se convirtió en un factor que complicaba las cosas a la hora de formar alianzas electorales y parlamentarias. Los pactos para las elecciones presidenciales (y, generalmente, también para las otras) contaban con cuatro supuestos esenciales: primero, los conservadores y radicales nunca podían apoyar al mismo candidato. Por ello, constituían aún los “extremos” del sistema partidario.²⁰ Segundo, ningún partido era capaz de ganar la contienda presidencial por sí solo. Tercero, el Partido Conservador, a pesar de tener la misma o mayor fuerza electoral que cada uno de los dos principales partidos liberales (cerca del 22% de la votación en las elecciones a la Cámara baja entre 1894 y 1924), estaba sin embargo impedido de tener un candidato presidencial triunfante surgido de sus propias filas: un candidato semejante conseguiría tan sólo propiciar una combinación anticlerical más fuerte que ganaría la presidencia. Lo mismo valía para el Partido Radical: un candidato de sus filas abría tan sólo la posibilidad de que un liberal formara un pacto victorioso con los conservadores. Y cuarto, ambos partidos liberales (o los tres en algunas elecciones) no podían acordar apoyar a un candidato único; así de fuertes eran la animosidad y las ambiciones personales creadas por su división. Esto llevó a los políticos liberales a buscar pactos, ya fuera con los radicales o los conservadores, para conformar el bloque fundamental (al cual adherían otros partidos) de una coalición electoral triunfante. Así, los radicales o los conservadores tenían una influencia considerable sobre los partidos liberales, pues el apoyo radical o conservador se convertía en un elemento clave para conseguir el nombramiento a la candidatura presidencial de dichos partidos.

De no haber sido por el quiebre entre los liberales, una escisión del tipo “fortuito” dentro de las escisiones generadoras de partidos que hemos mencionado previamente, la política del período hubiera sido bastante más simple. Dado el hecho de que los grupos liberales tenían un promedio del 36% de la votación entre 1894 y 1924, una alianza de todos los segmentos liberales con los radicales, que obtenían un promedio del 18% en el mismo período, hubiera generado gobiernos estables con mayorías parlamentarias.

Después de todo, liberales y radicales seguían compartiendo su postura anticlerical, desde una más atenuada a otra más firme; pero lo dicho no ocurría en la medida que los dos grandes grupos liberales, pese a que algunas de sus facciones convergían de manera ocasional (lo cual condujo entonces a candidaturas victoriosas), eran por lo general fieros oponentes electorales. De las seis contiendas presidenciales celebradas en este período, tres fueron tan reñidas en el colegio electoral que la decisión final hubo de ser tomada por un voto del Congreso; en dos de esas contiendas, cuando los partidos Liberal Democrático,

Nacional y Radical y algunas facciones liberales de la corriente principal acordaron apoyar a un candidato único, éste obtuvo una mayoría clara; y en otro caso, ningún político pudo aglutinar en torno suyo a una coalición preelectoral con claras posibilidades de triunfo; a raíz de ello, los partidos acordaron al fin pedirle a Ramón Barros Luco (1910-1915), quien ya tenía 76 años de edad, que aceptara la presidencia como una solución de compromiso.

Bajo el liderazgo del mayor de los Sanfuentes, los liberal democráticos fueron claramente “balmacedistas”, lo cual significaba que se oponían a la interpretación parlamentaria de la Constitución de 1833 que los oponentes de Balmaceda habían defendido, y que eran a la vez una fuerza anticlerical. En consecuencia, a partir de 1896 se convirtieron en el principal partido del pacto conocido como la Alianza Liberal (denominación que ya existía antes de 1891 como agrupación de las fuerzas anticlericales), aunque los radicales resultaron ser los miembros más consistentes de la Alianza Liberal a través de los años. La corriente primaria de los liberales pactó normalmente con los conservadores y en ocasiones con los nacionales y la llamada “Coalición” o “Unión Nacional”. La constante de la Coalición en este período fue la presencia de los conservadores, y los liberales que se convirtieron en sus candidatos presidenciales tenían que ser, de algún modo, aceptables para ellos. Tras el retiro de la política del mayor de los Sanfuentes, ocurrida a la vuelta del siglo, el Partido Liberal Democrático pareció estar menos comprometido con su legado balmacedista y pasó a guiarse ante todo por lo que mejor calzaba con las ambiciones políticas del Sanfuentes más joven. Estaba abierto, pues, a los pactos no sólo con los radicales sino también con los conservadores. Juan Luis Sanfuentes se convirtió finalmente en Presidente (1915-1920) después de ingresar con su partido a la Coalición con los conservadores. En suma, la dinámica de las divisiones y coaliciones partidarias durante la mal llamada “República Parlamentaria” tuvo mucho que ver con las ambiciones personales de los dirigentes políticos, especialmente de los liberales de uno u otro signo.

Pese al término de la interferencia gubernamental en las elecciones, los principales partidos del período previo, a saber, todas las facciones liberales, los conservadores y los radicales, obtenían en promedio el 76% del total de votos en las elecciones a la Cámara baja entre 1894 y 1924. La cifra muestra que tales partidos habían generado ya identidades colectivas significativas y/o una gran capacidad de movilizar o encapsular al electorado antes de 1891. El predominio de tales partidos fue incluso mayor en las elecciones de 1894, 1897, 1900 y 1903, cuando obtuvieron en promedio el 85% del total de la votación para la Cámara de Diputados, que en las subsiguientes. Esta es una prueba significativa de que el

sistema electoral anterior a 1891, pese a sus defectos, había generado una base sólida para la formación del sistema partidario chileno. El Partido Nacional, el cuarto en importancia durante el período anterior, se vio reducido a una proporción menor de la votación desde 1894 a 1906. Su desempeño fue mucho mejor entre 1906 y 1912, cuando sus candidatos obtuvieron un promedio de cerca del 15% de la votación. Cayeron a cerca del 3% de los votos a principios de los años veinte, luego de lo cual el partido desapareció.

Los partidos nuevos que se crearon en la época correspondieron a los que reflejaron la importancia creciente que iba adquiriendo el conflicto de clases en la sociedad chilena. La minería, la industria, la construcción y el transporte se desarrollaron todos fuertemente en las décadas posteriores a la Guerra del Pacífico. Los cambios en la fuerza laboral permitieron la formación de sindicatos, sociedades de ayuda mutua y otras organizaciones de los sectores populares y, como fruto de sus publicaciones y actividades, incluidas las huelgas, la “cuestión social” se convirtió en materia de considerable debate público.

El primer partido importante que surgió como expresión de las bases trabajadoras fue el Partido Demócrata. Fundado a fines de 1887, su líder inicial y más conocido fue Malaquías Concha, un abogado que abandonó el Partido Radical llevándose con él a una “sociedad” de trabajadores (para utilizar el término de la época) llamada La Igualdad, con ciertos visos tenues de partido político.

El Partido Demócrata no tuvo éxito, al final, en su afán de convertirse en el polo de izquierda dentro del sistema partidario chileno. Ese fracaso explica en buena medida el hecho de que este partido no haya recibido la atención que merece de parte de los historiadores y los científicos sociales. Siguiendo el ejemplo de Ramírez Necochea, que desestimó al partido en cuestión por considerarlo un instrumento de la “pequeña burguesía”, en especial los analistas de izquierda han dado muestras de los mayores prejuicios en su tratamiento del mismo. Aun cuando llegó a ser un miembro correspondiente de la Internacional Socialista en 1903 y jugó un rol fundamental en organizar manifestaciones, sindicatos y huelgas entre los trabajadores, se lo descalifica por no haber tenido un perfil ideológico coherente, esto es, por no haber abrazado el marxismo. El hecho de que Luis Emilio Recabarren, el obrero tipógrafo al que se considera el fundador del movimiento sindical chileno y del Partido Comunista, abandonara el Partido Demócrata sólo confirma esta imagen negativa del mismo. Recabarren creó el Partido Obrero Socialista en 1912 con un pequeño grupo de militantes sindicales y lo condujo a la Tercera Internacional en enero de 1922.

Malaquías Concha no era un líder de primera línea en el Partido Radical y La Igualdad no era, en ningún caso, un componente característico del partido. Por ello, no debe considerarse al Partido Demócrata pura y simplemente como una facción disidente del tronco radical, sino más bien como el primer partido nuevo que se creó en Chile desde mediados del siglo diecinueve. En tanto los demócratas eran también anticlericales en grado variable, discrepaban con el énfasis casi exclusivo que daban los radicales a las cuestiones Iglesia-Estado. La mayoría de sus militantes y líderes provenía de los sindicatos, las cooperativas, los centros culturales y las sociedades de ayuda mutua del sector obrero. Entre sus líderes, también había mujeres y contaba con ciertas organizaciones que agrupaban tan sólo a mujeres de clase obrera.²⁹ El partido eligió a los primeros parlamentarios y de extracción obrera en 1903 (un abogado, Ángel Guarello, se convirtió en su primer diputado en 1896). Los demócratas abogaron consistentemente en favor de la legislación social, de salud, sanitaria y relacionada con las condiciones de trabajo, todo ello favorable a los trabajadores. Publicaron decenas de periódicos destinados a lectores de clase obrera, todos los cuales contenían artículos de opinión que a menudo lamentaban las penosas condiciones de vida y laborales de los trabajadores, así como la codicia y estrechez de miras de las clases altas.

Si bien el mejor resultado electoral obtenido a nivel nacional por el Partido Demócrata en elecciones a la Cámara baja fue cerca de un 8% en 1924, este porcentaje relativamente menor encubre el hecho de que sus votantes se concentraban en las áreas mineras y de las clases trabajadoras urbanas, con escasa presencia en el Chile rural (especialmente en la zona central). En 1897, el partido presentó candidatos al Congreso por primera vez, logrando el 17% de los votos en Santiago. Los mejores resultados fueron en Valparaíso, Concepción y Santiago, donde en algunas elecciones parciales obtuvo sobre el 40 % de los votos, con la ayuda de pactos electorales. La concentración del voto demócrata lo convirtió en un socio atractivo para los pactos electorales y, aunque repetidas veces se sumó a ellos, estos provocaron siempre agudos debates y disensiones dentro del partido. Los demócratas entregaban su apoyo a otros partidos en distritos donde ellos mismos eran poco fuertes, a cambio del apoyo de los segundos a sus candidatos en los distritos en que su electorado era una fuerza relevante. Si los pactos hubieran estado prohibidos por la ley electoral, probablemente el partido hubiese elegido de todos modos a muchos de sus congresistas y concejales municipales en los distritos donde era fuerte, asumiendo que el sistema partidario siguiera siendo tan plural como lo era.

Aún así, dada la existencia de los pactos, los demócratas tenían pocas expectativas de ganar sin entrar en un pacto con otros partidos. Para las contiendas presidenciales, puesto que eran siempre tan reñidas, en muchas ocasiones se consideraba “decisivos” a los votos demócratas, aunque fueran relativamente pocos.

El Partido Demócrata, entonces en su primera infancia, había apoyado al gobierno de Balmaceda hasta su muerte, lo cual constituía una fuente de afinidad relevante con los liberales democráticos. Después de todo, ambos grupos pelearon del mismo lado en la sangrienta guerra fratricida de 1891 y ambos sufrieron la persecución a los partidarios de Balmaceda que siguió varios años después de que ella hubo concluido. Por ende, muchos de los pactos electorales fueron con los liberal-democráticos. Dadas las posiciones habitualmente anticlericales del partido, no debe sorprendernos que los radicales fueran el otro partido fundamental con el que pactaron.

En el Congreso, los representantes del Partido Demócrata fueron ocasionalmente decisivos en ganar o perder votos de censura contra los gabinetes o ciertos ministerios específicos. Un enigma clave es el de por qué los demócratas fueron incapaces de conseguir una proporción incluso mayor de los votos, dada la importancia creciente de las cuestiones relacionadas con las divisiones de clase y la posibilidad de emplear a las organizaciones del movimiento sindical emergente como base de apoyo electoral. Parte de la respuesta reside en el hecho de que el Partido Demócrata fue un añadido tardío dentro de un sistema multipartidario en el cual muchos mineros, artesanos y obreros tenían ya una dilatada experiencia de participación electoral. El electorado decimonónico chileno, aun cuando era reducido, incluía un porcentaje desproporcionado de grupos urbanos de clase baja, incluso en el período previo a 1874, cuando la ciudadanía estaba constitucionalmente restringida a quienes tenían cierto ingreso, propiedades o capital en giro. La movilización previa de este electorado en un período de décadas debió generar hábitos y lealtades que no desaparecerían de la noche a la mañana. Si el sufragio hubiera excluido por completo a los artesanos y obreros hasta antes de la década de 1890 y si el Partido Demócrata hubiera quedado en posición de liderar la lucha por el sufragio universal, como ocurrió generalmente con los partidos obreros europeos, el partido hubiera tenido una mayor posibilidad de captar una tajada más grande del voto de clase obrera. Tal y como fue en realidad, los demócratas, hubieron de competir con los liberal democráticos, los radicales e incluso los conservadores por ese voto. Aparte de la capital, donde todos los partidos encontraban apoyo, los demócratas elegían representantes parlamentarios en las ciudades del norte, de la zona central y austral (esto es, Iquique, Antofagasta, Valparaíso,

Concepción, Lota-Coronel, Angol, Temuco y Valdivia), áreas en las que también los liberales democráticos y los radicales eran fuertes.

Al final, fue más fácil hacer pactos electorales con esos partidos, pero aunque era políticamente conveniente, esto tenía la gran desventaja de focalizar una vez más los mensajes electorales dirigidos al electorado de clase obrera, especialmente donde los demócratas estaban obligados a apoyar a los restantes partidos, en las cuestiones anticlericales ante todo, ya que servían de aditivo programático a las alianzas. En esas circunstancias, los demócratas no podían centrarse tanto como hubieran querido en las demandas de la clase obrera. Además, puesto que el partido no podía captar la parte del león dentro de la votación obrera, tampoco podía obtener, como fue el caso de los socialistas y los partidos obreros en la Europa septentrional de la época, los votos de intelectuales y de otros sectores de clase media e incluso de clase alta de inclinaciones progresistas y pro sindicales. Los partidos liberales y de manera creciente el Partido Radical captaban una mayor parte de ese voto. Finalmente, los conservadores obtenían los votos de los católicos activos, por lo cual eran el sector más fuerte en la zona central del país, al norte y sur de Santiago, el área en que la Iglesia tenía su mejor implantación puesto que había sido durante casi tres siglos el núcleo del Chile colonial— y en las áreas del Sur en que los católicos de origen alemán se establecieron a mediados del siglo diecinueve.

Los electores predispuestos por su catolicismo a emitir sus votos en favor del Partido Conservador a lo largo del país, incluso los de clase trabajadora, daban impulso a su vez al voto anticlerical y, fruto de esta influencia de la religión en el comportamiento electoral, el voto determinado por el origen de clase no era en ningún caso tan significativo como harían pensar las habituales imágenes de la política chilena, con sus divisiones de derecha a izquierda. Una vez más, este factor redujo las posibilidades de cualquier nuevo partido que invocara ante todo los intereses de la clase trabajadora y exigiera una mayor igualdad social.

El relativo fracaso electoral del Partido Demócrata no fue fruto del reducido tamaño del electorado, que era un 6 a 8% de la población total del país. La “República Parlamentaria” ha sido habitualmente descrita en la historiografía chilena como una forma de gobierno de la “oligarquía”. En este enfoque simplista, ni siquiera las “clases medias” podían participar efectivamente en política. El hecho de que la ley estipulara explícitamente el alfabetismo como una condición de la ciudadanía ha conducido al supuesto de que cualquier partido que buscara apoyarse en los sectores populares hubiera estado condenado

al fracaso, puesto que tales sectores estaban presumiblemente subrepresentados, en términos gruesos, dentro del electorado.

Si el requerimiento de la alfabetización socavaba gravemente el potencial electoral de los partidos chilenos de clase obrera, ¿por qué fue que los líderes del Partido Demócrata, o de otros partidos de izquierda que se formaron luego, y del movimiento sindical no presionaron nunca por la eliminación del requisito de alfabetización para ejercer el derecho al voto?

La respuesta es que percibían ese requisito más como una ventaja y no como un impedimento para su suerte electoral, y pensaban que el electorado se componía ya entonces de una mayoría de clase trabajadora. Las organizaciones tempranas del movimiento sindical y de la izquierda presionaban por más educación primaria y hacían esfuerzos considerables para organizar la enseñanza adulta. El analfabetismo entre los varones mayores de 15 años cayó rápidamente de alrededor de dos tercios a cerca de un tercio entre las décadas de 1880 y 1930, cifras que representaban un avance tal que desmienten las imágenes habituales de “inmovilismo” durante este período “oligárquico”. Los mensajes políticos de la izquierda y el movimiento sindical eran transmitidos principalmente a través de miles de páginas de periódicos, boletines y panfletos. Los dirigentes obreros eran parte de una subcultura alfabetizada y militante y probablemente consideraban la alfabetización en progreso como un factor que operaba a su favor. Por ende, tenían incluso razón para temer los efectos que podrían derivarse de la extensión del derecho a voto a los iletrados que estaban fuera del alcance de sus mensajes impresos. Es, por cierto, muy probable que la ampliación del sufragio a los iletrados hubiera incrementado el número de electores bajo el influjo de los terratenientes, empleadores y otros notables locales. Además, el mecanismo del voto acumulativo era muy complicado y el votar en sí era un acto de partidismo en el que muchos ciudadanos potenciales preferían sencillamente no participar. Por ejemplo, para la elección presidencial de 1920, entre el 20 y el 25% de los votantes facultados para ello (varones adultos alfabetizados) no se había molestado en inscribirse para votar; y de los que sí lo habían hecho, tan sólo un 50% se presentó a las urnas tras una campaña muy reñida que dio el triunfo a Arturo Alessandri, por el más estrecho margen que quepa imaginar.

La más clara demostración de que las cifras reducidas de votantes no eran la razón de la relativa falta de éxito electoral de un partido a la izquierda a principios del siglo veinte se halla en los resultados de las elecciones presidenciales de 1925. En ellas, el candidato de

una coalición izquierdista que incluía a todos sus segmentos, José Santos Salas, obtuvo el 28% de los votos, contra un candidato apoyado por todos los partidos tradicionales, desde los conservadores a los radicales. Adicionalmente, una extraña coalición de demócratas y comunistas (entonces bajo un liderazgo moderado, antes de la “bolchevización” del partido impuesta por la Internacional Comunista) obtuvo el 22% de la votación nacional en las elecciones parlamentarias de 1925. Tales proporciones son comparables en términos gruesos a la porción de la izquierda chilena dentro de la votación durante las décadas que van desde fines de 1930 al presente. Las cifras de votantes reales en la contienda de 1925 (cerca de 260.000) no representaban una proporción mayor de la población total que en las elecciones desde mediados de la década de 1890. Lo que había cambiado, sin embargo, no era sólo que el espectro de la fuerza sindical organizada hubiera alcanzado su punto culminante, sino también que el Partido Liberal Democrático hubiera desaparecido y que su electorado no se volviera al entonces recién unificado Partido Liberal.

Otra dimensión del fracaso del Partido Demócrata fue su incapacidad para mantenerse como el principal partido de los dirigentes sindicales. El partido (o partidos) de izquierda de cualquier país debe tener, si espera tener éxito como tal, fuertes lazos con el liderazgo sindical. Si los demócratas hubieran sido capaces de seguir desarrollando los vínculos que tenían con las sociedades de ayuda mutua, los sindicatos y otras organizaciones de trabajadores a la vuelta del siglo, hubieran podido resistir el crecimiento del anarco-sindicalismo y del Partido Socialista Obrero-Comunista, y hubieran podido emplear los recursos del movimiento sindical para sacar mayores ventajas electorales de la disolución del Partido Liberal Democrático a mediados de los años veinte. Sin embargo, de una postura de fuerza a principios de la década inaugural del siglo, los demócratas pasaron a constituir una fuerza minoritaria en el sindicalismo de mediados de los años veinte. Cuando un delegado del Partido Socialista Obrero-Comunista propuso a un congreso celebrado en 1922 de la principal federación sindical de la época, la Federación Obrera de Chile, que ésta cortara todos los nexos con el Partido Demócrata dadas sus tendencias “reformistas”, la moción fue aprobada por 77 votos a 33. Los delegados del Partido Demócrata abandonaron la sesión en señal de protesta por esa resolución y nunca más volvieron.

La incapacidad de los demócratas para convertirse en una fuerza hegemónica dentro del movimiento sindical antes de 1920 puede explicarse al examinar el contexto en que se desarrollaron las organizaciones sindicales. Éste incluía una singular incongruencia entre represión social y libertad política.⁴² Las demandas formuladas en el lugar de trabajo por

los trabajadores y sus dirigentes eran tratadas con dureza, pero al mismo tiempo, dada la política electoral competitiva de la nación y dado el marco constitucional liberal democrático, los líderes sindicales gozaban de la necesaria libertad para organizarse políticamente, para establecer pactos electorales, para publicar sus diarios y boletines, para convocar sus mitines políticos y para manifestarse. Era, de manera no intencional, el mejor escenario para el florecimiento de líderes sindicales con posiciones extremistas. Podían valerse de la libertad política existente para difundir la noción de que un sistema capitalista nunca llegaría a satisfacer las reivindicaciones de los trabajadores, al propio tiempo que esta interpretación tenía un aura de credibilidad en vista de la represión a que se veían enfrentados los trabajadores cuando intentaban organizar alguna acción colectiva para exigir soluciones a sus problemas concretos. Por contraste, los dirigentes más moderados no podían retener posiciones de liderazgo sindical, dada la oposición —con ayuda estatal— del empleador a la sindicalización a nivel de la fábrica y a la negociación colectiva, ni podían tampoco ofrecer una interpretación convincente y sencilla de dicha intransigencia. Tras la represión particularmente sangrienta de la huelga del salitre de 1907, en el patio de la escuela Santa María en Iquique, huelga encabezada por dirigentes demócratas y anarcosindicalistas, hubo una oleada a nivel nacional de clausura forzosa de las organizaciones sindicales que afectó a ambos grupos. Esto contribuyó a diezmar al movimiento sindical. Cuando sus organizaciones comenzaron a recuperarse, derivaron rápidamente a un liderazgo más extremista que el de los demócratas. Para 1920, los dirigentes sindicales estaban más bien ligados al Partido Socialista Obrero o al anarcosindicalismo.

Cuando el general Carlos Ibáñez del Campo asumió de forma irregular la presidencia en 1927 y comenzó a reprimir a los dirigentes comunistas, anarco-sindicalistas y trotskistas, los líderes demócratas cometieron la fatal equivocación de querer sacar ventajas del vacío producido y se asociaron con el nuevo régimen. Al caer Ibáñez después de una ola de manifestaciones en 1931, los dirigentes sindicales que habían unido su suerte a la de su régimen quedaron políticamente en una situación muy precaria. En consecuencia, el Partido Demócrata casi desapareció como una fuerza, con este rótulo, en lo que era la organización del movimiento sindical una vez que éste comenzó a reagruparse a fines de 1931. Los comunistas y socialistas habrían de asegurarse posteriormente la lealtad de la mayoría de los dirigentes sindicales.

Con la gran diversidad de grupos y posturas existentes, a fines de la “República Parlamentaria” el sistema partidario era muy cambiante. Así y todo, era muy claro que incluía un nuevo polo izquierdista cuya base social era una red bastante extensa de

sindicatos y otras organizaciones laborales (de profesores y de estudiantes), aun cuando no estuviera muy claro qué partido o partidos específicos habrían de perfilarse como los principales dentro de esa fuerza. La formación del Partido Comunista brindó a una parte de la izquierda un modelo, el de la Unión Soviética, y un anclaje ideológico en el marxismo. Pero el sistema de partidos cambió más drásticamente y más aceleradamente de lo que cabía esperar debido al colapso de la “República Parlamentaria” y a los cambios constitucionales y electorales que sobrevinieron entonces.

Las presiones militares obligaron al Presidente Arturo Alessandri a abandonar el país en septiembre de 1924, pero otra Junta Militar que tomó el poder en enero de 1925 le solicitó al Presidente que volviera. Éste regresó con la propuesta de redactar una nueva Constitución, la cual fue ratificada ese mismo año en un plebiscito, luego de que la redactara un comité a esos efectos. Alessandri dejó el poder a un sucesor electo, Emiliano Figueroa, quien fue apoyado por todos los partidos fundamentales salvo por los demócratas y los comunistas; como dijéramos antes, estas dos fuerzas se aglutinaron alrededor de José Santos Salas, conocido impulsor de la legislación social, quien obtuvo sobre un cuarto de la votación.

A ello siguieron años de gran anormalidad política. Figueroa se vio obligado a renunciar por la presencia dominante del coronel Carlos Ibáñez, quien se presentó como candidato único en un plebiscito para ocupar el cargo vacante. El gobierno de Ibáñez fue de signo dictatorial; los partidos de izquierda y el movimiento sindical (salvo algunos segmentos del Partido Demócrata) fueron reprimidos y el resto hubo de someter sus candidaturas al Congreso para la aprobación de Ibáñez. Líderes políticos importantes de todos los partidos fundamentales hubieron de exiliarse. Después de la renuncia de Ibáñez en julio de 1931, Juan Esteban Montero fue elegido Presidente, siendo el primer miembro del Partido Radical en ocupar ese cargo. En medio de una crisis profunda, incluida una recesión económica de grandes proporciones y un amotinamiento de sectores izquierdistas de la marinería, la breve estancia de Montero en La Moneda no fue muy feliz. Fue depuesto el 4 de junio de 1932 por un movimiento cívico-militar de izquierda que proclamó una “República Socialista”. Un golpe organizado doce días después por uno de los miembros originales del movimiento eliminó al sector izquierdista dentro del gobierno, incluyendo a Marmaduke Grove, un oficial de la fuerza aérea y su líder más visible. Las nuevas autoridades dejaron el poder al cabo de tres meses y el país volvió a elegir a su Presidente a través de elecciones. Arturo Alessandri ganó la contienda y, con su asunción del mando,

Chile volvió a la senda de los gobiernos constitucionales elegidos con regularidad hasta el 11 de septiembre de 1973.

Este turbulento período de siete años retrasó, probablemente, algunos cambios fundamentales en la composición y la dinámica del sistema de partidos existente desde 1925. Dos reformas constitucionales fueron muy relevantes en la ocurrencia de tales cambios: la vuelta a un régimen plenamente presidencialista y la separación de la Iglesia y el Estado. Un efecto significativo de la primera de tales reformas fue la desaparición del Partido Liberal Democrático, dado que esa era la exigencia programática fundamental del partido desde sus orígenes. Los liberal-democráticos se vieron también afectados por el hecho de que el gobierno de Balmaceda se había convertido para entonces en un recuerdo difuso, y que Juan Luis Sanfuentes había ya cumplido con sus ambiciones políticas. Por ende, la ocasión estaba madura para alcanzar la unidad de todos los liberales y lo que quedaba de los nacionales dentro de un partido único, pero esa tarea, teniendo en cuenta los años de inestabilidad y dictadura que condujeron a tantos líderes liberales a adoptar distintas posturas, se consiguió tan sólo en octubre de 1933, luego de la segunda elección de Arturo Alessandri a la presidencia y la vuelta a un gobierno constitucional normal. La segunda reforma, al eliminar muchos de los factores que alimentaban el conflicto clerical/anticlerical, ayudó a despejar el camino para que las diferencias en torno a las políticas socioeconómicas se convirtieran en el eje sobresaliente dentro del sistema partidario. Con el ascenso de los partidos Comunista y Socialista en la izquierda y la prevalencia de las nociones liberal-capitalistas en la derecha, el reformulado sistema multipartidista chileno recorría todo el espectro ideológico a lo largo de este eje de conflicto. Sin embargo, la dimensión clerical/anticlerical no desapareció por completo como una característica definitoria de los partidos y un factor explicativo de sus proclividades a la hora de formar coaliciones. No es posible entender el sistema partidario ulterior a la década de 1920 sin considerar el impacto persistente de esta dimensión.

Un tercer cambio, un nuevo régimen electoral, afectó a su vez a la composición del sistema partidario. Ello ocurrió al ser abolido el colegio electoral para las elecciones presidenciales, dejando la elección de los mandatarios directamente en manos del electorado. En caso de que los candidatos obtuvieran sólo mayoría simple, una sesión conjunta del Congreso debía elegir entre los candidatos que llegaban en primer y segundo lugar; en lo sucesivo, en todas esas situaciones, una mayoría de los legisladores votó en favor del candidato mejor situado. Para las elecciones senatoriales, de la Cámara baja y municipales, el voto acumulativo fue reemplazado por un método D'Hondt modificado de

representación proporcional, que renovó los distritos electorales plurinominales. Tales cambios aumentaron sustancialmente los incentivos para la formación de nuevos partidos y las escisiones partidarias, ya que la nueva ley electoral no les antepone ninguna barrera. Bastaba con inscribir una denominación partidaria con una lista de candidatos o una lista independiente de candidatos en la Dirección del Registro Electoral, dentro de los plazos especificados por la ley.⁴³ Los sindicatos, las asociaciones profesionales, algunos mapuches, los pensionados y las agrupaciones femeninas se organizaron todos con sus respectivas denominaciones y presentaron candidatos, generalmente sin mucho éxito. En las elecciones parlamentarias, entre las nuevas formaciones y las astillas que quedaban de partidos preexistentes, había fácilmente entre 10 y 25 partidos distintos, al igual que algunas listas “independientes” que en ocasiones servían como disfraz para los partidos. Esta fue una táctica utilizada especialmente por los comunistas en la década de los treinta, que también recurrieron al procedimiento de cambiar de etiqueta partidaria con fines electorales. Los partidos podían formar a su vez pactos, incluso pactos separados por región, de modo que los candidatos de un partido podían aparecer en otra lista en algunos distritos electorales, en tanto que en otros ocurría a la inversa. Esta última era una estrategia a la que recurrían los partidos deseosos de ampliar su llegada por la vía de incluir en su lista a candidatos vistosos, ya fueran independientes o de otros partidos o movimientos, o los partidos pequeños que buscaban reforzar su votación en distritos en que eran relativamente fuertes pero no lo suficiente para ganar. Fruto de ello, las 10 a 25 etiquetas partidarias podían tener más de 100 listas de candidatos a lo largo de todo el país, incluyendo aquellas de los partidos nacionales conocidos, los híbridos surgidos de pactos partidarios (nacionales, regionales o locales), las listas presentadas por grupos nuevos que pretendían constituir un partido, y listas organizadas por sindicatos, asociaciones y movimientos de varios tipos. En las elecciones parlamentarias de 1937, por ejemplo, hubo un total de 143 listas de candidatos, no todos los cuales competían en cada distrito, por cierto. Al aplicarse el sistema D’Hondt, los pactos tuvieron el efecto de favorecer el fraccionamiento partidario, a diferencia de lo que sucedía con el voto acumulativo. Era fácil que los votantes apenas alfabetizados y los mal informados se confundieran antes de entrar en la cámara secreta, donde se suponía que estaban disponibles las listas de candidatos, cada una en papeletas separadas. Así, a menudo ocurría que los votantes optaban por acudir a las urnas con la papeleta de su preferencia en el bolsillo; esta práctica no era, entonces, fruto únicamente de los activistas partidarios que “obligaban” a su clientela política o sus subordinados a votar de una determinada manera, como han hecho notar los analistas de forma algo exagerada. Muchas de las divisiones partidarias y los pactos locales ocurrieron porque las ambiciones políticas personales adquirían prioridad sobre los intereses partidistas, porque determinados

segmentos del partido estaban en desacuerdo con apoyar u oponerse al gobierno, o porque no había consenso respecto de los partidos con los cuales cabía forjar pactos o respecto de cuál candidato presidencial apoyar. Sin embargo, los principales partidos (incluyendo entre ellos la suma de los votos de sus escisiones) obtenían, habitualmente, cuando menos un 75% de la votación total en las elecciones parlamentarias. Ello ocurrió incluso en 1953, año en que todos bajaron su votación. Analizar todas las denominaciones partidarias que competían en las elecciones de este período es imposible. Los párrafos subsecuentes revisan los grupos fundamentales y algunas de sus escisiones partidarias.

Los principales partidos habiendo surgido como un derivado de la problemática Iglesia- Estado, los ya para entonces históricos partidos Radical, Liberal y Conservador hubieron de redefinirse ateniéndose al ahora sobresaliente eje socioeconómico. Este proceso había comenzado ya al despuntar el siglo, pero fue sólo tras la separación de la Iglesia del Estado en 1925 que se hizo sentir su impacto pleno, especialmente para los conservadores y los liberales.

Los radicales fueron los más rápidos en añadir una dimensión social a sus posturas y mensajes programáticos. Sus alianzas electorales durante el período “parlamentario” con los partidos Demócrata y Socialista Obrero hacían que se les asociara más claramente con la marea creciente de las demandas laborales. Un Presidente radical, Valentín Letelier, exigió urgentemente y con éxito al Congreso Radical de 1906 que adoptara un programa social y abandonara el liberalismo de corte *laissez faire*. Aludiendo al destino de los partidos liberales de la época en la Europa septentrional, Letelier argüía que “los partidos que no tengan en cuenta las necesidades sociales de la fuerza laboral asalariada” están condenados a experimentar una “rápida decadencia”. La nueva retórica de los radicales les permitió ganar adherentes especialmente entre las categorías en rápido aumento y crecientemente organizadas de los empleados de cuello blanco y los profesores de orientación laica, tanto en el sector público como el privado. Muchos de ellos, especialmente los profesores fiscales de colegios básicos y secundarios, eran también anticlericales. Aunque las asociaciones de cuello blanco y de profesores colaboraban a menudo con el movimiento sindical en un sentido amplio, la calificación profesional de sus miembros les daba una identidad colectiva propia que facilitaba su vinculación a un partido distinto a aquellos cuyos miembros más característicos y cuyos líderes eran obreros, mineros y artesanos, como era el caso del Partido Demócrata y el Partido Socialista Obrero. El voto radical en las elecciones a la Cámara baja había subido de un 12% en 1906 a cerca de un 20% en 1912, lo cual probablemente confirmó el atractivo electoral de su postura

renovada. Dados los nexos tan cercanos que el partido desarrolló con las asociaciones de cuello blanco, adquirió la imagen, que habría de resultar muy duradera, de ser un partido de la “clase media”. Ello se acompañaba de la percepción de que los radicales se habían convertido en la fuerza “centrista” fundamental dentro del eje ahora sobresaliente de las cuestiones socioeconómicas, además de ser el principal partido anticlerical. Sin embargo, contrariando la tendencia simplista y bien conocida a reducir la política partidista chilena a las diferencias de clase, los radicales no sólo obtenían votos de la clase media, y los electores de clase media no eran todos radicales; la base electoral del partido seguía incluyendo a votantes de todos los grupos socio-económicos, obteniendo, de acuerdo al patrón establecido previamente, la mayor cantidad de votos en el Norte, el Centro-Sur (incluyendo las áreas rurales) y el Sur. El voto radical promedio en las elecciones a la Cámara baja desde 1932 a 1957 fue de un 20,3%, porcentaje de una estabilidad notable a partir de 1912. Ello convirtió al partido en la fuerza más votada, por estrecho margen, de este período. La nueva preeminencia de las cuestiones socioeconómicas dentro del sistema partidario fue en detrimento del apoyo electoral a los liberales. La votación total en las elecciones a la Cámara baja para todos los partidos liberales decayó en el período “parlamentario” de un 44% entre 1894 y 1903 a un 28% en 1924. En 1932, los partidos liberales en conjunto obtuvieron sólo el 18,6%, mientras que el voto para el Partido Liberal unificado en las Elecciones a la Cámara baja habidas entre 1937 y 1957 fue de un 16,1%, lo cual es menor que la mitad de la votación promedio de todos los partidos liberales en el período 1894-1924. El drenaje fundamental de votos ocurrió por la caída precipitada del apoyo a los liberal democráticos que se inició a mediados de los años veinte; en 1932, los restos del partido obtuvieron tan sólo el 0,5% de la votación nacional. El electorado liberal democrático, a diferencia de sus dirigentes, no se volcó a apoyar a otros partidos liberales en los años veinte ni al Partido Liberal unificado en los años treinta. Los liberal democráticos habían conseguido buena parte de sus votos con proclamas populistas y anticlericales y, dado el simultáneo aumento del voto de izquierda a mediados de los años veinte, una posible explicación de la mengua liberal es que muchos votantes de los sectores populares y/o los sectores más anticlericales, que antes los apoyaban, optaron por los partidos de izquierda. Despojados de este segmento del electorado que se definía como liberal, los liberales pasaron de ser una fuerza de centro en el eje clerical/anticlerical entre radicales y conservadores a ser el polo derechista del sistema partidario reformulado en torno a la primacía de las cuestiones socioeconómicas. Manuel Rivas Vicuña, el agudo analista liberal de la política chilena de principios de este siglo, desesperaba ante esta transformación. En su diario del 27 de mayo de 1934, escribió que, en un almuerzo con algunos amigos, “critico la situación de partido de extrema derecha que se ha dado al

liberalismo y anoto que no tiene elementos populares ni femeninos, circunstancias todas que le llevan a perder su influencia y su carácter de lubricante entre los extremos de izquierda y derecha”.

El Partido Conservador se vio también afectado por la reestructuración del sistema partidario en función de la dimensión socioeconómica. No hay dudas de que el partido era el polo de “derecha” (esto es, conservador) de la dimensión clerical/anticlerical, pero resulta muy simplista definirlo automáticamente, como lo han hecho virtualmente todos los analistas de la política chilena, como el polo netamente de “derecha” en el eje socioeconómico. En tanto era un partido vinculado a la Iglesia, sus líderes, sus militantes e incluso sus votantes, al igual que los círculos sociales con los que se los asociaba, estaban compuestos en grado significativo por católicos comprometidos. Tenían contactos frecuentes con el clero y educaban a sus hijos principalmente en instituciones administradas por la Iglesia. Dadas estas características, los conservadores formaban una subcultura a la par que un partido político, la cual incluía a gente de todos los niveles socioeconómicos, pese al hecho de que, dado el legado colonial católico de Chile, el liderazgo de esa subcultura y del partido incluía a miembros de algunas de las familias más rancias y acaudaladas del país. El partido obtenía votos y elegía congresistas en todas las regiones, pero la proporción más alta de sus votos la recibía, como se dijo previamente, en las áreas con mayor densidad de población católica activa. Las influencias anticlericales y seculares en las principales provincias agrícolas del país llegaban primero a las ciudades antes que al campo o a los pueblos, en la medida que tales influencias eran difundidas en primera instancia al desarrollarse la enseñanza fiscal secundaria y la administración pública, desarrollo de fines del siglo diecinueve. Por tanto, los partidos anticlericales tenían muchas más dificultades para erosionar el apoyo conservador en los pueblos y las áreas rurales. Los grandes propietarios de tierras en la zona agrícola del Valle Central solían levantar santuarios, capillas e incluso iglesias que facilitaban el acercamiento del clero a la población rural. Tales fundos contaban con santos patronos y una serie muy activa de festivales que marcaban tanto el calendario religioso como los puntos fundamentales del ciclo agrícola y de las contiendas electorales. En cuanto miembros del partido católico, los militantes conservadores no podían sino estar al tanto de las enseñanzas sociales de la Iglesia.

En los siglos diecinueve y principios del veinte, los católicos acaudalados, incluyendo a muchas mujeres, dedicaban sus energías y su dinero a organizar y administrar muchas instituciones de beneficencia y educacionales para los pobres, en asociación con

ciertas órdenes religiosas. Con miras a contrarrestar las influencias anticlericales, la Iglesia y el Partido Conservador hicieron un esfuerzo por organizar sociedades de ayuda mutua y sindicatos para hombres y mujeres trabajadores, especialmente luego de publicarse *Rerum Novarum* de León XIII, aunque tales organizaciones (quizás si con algunas excepciones) no parecen haberse comprometido mayormente en acciones militantes dentro del sector industrial. Ciertos conservadores prominentes, en especial líderes del movimiento de mujeres conservadoras como Adela Edwards de Salas, eran muy enérgicos al condenar los bajos salarios y las deplorables condiciones laborales existentes. El partido apoyó e incluso propuso una legislación social y laboral (incluyendo la creación de sindicatos legales en 1919), aunque tenía un enfoque claramente paternalista de las relaciones laborales y de los sectores populares en general.

Diferencias de criterio y enfoque aparecieron entre los conservadores a medida que los partidos comenzaron a alinearse fundamentalmente en función de sus concepciones socioeconómicas. A principios de los años veinte, los conservadores más receptivos a la interpretación progresista de la doctrina social de la Iglesia se identificaban ya entonces a sí mismos como un segmento social cristiano. Muy prominente entre ellos era el diputado Emilio Tizzoni. En los años treinta, inspirada por *Quadragesimo Anno* de Pío XI, por los escritos de Jacques Maritain y las enseñanzas de varios e influyentes sacerdotes chilenos, especialmente de Fernando Vives y Alberto Hurtado, surgió una nueva generación de jóvenes conservadores que buscaba poner al partido al frente de la acción social. Ese grupo, cuyo líder principal fue Eduardo Frei, entró en conflicto con el partido e incluso con la Iglesia, cuya jerarquía superior, partiendo por Horacio Campillo, Arzobispo de Santiago durante los años treinta, hacía hincapié en la lealtad al Partido Conservador y sostenía concepciones más tradicionales. En 1935, la juventud conservadora organizó la Falange Conservadora, casi como un partido dentro del partido (un modelo también empleado por Adela Edwards para crear un partido femenino asociado al partido mayor). En las elecciones presidenciales de 1938, la Falange se negó a apoyar la opción del partido de respaldar al candidato liberal Gustavo Ross, por considerarlo en exceso derechista. A raíz de ello, abandonaron el partido todos a una, convirtiéndose en la Falange Nacional, una decisión que desagradó no sólo al Partido Conservador sino a la jerarquía eclesiástica. Con todo, los falangistas siguieron siendo devotos católicos y concibiendo sus programas como un medio de implementar de manera más apropiada las enseñanzas de la Iglesia. El nuevo partido, liderado por jóvenes profesionales, no tuvo mayores éxitos electorales, pues recibió habitualmente, hasta mediados de los años cincuenta, tan sólo un 3% de la votación

nacional. Hizo además esfuerzos por tener presencia en el movimiento sindical, sin mucho éxito al comienzo.

La escisión de los falangistas no acabó con las inquietudes que suscitaban las concepciones social-cristianas dentro del Partido Conservador. A mediados de los años cuarenta, bajo el liderazgo de Eduardo Cruz-Coke, senador y antiguo reformador social, tales enfoques cobraron mayor actualidad, convirtiéndose en la tendencia predominante entre los líderes del partido. Los desacuerdos entre las dos facciones saltaron al primer plano cuando se trató de decidir si apoyar o rechazar la Ley de Defensa de la Democracia de 1948, que proscribía al Partido Comunista. La Ley había sido propuesta por el Presidente radical Gabriel González Videla (1946-1952) al iniciarse la Guerra Fría. Éste había roto poco antes su alianza de gobierno con los comunistas, cediendo en parte a la presión de los Estados Unidos. Los social cristianos rechazaban esta ley porque ella infringía las libertades políticas; el resto de los conservadores la apoyaba. Esto dividió al partido en dos grupos: los social cristianos conservaron la denominación de Partido Conservador tras una polémica decisión de la corte en la materia, mientras que sus detractores se convirtieron en el Partido Conservador Tradicionalista. En las elecciones a la Cámara baja de 1950 y 1953, este último obtuvo un mayor porcentaje de votos. Al Partido Conservador (social cristiano) le fue particularmente mal en 1953, pues sólo eligió a 2 diputados, en comparación con los 16 de los tradicionalistas. Dicho resultado fue en parte la consecuencia de una nueva división entre los social cristianos, dando pie a un grupo que se autodenominó Movimiento Nacional Cristiano y que hizo campaña apoyando al entonces recién elegido (y esta vez democráticamente) presidente Carlos Ibáñez (1952-1958). Si se suman los votos de la Falange a los otros dos grupos social cristianos, dichos segmentos del viejo tronco del Partido Conservador obtuvieron casi tantos votos en la elección de 1953 (un 9,98% del total) como los tradicionalistas (un 10,05%). La lección no fue en vano para los social cristianos.

En los próximos años comenzaron a gravitar juntos, a pesar de que un segmento del Partido Conservador (social cristiano) liderado por los dos diputados elegidos en 1953 se fusionó de vuelta con el grupo tradicionalista. En julio de 1957, las vertientes social cristianas se aunaron para crear el Partido Demócrata Cristiano, desarrollo que será analizado más adelante. A través de esta prolongada evolución, que se había iniciado en las primeras décadas del siglo veinte, el segmento históricamente católico y proclerical de la política chilena había generado un partido claramente centrista en materias socioeconómicas, dejando lo que quedó del Partido Conservador (compuesto básicamente

desde mediados de los años cincuenta por los tradicionalistas, aunque eliminaron este calificativo de su etiqueta), con un perfil más claramente de derecha.

Para los partidos de izquierda, el eje socioeconómico del sistema partidario fue siempre el más importante, aunque eran a la vez anticlericales. La reestructuración del sistema de partidos en función del eje socioeconómico los favoreció al reducir la influencia, que tanto afectó a los demócratas, de los temas anticlericales en las campañas electorales. Por ende, es sólo a partir de mediados de los años veinte que la izquierda chilena fue capaz de alcanzar su potencial electoral (dados los efectos residuales, no preponderantes, del conflicto clerical/anticlerical), a saber, el 20 a 30% de la votación, la misma que ha obtenido regularmente hasta el presente. Entre principios de los años veinte y mediados de la década subsiguiente, hubo cambios fundamentales en la composición partidaria de la izquierda. El Partido Comunista, que había surgido de la convención del Partido Socialista Obrero de enero de 1922, ya era una fuerza mayoritaria o casi mayoritaria en el movimiento sindical. Después del suicidio de Recabarren en diciembre de 1924, el partido quedó en manos de dirigentes relativamente moderados. Sin embargo, por obra de la represión a manos de la policía de la dictadura de Ibáñez y por la “bolchevización” del partido bajo las órdenes de la Tercera Internacional, sus cuadros se radicalizaron rápidamente. El partido llegó incluso a expulsar póstumamente de sus filas a Recabarren, cuyos puntos de vista no encajaban del todo en la ortodoxia comunista. Una tendencia izquierdista encabezada por Manuel Hidalgo, quien fue elegido al Senado en 1926 sólo para ser enviado al exilio por Ibáñez un año después, fue también expulsada, convirtiéndose en la filial chilena del movimiento trotskista. A fines del gobierno de Ibáñez, las filas del Partido Comunista habían sido diezmadas, su presencia dentro del movimiento sindical se había reducido enormemente en la medida que su federación sindical pudo tan sólo reorganizar cerca de un quinto de sus antiguos consejos a lo largo del país, y su política era tan intransigente y sectaria como lo era la de cualquiera de los partidos comunistas del mundo durante el período de la Internacional (1928-1934) de “clase contra clase”.

La innovación más relevante dentro de la izquierda no comunista fue la fundación del Partido Socialista en abril de 1933, al fusionarse cuatro partidos o movimientos que incluían a algunos masones destacados, antiguos anarquistas y anarco-sindicalistas, nacionalistas de izquierda, socialdemócratas y trotskistas de Hidalgo, que se identificaban, aunque fuese vagamente, con los ideales socialistas pero rechazaban el comunismo soviético.

Lo que probablemente galvanizó su unificación fue la “República Socialista” proclamada entre el 4 y el 14 de junio y la posterior campaña presidencial de Marmaduke Grove, el líder de la experiencia de junio, en contra de Arturo Alessandri el mismo año 1932. Grove y otras figuras de la “República Socialista” jugaron un rol prominente en la fundación del Partido Socialista y, durante su primera década y media de existencia, el partido fue principalmente su instrumento, aunque siempre estuvo cruzado por una gran variedad de tendencias, desde marxistas a reformadores moderados.

Aunque fundado tardíamente en relación al desarrollo que había experimentado el movimiento sindical chileno, el Partido Socialista fue capaz de absorber a un segmento considerable de los líderes sindicales entre sus filas. Ello fue una coincidencia histórica afortunada para el partido, ya que lo enraizó en una base social sindical que le otorgó la legitimidad necesaria para disputarles en la izquierda a los comunistas la pretensión de ser el único partido representante de los intereses de los trabajadores.

Dicha coincidencia fue que la creación del partido ocurrió poco después de que el régimen dictatorial de Ibáñez hubiera, por una parte, diezmado al movimiento sindical y, por la otra, promovido el crecimiento del sindicalismo legal mediante las disposiciones de la legislación laboral de 1924. Es muy probable que los dirigentes de los sindicatos legales incluyeran a miembros del Partido Demócrata, algunos antiguos anarco-sindicalistas y cierto número de nuevos líderes sin militancia partidaria. Los dirigentes del Partido Comunista no tenían interés alguno, ni probablemente la capacidad, de incluir a tales sindicalistas en su red organizacional; de hecho, los rechazaban de plano por considerarlos colaboracionistas con la dictadura. Además los anarco-sindicalistas fueron incapaces de recrear su movimiento luego de la caída de Ibáñez; en consecuencia, muchos derivaron también al Partido Socialista. Así, el Partido Socialista habría de heredar las vertientes no Comunistas/Socialistas Obreras de la organización política y sindical que venían de las décadas anteriores.

Entretanto, los demócratas, aunque eran una fuerza agotada dentro del sindicalismo organizado, siguieron teniendo durante los años treinta y cuarenta una presencia electoral significativa, especialmente en los sectores populares. Su potencial electoral se vio menguado, sin embargo, por una división del partido que no sólo contribuyó a socavarlo sino que, al final, lo destruyó virtualmente, en especial tras el fallecimiento de las principales figuras que habían dirigido el partido en el período anterior a 1927. Después de la renuncia de Ibáñez, el partido reconoció públicamente el “error” de haber apoyado a su

régimen, y un segmento de sus dirigentes y militantes intentó enfatizar su orientación “izquierdista”, buscando formar candidatos presidenciales. El cambio también facilitó la presencia de los independientes en las elecciones presidenciales, quienes podían crear una coalición combinando partidos, fracciones partidarias, movimientos, asociaciones, sindicatos, etc. Ibáñez, que nunca militó formalmente en ningún partido, se convirtió sin embargo en un factor permanente en las campañas presidenciales entre 1938-1952. Carente de principios y equipado de frases simplonas que apuntaban generalmente a los partidos y a los políticos, Ibáñez consiguió el apoyo, que variaba de una elección a otra, de grupos o partidos, desde nazis a comunistas, que se sentían excluidos o alienados del sistema político por algún motivo. El nuevo método de elecciones directas condujo además a un aumento del número de candidatos presidenciales, en parte porque ya no tenían que preocuparse del complicado proceso de configurar listas de electores. Los dirigentes de partidos y los independientes (estos últimos, siempre que tuviesen el número de firmas requerido para inscribirse formalmente como candidatos) comenzaron a postular candidaturas, pese a sus escasas posibilidades de triunfo, como una forma de hacer más visibles a sus respectivos partidos, de hacerse más visibles ellos mismos para preparar una futura contienda presidencial, y/o para restarles votos a otros candidatos en un intento de influir en el resultado final sin aparecer apoyando directamente otra candidatura. Con tales consideraciones, la política asociada a las elecciones presidenciales se hizo más incierta y compleja.

Las coaliciones de los partidos normalmente podían contar con que sumarían sus respectivos electorados en las campañas presidenciales, y por lo tanto tenían mayores probabilidades de elegir a sus candidatos. Pero tales coaliciones, dentro de un sistema multipartidario que se había hecho más complejo con la adición del eje socioeconómico, eran ahora más difíciles de establecer. El sistema no sólo contaba con tres tendencias fundamentales a lo largo de ese eje (izquierda, centro y derecha), cada una con una sumatoria de votos entre un quinto y dos quintos del total, sino que presentaba además una división entre un componente católico y otro secular o anticlerical dentro de cada tendencia. El componente católico era el más débil en la izquierda, pero a través del líder sindical Clotario Blest y otros tenía cierta significación en las asociaciones de servicio público y el movimiento sindical global. Dicho componente se desarrollaría considerablemente en los años sesenta.

Las siguientes eran las reglas implícitas de la formación de las candidaturas presidenciales y de las coaliciones partidarias en este período:⁴¹

Primero, como había sido el caso antes de 1925, ningún político del Partido Conservador podía convertirse en candidato de una coalición triunfante porque los demás partidos no lo aceptarían.

Segundo, radicales y conservadores (de ambas tendencias) no podían forjar una coalición electoral basada en una plataforma acordada en común o formar parte juntos de una coalición conducida por un liberal. La primera y segunda limitaciones reflejaban la persistencia del conflicto clerical/anticlerical en torno a cuestiones tales como la legalización del divorcio, el contenido del programa escolar, la enseñanza religiosa y las subvenciones a las escuelas administradas por agrupaciones religiosas; y, en términos más generales, reflejaba la persistencia de las segmentaciones de índole subcultural que los conflictos a lo largo de este eje habían generado en la sociedad chilena. Sin embargo, radicales y tradicionalistas o conservadores derechistas podían formar parte de coaliciones parlamentarias y gubernamentales en la medida que su foco estuviera en bloquear la influencia de la izquierda, como hicieron al prohibir al Partido Comunista tras el inicio de la Guerra Fría y como lo intentaron, sin conseguirlo, al tratar de llevar un candidato presidencial común en las elecciones de 1964. Además, aunque la Falange era expresión de la subcultura católica, se unió a los radicales, incluso en elecciones presidenciales, como parte de su intento de forjarse una identidad de centro. Los conservadores social-cristianos hicieron esto mismo en 1952, aunque con muchas vacilaciones y sin un acuerdo formal. Ambos grupos social cristianos preferían correr con colores propios, como en 1946, y siguieron haciéndolo tras la creación del Partido Demócrata Cristiano en 1958 y en 1964.

Tercero, el Partido Radical era el que tenía mayor capacidad de generar coaliciones presidenciales triunfantes. Los liberales, que ocupaban dicha posición en el período anterior, aún podían hacerlo dadas ciertas circunstancias propicias, como ocurrió en 1932 y 1958 (suponiendo que Jorge Alessandri era liberal). Los radicales no sólo contaban con un porcentaje levemente mayor del voto que otros partidos fundamentales, sino que, a la vez, la preeminencia del eje derecha-izquierda los favorecía por sobre los liberales. El posicionamiento de los últimos a la derecha del espectro los limitaba a hacer, ya fuera una alianza con los conservadores (y sólo con los tradicionalistas, cuando los conservadores se

⁴¹ Luis Vitale, "Interpretación Marxista de la Historia de Chile". Santiago de Chile: Editorial Lom.

escindieron) o con los radicales, pero no podían hacerlo con ambos, como señalamos antes. En cambio, los radicales podían unirse a los liberales, con otros partidos de centro, incluida la Falange, y/o con la izquierda. Dando garantías de que sus políticas no se irían hacia ningún extremo, los radicales tenían incluso la posibilidad de aglutinar dentro de la misma coalición a liberales y socialistas, y de conseguir el apoyo electoral de los comunistas, como ocurrió en la elección de Juan Antonio Ríos en 1943.

Cuarto, la coalición formada para la elección presidencial tenía un componente central al cual los líderes políticos intentaban sumar otros de naturaleza periférica. El elemento central unía a dos partidos fundamentales en un acuerdo programático con una promesa mutua de compartir las posiciones ministeriales claves. Servía pues, de ser ello posible, como base para configurar los aspectos periféricos: vale decir, los partidos (y también los movimientos, sindicatos y asociaciones) que sumaban sus fuerzas a la coalición pero que lo hacían con escasas expectativas de obtener posiciones ministeriales o de tener mucha influencia en las políticas del futuro gobierno si el candidato de la coalición triunfaba. Como tal, el componente periférico podía tener fuerzas muy dispares. Liberales y socialistas, o radicales y conservadores social cristianos, podían formar parte de una coalición mayor, pero no ser su componente central. El problema de la estrategia a seguir para formar la coalición básica o nuclear podía producir conflictos agudos al interior de los partidos, llegando incluso a generar escisiones. Las coaliciones iniciadas por los partidos (a diferencia de las candidaturas independientes de Ibáñez), que reunieron la mayor combinación periférica y produjeron triunfos por mayoría absoluta, contaban con un núcleo radical-liberal, independientemente de que el candidato fuera un radical (como Juan Antonio Ríos en 1946) o un liberal (como Arturo Alessandri en 1932). Cuando los partidos radical y liberal iban solos o iban en acuerdos nucleares con otras fuerzas, a saber, los radicales con la izquierda o con facciones de la izquierda, y los liberales con la derecha o con facciones de la derecha, el resultado era una elección muy reñida, a veces incluso un virtual empate, lo cual dejaba entonces la decisión final en manos de una sesión conjunta del Congreso. En esa instancia podía armarse una coalición gobernante en cierto sentido distinta de la electoral original, como ocurrió en 1946 cuando los liberales ganaron una inclusión en el gabinete de González Videla pese a haber perdido la elección. Estas elecciones muy reñidas ocurrieron en 1938, cuando los radicales formaron el Frente Popular con todos los partidos de izquierda (aunque el componente central estaba formado por radicales y socialistas), ganando apenas contra un acuerdo nuclear liberal-conservador; en 1946, cuando la mayoría del Partido Radical formó una alianza con los comunistas sin apoyos periféricos oficiales (pero con un buen número de votantes socialistas) y ganó

contra los candidatos presentados por los liberales, los conservadores social cristianos y un segmento socialista; y en 1958, cuando un núcleo liberal-conservador ganó estrechamente contra un candidato de la izquierda, un demócratacristiano, un radical y un sacerdote de izquierda.

Finalmente, los candidatos independientes podían ganar siempre y cuando ningún par de partidos fundamentales formara una coalición nuclear, o bien cuando una coalición de esa índole apoyaba, precisamente, a la figura independiente. La primera de tales situaciones ocurrió en 1952 y explica la razón por la que Ibáñez fue capaz de ganar entonces y no antes. Ese año, con el apoyo del improvisado Partido Agrario Laborista, un segmento del Partido Socialista y de varios movimientos ibañistas, Ibáñez consiguió electores que normalmente apoyaban a todos los demás partidos (incluyendo a los comunistas dada la promesa de Ibáñez de derogar la Ley de Defensa de la Democracia). Los liberales, en cambio, sólo pudieron reunir el apoyo del segmento tradicionalista de los conservadores, mientras que los radicales fueron incapaces de forjar un acuerdo nuclear con ningún otro partido, y una pequeña escisión socialista presentó a su propio candidato. La segunda de tales situaciones se dio en 1958, cuando liberales y conservadores se unieron en apoyo a Jorge Alessandri, hijo del antiguo presidente y entonces senador. Alessandri se enorgullecía de no haber sido miembro de ningún partido, aunque era muy cercano a los liberales.

Un factor de complicación para la formación de alianzas era que los partidos con posiciones cercanas o las escisiones de un partido debían competir entre sí en un mismo universo, en términos gruesos, de militantes, simpatizantes y electores. Por ejemplo, tras un período de colaboración relativa en la coalición del Frente Popular (1936-1942), comunistas y socialistas se enfrascaron en una amarga lucha por tener mayor influencia dentro del movimiento sindical y por establecer su predominio en el electorado de izquierda. De modo similar, demócratas y democráticos fueron incapaces de resolver sus diferencias más allá de algunos períodos efímeros, y los conservadores tradicionalistas prefirieron la compañía de los liberales a la de los social-cristianos.

Este período estuvo caracterizado por el hecho de que los radicales eran el principal partido centrista. Ello habría de cambiar pronto, con el ascenso de la Democracia Cristiana, una fase que también produjo cambios importantes en el sistema electoral.

Dados los rápidos éxitos electorales del Partido Demócrata Cristiano en los años que siguieron a su fundación en 1957, a mediados de los sesenta el sistema partidario pareció sufrir cambios significativos. Las cifras eran elocuentes: de un 13,2% del voto obtenido por la Falange y los conservadores social-cristianos en las elecciones a la Cámara baja de 1957, el nuevo partido nacido de la fusión de ambos grupos triplicó la proporción de su votación en 1965, quedándose en una cifra cercana a casi el doble que la original en 1969. Ello se aprecia en el Cuadro N° 1, que también contiene los porcentajes de voto obtenidos por los otros partidos importantes en las elecciones de diputados entre 1957 y 1969.

VOTACIÓN OBTENIDA POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS (1957-1969)
(Elecciones a la Cámara baja, en porcentajes)

Partido	1957	1961	1965	1969
Conservador*	13,8	14,8	5,3	—
Liberal	15,3	16,6	7,5	—
Nacional Demócrata Cristiano*	—	—	—	20,0
Democrático	13,2	15,9	43,6	29,8
Agrario Laborista	5,0	6,9	—	—
Radical	7,8	—	—	—
Socialista	21,5	22,1	13,7	13,0
Comunista	10,7	11,1	10,6	12,2
	—	11,8	12,7	15,9

* El porcentaje del Partido Conservador en 1957 corresponde al del Partido Conservador Unido, esto es, al ala tradicionalista del viejo Partido Conservador, en tanto el porcentaje de los Demócratas Cristianos en ese mismo año suma los obtenidos por la Falange y el Partido Conservador Social Cristiano. Estos dos últimos actuaban ya juntos con la llamada Federación Social Cristiana. El cuadro de A. Valenzuela muestra cifras distintas en las celdillas respectivas porque el autor sumó los votos social-cristianos y conservador-traditionalistas en la columna conservadora, sumatoria que es contraria a las alianzas de ese año.

Fuentes: Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1978), p. 35. Y Chile, Oficina de Informaciones, "Estadísticas electorales, 1925-1967", *Boletín de información general*, N° 47 (31 de diciembre, 1968), pp. 10-12.

Del análisis de los resultados electorales de fines de los cincuenta y los sesenta en el Cuadro N° 1, es posible concluir que la Democracia Cristiana se convirtió en el partido chileno con la mayor proporción de votos en el siglo veinte a partir de tres fuentes: de partidos de centroizquierda a centroderecha pequeños, incluyendo los residuos de los partidos Democrático y Agrario Laborista; de la derecha, particularmente del Partido Conservador; y de los radicales, que dejaron de ser el principal partido del electorado centrista. La izquierda fue el único segmento que retuvo, y hasta incrementó levemente, su

proporción de votos durante los años del ascenso de la Democracia Cristiana. Los socialistas obtuvieron el 10,7% de los votos en 1957 y el 12,2% en 1969, en tanto los comunistas obtuvieron el 11,8% en 1961 (sus primeras elecciones parlamentarias luego de que la ley que los prohibía fuera derogada en 1958) y un 15,6% en 1969. Es preciso examinar cada una de estas fuentes en detalle.

Capítulo 3. Las Alianzas Políticas

Las Alianzas Políticas en estricto rigor no son más que una comunión de partidos políticos, los cuales se unen con el claro fin de aunar sus fuerzas y, así, hacer frente a determinados sucesos de la política contingente. Su funcionabilidad está dada por los hechos que motivan su constitución, es decir, su prolongación en el tiempo depende exclusivamente de la consecución de sus objetivos.

Para Maurice Duverger⁴², las alianzas entre partidos tienen formas y grados muy variables. Algunas son efímeras y desorganizadas: simples coaliciones provisionales, para beneficiarse de ventajas electorales, para echar abajo a un gobierno o para sostenerlo ocasionalmente. Otras son durables y están provistas de una sólida armazón, que las hace parecerse a veces a un superpartido. Agrega además que el número de partidos desempeña un papel determinante en la formación de las alianzas. En un régimen bipartidista, las alianzas son totalmente excepcionales. A la inversa, los regímenes multipartidistas pueden prescindir excepcionalmente de las alianzas, cuando uno de los partidos obtiene la mayoría absoluta; pero, en esta hipótesis, el partido mayoritario trata casi siempre de gobernar con otros (como se ve en Italia, desde 1948), para hacerlos participar de las responsabilidades del poder: permanece dominado por la psicología del régimen, que es una psicología de alianzas. Para este autor la influencia del régimen electoral es preponderante en la formación de las alianzas. El escrutinio mayoritario de dos vueltas tiende al establecimiento de alianzas estrechas; la representación proporcional, por lo contrario, a una independencia completa. En cuanto al escrutinio mayoritario de una sola vuelta, sus consecuencias son muy diferentes, según el número de partidos que funcionen en él: en un régimen de bipartidismo, engendra una independencia total; en un régimen multipartidista inclina, por lo contrario, a alianzas muy fuertes.

⁴² Maurice Duverger, "Los Partidos Políticos", Pág. 349 y ss.

Por otra parte, agrega este autor, que la clasificación de las alianzas es delicada: “nos encontramos aquí en un terreno vago y movedizo”. Habría que distinguir, en primer lugar, las coaliciones ocasionales y efímeras de las alianzas propiamente dichas, más durables. En un principio, esta clasificación no es siempre de fácil aplicación: muchas alianzas, rodeadas de propaganda y de esperanza, se dislocan tan rápidamente como las coaliciones; muchas coaliciones se reforman sin cesar y se convierten en verdaderas alianzas. En Francia, por ejemplo, los partidos de izquierda no han realizado oficialmente alianzas más que tres veces: en 1902 (Bloque de las Izquierdas), en 1924 (Cartel), en 1936 (Frente Popular). Se emplearán, pues, simultáneamente los términos de coalición y de alianza, entendiéndose que el primero se reservará más bien a los acuerdos ocasionales y el segundo a las uniones durables. Las clasificaciones fundamentales de las alianzas se basan en otros criterios. En el plano vertical, pueden oponerse en primer lugar las alianzas electorales, las alianzas parlamentarias y las alianzas gubernamentales. Las primeras se sitúan en el nivel de los candidatos; las segundas, en el nivel de los diputados y senadores; las terceras, en el nivel de los ministros. En el plano horizontal, se toma en consideración las diversas posiciones de los partidos en el tablero de ajedrez político. Pueden distinguirse así las alianzas de izquierda o de derecha, la unión de los centros o concentración, la conjunción de los extremos y las diversas uniones nacionales.

3.1 Las Alianzas Políticas y sus objetivos

Como toda agrupación política, resulta evidente que sus propósitos más inmediatos tienen como horizonte el lograr una grata recepción por parte del electorado. En un sentido más técnico, lo que buscan obtener es la máxima eficiencia con la mayor participación posible. En efecto, en la medida que el catálogo de objetivos que yace en su espíritu corporativo se cumpla íntegramente, veremos una satisfacción completa entre los socios y si a eso le sumamos el compromiso fiel de los partidos que la integran, tendremos una eficiencia comprobada.

Los fines por los cuales se constituyen estas alianzas pueden ser de distinta índole. En la praxis encontramos distintas motivaciones entre las cuales destacan las siguientes:

1. La proximidad de una elección presidencial o parlamentaria. Lo que las caracteriza es su vigencia transitoria y la designación de un candidato único que representa a la Alianza.
2. La relativa coincidencia doctrinaria entre los partidos que la conforman. La idea de concretar en el corto tiempo sus programas políticos los hace aunar fuerzas frente a quienes no comparten su visión del mundo.
3. La confirmación de su existencia en el mapa político nacional. En algunas ocasiones los partidos políticos por sí solos no son capaces de mantener su votación tradicional en el tiempo. Este traspie podría provocar una grave desilusión en sus bases, lo que los llevaría a emigrar a otras tiendas políticas. De ahí que su permanencia en alguna Alianza Política importante podría asegurar su existencia por algún tiempo más.
4. La conformación de una oposición fuerte y alineada. En efecto, cuando el gobierno cuenta con un amplio respaldo de la ciudadanía, los partidos políticos con escaso apoyo electoral, no son capaces individualmente de constituirse en una vía alternativa frente al poder.
5. Como consecuencia de lo anterior, podemos decir que las Alianzas Políticas en muchas ocasiones provocan la conformación de verdaderos bloques polarizando en extremo a la sociedad.
6. La consolidación de una mayoría parlamentaria que haga prevalecer los intereses de sus miembros. Claro está que desde el Congreso Nacional se puede obstaculizar el programa del gobierno vigente y asimismo lograr la aprobación de aquellos proyectos que benefician a los socios de la Alianza.
7. La obtención de algún cargo público dentro el gobierno de turno.
8. La inclusión de la Alianza dentro del Gobierno sopena de no contar con su apoyo en las diversas instituciones del país, en especial desde el Congreso.
9. Para impedir la llegada al poder de una fuerza históricamente antagonista.

10. Simplemente el deseo de llegar al poder bajo cualquier circunstancia.

Como podemos ver, distintas son las causas que pueden llevar a los partidos políticos a conformar una Alianza. Lo importante es tener presente, que cada partido político deseará siempre primar por sobre los otros, tratando de imponer sus decisiones y eligiendo al candidato que los representará de entre sus propias filas, ya que no hay que olvidar, que por regla general, una vez afrontada la elección o el conflicto político, se acaba la amistad y la vida independiente de cada conglomerado va a depender de su popularidad y de su fama de vencedor.

3.1.1 El Frente Popular

La alianza política conocida como Frente Popular tuvo su origen en las políticas de alianzas previas entre partidos de izquierda y de centro para oponerse a la ofensiva del Fascismo y de los partidos de Derecha en Chile.⁴³

En 1934 el PS llamó a formar un Frente Nacional de Defensa contra el Fascismo. Posteriormente, esta política cristalizó en el Parlamento, las organizaciones sociales y políticas en el bloque de Izquierda, que agrupaba al PS, la Izquierda Comunista, el sector reformista del P. Demócrata y los grupos izquierdistas del P. Radical.

Por su parte, el P. Comunista agitaba un "frente unido" de proletarios y campesinos contra el fascismo. Sin embargo, a fines de 1935 después que el 7° Congreso de la KOMINTERN aprobó oficialmente la política del Frente Popular, los comunistas comenzaron a impulsar en Chile una alianza con la "pequeña burguesía y la burguesía nacional progresista".

Esta estrategia política planteaba la revolución por etapas, es decir, luchar primero por la revolución democrático burguesa. Esta concepción del carácter de la revolución fue impuesta a los partidos comunistas por el jefe de la III Internacional, José Stalin, quien la aplicó por primera vez en China presionando al PC para que llegara a un acuerdo con el Kuomintang de Chiang Kai-chek. A pesar de que esta burguesía "nacionalista" y

⁴³ Luis Vitale. *Interpretación Marxista de la Historia de Chile*, Santiago de Chile: Editorial Lom.

"progresista" terminó masacrando en 1926 a los militantes comunistas de Shangai y Cantón, el stalinismo siguió empeñado en su estrategia gradualista de la revolución.

La política de colaboración de clases adquirió nuevos matices en Europa a través de los Frentes Populares. Su teórico, G. Dimitrov, encontró su justificación en la necesidad de ampliar las alianzas para luchar contra el fascismo. Los Partidos Comunistas de Europa, que habían tenido una praxis sectaria con la socialdemocracia al calificarla de social fascista, no solamente plantearon una alianza con ella -lo que era correcto como expresión de un frente único proletario- sino que se subordinaron a los partidos burgueses que se decían antifascistas. El resultado fue trágico: la derrota de la Revolución Española de 1936 y el fracaso del Frente Popular francés.

En momentos en que se estaba fraguando la alianza del Frente Popular, los radicales dieron una nueva voltereta oportunista, ingresando con tres ministros al gabinete de Alessandri. Los socialistas criticaron esta postura del PR, levantando la candidatura de Marmaduke Grove a la presidencia de la República en el IV Congreso del PS efectuado en Tacna el 9 de mayo de 1937. El diario "Frente Popular", del PC, se pronunció en contra de esta resolución: "Por un lado se aprobó la consolidación del Frente Popular, mientras, por otro, se proclamó en forma intransigente la candidatura de Marmaduke Grove Vallejos a la presidencia colocando un escollo difícil de sortear en la trayectoria de ese organismo. No se puede discutir el derecho de cada partido del Frente a auspiciar la candidatura presidencial de uno de sus hombres, y menos el Partido Socialista, cuyo líder es más que una figura partidaria, un caudillo popular. Pero de ahí a exigir, imponer la aceptación de ese candidato a los demás partidos del Frente, hay precisamente la distancia que separa una actitud frentista con un gesto veladamente antiunitario". El PC, que quería a toda costa llegar a un acuerdo con el Partido Radical, consideraba la candidatura de Grove como un obstáculo para concretar el Frente Popular. La intervención del dirigente comunista, José Vega, en la Cámara de Diputados el 2 de septiembre de 1936, había claramente establecido que "el Frente Popular en el orden económico no contempla la abolición de la propiedad privada, el principio fundamental del socialismo; contempla el desarrollo de la producción capitalista; y en el orden político no pretende la instauración de un régimen político soviético, pretende la defensa del régimen republicano"⁴⁴

⁴⁴ Luis Vitale. "Interpretación Marxista de la Historia de Chile", Santiago de Chile: Editorial Lom.

3.1.2 Alianza Democrática de Chile

Fue una combinación de partidos políticos que, sin perder su identidad, se coaligaron en 1942 para robustecer las fuerzas de la izquierda. Los partidos Radical, Socialista y Comunista se unieron para apoyar la candidatura presidencial de Juan Antonio Ríos al fallecimiento de Pedro Aguirre Cerda. Una vez elegido Juan Antonio Ríos, la Alianza lo apoyó por corto tiempo, ya que el presidente, de una fuerte personalidad, no siempre aceptó las sugerencias de la combinación. “Al poco tiempo, los radicales exigieron la salida del gabinete de los ministros liberales, lo cual fue aceptado por el presidente. Pero, a poco andar, las divergencias entre los radicales por una parte, y los socialistas y comunistas por la otra, mostraron la imposibilidad de continuar en la Alianza, la que se disolvió en 1946”.⁴⁵

3.1.3 Alianza Popular Libertadora

Para las elecciones de 1938, uno de los candidatos fue Carlos Ibáñez, y para apoyar su postulación se formó la Alianza Popular Libertadora, que estaba integrada por el Movimiento Nacional Socialista de Chile, que dirigía Jorge González Von Marees, por la Unión Socialista y por ibañistas independientes. La campaña electoral adquirió una violencia extraordinaria y muy distinta a como habían sido otras campañas presidenciales en Chile.

Como resultado de la violencia desatada, estalló la sublevación de los nacistas, el 5 de Septiembre de ese año, que trajo como reacción la matanza del Seguro Obrero. Ibáñez se presentó ese día en uno de los cuarteles de la guarnición de Santiago como una demostración de que no había tenido parte en el golpe revolucionario; pero desde ese día comprendió que no era posible llevar adelante su candidatura y procedió a retirarla. La Alianza Popular Libertadora entregó su apoyo al candidato de las fuerzas de izquierda, Pedro Aguirre Cerda, quien triunfó por estrecho margen sobre el abanderado de la derecha, que era Gustavo Ross.

Pocos meses después de iniciado el gobierno de Aguirre Cerda, la Alianza Popular Libertadora se fusionó con el Partido Agrario y pasó a formar el Partido Agrario Laborista.

⁴⁵ Fuentes, J., Cortes L. y Castillo Infante, F (1989) Diccionario Histórico de Chile, Tomo XVIII.

3.1.4 Coalición

“Agrupación de partidos políticos que, alternativamente con la Alianza Liberal, presidieron la vida política del país en la llamada república parlamentaria después de la revolución de 1891”.⁴⁶ El partido eje de la Coalición fue siempre el Partido Conservador, al que se unieron, en diversos períodos, el Liberal Coalicionistas, el Nacional y el Liberal Democrático. En 1896 la Coalición llevó como candidato a la presidencia de la República a Federico Errázuriz Echaurren, que fue elegido presidente y gobernó con la Coalición hasta 1899, año en el que, por haber perdido la mayoría parlamentaria, debió organizar un gabinete sin los conservadores. En las siguientes elecciones presidenciales la Coalición presentó a Pedro Montt, el que fue derrotado por el candidato de la Alianza Liberal, Germán Riesco.

El presidente organizó un gabinete aliancista, pero en 1902, y hasta 1904, debió gobernar con la coalición, por haberse pasado a ésta el Partido Liberal Democrático. El presidente que siguió, Pedro Montt, había sido el candidato de la Coalición en las elecciones anteriores, pero esta vez lo fue la Alianza, por lo que la Coalición volvió a ser derrotada con su candidato Fernando Lazcano. Ramón Barros Luco, elegido en 1910, gobernó alternativamente con la Coalición y la Alianza Liberal. En las siguientes elecciones la Coalición triunfó con su candidato, Juan Luis Sanfuentes, con lo que alcanzó a ser gobierno, pero sólo hasta 1918, año en que hubo elecciones parlamentarias en las que triunfó la Alianza, por lo que el presidente tuvo que formar un gabinete aliancista. En 1919 se organizó un gabinete con partidos de ambas colectividades rivales, con lo que se formó una nueva combinación que se llamó Unión Liberal, y aquellas dejaron de existir hasta las elecciones de 1920, en las que triunfó Arturo Alessandri Palma, candidato de la Coalición. Terminando el régimen parlamentario, con la Constitución de 1925, la Coalición y la Alianza dejaron de existir.

⁴⁶ Fuentes, J., Cortes L. y Castillo Infante, F (1989) *Diccionario Histórico de Chile*, Tomo XVIII.

3.1.5 Frente de Acción Popular (FRAP)

Al celebrarse las elecciones parlamentarias de 1956 se reunieron en un solo bloque los partidos Comunista, Socialista de Chile, Socialista Popular, Democrático del Pueblo y Democrático de Chile, declarando su adhesión a los postulados marxistas. En el momento de firmarse el pacto por el cual se oficializaba esta combinación política, los partidos que la integraban reunían treinta y ocho diputados y ocho senadores colocados todos ellos en la oposición al gobierno del presidente Ibáñez. En las elecciones parlamentarias de 1957, el FRAP disminuyó su representación, ya que eligió solamente diecisiete diputados y conservó ocho senadores y de los diputados, cuatro fueron inhabilitados por el Tribunal Calificador de Elecciones por considerar que eran comunistas, en circunstancias que dicho partido estaba fuera de la ley y no podía elegir congresales.

Para las elecciones presidenciales de 1958 el FRAP presentó a Salvador Allende que fue derrotado por Jorge Alessandri. Durante el gobierno de Alessandri, el FRAP se mantuvo en la oposición y al llegar las elecciones parlamentarias de 1961 demostró su crecimiento logrando elegir treinta y tres diputados y doce senadores. En 1964 volvió a presentar a Allende como candidato a la presidencia de la República, que esta vez fue derrotado por Eduardo Frei. Los partidos que lo integraban, más el Radical, formaron posteriormente la Unidad Popular.

3.2. Elección Presidencial de 1958

El rasgo más distintivo de la República democrática chilena fue la elección directa de Presidente de la República. Con el establecimiento del régimen presidencial, el objetivo principal de la actividad de los partidos políticos era conquistar la Presidencia de la República, que concentraba el máximo poder político, económico y social en Chile. Las elecciones parlamentarias quedaron relegadas a segundo plano dentro del contexto del juego político contingente.

Durante la república presidencial se sucedieron en total once elecciones de presidente, cuyas características generales se exponen en el cuadro⁴⁷.

Elección		Vencedor			
Año	Secuencia	Sucesión	Ideología	Decisión	Presidente
1925	Ordinaria	Gobierno	Derecha	Popular	Figueroa
1927	Extraordinaria	Gobierno	Centro	Popular	Ibáñez
1931	Extraordinaria	Oposición	Centro	Popular	Montero
1932	Extraordinaria	Oposición	Derecha	Popular	A. Alessandri
1938	Ordinaria	Oposición	Izquierda	Popular	Aguirre
1942	Extraordinaria	Oposición	Izquierda	Popular	Ríos
1946	Extraordinaria	Gobierno	Izquierda	Congreso	González
1952	Ordinaria	Oposición	Centro	Congreso	Ibáñez
1958	Ordinaria	Oposición	Derecha	Congreso	J. Alessandri
1964	Ordinaria	Oposición	Centro	Popular	Frei
1970	Ordinaria	Oposición	Izquierda	Congreso	Allende

Al observar este cuadro resumen se pueden apreciar inmediatamente la gran mutabilidad y densidad de los procesos de cambio político. En efecto la mayoría de las veces triunfó la oposición y se produjeron grandes oscilaciones de las tendencias políticas desde la izquierda hasta la derecha, pasando por el centro. Todos los grupos, todos los partidos y sistemas de partidos tuvieron oportunidad de llegar al poder. Incluso los elementos independientes tuvieron acceso a este gran Poder Ejecutivo.

⁴⁷ Ricardo Cruz-Coke, "Historia Electoral de Chile 1925-1973", Pág. 92.

Una característica muy importante de estas elecciones presidenciales es el escaso número de candidatos que postularon. En efecto, se presentaron en total veintiséis candidatos en once elecciones, de los cuales diez lo hicieron más de una vez. Una oligarquía de familias y grupos se sucedieron en la presidencia. La familia Alessandri se presentó seis veces; Allende y Carlos Ibáñez se presentaron a cuatro elecciones; Frei y Lafferte a dos cada uno. Para el pueblo chileno la elección de presidente era el máximo acontecimiento en su vida ciudadana y, en realidad, elegían a un verdadero líder y salvador del país. Los partidos políticos dominaron la escena y lograron elegir a ocho presidentes, contra tres independientes. De los veintiséis candidatos, cuatro fueron independientes: Salas, Ibáñez, Zamorano y Jorge Alessandri. Los otros veintidós pertenecieron a los seis grandes grupos políticos: siete radicales, seis liberales, cuatro socialistas, dos conservadores, dos demócratacristianos y un comunista.

La decadencia de conservadores y radicales abrió el campo a una recomposición del mapa partidario. Más ésta tardó bastante en llegar. Un temprano indicio de ella lo dio en 1958 la vuelta a la legalidad del Partido Comunista. Para obtenerla juntaron sus votos en el parlamento el recién fundado Partido Demócrata Cristiano, los demócratas nacionales, radicales y socialistas. La iniciativa contó con el decisivo apoyo del propio presidente Ibáñez, quien veía con malos ojos la posibilidad de tener a un Alessandri por sucesor⁴⁸.

Por otra parte, en 1956 ya se había formado el Frente de Acción Popular, sobre la base del Partido Socialista de Chile, más el Padena (Partido Democrático Nacional), el socialismo popular, el democrático y el Partido del Trabajo. Este frente pretendió ser, exclusivamente, de trabajadores, excluyendo de manera total la presencia del partido radical. De ahí que en definitiva éste debe pensar en postular separado de la izquierda, proclamando en fin a Luis Bossay en la Convención realizada al efecto. Hacia el año 1957 se vuelva a estructurar el Partido Socialista por la fusión del socialismo popular y el socialismo de Chile. En el mismo año se efectúa la renovación de la Cámara de Diputados y parcial del Senado, que pone de manifiesto la notable declinación del ibañismo y de los partidos que lo habían apoyado (socialistas populares y agrariolaboristas), y, por cierto, de los grupos más pequeños. Se ven favorecidos producto de lo anterior, los partidos tradicionales, y particularmente, entre éstos, el Radical. No obstante en esta época ya se comienza a evidenciar el distanciamiento entre los sectores dirigentes y profesionales de este partido con el hombre medio que en un tiempo fue el factor decisivo. Como señala Germán Urzúa Valenzuela, contrariamente a lo que se ha sostenido, el Partido Radical no

fue propiamente una organización política doctrinaria, sino más bien programática, causándole grave daño de su imagen el continuo cambio de conductas directivas a impulso de intereses muchas veces momentáneos o subalternos ⁴⁹.

El fortalecimiento de los partidos de la derecha en la elección parlamentaria de 1957 y el claro liderazgo en ella de Jorge Alessandri, hijo del León, colmó la paciencia del General Ibáñez frente a una alianza que siempre le había disgustado. Fue entonces cuando buscó acercarse a sus antiguos socios en la izquierda. La ruptura de Ibáñez con la derecha, ocurrida a fines de 1957, dio paso a una nueva forma de entendimiento político con la izquierda, que se materializó en la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que proscribía al Partido Comunista, y en una profunda reforma electoral, que introdujo la cédula única impresa por el Estado, con la cual, dada la imposibilidad de verificar antes del recuento la opción del voto, se puso fin al cohecho. Ambas reformas se conjugaron para precipitar el cambio sustantivo en el sistema de partidos que en adelante caracterizaría a la política chilena.

El año 1957 también fue testigo de la constitución del Partido Demócrata Cristiano por fusión de dos fracciones del antiguo partido conservador que colaboraban estrechamente desde 1953. Una fue la Falange Nacional, que se había independizado en 1938, y la otra, el Partido Conservador Social Cristiano, cuya postura contraria a la proscripción legal de los comunistas había dado lugar en 1948 a que se apartara de ella la fracción tradicionalista.

Según la opinión de Sofía Correa Sutil, al finalizar la década de 1950, se pudo observar en la política chilena la paradoja de un electorado que venía mostrando un creciente distanciamiento de los partidos, a la vez que éstos iniciaban un proceso de transformaciones que los fortalecería, habilitándolos para seguir conduciendo la política nacional por algunos lustros más. Pero, al mismo tiempo, al reformular su estrategia de alianzas, precipitarían una polarización político-social de enormes consecuencias en un futuro próximo. De ahí que hace hincapié que en los años 40 el electorado chileno no deparó sorpresas a los analistas, pues en un universo reducido, que abarcó aproximadamente unos 600.000 votantes a lo largo de la década (cifra equivalente al 9% de la población), el reparto de los votos se ciñó a patrones en general previsibles, tanto cuantitativa como cualitativamente, dada su distribución según segmentos sociales. Así, los

⁴⁸ Bernardino Bravo Lira, "Régimen de Gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973", Pág.70.

⁴⁹ Germán Urzúa Valenzuela, "Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992, Pág. 573.

sectores medios laicos, vinculados a la burocracia estatal y al profesorado, expresaban sus preferencias por los radicales, quienes también contaban con el apoyo del Norte Chico y de los terratenientes del sur que además aportaban el voto de sus trabajadores; tomados en conjunto, sumaban usualmente un 20% del electorado. Los obreros sindicalizados de la industria y la minería, en conjunto con las Provincias del Norte Grande y del extremo austral, favorecían a socialistas y comunistas, con una votación que fluctuaba entre el 15 y el 25% del total. El voto católico era fiel a los conservadores, quienes junto a los liberales controlaban el voto campesino dependiente de los terratenientes del Valle Central y recibían la adhesión de una parte considerable del electorado de clase media urbana, que se agregaba al de la elite tradicional y sus redes clientelísticas, con lo cual los partidos de la derecha llegaban a tener cerca del 40% de los sufragios. Un conjunto de partidos menores, entre los que se encontraba la Falange Nacional, la cual nunca logró superar el 4%, se repartía alrededor del 20% de los votos. En este contexto, las elecciones presidenciales se definían según las alianzas que negociaba el Partido Radical, que era capaz de congregar en torno a él desde liberales hasta comunistas⁵⁰.

Según palabras de Urzúa Valenzuela, difícil tarea es la de establecer una política de independencia, queriéndose significar con tal expresión que no hay compromisos con partidos políticos determinados. El hecho es, sin embargo, que el independiente nunca ha sido de significación en la política nacional, a pesar de que ha habido representantes de esta calidad en el Congreso, y aún más, en la propia Presidencia de la República. Su independencia no pasó de ser un slogan interesado⁵¹.

Tras la elección de Alessandri, es posible notar una evidente crisis de los partidos políticos tradicionales. Para Bravo Lira esta fachada de aparente solidez, se ve afectada por dos factores que contribuyeron a minar desde dentro la posición de estas organizaciones. Uno es el antiguo problema de la exigüidad de sus militantes en relación al total del electorado y el otro, mucho más grave en tal situación, el alejamiento de los mejores talentos. Por una parte, los partidos son incapaces de vencer la indiferencia del electorado. No consiguen aglutinar establemente dentro de sus cuadros a porciones significativas del total de la población hábil para votar. Sus registros, mantenidos por otra parte en estricta reserva, son escuálidos. Las estimaciones más optimistas calculan que para fines de los años 50 uno de cada diez votos obtenidos por cada partido corresponde a sus militantes. Según esto, radicales y conservadores tendrían en los años 40 entre 10 y 12 mil afiliados

⁵⁰ Sofía Correa Sutil, "Historia del Siglo XX Chileno", Pág.205.

⁵¹ Germán Urzúa Valenzuela, "Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992", Pág. 579.

sobre un total de casi 600 mil inscritos y 450 mil votantes. La actividad de los partidos frente a los electores se concentra en torno a las votaciones, en las campañas electorales.

Estas se suceden dentro de la más completa regularidad, casi anualmente, desde 1932, pues cada 3 años las hay municipales, cada 4 parlamentarias, y cada 6, presidenciales. En tales períodos sale a relucir toda la superioridad que confiere a los partidos un monopolio virtual de las candidaturas y los recursos propios de un grupo organizado. A los electores no les queda otro papel que el de optar entre candidatos presentados por los distintos partidos, cuya nominación es determinada, en última instancia, desde arriba por la correspondiente directiva. Pasadas las elecciones, todo vuelve a la calma. Se cierran las secretarías que los partidos han abierto a lo largo de todo el territorio para la campaña electoral, las directivas hacen el balance de la jornada y con nuevos bríos vuelven a enfrascarse en el complicado juego de los arreglos y combinaciones postelectorales del que únicamente tienen noticia algunos periodistas mejor informados. Allí la nueva composición de fuerzas habrá de traducirse en los correspondientes dividendos. Vienen entonces los arreglos para elegir alcaldes y hacer otros nombramientos en los municipios, la nueva composición de las comisiones o comités en el Parlamento, hasta llegar al último y máspreciado fruto de toda jornada electoral: un reajuste más o menos amplio del ministerio. La entrada o reemplazo de determinados partidos en el gobierno revierte como una cascada sobre sus militantes en forma de nombramientos para cargos estatales o paraestatales⁵².

La decadencia de los antiguos partidos tuvo una primera y bullada aparición en la elección presidencial de 1952, cuando el General Ibáñez, sin el apoyo de ninguno de los grandes partidos, se impuso sobre los candidatos levantados por ellos. A partir de entonces los partidos dejan de ser un factor preponderante en la elección del presidente. Solo son una sombra frente a la figura personal del candidato, sean éstos abiertamente apolíticos y de apariencia autoritaria como Ibáñez (1952-58) y Alessandri, su sucesor (1958-1964), sean, por el contrario, hombres de partido, curtidos en contiendas electorales y forcejeos parlamentarios, como Frei (1964-70) y Allende, su sucesor (1970-73).

Esta pérdida de gravitación de los partidos en las elecciones presidenciales en favor de la atracción personal del candidato, también se refleja en las elecciones parlamentarias y hasta en las municipales. Lo anterior se ve plasmado en la consigna *un Parlamento para Ibáñez* bajo la cual se realizó la renovación del Congreso en 1953, con una nueva y

⁵² Bernardino Bravo Lira, "Régimen de Gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973", Págs. 63-64.

estrepitosa barrida para los principales partidos. Esta crisis de los partidos tiene su expresión más clara, por los años 50, en la declinación de las dos antiguas colectividades que durante las décadas del 30 y del 40 se habían transformado en las primeras mayorías electorales: radicales y conservadores. A pesar de su impotencia para determinar por sí mismos la elección presidencial, los partidos no abdicaron a su interés por sobreponerse a la figura del primer mandatario. Para ello usaron y abusaron de recursos como el pase, la orden de partido. El presidente se ve presionado por las mismas colectividades cuyo concurso ha buscado o aceptado, como sucede a Ibáñez en su segundo gobierno y a Alessandri Rodríguez. Esta presión, como es de esperar, se torna más vinculante cuando proviene del propio partido al que pertenece el Presidente, como fue el caso de Frei y Allende.

A partir de la década del 50 este condicionamiento de la gestión presidencial por los partidos concita un repudio generalizado. Mientras uno tras otro los cuatro últimos presidentes, desde 1952 a 1973, acusan al parlamento y a los partidos de no dejarlos gobernar, la vieja antipatía del electorado por incorporarse a los partidos tiende a derivar en antipatía hacia ellos, sus dirigentes y sus manejos.

Sin duda, quien personificó en forma más cabal la figura institucional del presidente en el período 1932-73 fue Jorge Alessandri Rodríguez (1958-64), quien debió gobernar con un parlamento adverso. Su gestión, estrictamente ceñida a los términos constitucionales, fue, sin duda, una excepción dentro de las cuatro décadas que corren desde 1932 hasta 1973, un verdadero anacronismo: el único sexenio durante el cual no se acudió al estado de sitio ni a otras medidas similares. Su gobierno ofreció un marcado contraste con la segunda presidencia de Ibáñez (1952-1958), su inmediato antecesor en el mando e indujo a error a los mejores autores de derecho constitucional y administrativo sobre la solidez del régimen de gobierno⁵³. Si las actitudes de Ibáñez frente al parlamento y frente a la legalidad suscitaron toda suerte de críticas, la conducta de Jorge Alessandri concitó el mayor respeto.

Durante la segunda presidencia de Ibáñez, los partidos políticos reconstruyeron sus fuerzas y se reunificaron en torno a las grandes corrientes ideológicas. Superado el esquema clásico de derechas e izquierdas, y aprovechando las lecciones de las reformas ibañistas, los partidos se presentaron en forma separada a la sucesión presidencial. Las trascendentes reformas electorales de la cédula única y la derogación de la ley anticomunista, a las que se ha hecho referencia en este trabajo, sin duda que abrieron nuevas posibilidades a las

⁵³ Alejandro Silva Bascuñan, "Tratado de Derecho Constitucional", Tomo III, Pág. 379.

diversas corrientes que se presentaban a la elección presidencial del 4 de Septiembre de 1958.

Bajo este mapa político, donde el desprecio por los partidos políticos resulta evidente, es que se desarrolla esta contienda política. En esta elección no hubo un candidato oficial del gobierno, pero sí se presentaron cinco candidatos de la oposición.

Por una parte, el líder del Partido Demócrata Cristiano, fundado recién el año anterior por la fusión de conservadores, socialcristianos y falangistas. En total la candidatura de Eduardo Frei alcanzó al 20,70% de los sufragios, superior en un 7,46% a lo que totalizaron conservadores, socialcristianos y falangistas en las parlamentarias de 1957, lo que demostró que esta nueva fuerza política representaba mucho más que lo que tradicionalmente había sido el socialcristianismo hasta entonces. No hay que olvidar que desde 1941 y hasta 1953 la Falange Nacional no había pasado del 3,9% de los sufragios, mientras que el partido conservador que conserva el nombre y la fuerza electoral inicial del conservatismo, fue decayendo, o mejor, incorporándose paulatinamente al falangismo y, por ende, al nuevo partido.

Para Sofía Correa Sutil este partido nació recogiendo como experiencia sustantiva las nuevas modalidades del electorado del país, a la vez que con su actuación potenciaría aún más estos cambios que recién se anunciaban. En otras palabras, la Democracia Cristiana desde sus inicios asumió como lecciones fundantes la existencia de un electorado volátil esquivo a los partidos existentes -aquél que había votado por Ibáñez el año 1952- y, por otra parte, la pérdida de apoyo ciudadano del Partido Radical. A la vista de estos nuevos datos de la realidad, los democratacristianos abandonaron la política de coaliciones con el radicalismo, que tan útil le resultó a la Falange cuando su votación no superaba el 4%, aspirando ahora a constituirse en partido mayoritario, socialmente heterogéneo, de modo de poder prescindir de toda alianza política y electoral. Nunca antes un partido se había negado a reconocer la fuerza social de sus oponentes, pretendiendo, en cambio, competir con ellos y quitarle su electorado histórico tanto a la izquierda marxista como a la derecha católica. De este modo, la Democracia Cristiana introdujo una creciente polarización en la política chilena. Su estrategia requería, por tanto, ampliar el universo electoral a la vez que movilizarlo hacia las urnas. A esta última tarea se abocaron los

activistas del partido, que recorrieron el país, motivados por un afán proselitista no exento de tonos mesiánicos.⁵⁴

El partido Radical, que había recuperado su fuerza electoral perdida en 1953, debió presentarse sin aliados a estas elecciones presidenciales, y aun cuando sus posibilidades eran más bien discutibles, tenía a su favor el hecho de ser aún el partido mayoritario. La candidatura de Luis Bossay fue apoyada principalmente por grupos de clase media, trabajadores del sector público, y pequeños y medianos empresarios.

El llamado hecho por los radicales a votar por su candidato se muestra de la siguiente manera en un diario de la época⁵⁵:

“El Comité de Comerciantes Independientes de Valparaíso hace un llamado para que den su voto al candidato Luis Bossay que, a través de toda la campaña presidencial, ha demostrado a fondo conocer nuestros problemas al declarar:

1. Que el contribuyente debe ser juzgado como elemento digno de respeto.
2. Que el primer propósito de su gobierno será derogar el impuesto de la compraventa, eliminando las boletas.
3. Que fue siempre contrario a la congelación de créditos.
4. Que el crédito no provoca inflación, sino todo lo contrario.
5. Que el industrial y el comerciante honrado tienen pleno derecho al crédito que necesitan.
6. Que los comerciantes minoristas serán financiados con un pequeño porcentaje de los impuestos que ellos mismos pagan.

A pesar del fuerte llamado que hizo este partido a quienes fueran tradicionalmente su base electoral, el análisis comparativo de los resultados obtenidos en los comicios parlamentarios de 1957 con los que alcanzara su candidato, el senador Luis Bossay, muestra una deserción notable en la mayoría de las circunscripciones electorales. Es decir, en esta oportunidad nuevamente el radicalismo mostró una debilidad política tan grave como la exhibida en la elección de 1952, en la que también sus partidarios tradicionales no les brindaron el apoyo suficiente. Lo usual, parece ser, que en las elecciones presidenciales el candidato obtenga una proporción mayor de votos que los obtenidos por él o los partidos políticos respectivos, en este caso, sucedió todo lo contrario, ya que mientras en 1957 el

⁵⁴ Sofía Correa Sutil, “Historia del Siglo XX Chileno”, Pág.206.

⁵⁵ La Estrella de Valparaíso, 2 de Septiembre de 1958. Pág. 9.

partido obtuvo un 21,4% de los sufragios, en 1958 sólo alcanzó al 15,27%, es decir, disminuyó en un 6,19%.

Una tercera candidatura fue la del ex cura de Catapilco, Antonio Zamorano, que había sido elegido anteriormente como diputado, y cuya postulación al decir de Urzúa Valenzuela sólo se mantuvo en definitiva para distraer votos de la candidatura de izquierda⁵⁶.

Este personaje había criticado desde la Cámara a izquierdas y derechas, con un tono eminentemente populista, y con palabras que le provocaron cierto grado de popularidad especialmente en sectores humildes.

A continuación transcribo parte de sus alegatos en las sesiones de la Cámara de Diputados, espacio de debate público, donde no escatimó frases para dar a conocer su pensamiento político:

“He dicho muchas veces que los antiguos capitales se formaron gracias al esfuerzo combinado del trabajo y del ahorro de muchas generaciones. De allí su lenta formación. Hoy día no ocurre así. El que ayer era cobrador de micro al día siguiente es un magnate, dueño de chalets en todos los barrios de la ciudad, con auto último modelo y abultada cuenta corriente en el Banco.

Y a ese hombre hay que sacarle el sombrero, porque es un caballero. En cambio, a aquel pobre campesino de mi parroquia, cuya espalda ha encorvado el trabajo, cuyas piernas ha puesto temblorosas la fatiga, cuyo rostro está surcado por arrugas, por la miseria y el hambre, cuyas manos están encasilladas con la pala y el chuzo, esta sociedad moderna no se digna darle ni siquiera una mirada. Lo trata como se trata al traje usado, con el mismo desenfado con que se tira el hueso de una fruta chupada hasta la última fibra.

Estoy seguro que si llegara Cristo a la Honorable Cámara, habría unos que le echarían a las galerías, y dirían que es un “patipelado”, un muerto de hambre, porque, como consta en las Escrituras, para vivir tuvo que pedir limosna.

Me dijeron que era comunista, porque en una ocasión dije que ningún rico reconoce el valor del pobre, que le va amontonando la plata.

Yo les pregunto a los hacendados aquí presentes: ¿Qué hacen cuando la lechera, aquella mujer que ayer no más fue madre, todavía enferma, a las 4 de la mañana tiene que levantarse para lechar la vaca y ganarse el pan suyo y de sus hijos? Ellos duermen plácidamente, entre finas hopalandas.

¿Qué hace el dueño de la hacienda cuando el segador, en esas tardes estivales, inmediatamente después de almuerzo, va marcando el paso con el sudor que cae de su cuerpo agotado? El hacendado está dirigiendo plácidamente un opíparo banquete, meciéndose muellemente en una hamaca entre los árboles de su parque, entretenido en ver las volutas perfumadas de un rico habano.

¿Qué hace el dueño de hacienda mientras el niño de siete o diez años está en los cerros cuidando las vacas y las cabras, con el estómago vacío y el corazón lleno de soledad y de tristeza? El está con los pies en los morillos de la chimenea, rodeado de sus hijos, oyendo deliciosa música.

Y las lágrimas de aquella pobre mujer, el sudor de ese humilde segador, la soledad del pobre niño van cayendo en la mano del rico y formando caudales. Porque, señor Presidente, el capital de hoy día son las lágrimas y el sudor del pobre apelmazados en el bolsillo del rico”.

Zamorano se definía como integrante de la izquierda, porque en ella estaba la clase obrera, el pueblo, y declaraba: “¡Soy la voz de esas diez mil familias callampas, que habitan las poblaciones donde sus hijos no tienen más que dos caminos: la cárcel o el cementerio, donde se pudre el cuerpo y se corrompe el alma!

Por esas familias sumidas en el lodo, pido aquí en el Parlamento de mi patria, que cese la edificación de palacios para zánganos con el dinero de los asegurados.

¡Soy la voz de miles de niños que andan deambulando por las calles, aprendiendo a robar y a matar, cuando debían estar en una escuela, porque el gobierno no tiene plata para escuelas, aunque tiene y le sobra para comprar buques y portaaviones! ¡En nombre de esos niños , pido que se paralice la construcción de las monumentales Escuelas Naval y Militar

⁵⁶ Germán Urzúa Valenzuela, “Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992”, Pág. 586.

que van a servir a unos cuantos hijos de ricos, mientras hay quinientos mil hijos de pobres que no tienen un banco donde sentarse, ni una hoja de papel donde escribir!”⁵⁷.

En el acto público de cierre de su campaña, el diputado exclamó: “No quiero formar un partido que divida a los chilenos. Tampoco un movimiento que pueda detenerse. Mi deseo es formar una gran familia que luche por el bien de los pobres. Otros hablan de su “batallón de la montaña”. Yo, por mi parte tengo dos batallones: el de los “cabreados” y el de los “hambreados”.⁵⁸

Antonio Zamorano apoyado por elementos independientes izquierdistas, descontentos y desorientados políticos populares, obtuvo una votación de 41.304 votos equivalentes al 3,3% de los sufragios emitidos, que, se ha estimado, habrían sido otorgados a Salvador Allende, quien, por ellos, habría obtenido la primera mayoría relativa y, por ende, la mejor opción para ser elegido posteriormente en Congreso Pleno.

El partido socialista, que se había reunificado recién, presentó de nuevo al doctor Salvador Allende, apoyado por los comunistas y otros elementos de izquierda con los cuales integró un Frente de Acción Popular (FRAP). En esta oportunidad, Salvador Allende obtuvo el 28,6% de los sufragios. Como puede observarse, esta candidatura, así como la de Frei, fueron las únicas que realmente crecieron sobre la base electoral obtenida en 1957. Es decir, hacia ambas se desplazó la fuerza mermada de manera general por el radicalismo, sin perjuicio de que algún sector de éste también se haya volcado hacia Alessandri. Lo cierto es, que una diferencia de menos del 3% de los sufragios impidió su triunfo frente al hijo del león de Tarapacá. Curiosamente, como ya se ha señalado, un 3,3% de los votos de esta elección correspondió a Antonio Zamorano, quien recogió las preferencias de un populismo de izquierda, sin compromisos partidistas. Tal fue la desesperación de Allende por evitar la fuga de votos hacia el ex cura de Catapilco, que llegó a ofrecer en su discurso de cierre de campaña, y como primera medida de gobierno, la devolución de la ropa empeñada en la Caja de Crédito Popular. Las malas lenguas decían por entonces que las platas que habían financiado la campaña de Zamorano provenían de personeros muy cercanos al alessandrismo. Lo seguro es que Allende casi fue elegido presidente en 1958. Favorecidos por el secreto del sufragio que garantizaba la cédula única, por primera vez las izquierdas, esto es, los partidos Socialista y Comunista más un par de agrupaciones menores, lograban una votación tan significativa en una elección presidencial. Esto les daba motivos de sobra

⁵⁷ Cámara de Diputados, legislatura ordinaria, tomo I, 1957, Págs. 574 y ss.

⁵⁸ La Estrella de Valparaíso, 1 de Septiembre de 1958. Pág. 3.

para abrigar la esperanza de llegar a la Moneda con un candidato de sus filas en la siguiente oportunidad; si antes habían tenido que negociar su apoyo a un candidato de centro, un radical, en lo sucesivo serían ellos los que se impondrían en cualquiera negociación. Después de todo, el candidato del radicalismo, Luis Bossay, había quedado cuarto en las preferencias ciudadanas. La vía electoral para la construcción del socialismo se consolidaba en la izquierda chilena; paradójicamente, esto sucedía en el contexto de la Guerra Fría, que cada vez condicionaba más decisivamente el porvenir político de América Latina. Las izquierdas chilenas no ponderaron suficientemente este factor tan determinante, pues estrechamente vinculado a este escenario internacional se produjo el avance incontenible de un nuevo partido católico, la Democracia Cristiana.

En este contexto político rodeado de una serie de sucesos inesperados, ocurrió el estrecho triunfo electoral de Jorge Alessandri, que a modo de anécdota y en un contexto propio de la época, ya había sido anticipado por algunos videntes. Curiosamente, un diario de la época incluía en su crónica el relato de un evangelista que pronosticaba el triunfo de Alessandri:

“Don Javier Ortega Muñoz luego de intensas oraciones tuvo una revelación de Dios, en la que se le representó Chile en la figura de un inmenso carro, repleto de gente, que ascendía dificultosamente una cuesta. En un momento dado, el vehículo se detuvo quedando en peligrosa situación de despeñarse. Cuando la situación se hacía más insostenible, y mientras el pánico cundía entre los chilenos representados por los ocupantes del carro una larga cuerda descendió por la ladera del cerro, enganchando el vehículo, que reinició ahora un seguro ascenso. En el otro extremo de la cuerda una leyenda decía que Jorge Alessandri Rodríguez era el Salvador de Chile”.⁵⁹

Con todo, esta elección presidencial no estuvo ajena a las polémicas, por el contrario muchas fueron las acusaciones que se hicieron recíprocamente las diversas candidaturas. Las acusaciones de cohecho y las maquinaciones distractivas de los partidos políticos ocuparon las páginas principales de los medios de prensa escritos.

La Estrella de Valparaíso titulaba en una de sus publicaciones: “Zamorano seguirá en la lucha” y continuaba diciendo: “El ex cura de Catapilco le hizo presente al Ministro del Interior que el FRAP le ofreció 70 millones de pesos para deponer su candidatura, además agregó que el comando de la campaña de Salvador Allende está distribuyendo propaganda

y ha entregado informaciones de prensa y radio señalando que él ha retirado su candidatura para apoyar a Salvador Allende, lo que es totalmente falso. El Sr. Zamorano agregó por último, que las fuerzas del Señor Allende están distribuyendo una efigie de Santa Rosa de Lima, a cuyo reverso dice: El episcopado nacional recomienda votar por la candidatura del Señor Salvador Allende, otro hecho falso y absurdo que nadie puede creer”.⁶⁰

El mismo diario incluía en su crónica el siguiente titular: “Las Denuncias de Intento de Cohecho fueron desvirtuadas” y agregaba: “Numerosas denuncias de intento de cohecho fueron recibidas durante todo el día de ayer en el Tercer Juzgado del Crimen de Valparaíso, la mayoría de ellas provenientes de abogados que apoyan la candidatura del FRAP, en cuyos escritos se expresaba que los “carneros” llegaban hasta diversas secretarías políticas como forma de pago de un voto”.⁶¹

Respecto a la figura de Alessandri como empresario, es posible consignar que fue desde 1943 presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio, máxima organización del empresariado chileno, y que ya en 1955 se había convertido en vocero del proyecto económico de la derecha que proponía la liberalización de los mercados a fin de modernizar la economía capitalista. Era, además, consejero de la Sociedad de Fomento Fabril desde 1941; presidente, desde 1938, de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones y, al momento de las elecciones, miembro del directorio de varias sociedades industriales y financieras, presidente de la empresa Pizarreño y vicepresidente del Banco Sud Americano.

Esta clara vinculación de Jorge Alessandri con el empresariado fue utilizada por las otras candidaturas como una manera de desprestigiarlo frente al electorado, presentándolo como una persona sólo interesada en el poder y con poco conocimiento de la real situación de la clase obrera. Al respecto resulta ilustrativa la respuesta dada por el Senador Liberal Pedro Poklepovic, a los constantes ataques de que fue objeto Alessandri. En una entrevista dada a un diario de la región señaló:

“Al final de la campaña presidencial, personeros de la candidatura de Frei, han usado la tribuna de Valparaíso para pretender inhabilitar a Jorge Alessandri por ser un representativo hombre de trabajo y haber logrado una situación destacada mediante su talento y esfuerzo. No han podido escoger un lugar menos adecuado para este empeño.

⁵⁹ La Estrella de Valparaíso, 3 de Septiembre de 1958, Pág. 3.

⁶⁰ Ídem anterior, Pág. 10.

Valparaíso tiene el orgullo de haber sido la cuna del trabajo y de la actividad privada en Chile. La autoridad moral de Alessandri ha sido ya reconocida por la inmensa mayoría del país y esa es la única explicación de que un hombre sin plataforma política previa, que no milita en ningún partido y que sólo puede invocar como antecedentes su vida de trabajo y sus realizaciones, haya adquirido el profundo arraigo que tiene en todos los sectores nacionales. Para inhabilitar a Alessandri voces interesadas pretenden mostrarlo como un capitalista sin entrañas, que aspira llegar al poder político para ponerlo al servicio de las empresas y en contra de los empleados y obreros. La primera falsedad de esta afirmación consiste en olvidar que Alessandri no es un capitalista sino un alto funcionario de una empresa, cuyo capital pertenece a millares de accionistas. El éxito de estas personas se debe a su capacidad y esfuerzo. Si no fuera por estas cualidades que se eligen a las personas, Chile estaría condenado a una de estas dos desgracias: o a ser gobernados exclusivamente por los politiqueros que nunca han trabajado ni han tenido responsabilidades de ninguna especie o a que lo dirijan tan sólo los que han fracasado en las actividades particulares y que jamás han sabido de éxitos. ¿Quiénes son culpables del orden existente? Para los impugnadores de la candidatura Alessandri, parecería que en los últimos 20 años todo lo malo que ha sucedido se debe a la actividad privada y a los hombres de trabajo. La verdad es precisamente lo contrario. Ha sido una política demagógica con falta de capacidad y sentido realizador la que se ha adueñado del poder político y a través de él del económico. En esta elección no hay derechas ni izquierdas, ni caben posiciones falaces que pretenden equidistar de la verdad y del error, del bien y del mal, del interés de Chile o de lo que amenaza sus destinos. Sólo hay un país resuelto a salvarse y que por eso se ha unido firmemente junto a Jorge Alessandri”.⁶²

Aunque se presentaba como independiente, la actividad política de este hijo de León había sido intensa: fue elegido diputado en 1925, nombrado presidente de la Caja de Crédito Hipotecario entre 1932 y 1938, ministro de hacienda entre 1947 y 1950, y había logrado la segunda mayoría en Santiago en la elección parlamentaria de 1957. Después de este éxito, el Partido Liberal le ofreció la candidatura presidencial, la que rechazó aduciendo no tener ambiciones al respecto. Cuando los liberales estaban a punto de negociar su apoyo a Frei, Alessandri declaró que reconsideraría su negativa anterior, al serle ofrecida la candidatura por parte de un grupo de empresarios. De inmediato fue proclamado por el Partido Conservador, pero Alessandri condicionó su aceptación al apoyo del Partido Liberal, y a la libertad de acción frente a compromisos partidistas. Los liberales

⁶¹ Ídem. Anterior, Pág. 11.

⁶² La Estrella de Valparaíso, 2 de Septiembre de 1958. Pág. 5.

no tuvieron más alternativa que proclamarlo, sin poder exigirle lealtad alguna. La jugada política de quien posaba de apolítico había sido magistral. Hay que considerar además que la candidatura Alessandri usó el apoliticismo o independentismo político con mayor acento que Carlos Ibáñez. Más aún, y siguiendo la orientación de éste utilizando mecanismos de psicología social, trató de imponer en la opinión pública la imagen del pater familias austero, capaz, independiente, sereno, justo y, además, eficiente⁶³.

Así fue el sentido del slogan “A Ud. Lo necesito”.

Dentro del anecdotario de la política nacional podemos encontrar diarios y revistas, como La Topaze, que han tratado de ironizar y recrear de una manera más alegre los pasajes de nuestra historia institucional. A propósito de esta elección presidencial muchos son los chistes que se han formulado, a continuación recopiló algunos obtenidos de un diario de la época:

1. Para qué los candidatos harán tantas marchas cuando en realidad es otro el que se marcha.....
2. Dicen que ahora le toca al pueblo, ojalá sean cuecas porque hasta ahora le han tocado puras marchas...
3. Esa persona era “chichista”. Pero no se sabía si por ser partidario del chicho o de la chicha...
4. La candidatura del FRAP está pidiendo “un día de salario para la victoria”. ¿Será esto lo que ahora le toca al pueblo?....
5. Con la cédula única también podrán votar los ciegos. Es de esperar que no lo hagan como en 1952....
6. El 4 de Septiembre lanzarán el nuevo cohete a la luna, pero será para traer a la tierra a algunos chilenos que están allá desde hace 6 años....
7. El jueves 4 será festivo. ¿Es algún Santo Especial? Por lo menos para los ibañistas será San Se Acabó....⁶⁴

Ahora bien, retomando el hilo conductor de este trabajo, cabe agregar, que esta campaña presidencial, marcada por la exaltación del carácter independiente del candidato, estuvo a cargo de un grupo de empresarios, quienes por primera vez utilizaron en Chile técnicas de marketing en la actividad política. La primacía del empresariado por sobre los

⁶³ Germán Urzúa Valenzuela, “Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992”, Pág. 589.

⁶⁴ La Estrella de Valparaíso, Sección Político Alegre, “Don Jolgorio”, 3 de Septiembre de 1958. Pág. 13.

partidos quedó sellada de esta manera, prolongándose en los primeros años del gobierno de Jorge Alessandri, quien copó los más altos cargos de la administración del Estado con empresarios, muchos de ellos dirigentes de la Sociedad de Fomento Fabril. Los partidos políticos no tuvieron representación en el gabinete, aunque sí lo respaldaron en el Congreso, donde además contó con la cooperación del Partido Radical. La oposición llamó a esta administración el Gobierno de los Gerentes; también, más enfáticamente, se habló de la Revolución de los Gerentes.

Debido a la gran división de las fuerzas políticas, ningún candidato obtuvo la mayoría absoluta y los resultados mostraron la mayor dispersión de votos de todas las elecciones presidenciales. En efecto triunfó muy estrechamente el candidato independiente apoyado por la derecha, Jorge Alessandri con un 31,22%, seguido de cerca por Salvador Allende y, más atrás, Frei y Bossay. Sin embargo, si consideramos sólo los votos de varones, el vencedor fue Allende, con el 32%, seguido de Alessandri, con el 29%. Allende perdió esta elección esencialmente por culpa del electorado femenino, del cual obtuvo nada más que el 22% de los votos, llegando tercero, detrás de Frei, que consiguió el 23% de los votos femeninos. El electorado femenino definió la elección en favor de los candidatos de derecha, de centro e independientes. En esta elección, el Partido Radical evidenció su decadencia, y el control y el futuro de la izquierda pasaron a manos de los marxistas, principalmente del Partido Socialista. Una buena parte del electorado radical apoyó a Allende.

Resultados de la Elección de Presidente de la República (4 de Septiembre de 1958)⁶⁵

Candidatos	Varones		Mujeres		Total	
	Votos	%	Votos	%	Votos	%
Jorge Alessandri (Ind.)	241.900	29,7	148.009	33,8	389.909	31,2
Salvador Allende (P.S.)	259.409	31,9	97.084	22,1	356.493	28,5
Eduardo Frei (P.D.C.)	151.870	18,6	103.899	23,7	255.769	20,5
Luis Bossay (P.R.)	122.000	15,0	70.077	16,0	192.077	15,4
Antonio Zamorano (Ind.)	25.810	3,1	15.494	3,5	41.304	3,3
Votos en blanco y nulos	11.249	1,7	3.549	0,9	14.798	1,1
Total de votantes	812.238	100	438.112	100	1.250.552	100
Abstención	176.998	17,9	70.554	13,9	247.552	15,5
Total de inscritos	989.236		508.666		1.497.902	

⁶⁵ Ricardo Cruz-Coke, "Historia Electoral de Chile 1925-1973", Pág. 108.

Al no lograr el vencedor la mayoría absoluta de los votos populares, la elección debió trasladarse al Congreso Pleno. En 1952 este procedimiento constitucional de elección se había usado por segunda vez, siendo elegido Ibáñez por 132 votos contra 12 de Arturo Matte. En esa oportunidad no había duda de que Ibáñez iba a ser elegido, puesto que en la elección directa obtuvo el 46,79% de los sufragios. Distinto era el caso de esta elección, puesto que la diferencia entre las dos primeras mayorías relativas era de tan sólo 2,6 %.

Se impuso, sin embargo, el criterio de que correspondía elegir a quien había logrado la primera mayoría relativa. En efecto, ante el Congreso Pleno, el 24 de Octubre de 1958, Alessandri obtuvo 147 votos contra 26 de Allende y 14 votos en blanco.

Ahora bien, un autor extranjero para juzgar al candidato triunfante en esta elección, Jorge Alessandri, expresó que “Chile tenía su primer Jefe de Estado abiertamente conservador desde 1938, un industrial que enfocaba la economía con el criterio de un hombre de negocios⁶⁶.”

Como ya se señaló anteriormente, Jorge Alessandri transitó por todos los pasillos de la política nacional, y no sólo en los últimos años cercanos a su elección como Presidente de la República en 1958, sino desde, por lo menos, comienzos de la década del 20. Si bien se abstuvo de pertenecer a una colectividad política determinada, estuvo constantemente definiéndose en una clara tendencia ideológica, ya que fue proclive a las tendencias del liberalismo económico, y a una clara acentuación del presidencialismo autoritario, lo que significaba mayores atribuciones para el Ejecutivo.

Así, durante los primeros años de su administración, fue Alessandri un celoso defensor de su prerrogativa constitucional de elegir libremente a los Ministros de Estado, los que designó sin consultar previamente con los partidos que le prestaban su apoyo, liberales, conservadores y radicales.

Después de estas elecciones se efectuó la Convención del Partido Radical, en la que surgió un conflicto entre el sector izquierdista, representado por Alberto Baltra y Luis Bossay, que pretendían se reiterara la posición socialista democrática, y el sector de derecha, dirigido por Julio Durán, que bregaba por continuar apoyando la gestión gubernativa, como un medio de llegar fortalecidos y con posibilidades ciertas para las elecciones presidenciales de 1964. En definitiva, a los radicales les correspondió conformar

algunos de los ministerios del gobierno de Alessandri, donde trataron de impulsar una serie de medidas tendientes a obtener un reajuste de sueldos y salarios que los gremios exigían. Ante la negativa del Presidente a tal planteamiento, el Comité Central de ese partido ordenó la renuncia de los radicales que estaban en el Gobierno, pese a lo cual la alianza se mantuvo por un tiempo más.

En realidad, la decisión de renunciar fue determinada por el recrudecimiento de la tensión social y económica del país que, como siempre, afectaba de modo directo al militante medio de esa organización así como a los diferentes sectores asalariados del país.

Respecto a los radicales, que habían sido derrotados en 1958, el historiador Peter Snow comenta que rápidamente decidieron apoyar la gestión de gobierno de Alessandri, con un fundamento un tanto inverosímil, los radicales habrían dicho: “El Gobierno de Alessandri está plagado de influencias derechistas. Si nosotros los fundadores de la legislación social, no intervenimos en el Gobierno y formamos un puente entre él y el pueblo, los intereses comerciales poderosos tendrán la vía libre para desvirtuar esa legislación social”.⁶⁷

A la vista de los hechos parece ser más evidente que el Partido Radical se inclinó a apoyar a Alessandri por el predominio de un grupo dirigente vinculado a los grupos económicos y, por ende, con gran afinidad ideológica con el mandatario recién elegido. De ahí que el radicalismo colabora con Alessandri incondicionalmente. Y más que conducta oportunista la de este grupo, debe explicarse ante todo por la composición heterogénea y socioeconómica de los grupos dirigentes. Este sector más cercano a la derecha económica ya había estado presente en el grupo antifrentista, en 1938, que vuelve a surgir, hasta casi con los mismos nombres, en 1946, y además en 1958 apoyó la candidatura de Luis Bossay. Precisamente ese grupo terminará por dominar la directiva del partido y orientarlo a la colaboración de Jorge Alessandri, y ya antes, en plena campaña, este mismo sector apoya, en muchos casos desembozadamente, la candidatura liberal-conservadora.

⁶⁶ Kalman Silvert, “La Sociedad Problema”.

⁶⁷ Peter G. Snow, “Radicalismo Chileno”, Pág. 128.

3.3. Elección Presidencial de 1964

Con la llegada de los años sesenta, los aires revolucionarios se expandieron rápidamente, y el mundo político no estuvo ajeno a ellos; se enarbolaron nuevas banderas de lucha que colocaron en el centro de la discusión la necesidad de integrar a sectores sociales que hasta ese entonces habían quedado marginados de los ámbitos político, cultural y económico. De hecho, desde la década anterior, se venía produciendo en el mundo intelectual y partidista una profusa discusión en torno a los problemas que afectaban a los países que fueron catalogados como subdesarrollados; debate acicateado por la frustración que provocaba la percepción de los límites a que estaba sometido el proyecto industrializador aplicado con posterioridad a la Gran Depresión de los treinta. A raíz de este debate se formularon diferentes propuestas que fluctuaron entre posiciones que abogaban por la liberalización de la economía y la disminución de la injerencia partidista en la toma de decisiones consideradas eminentemente técnicas, como se dio en una etapa de los gobiernos de Carlos Ibáñez y de Jorge Alessandri, hasta posiciones que propiciaban un intervencionismo creciente y planificado desde el Estado en todos los ámbitos de la vida nacional.

El influjo ejercido por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo dependiente de las Naciones Unidas con sede en Santiago, y la pléyade de economistas y sociólogos que trabajaban en torno a ella, aunado el desencanto originado por el fracaso de las políticas librecambistas impulsadas por los gobiernos de la década de 1950, fueron factores decisivos en la adopción de esta última propuesta. Los nuevos proyectos que de allí surgieron, inmersos en un ethos desarrollista y modernizante, proponían la implantación de transformaciones globales a partir de una intervención directa y planificada desde el Estado.

De este modo, el profundo descontento que recorría al país al finalizar la década de 1950, más que generar una sensación de incertidumbre y desconcierto frente a la acumulación de problemas económicos y sociales, condujo al diseño de propuestas altamente elaboradas e imbuidas de un confiado optimismo derivado de su carácter mesiánico. De ahí que haya sido el concepto de revolución-entendido como la transformación rápida, decidida y cabal de los órdenes establecidos, deviniendo en un giro completo en las conciencias y paradigmas que sustentan una sociedad determinada⁶⁸- la consigna que nutrió las propuestas puestas en vigor desde esa época, a saber: la

“Revolución en Libertad”, la “Vía Chilena al Socialismo”, y, posteriormente, la “Revolución Silenciosa” iniciada por el régimen militar. Es en este sentido que los años sesenta representan un punto de inflexión a partir del cual se erigieron discursos que rápidamente se tradujeron en prácticas caracterizadas por el rupturismo con todo el orden preexistente.

Entre 1963 y 1973 la escena partidista está dominada por la democracia cristiana y el marxismo, las nuevas fuerzas mayoritarias. Ambos presentan rasgos comunes, muy diferentes de los radicales y conservadores, que entre 1932 y 1953 ocuparon una posición análoga.

Según Bravo Lira, se trata de movimientos ideológicos más bien populares. Aunque como todo partido político buscan labrarse una amplia base electoral, demócratacristianos y marxistas tienen algo de torre de marfil que los antiguos radicales y conservadores no conocieron. Su dirección está siempre monopolizada por un selecto núcleo de iniciados, dentro del cual, salvo tal vez los socialistas en sus últimos tiempos, predominan los ideólogos. Dos temas sobresalen en los escritos y alocuciones de estos dirigentes: las tendencias de la época y los males de la presente sociedad chilena. Su preocupación primera parece ser no quedarse atrás, ponerse al día, estar a la altura de los tiempos, dar alcance a los corrientes extranjeras más avanzadas y asumir su representación en Chile. Por eso su visión de la realidad chilena es siempre deprimente. Otra característica que presentan estos partidos políticos es que son extrovertidos. No pueden menos que partir de un modelo extranjero y proponerse, a su vez, ofrecer un modelo exportable también al exterior. A sus ojos, el propio partido protagoniza en Chile un papel trascendental y su actuación es seguida desde todo el mundo con mirada expectante. En comparación, los antiguos partidos políticos chilenos, introvertidos, absorbidos por los problemas del país, les parecen pequeños, sin horizontes, sin proyecciones.⁶⁹

Esta visión trascendental de la política que anima a demócratacristianos y marxistas se debe esencialmente al origen de sus grupos rectores que son, a la vez, creadores y alma de su partido. Se trata de jóvenes intelectuales de 20 a 40 años, de preferencia universitarios o cuando menos, autodidactas, como sucede especialmente entre los comunistas, formados al calor de las enseñanzas sociales de la Iglesia Católica en un caso o del marxismo en el otro.

⁶⁸ Sofía Correa Sutil, “Historia del Siglo XX Chileno”, Pág.239.

⁶⁹ Bernardino Bravo Lira, “Régimen de Gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973”, Pág.73-74.

Estos jóvenes abordan la política con espíritu de minoría selecta, convencidos de la superioridad que les confiere su ideología: su misión es promover la agitación de las masas; presentar una actitud desafiante frente a la clase dirigente y a sus adversarios políticos; y estilo combativo, militante, dominador en la palabra, el gesto y los distintivos partidarios, que, a veces, incluyen bandera, brazalete y hasta uniforme.

Detrás de todo ello late una visión total de la política. Así lo demuestran las declaraciones de principios que sustentan su apostolado, donde se proclama abiertamente la ambición de proyectar su acción a todos los planos de la vida colectiva: no sólo político, sino también, social, económico, cultural.

En sus inicios el Partido Demócrata Cristiano carecía de un electorado con perfil propio, como el cuerpo de votantes relativamente cautivo con que contaban los conglomerados de derecha e izquierda, de modo que dirigió con mayor ahínco y con notable éxito sus discursos con propuestas de cambio hacia los nuevos sectores sociales que comenzaban a constituirse en fuerza política. El incremento del apoyo popular recibido por la Democracia Cristiana en sus primeros años de existencia fue vertiginoso. Su votación se elevó de un 9,4% en la elección parlamentaria de 1957, a un 15,4% en la de 1961, a un 22,8% en la elección municipal de 1963 y a un 42,3% en la parlamentaria de 1965, convirtiéndose entonces en el partido con mayor respaldo electoral, alterando significativamente el sistema de partidos. La ampliación del apoyo no significó inicialmente el desangramiento electoral de los partidos de izquierda ni del Partido Radical, ubicado en el centro del espectro político, sino que respondió, por una parte, a la captación de los nuevos actores insertos en la vida electoral- jóvenes, pobladores, mujeres (por ejemplo, en la elección presidencial de 1958, si bien Frei Montalvo obtuvo el tercer lugar de las preferencias totales, en las mesas de mujeres alcanzó el segundo lugar, superando al candidato de la izquierda)- y, por otra parte, a la rápida conquista del voto católico que en épocas pasadas había dado su incondicional apoyo al Partido Conservador. Su crecimiento vertiginoso, combinado con el reconocimiento de sí mismos como la única alternativa válida frente al capitalismo y al socialismo, origen de una arrogancia propia de movimientos mesiánicos, les hizo prescindir de la formación de alianzas de gobierno o electorales con otras fuerzas partidistas, desdeñando una práctica que había funcionado, con diversos matices, en forma bastante exitosa desde los treinta. Por el contrario, la apuesta política de los demócratacristianos se inclinó hacia lo que ellos denominaron el “camino propio”, según el cual sus postulados se mantendrían incólumes ante las otras propuestas

políticas, rechazando considerar acuerdos y negociaciones en sus prácticas partidistas. Innegable es el trasfondo redentor que respaldaba esta postura, la que se autoconcebía como vanguardia iluminada, portadora exclusiva de las soluciones a lo que ellos habían identificado como la “crisis integral” del país. Esclarecedoras resultan a este respecto las palabras extractadas de la Tercera Declaración de Millaje, publicada el 15 de Marzo de 1964, pocos meses antes de la elección presidencial: “Conscientes de ser hoy depositarios de la verdad para una mayoría del pueblo y de obtener el poder el cuatro de septiembre, sentimos que es nuestro deber indicar al país las normas que guiarán nuestra acción futura”.

En los años sesenta, la Democracia Cristiana contó con el apoyo implícito, y muchas veces manifiesto, de la Iglesia Católica. El episcopado chileno adoptó como propias las demandas de cambios estructurales a fin de prevenir eventuales estallidos revolucionarios de carácter anticlerical, y asegurar a la vez la justicia social desde una perspectiva cristiana. Esta opción suponía la inclusión de las masas, urbanas y rurales, en una suerte de cruzada religiosa, que impidiera la expansión de la ideología marxista entre los más desposeídos. Incluso en muchos periódicos⁷⁰, al parecer proclives a la candidatura de Frei, se incluyeron notas donde la iglesia católica llamaba implícitamente a los católicos a votar por dicha opción presidencial. Del siguiente párrafo, perteneciente a un diario regional, se extraen dichas conclusiones:

“La Iglesia tiene el deber de velar porque la conducta de los católicos se ajuste a los principios de la fe cristiana. He aquí las disposiciones del Concilio Plenario del Episcopado Chileno de 1955 y de la Santa Sede que establecen la obligación de los católicos en materia política”:

1. Todo católico tiene la obligación de votar para cooperar al bien de la nación.
2. Favorecer con el voto a partidos contrarios a la Iglesia es pecado grave de ilícita cooperación.
3. Debe darse el voto a aquellos candidatos o partidos que no sean contrarios a las leyes divinas y eclesiásticas y que den garantías a los derechos de Dios y a la conciencia.
4. No es lícito afiliarse a los partidos comunistas ni favorecerlos, pues el comunismo es materialista y anticristiano...
5. Los fieles que consciente y libremente favorecen el comunismo no pueden ser admitidos a los sacramentos.

⁷⁰ La Estrella de Valparaíso, 3 de Septiembre de 1964. Pág. 3.

Sin duda, que el nuevo planteamiento eclesiástico favoreció el despliegue de una serie de conexiones con la Democracia Cristiana; tanto la una como la otra, y muchas veces de manera conjunta, incentivaron la movilización social mediante la creación de organizaciones de base en los sectores populares urbanos y rurales, a través de los cuales promovieron la participación de los sectores hasta entonces marginados.

En esta elección presidencial, según algunos analistas, no solo estaba en juego el futuro de nuestro país sino también el mapa político de América Latina. Así lo demuestra un análisis internacional efectuado en un medio escrito donde se señala que Chile se juega su destino en una elección con repercusión mundial:

“Para los países americanos especialmente para EE.UU., Cuba constituye el punto de penetración comunista más serio en el continente, y si bien se le tiene a raya, no es menos cierto que no se le ha podido batir. Y en esta lucha contra la actividad que desarrolla la Cuba de Fidel Castro nada podría ser más inconveniente de que en el extremo más austral surgiera un Partido Comunista que obedece a las consignas de Moscú tuviese papel preponderante en el gobierno.

Además se ha sostenido que en caso de ganar Frei su victoria vendría a ser un espaldarazo a la política que hacia América Latina desarrolló primeramente J. Kennedy y que ha mantenido el Presidente Johnson.

A la inversa de ganar el FRAP, se estima que su triunfo vendría a darle la razón a la plataforma política del candidato de los republicanos, el Senador Goldwater, quien ha censurado la ayuda norteamericana hacia Latinoamérica.

Hay observadores que van más lejos en cuanto a la incidencia de las elecciones del 4 de Septiembre en América y Europa. En efecto, señalan que de ganar Allende, el triunfo del Partido Comunista que le acompaña, influiría poderosamente en el regreso de Juan Domingo Perón, toda vez que la mayor parte de sus fuerzas todavía activas en Argentina son de extrema izquierda.

En lo que respecta a Europa se piensa que un triunfo de Frei vendría a tonificar considerablemente a los demócratas cristianos de Italia y Alemania.

Finalmente existe otro motivo de interés internacional. No es un misterio, o por lo menos existe una conciencia general entre la mayoría de los países, de que Chile ha sido y

es una nación Latinoamericana con un mayor acervo cultural democrático, por lo que se piensa de que si en Chile se establece un gobierno demócrata-cristiano no demorará mucho de que lo mismo ocurra en otras naciones de Latinoamérica, con evidentes beneficios para los movimientos que sustentan estos principios en el viejo continente”.⁷¹

Durante toda la campaña presidencial la Democracia Cristiana contó también con el respaldo decidido del gobierno de los Estados Unidos, el que, ante la posibilidad cierta del arribo al poder de un candidato marxista a través de la vía electoral- como había quedado de manifiesto en 1958-, y con la experiencia de la Revolución Cubana de por medio, vertió todo su apoyo hacia lo que avizoraba como única alternativa eficaz frente a la expansión del poder de la izquierda. El discurso antiimperialista divulgado por Salvador Allende, no sólo ponía en entredicho el poder hegemónico de la potencia del norte, sino también los intereses de las empresas extranjeras, en su mayoría estadounidenses, que habían invertido sus capitales en el país. Con el fin de cerrarle el paso al candidato de la izquierda, los Estados Unidos hicieron entrega de cuantiosas sumas de dinero destinadas a financiar la campaña presidencial de Frei, amén de prestar asistencia técnica relativa a métodos y propaganda electorales. El informe elaborado para el Congreso de los Estados Unidos sobre las acciones encubiertas de la Central de Inteligencia Americana (CIA) en Chile, conocido como Informe Church, en alusión al senador que presidió la comisión investigadora, es de una elocuencia asombrosa sobre esta materia. Entre 1963 y 1964 se gastaron alrededor de cuatro millones de dólares para evitar el triunfo electoral de Allende, cifra impactante si se considera que en dicha época el ingreso per capita en Chile era de poco más de 400 dólares. Estos dineros se invirtieron en organizaciones sociales y contribuyeron a financiar a los partidos antimarxistas, en especial a la Democracia Cristiana. En efecto, de acuerdo al Informe Church, la CIA pagó más de la mitad del costo total de la campaña presidencial de Frei, a través de intermediarios identificados como hombres de negocios. Además de financiar a este partido, se montó una intensísima campaña masiva de propaganda anticomunista llamada “Campaña del Terror”. Planteada en los términos dicotómicos derivados de la Guerra Fría, ésta inducía a escoger entre una opción democrática y otra totalitaria. Estuvo dirigida fundamentalmente a las mujeres, esposas y dueñas de casas, invocando los peligros que podría significar para sus familias la opción marxista, y se difundió vía emisiones radiales, periódicos, revistas y murales. Uno de estos anuncios publicitarios, divulgado por las radioemisoras, comenzaba con los disparos de una ametralladora y los gritos de una mujer por la muerte de su hijo en manos de los

⁷¹ La Estrella de Valparaíso, 3 de Septiembre de 1964. Pág. 13.

comunistas; a continuación, una voz masculina decía “para evitar esto en Chile, vote por Eduardo Frei”, para concluir con otra salva de ametralladora y una dramática música de fondo. Imágenes en las que aparecían agresiones de soviéticos y cubanos a la Iglesia, a las mujeres y a los niños, estuvieron también permanentemente en los medios de comunicación afines a la candidatura de Frei. Poco antes de la elección fue transmitido un incendiario discurso de Juana Castro, la hermana de Fidel recientemente expulsada de la isla, en la que relataba los horrores del régimen comunista. Es más, la CIA había comenzado a actuar en Chile desde 1961, estableciendo contacto con los principales partidos antimarxistas, a la par que creaba y financiaba organizaciones sociales, y medios de comunicación y propaganda. Supone el Informe Church que la ayuda de la CIA le permitió al Partido Demócrata Cristiano establecer una red de organizaciones sociales de base a lo largo del país. Georges Grayson señala al respecto que durante la campaña presidencial de 1964 “los locales demócrata cristianos se levantaban incluso en los más remotos villorrios, se distribuían manuales organizativos, se realizaban especiales esfuerzos para reclutar estudiantes, trabajadores, profesionales, mujeres y campesinos, en las organizaciones menores del partido. Los socialcristianos nunca cesaron de hablar en términos de su misión, su cruzada, su ola”. Hay que tener presente que la campaña de Eduardo Frei no se redujo a ser una muralla de contención frente al comunismo, dado que también sedujo a amplios sectores sociales, especialmente a los jóvenes. Si bien la Democracia Cristiana levantó la consigna de la “Revolución en Libertad”, implicando con ello que la candidatura de Salvador Allende propendería a una revolución comunista sin libertad ni democracia, también enarboló como lema de su campaña el concepto de “Patria Joven”. Con él se quería poner de manifiesto que la nueva patria, que se estaba forjando, tenía como pilar fundamental la energía y la entrega de los jóvenes. De hecho, el discurso de Frei en esta campaña está lleno de referencias históricas, siendo el de la Marcha de la Patria Joven el más paradigmático a este respecto. Consistió ésta en cinco columnas de jóvenes provenientes de todo lo ancho y largo del país, que luego de una caminata de meses llevando el mensaje a los lugares más apartados de Chile, convergieron en junio de 1964 en el entonces llamado Parque Cousiño.

En su paso por Valparaíso congregó a miles de personas. La prensa escrita de la época resalta el carácter universal de esta candidatura. Así lo señaló en uno de sus titulares: “Marcharon los pijes, el pueblo y la patria”, y continúa diciendo: “Un modesto hombre de trabajo parado en una de las esquinas de la calle Brasil tuvo un comentario que revela exactamente el carácter de la candidatura del Senador Frei, nacional y popular. El trabajador al ver una de las columnas en que se codeaban el obrero, el técnico y el empleado exclamó: ¡Chitas, yo creí que aquí sólo marchaban los pijes de cuello y corbata!

Acto seguido tomó un cartel y se incorporó a la columna. En dicho acto Frei dijo: ¿Y por qué se ha ido desintegrando la fuerza que nos oponía? ¿Por qué el FRAP, en el fondo hoy desconcertado, no puede comprender la razón de por qué el pueblo está aquí? No lo pueden comprender porque en el fondo así como estos pueblos han sufrido el hecho de que haya reaccionarios sin conciencia, también han sufrido el hecho de que haya revolucionarios sin cabezas. Esa es la tragedia de muchos pueblos de América Latina y de Chile. La fórmula del marxismo leninismo puede ser útil para los pueblos tan atrasados que no han conocido la libertad, ni tienen atisbo de desarrollo, ni experiencia de la vida republicana y democrática. Pero aquí donde ha habido una experiencia democrática no tienen vigencia sus planteamientos ideológicos. Comenzaron desde la posición de extremismo. Incluso muchas veces tratando de amedrentarnos por la violencia, y han ido, poco a poco, cambiando, convirtiéndose en una especie de tranquilizantes políticos en que el único objetivo es disimular su verdadera inspiración ideológica o cambiar los fundamentos que la contenían”.⁷²

Al finalizar su campaña presidencial Frei habló ante 30.000 jóvenes, sus fervorosos adherentes, a los cuales identificó con la nacionalidad misma: “como en las antiguas gestas del descubrimiento de Chile, hemos tomado posesión de nuestra patria”, les dijo, asegurándoles que ellos eran “los mismos, los del año 1810, los de 1879, los de 1891. ¡Son la Patria! Sí, amigos míos, ustedes son eso. Son la Patria. ¡Son la Patria, gracias a Dios!. No eran un partido, no eran una parte, eran el todo, aquel todo de la geografía (“Ustedes han hecho más, yo diría que han integrado la Patria. Han integrado su geografía”), y el de la historia: los freístas eran Chile, un Chile que había que rehacer a partir de 1891, para que la noche del pasado muriera y por fin “brille el sol de nuestras juventudes”. Como para despertar enormes entusiasmos; y también grandes aprehensiones, si no se era integrante de ese todo socialcristiano.⁷³

La elección presidencial de 1964 obligó a los partidos políticos a estructurarse una vez más en ciertos frentes más o menos definidos. Al menos ésa era la intención inicial.

Por una parte, estaban los tres partidos de gobierno que esbozaban una estrategia para presentar un candidato único, que saldría del partido mayoritario. El partido radical volvió a ratificar esta calidad en las elecciones municipales de 1963. Se estructuró entonces entre estos partidos el llamado Frente Democrático (conservadores, liberales y radicales),

⁷² La Estrella de Valparaíso, 1 de Septiembre de 1964. Pág. 5.

⁷³ Sofía Correa Sutil, “Historia del Siglo XX Chileno”, Págs.243-244-245.

que terminó proclamando al radical Julio Durán Neumann, del sector de derecha, y que antes ya estuviera en el Partido Radical Democrático. Este frente se mantuvo, pese a disensiones de algunos radicales en especial, hasta marzo de 1964. Entonces se efectuó una elección complementaria en Curicó, para llenar una vacante producida en la Cámara de Diputados, presentándose candidaturas correspondientes a los posibles frentes que disputarían la elección de Presidente en 1964. En ella triunfó ampliamente, pese a ser una zona tradicionalmente conservadora, el candidato socialista, doctor Naranjo. De ahí que se hablara entonces del “naranjazo del FRAP”.

Esta derrota del Frente Democrático, en una zona que era propia, provocó miedo en la derecha, con lo que rápidamente los liberales y conservadores le quitaron todo respaldo. Por su parte, el Partido Radical puso término a sus vínculos con dicha coalición y el Gobierno, y optó por mantener la candidatura de su representante.

Frente a esta decisión la revista Ercilla incluyó en uno de sus titulares: “Durán marcó el destino de los radicales”. Y agregó: “El Partido radical, como un cirujano que opera en frío, tomó la resolución de colocarse con candidato propio y sin chance en la victoria, a sabiendas que no tenía otro camino. Nadie levantó su voz en defensa del apoyo a Frei y los que lo hicieron a favor de Allende fueron aplastados por la réplica y por este “nuevo” Partido Radical que venía saliendo de una alianza de nueve meses con la derecha, justamente para detener el triunfo de los frapistas, a quienes ellos consideran marxistas-leninistas con las mismas acechanzas, hechuras y barbas de Fidel Castro”.⁷⁴

Esta casi forzada determinación del radicalismo fue tomada en verdad como una medida desesperada por mantener su fuerza y tratar de ser determinante en el Congreso Nacional de no obtener ningún candidato mayoría absoluta de sufragios. Es decir, pensaba que podrían producirse sólo mayorías relativas, en cuyo caso el Partido radical se constituiría en partido definidor.

Sin embargo, liberales y conservadores, pensando tal vez en lo que casi fue triunfo de Allende en 1958, decidieron apoyar sin condiciones al candidato de la Democracia Cristiana, Eduardo Frei.

⁷⁴ Ercilla, N° 1507, Pág. 7.

Concluyente es el discurso pronunciado por el diputado Luis Valdes, presidente del Partido Conservador Unido quien exclamó: “El PCU apoya a Frei exclusivamente porque es el más fuerte de los aspirantes democráticos y porque tiene amplias posibilidades de derrotar al comunismo y realizar un gobierno bajo el imperio de la libertad, el ejercicio de los derechos esenciales y el respeto de los valores del espíritu y de la persona humana”. En su informe respecto a las conversaciones tenidas con los posibles candidatos a la presidencia agregó: “Los Conservadores después del desastre de Curicó, nos encontramos con dos difuntos políticos que nosotros no contribuimos a matar: la renuncia de Julio Durán, cuyas verdaderas causas permanecen en el misterio, y el desahucio por el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del Pacto del Frente Democrático, otro hecho cuya finalidad también sigue envuelta en enigmas. Nosotros los conservadores teníamos fe plena en el triunfo del Frente Democrático y Julio Durán, pero ahora en estas condiciones en que ustedes desahuciaron el Pacto y dejaron a Durán como candidato exclusivo del Partido radical no había nada que hacer. Como tampoco no hubo nada que hacer en las varias charlas con Jorge Prat, quien por muchas razones era el que estaba más doctrinariamente cerca de nosotros y, en otras circunstancias, habría sido el candidato lógico de nuestra colectividad. Pero Jorge Prat, con todo su empuje, su fe de iluminado, su voluntad de hacer, no habría encontrado eco en la ciudadanía. En definitiva, la Junta Ampliada del PCU expresa su apoyo electoral a la candidatura de Frei, pero afirma que esta actitud no lleva envuelto ningún compromiso frente a su gobierno, ni significa en modo alguno transacción en materia doctrinaria o modificación de la actitud del PCU en lo nacional o internacional”.⁷⁵

Es innegable que el ethos que permeó los años sesenta no era, en caso alguno, favorable a las posturas conservadoras. Los aires de rebeldía azuzaban contra todo aquello que postulara la mantención de pautas sociales y culturales tradicionales, siendo la innovación lo que marcaba el compás de moda. Evidentemente, la derecha tradicional, de raigambre decimonónica, aparecía más ligada a conductas y planteamientos pretéritos, situados más en una época de antaño; y no es casualidad que se les haya motejado de “momios”, en alusión a su congelamiento en el pasado. La derecha también había sido fuertemente afectada por la distancia que la Iglesia decidió marcar con el Partido Conservador para aliarse con la Democracia Cristiana, proceso agravado por el permanente discurso antipartidos del Presidente Jorge Alessandri, cuyos efectos obviamente se hicieron sentir con mayor fuerza entre aquellos sectores para los cuales éste representaba una voz

⁷⁵ Ercilla, N° 1511. Pág. 8.

autorizada y un líder indiscutido. Por su parte el candidato del FRAP, Dr. Salvador Allende, además de las fuerzas que integraban este frente de izquierda, había recibido la adhesión de organizaciones radicales, entre otras.

Las fuerzas integradas en el Frente de Acción, en el hecho, comenzaron un proceso de crecimiento político-electoral a partir, por lo menos, desde 1952. En 1958, en que Allende vuelve a ser el candidato de la izquierda reunida en dicho Frente, muestra su verdadera proyección, penetrando en las zonas rurales, tradicionalmente de derecha, y transformándose en el movimiento político más poderoso y con más futuro del país, no obstante no haber elegido a su abanderado. De un 5% que alcanzara en 1952, en 1958 se elevó al 28,8% del electorado. Dicha fuerza electoral se mantuvo en las elecciones parlamentarias de 1961, en las que los partidos integrantes del movimiento señalado totalizaron un 30,07%.

Si sumamos las diferentes bancas que representaban a los grupos del FRAP en 1960, fecha en que comienza a regir la nueva Ley Electoral, se observa que ellas ascendían a un total de 17, en tanto que, con motivo de las elecciones de marzo de 1961, ascendieron a 40. En resumen, si se consideran las fuerzas electorales del FRAP en 1957, respecto a la composición surgida después de 1961, hay que concluir que experimentó, en cuanto movimiento político, un aumento del orden del 23,5% sobre la masa de sufragantes, ya que en 1957 su fuerza electoral representó, también en conjunto, un 16,55% contra un 30,07% logrado en 1961.

El FRAP continuó hasta 1964, con una fuerza ascendente, aun cuando fue afectado, por una parte, por problemas y conflictos internos que le quitaron atracción para determinados sectores y, por la otra, se vio detenido en su crecimiento por el ascenso paralelo, pero más dinámico todavía, del movimiento de la Democracia Cristiana, el que, por otro lado no podría explicarse por la mera fusión de falangistas y conservadores socialcristianos. Como se comprueba por el origen de los diputados elegidos en 1965, se aprecia un abanico de fuentes que la constituyeron dándole un mayor poder de captación: 23 nacieron políticamente en el Partido Demócrata Cristiano; 33 eran antiguos falangistas; 8 antiguos conservadores; 2 ex nazis; 4 liberales y 6 agrariolaboristas.

Según Urzúa Valenzuela⁷⁶, el hecho fortuito de un resultado tan inesperado para los partidos de derecha, como fue la elección complementaria de Curicó, provocó tres hechos de importancia:

- a) Se frustraron todas las expectativas que tenía, fundadamente, el Partido Radical para elegir a su abanderado.
- b) La derecha renunció a toda su capacidad de dirigencia política, ante el terror de un triunfo de la izquierda marxista.
- c) La elección de 1964, en definitiva, se transformó en un virtual enfrentamiento entre dos fórmulas políticas antagónicas (aun cuando no se produjese el antagonismo en los hechos posteriormente desencadenados). Nuevamente, aunque con una relación sustantiva un tanto diferente, había una candidatura definida y apoyada por la derecha (y que ésta confiaba en dominar) y una izquierda. El símil, por cierto, es sólo formal, pero una definición no se producía en el país desde 1938.

La elección de 1964 tiene, por tanto, una importancia singular en la historia política del país.

En primer término, surge de ella una definición de la ciudadanía, que Urzúa Valenzuela juzga como “forzada”, puesto que en su conducta y decisión entraron agentes que pueden calificarse como no usuales, en cuanto se extremaron ciertos procedimientos y mecanismos destinados a provocar una definición política de la ciudadanía ante la expectativa del terror y la incertidumbre familiar si no actuaban de una manera dada⁷⁷.

Las tres candidaturas tuvieron distinto fundamento y realidad. Una de ellas se basó exclusivamente en la atracción del radicalismo formal, jugando con desesperación a la lealtad de sus miembros, lo que no podía ser, dado el clima impreso a la campaña electoral. Fue, entonces, la gran derrota al alcanzar sólo el 5% de los sufragios. La atracción ideológica de su abanderado fue nula. En vez de atraer, dispersó sus fuerzas, las que se desgranaron para reforzar las dos postulaciones restantes.

Por su parte, la votación obtenida por el FRAP fue considerable, si se ponderan los diversos antecedentes adversos a su postulación. Uno de ellos estuvo dado por la

⁷⁶ Germán Urzúa Valenzuela, “Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992”, Pág. 602.

⁷⁷ Ídem Anterior., Pág. 605.

desconfianza generada a partir de la actuación de los propios partidos políticos integrantes de esta coalición.

Así se da entender en un artículo de un diario de la zona, en donde se hace referencia a una carta enviada por el ex Presidente de Cuba, Manuel Urrutia, al líder de la combinación marxista, Salvador Allende, que causó conmoción en el FRAP a días de la elección presidencial. Esta conmoción incluye miradas sospechosas de Socialistas y Padenistas hacia el Partido Comunista. En dicho artículo se reproduce parte del sentir de sus miembros:⁷⁸

“Elementos socialistas miran con cautela la actuación de los comunistas en relación con la campaña electoral, que ha estado prácticamente bajo la tutela de la mejor organización del partido moscovita. Los socialistas incluso se preguntan si verdaderamente los comunistas están ansiosos de elevar al poder a Salvador Allende y si los “errores” en la conducción de la campaña han sido verdaderamente errores. No olviden las actitudes adoptadas por los comunistas, como el discurso del senador Jaime Barros, en que atacó duramente a la Iglesia Católica. Para muchos observadores caben pocas dudas de que el FRAP espera que triunfe Eduardo Frei por una suma no inferior a los 200.000 votos. Ese es precisamente el número de votos que, según el FRAP, corresponde a muertos no borrados de los registros electorales. Ya circulan chistes en la capital en los que se dice que Allende perderá por las “animitas” y que tendrá que echarle la culpa de su derrota a “la mano del muerto”.

Asimismo los propios integrantes de las juventudes socialistas ya mostraban una cierta desazón por el modo en que se llevó adelante la campaña presidencial y que presagiaban una futura derrota. Oscar Waiss presidente de las Juventudes Socialistas Populares, al ser entrevistado por la prensa realizó virulentas críticas al FRAP:

“Las altas capas dirigentes de la campaña han tratado sistemáticamente de destruir el contenido esencial de la lucha entablada: Han escamoteado su carácter revolucionario y su carácter de clase. Han logrado arrastrar a un segmento del radicalismo burgués insignificantes residuos podridos del liberalismo oligárquico, se ha ganado el apoyo de algunos caballeros de la masonería y de toda una escoria vendida en calidad de restos náufragos de las filas del enemigo. Ante la variante de una derrota el 4 habrá quedado en evidencia que la vieja dirección socialista-comunista ha perdido toda su vigencia no sólo

⁷⁸ La Estrella de Valparaíso, 1 de Septiembre de 1964. Pág.3.

histórica sino política. La lucha por erradicarla del movimiento obrero y popular pasará a primer plano”.⁷⁹

Además, como ya se señaló, esta candidatura fue afectada por el carácter de la propaganda contraria y, más que nada, por la actitud violenta de sus partidarios en los meses anteriores a la elección, que influyó también en un sentido negativo. Este procedimiento no se restringió únicamente a esta elección, antes ya se había utilizado en 1920 (contra Alessandri), en 1938 (contra Aguirre Cerda), en 1946 (contra González Videla) y en 1958 (contra Allende). Pero, indudablemente, nunca había adquirido tanta relevancia. De este modo, “el miedo al marxismo” tuvo un efecto psicológico mayor. Este efecto fue importante porque estuvo relacionado con acontecimientos internacionales, a los que se relacionó la campaña, como fuera el régimen de Fidel Castro en Cuba, y por la influencia de medios políticamente influyentes en la vida internacional de Latinoamérica.

Al mismo tiempo, y de manera tal vez más decisiva, el triunfo de la Democracia Cristiana debe ser explicado ante todo por el apoyo total de la derecha. Y siendo más categórico aún, sólo la desintegración del Frente Democrático hizo posible la derrota del FRAP.

Si se considera que en las elecciones municipales la Democracia Cristiana obtuvo el 22,80% de los votos, y liberales y conservadores el 24,37%, se puede llegar a la conclusión anterior, ya que la suma de ambos da un 47,17%, mientras en la elección de septiembre de 1964 el abanderado de la Democracia Cristiana totalizó el 55%.

En cambio, en 1963 el FRAP obtuvo 24,28% y en septiembre de 1964 el 39,5%, para volver al 24,9% en las elecciones parlamentarias de 1965.

Es decir, como puede apreciarse, la diferencia en ambos casos (DC o FRAP) puede corresponder, aplicando cierta lógica, lo que no siempre se aplica por supuesto en política, a los votos del radicalismo.

Es importante tener presente que, en particular, un sector tradicionalmente vinculado con los partidos de izquierda, como es el obrero, fue, al parecer, más afectado que otros por esta campaña política.

⁷⁹ La Estrella de Valparaíso, 2 de Septiembre de 1964. Pág. 3.

Desde un punto de vista estrictamente teórico, la votación obrera debió favorecer al FRAP, por representar, según su propia definición, los intereses de la clase trabajadora. Sin embargo, esta hipótesis aparentemente no se habría cumplido. Esto se habría debido según el Profesor Urzúa Valenzuela⁸⁰ a que tanto la candidatura del FRAP como la de la Democracia Cristiana, al menos en su lenguaje político, se definían como fuerzas revolucionarias de izquierda, ante todo por lo siguiente:

- 1) Se calificaban como “críticas” al régimen capitalista, individualista y burgués;
- 2) Pretendían la creación de una sociedad sin antagonismos ni presiones de clases;
- 3) Tendían a intensificar los procesos de socialización;
- 4) Atacaban las “oligarquías” dirigentes;
- 5) Tendrían a acentuar el proceso de democratización, impulsando al efecto una serie de medidas de carácter popular.

De ahí que se puede concluir que el izquierdismo fue compartido en una u otra medida por ambas candidaturas. La idea de cambio y de transformación fue aceptada y compartida por la gran masa de la población, aun por quienes resultarían, supuestamente, afectados con su realización. Pero al ser aceptada por todos, se anuló como idea determinante; es decir, como el elemento que gatilló en la elección de uno u otro candidato.

El problema, entonces, se plantea de otro modo: ¿porqué se sumó la fuerza electoral de quienes le temían al cambio y a la consiguiente transformación social, a la de una postulación que por doctrina y tendencia no les agradaba? Hay que aclarar antes que un sector de la derecha ya había intentado aliarse con Frei, especialmente el liberalismo, que estuvo a punto de hacerlo. Sólo lo impidió la muerte súbita del senador Marín Balmaceda, enemigo de tal entendimiento. Pero, al margen de este hecho, es indudable que la crítica al sistema social que la Democracia Cristiana hacía no era en absoluto del agrado de la derecha.

Según Urzúa Valenzuela la respuesta a la pregunta recién hecha se encuentra en el elemento diferenciador de ambas postulaciones. Si la idea de revolución usada por la DC les provocaba miedo, más aún les infundía terror la de la revolución marxista, aun cuando ésta asumiera una nueva forma: la de una revolución dentro de los marcos legales y las pautas constitucionales.⁸¹

⁸⁰ Germán Urzúa Valenzuela, “Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992”, Pág. 606.

⁸¹ Germán Urzúa Valenzuela, “Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992”, Pág. 607.

De ahí que se podría concluir que la derecha trató de evitar el mal peor, dando de esta manera su apoyo incondicional a Eduardo Frei Montalva.

Esta elección presidencial sin duda marcó el inicio de una nueva etapa en la vida institucional del país, en la que muchos de los partidos tradicionales del siglo XIX se ven enfrentados a una lucha decisiva que determinará, para algunos, su desaparición o disolución en otras colectividades más dinámicas y comprensivas de los ideales contemporáneos. A vía de ejemplo puede mencionarse la desaparición del partido conservador y liberal, quienes pusieron término a su existencia centenaria, para formar una nueva colectividad llamada Partido Nacional.

El triunfo de la Democracia Cristiana volvió a plantear una vez más el problema de la traslación del poder político y, en principio, también del poder económico, ya que implicó un creciente interés de los grupos de presión económicos por desplazarse desde los antiguos partidos hacia aquellos que representaban la circulación del poder. Un fenómeno parecido al vivido por el Partido Radical al hacerse gobierno en 1938 es el que experimentó la DC, pero con el agravante de que el partido de la falange tenía a partir de su constitución una composición heterogénea; desde un punto de vista político, económico y social, que hizo más complicada su dirección.

Uno de los rasgos de la política impulsada por este nuevo Gobierno fue su esfuerzo por incorporar al proceso político y social a las masas campesinas, a través de su programa de reforma agraria. La inclusión de los sectores hasta entonces marginados del proceso social, fue una de las características del Gobierno Democratacristiano.

El triunfo notable obtenido por la DC en septiembre de 1964 fue reforzado todavía más en las elecciones parlamentarias de marzo de 1965, en que la Democracia Cristiana obtuvo el 41,06% de los sufragios.

No obstante intentar recuperar sus fuerzas parlamentarias, los partidos tradicionales fueron afectados notablemente. Así, el Partido Conservador, que cayó de un 14,7% obtenido en 1961 a un 5,37% en 1965, es decir, una baja del 9,4%; el Partido Liberal había obtenido en 1961 el 16,5% y disminuyó al 10,05%, esto es, una caída de 8,40%; y el Partido Radical, que obtuviera el 22,1%, sólo alcanzó el 12,80%, o sea, disminuyó en 10,59%.

Pese al alza en la votación de la DC, se produjo una situación similar a la experimentada por el Gobierno de Arturo Alessandri en 1920, o de Aguirre Cerda en 1938. No pudo tener mayoría en el Senado, razón por la que tuvo que condicionar gran parte de su acción política a los acuerdos adoptados con las otras fuerzas representadas en esa parte del Congreso Nacional. En todo caso, la DC mostró una actitud desafiante a los partidos de oposición, la que, en definitiva, provocó su aislamiento virtual, sin poder buscar el diálogo y el acuerdo característico de la historia política parlamentaria chilena. Sólo en el Mensaje de mayo de 1967 insinuó Frei la necesidad de un entendimiento con otras fuerzas políticas. Pero, debido a esa actitud particularmente arrogante, los partidos se negaron a cooperar con la DC, no registrándose, en consecuencia, ningún cambio trascendente en las relaciones dirigenciales de los partidos, sino hasta las elecciones parlamentarias de 1969.

Este clima hostil entre las diversas agrupaciones políticas quedó de manifiesto en diversas publicaciones de la época. Así la propaganda oficial denunciaba, bajo el título “La Cara de la Oposición”, diferentes planteamiento que los partidos contrarios habían tenido respecto de las iniciativas de la DC. Específicamente se hacía mención a la “obstrucción creada en el Senado por la mayoría opositora” que “se ha manifestado en cada una de las iniciativas del Gobierno elaboradas en conformidad al programa aprobado por el pueblo. Desde sus respectivos puntos de vista y a veces descuidando aun las formas doctrinarias, derechistas, radicales, socialistas y comunistas han coincidido en sus ataques a esas iniciativas, formando automáticamente un frente para impedir su aprobación”. El Gobierno en rechazó a esta actitud por parte de la oposición señalaba: “que ni socialistas, ni comunistas, ni radicales, ni derechistas pueden gobernar solos”.⁸² Si bien dicha afirmación resulta ser cierta, también no es menos cierto que el problema del Gobierno Demócratacristiano fue no entender que sin acuerdo y diálogo le estaba vedado el éxito de su gestión parlamentaria y que, en definitiva, su cegada autosuficiencia, solo contribuyó a generar más conflictos y menos aciertos. Además, esta arrogancia le significó mermar sus posibilidades de continuar gobernando el país más allá de los seis años.

“Por primera vez en el siglo se abrió a una agrupación política la posibilidad de operar como partido único de gobierno. Es probable que el anhelo de pureza doctrinaria que había caracterizado al núcleo fundacional, ahora a la cabeza de un gran partido de masas, indujera a prescindir del diálogo, de las combinaciones y de las transacciones, con el ánimo de hacer realidad su programa, de manera irreversible e integral. Consecuencia de esto fue

⁸² El Mercurio, 1° de Abril de 1967.

el marcado hostigamiento contra el disminuido Partido Radical-que lo impulsó a echarse en brazos del FRAP- y la no menor hostilización contra conservadores y liberales, ya políticamente anulados”.⁸³

Resultados de la Elección de Presidente de la República (4 de Septiembre de 1964)⁸⁴

Candidatos	Varones		Mujeres		Total	
	Votos	%	Votos	%	Votos	%
Eduardo Frei (P.D.C.)	652.895	49,2	756.117	62,7	1.409.012	55,6
Salvador Allende (P.S.)	593.770	44,7	384.132	31,8	977.902	38,6
Julio Durán (P.R.)	68.071	5,1	57.162	4,7	125.233	4,9
Votos en blanco y nulos	11.208	1,0	7.342	0,8	18.550	0,9
Total de votantes	1.325.944	100	1.204.753	100	2.530.697	100
Abstención	256.303	16,2	128.061	9,6	384.424	13,2
Total de inscritos	1.582.307		1.322.814		2.915.120	

3.4. Elección Presidencial de 1970

Desde la segunda mitad de la década de 1960 se respiraba en nuestro país un aire de agitación propio de los cambios revolucionarios que se estaban viviendo en Europa y otros continentes. La sucesión de hechos no hizo más que plasmar las ideas revolucionarias de la época. Así las movilizaciones promovidas por los jóvenes, los partidos políticos, la prensa, los sacerdotes, e, incluso, por el propio gobierno, se hicieron pan de cada día. La acción política se desplazó fuera de los cánones tradicionales a esta actividad. Las manifestaciones callejeras, las huelgas, las tomas de predios en los campos, las ocupaciones de industrias, y una movilización generalizada promovida por la militancia activa en partidos y sindicatos, caracterizaron este periodo. La caótica participación ciudadana en estas actividades provocó una desorganización total del sistema institucional chileno, el cual se vio sobrepasado por aquellas agrupaciones que quisieron adquirir protagonismo.

⁸³ Villalobos, Silva, Historia de Chile, Tomo 4, Págs. 973 y ss.

⁸⁴ Ricardo Cruz-Coke, “Historia Electoral de Chile, 1925-1973”, Pág. 110.

La escalada de acciones que rompían con el orden establecido adoptó un dinamismo autónomo, lo que a su vez generó una justa reacción por parte de algunos sectores importantes de la sociedad que exigían el inmediato reestablecimiento del orden público. No pocos fueron los que propusieron dar término al caos existente mediante el uso de medidas más coercitivas, impulsando incluso, el inicio de una contrarrevolución.

A mediados del Gobierno de Frei comenzaron a suscitarse los primeros signos de desbordamiento social. La promulgación, en 1967, de una nueva ley de reforma agraria más radical, y su inmediata aplicación, junto al fuerte impulso a la sindicalización campesina, la puesta en marcha del programa de “Promoción popular” y el aumento del gasto social en el mejoramiento de los servicios públicos y en áreas tales como educación, salud y vivienda, aumentaron las expectativas y las ansias de lucha de aquellos sectores que habían sido marginados por tanto tiempo. Fueron en definitiva, las propias iniciativas gubernamentales las que agudizaron las exigencias para que se profundizaran los cambios en las estructuras económico-sociales. Hay que recordar que este Gobierno decretó en 1966 la llamada chilениzación del cobre, para cuyo efecto compró el 51% de las acciones de la Braden Copper y el 25% de la mina La Exótica.

En el aspecto social, destinado a procurar una participación masiva del pueblo, a todos los niveles, el Gobierno Demócratacristiano impulsó la creación de sindicatos y de centros comunales. Y como ya se señaló el propósito que se tenía al formar y fomentar el desarrollo de estos grupos intermedios no era otro que “el cumplimiento de viejos anhelos corporativos- no obstante, se prefirió hablar de “promoción popular”, por el descrédito en que habían caído las concepciones corporativas-, aunque, por el limitado número de dirigentes políticos confiables, es probable que la Democracia Cristiana hiciera el trabajo de organización de masas en provecho de los integrantes del FRAP”.⁸⁵

Sin embargo, a pesar del optimismo que los demócratacristianos habían generado en la ciudadanía, en las postrimerías del Gobierno de Eduardo Frei las marchas callejeras de protesta y las huelgas de empleados públicos y privados, de profesionales, de obreros y de campesinos, complicaron aún más la situación del gobierno.

El freno del crecimiento económico jugó un importante papel en este incremento de las expresiones de descontento. El aumento paulatino del ritmo inflacionario que en 1967

⁸⁵ Sergio Villalobos, “Historia de Chile”, tomo 4, pág. 974.

alcanzó a un 19%, en 1968 a un 28%, en 1969 a un 32%, y en 1970 a un 34%, junto al retroceso del crecimiento industrial que disminuyó de un 7,3% en la primera mitad de la década a un 3,6% en su segunda mitad, fueron algunos de los indicadores económicos que estancaron las medidas de impulsión social del gobierno y que terminaron por frustrar las ilusiones del pueblo.

La desesperación de los sectores obreros y el desencanto provocado por las promesas incumplidas colocaron en pie de guerra a los sindicatos. Los movimientos huelguistas se intensificaron en lo largo y ancho del país. Se estima que en Chile el sindicalismo urbano pasó de 268.900 afiliados en 1964, a 429.00 miembros en 1969; por otra parte el sindicalismo rural experimentó durante el Gobierno de Frei un notable aumento: de 1.700 afiliados agrupados en 24 sindicatos existentes en 1964, subió a 104.700 miembros pertenecientes a 421 sindicatos en 1969. También se ha calculado que en 1964 habría habido 433 huelgas en las que paralizaron 114.342 trabajadores, en 1967 dichas cifras habrían aumentado a 2.177 huelgas en las que paralizaron 314.987 trabajadores. Ahora bien, si por una parte se evidencia un claro aumento en la actividad huelguística, no es menos cierto que la duración de ellas fue de corto aliento. Este hecho respondió fundamentalmente a la disposición gubernamental por dar una pronta solución a los requerimientos de los trabajadores, quienes en definitiva formaban parte de su base electoral. ⁸⁶

En 1969, en el mes de mayo, diversos grupos de estudiantes provocaron desmanes en la ciudad de Santiago. Según el Mercurio⁸⁷, en 1968 ya se habían producido casi 50 casos similares. En opinión de este diario, dicho “recrudescimiento de la violencia y la agitación callejera había sido ya anunciado por organizadores extremistas que hasta fines del 67 decían estar preparándose para la toma del poder por la lucha armada”.

En gran medida, esta violencia desatada en distintos grupos, con los más diversos propósitos, ya sea políticos o sociales, obedecía a un grupo de la extrema izquierda que, inicialmente fundado en Concepción, se había articulado y concentrado en las ciudades más importantes del país. Se trataba del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Ahora bien, la violencia armada no solo estuvo radicada en este movimiento, con el tiempo se transformó en un factor común, presente en la mayoría de los sectores

⁸⁶ Sofía Correa Sutil, “Historia del Siglo XX Chileno”, Pág.255.

⁸⁷ El Mercurio 8 de Mayo de 1969.Pág. 12.

extremistas de la izquierda, y en especial en agitadores pertenecientes al Partido Socialista, que desconfiaban de la viabilidad de llegar al poder a través de la institucionalidad democrática y que, por ello, enfatizaban la idea de la violencia como una forma de ataque a la clase burguesa.

El Gobierno actuó, por lo general, con cierta serenidad al enfrentar estos movimientos; sin embargo, en tres casos su represión fue violenta.

El primero se produjo el 11 de Marzo de 1966, en el mineral de cobre El Salvador. Antes el Presidente de la DC, senador Patricio Aylwin, había advertido que se aplicaría “mano dura para las oligarquías sindicales que, promoviendo huelgas injustas e ilegales, utilizan a los trabajadores como carne de cañón”.

Los mineros de El Salvador se habían declarado en huelga por solidaridad con los obreros de El Teniente, que estaban en huelga legal.

El 11 de Marzo fue asaltado el local del sindicato por efectivos de Carabineros. En esta oportunidad murieron más de nueve personas (hombres y mujeres), quedando más de 60 heridos.

Un segundo acontecimiento desafortunado se produjo el 23 de Noviembre de 1967 en Santiago. Ese día se realizaba un paro nacional convocado por la CUT contra el proyecto del Gobierno de pagar en bonos una parte del reajuste de sueldos y salarios.

Las poblaciones marginales de Santiago fueron acordonadas desde la medianoche del día 22, para evitar que los obreros hicieran manifestaciones en el centro de la capital. Asimismo, el Instituto Pedagógico fue asediado por el Grupo Móvil de Carabineros para impedir que los alumnos salieran a las calles en solidaridad con los trabajadores.

Sin embargo, la presión ejercida en las calles provocó cinco muertos y más de cincuenta heridos.

El tercer caso se produjo en Pampa Irigoín, en Puerto Montt, el 9 de Marzo de 1969. Un conjunto no superior a las 70 familias sin casa ocuparon ese día el lugar Pampa Irigoín, y fueron violentamente reprimidas por la fuerza pública, lo que provocó la muerte de nueve pobladores y más de cuarenta heridos. La izquierda responsabilizó del hecho al entonces

ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic, quien, dos años después, fue asesinado por la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), grupo marginal que justificó su acción apelando a la vinculación del ministro con la represión en Puerto Montt.

Pero sin duda, el ejemplo más grave de intranquilidad social provino de las Fuerzas Armadas, llegándose a hablar en el mes de mayo de 1968 de un segundo “ruido de sables”, aludiendo al que había precipitado al país a la segunda anarquía en 1924.

Las Fuerzas Armadas habrían visto con preocupación la situación por la que atravesaba el país, el descontrol social y la violencia política puso en alerta a los militares chilenos, sumado el descontento entre las filas por las bajas remuneraciones del personal. De ahí que el ruido simbólico de sus sables y el taconear de sus botas, constituyó un forma de expresar el malestar profundo que aquejaba a los altos mandos de la defensa nacional, causando asimismo, preocupación en todos los medios políticos y ciudadanos del país.

Esta situación obligó al Presidente Frei a reemplazar al Ministro de Defensa, Juan de Dios Carmona, por un general en retiro, Tulio Marambio, pidiendo al mismo tiempo la renuncia a cuatro generales, incluyendo al Comandante en Jefe del Ejército. Este cambio produjo el término de la huelga de Correos y la suspensión de un paro general de trabajadores del sector público.

La posibilidad de un nuevo “ruido de sables”, es decir, un golpe de Estado, conmovió a oposición y Gobierno por igual. Entre otros, el Partido Comunista a través de su Comisión Política manifestó su real preocupación por una inminente toma del poder por parte de Las Fuerzas Armadas, lo cual rechazaron de plano, por constituir dichas actuaciones una medida de presión abiertamente antidemocrática y propia de modelos extranjeros, que por lo demás, en nada contribuían a la solución de los problemas nacionales.

El General Marambio, que se había comprometido a arreglar la situación de Las Fuerzas Armadas en un lapso no superior a 90 días, aún no lo había hecho en septiembre de 1969.

Entre los días 8 y 17 de septiembre de ese año se efectuaron varias reuniones privadas en que tomaron parte oficiales del Ejército. A raíz de ellas, seis oficiales fueron separados, con lo que se creyó que el movimiento estaba descabezado. Sin embargo, desde Antofagasta surgió un problema más grave. El jefe de la 1ª División, Roberto Viaux

Marambio, había enviado una carta al Presidente Frei, quien no la había recibido. Posteriormente, el General Viaux intentó tener una entrevista, pero no la consiguió. Al término de la Junta Calificadora, Viaux fue llamado a retiro. El mismo General voló desde Antofagasta a Santiago, produciéndose el 21 de Octubre la “toma” del Tacna; manifestando el General Viaux que el movimiento era sólo de carácter militar-profesional, no habiendo pensado en un golpe. Con posterioridad, entregó el Tacna al General Mahn.

La incorporación de vastos sectores de la población a la actividad política produjo una variación en las prácticas partidistas, antes sustentadas en las negociaciones parlamentarias, lo que se tradujo en el enfrentamiento directo, sea de palabra o de acción, entre los diversos actores involucrados. De hecho, el Congreso Nacional dejó de ser el espacio público por excelencia, donde se debatían las materias de política contingente.

La velocidad que tomaron las transformaciones llevó a la polarización de las posiciones políticas. La Democracia Cristiana en su intento de manejar unilateralmente al país, adoptó un camino propio por el cual sólo caminaban aquellos que respaldaban incondicionalmente el actuar del Gobierno, presentando rasgos de un partido sectario y excluyente. Esta posición infranqueable de querer gobernar sin reparos, llevó a los partidos a abrazar posturas extremas. El discurso político fue adquiriendo ribetes insospechados, donde incluso el centro perdía su carácter de mediador-tan propio del Partido Radical- y favorecía una acción más ideológica y programática. Además el Partido de la Falange no estuvo ajeno a las propias disputas internas, que no hicieron más que agravar la mala opinión que tenía la ciudadanía frente a su poder de gobernabilidad, lo que en definitiva les restó apoyo popular. Sus militantes se debatieron entre las tendencias que propiciaban la desaceleración del proceso de cambios y las que buscaban su profundización inmediata. El conflicto culminó en el quiebre del partido, cuando en 1969 un numeroso grupo de militantes de la Juventud Demócrata Cristiana formó el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), el que poco más tarde pasaría a integrar las fuerzas de izquierda agrupadas en la Unidad Popular. La DC, ya dividida, continuó sin embargo enfrascada en un debate ideológico entre aquellas posturas conservadoras y aquellas más radicalizadas.

Después de las elecciones parlamentarias de 1969, los partidos comienzan a moverse, cual tabla de ajedrez, en busca del fortalecimiento de sus fuerzas para la elección presidencial de 1970.

Aunque disminuido, el Partido Radical seguía siendo un conglomerado político, cuya base de electores, podía ser determinante al momento de enfrentar una elección presidencial. Al efecto cabe mencionar el intento de acuerdo entre nacionales y radicales, para que éstos apoyaran la candidatura de Jorge Alessandri. Esta opción se descartó cuando se realizó la Convención Nacional de ese partido, que se definió por una postura de izquierda, expulsando a dirigentes del sector derechista, comandado por el senador Julio Durán.

Una segunda posibilidad, que bien pudo tener efectos en 1958, fue la de lograr un acuerdo entre el radicalismo y la Democracia Cristiana. Tal negociación se vio frustrada por los constantes ataques que tuvo el partido de gobierno contra aquellos que no apoyaban su gestión y por la poca seguridad que brindó a los sectores reunidos en torno al partido radical. En efecto, el resentimiento de los radicales por la acción destinada a combatir y perseguir a los radicales en la Administración Pública, en todos los niveles, fue uno de los antecedentes que mermaron las posibilidades de arribar a un buen acuerdo.

De este modo, no quedaba más que una sola alternativa viable, aunque esto significara quedar relegados a un segundo plano, y convertirse nada más que un proveedor de votos. El Partido Radical, con un toque de ingenuidad, trató de jugar a ser jefe con los partidos de izquierda, integrados al FRAP. Y para ello eligió de entre sus filas como candidato a Alberto Baltra; posibilidad que quedó sepultada de inmediato por la negativa del Socialismo y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que meses antes se había disociado de la DC por profundas diferencias Con Eduardo Frei.

La Unidad Popular, reunida desde fines de 1969 con claros fines electorales y que estuvo formada por los partidos Comunista, Socialista, Radical, Social Demócrata, Acción Popular Independiente (API) y el MAPU, no estuvieron tampoco exenta de conflictos. Y desde luego, el principal motivo de disputa fue la elección del candidato que iba a representar a la Unidad Popular en los comicios de 1970. Al respecto, resulta bastante ilustrativo un artículo contenido en una revista de la época:

“Los Partidos de la UP debieron superar serios obstáculos en el largo y difícil camino en que se materializó esta unión. Se tuvieron que olvidar las viejas rencillas de socialistas y radicales. El PS, en un principio, insistió en hacer la unidad sin el PR por considerarlo un partido que no representaba los intereses de los trabajadores. El PR, en vez de contestar golpe por golpe como lo aconseja la Ley del Talión, respondió, al estilo

cristiano, poniendo la otra mejilla. Con laica paciencia y con la ayuda del PC, logró un puesto en la mesa redonda.

Después hubo que limar las asperezas de socialistas y comunistas. Además, surgieron en el navegar del barco innumerables tempestades que hicieron peligrar su estabilidad y se llegó, incluso, a creer que se iría a pique. Entre otros por el “Tacnazo”.

Socialistas y Comunistas cortaron por caminos diferentes. El PS consideró que fue un hecho meramente gremial no fue a la Moneda y no llamó a la gente a la calle, como sí lo hizo el PC. Los comunistas coincidieron con el PDC en que el Tacnazo no era sólo un hecho sindical, sino que había tenido implicancias más serias, de orden institucional.

Por esa misma razón, rechazó la acusación constitucional presentada por el PS, PN y PR contra el Ministro del Interior, Patricio Rojas. A pesar de esos tropezones, siguió la marcha de la UP y se llegó a la designación del candidato, que será una parte más de este engranaje político. La campaña que impulsará el abanderado de la UP será dura, fuerte, sin medias tintas. Atacando tanto a Alessandri, como a Tomic, aunque con mayor intensidad al primero. No sembrará ilusiones. Nada de ofrecer a todos el cielo, sino a algunos el infierno: No somos una garantía para la minoría privilegiada.

La designación del candidato se buscó a través del llamado acuerdo político. Los dirigentes de los distintos partidos políticos trataron de convencerse recíprocamente en conversaciones bilaterales de las bondades de sus respectivos pupilos.

¿Qué pasaría si es elegido Allende? Puede aumentar la división del PR. También se pesó en la hora de la verdad si Allende ya estaría desgastado después de tres derrotas presidenciales. A su haber mostraba ser el más conocido a nivel nacional. Después pasaron por el cedazo a Baltra. El PR había superado sus dificultades con el PS. Pero una cosa es sentarse al lado de una persona y otra muy diferente es servirle la comida, y ahí las bases socialistas serían intransigentes no por Baltra, sino por el radicalismo. Jacques Chonchol pintó con muchas posibilidades. A su haber tenía la cualidad de poder restar votación a la DC, colectividad en la cual militó desde que se llamaba Falange Nacional. Rafael Tarud es la cara de la izquierda no marxista con la posibilidad de atraer a los sectores independientes.

En definitiva, las colectividades de la Unidad Popular se pusieron de acuerdo con el candidato presidencial. En el Pleno del PS se acordó que si en un plazo prudencial no era nominado el candidato de la Unidad, se debía proceder a inscribir a Allende. El presidente

del PR, diputado Carlos Morales, había advertido que si se adoptaba ese acuerdo su partido se retiraba de inmediato de la mesa redonda. El propio Allende le pidió a sus camaradas que no fueran impacientes. Una vez conseguido el sí del PR, se empezó a buscar una fórmula que permitiera al PR salir bien parado. Se acordó que Allende se referiría con especial atención a los radicales cuando hablara por una cadena de emisoras. Posteriormente realizaría una visita al local del CEN para dejar tranquilas a las bases del PR e impedir así una avalancha hacia Jorge Alessandri. La candidatura de Salvador Allende salió con forceps. Se impuso a pesar de que no era del total agrado de las demás colectividades. El MAPU luchó por Chonchol, quien perdió terreno al adoptar una posición ultrarrevolucionaria y antirradical. Insistió con Gumucio, quien contaba con el beneplácito comunista, pero con la oposición terminante del PR. El PC miraba con más simpatía a un mapucista que al líder socialista que había apoyado en anteriores elecciones presidenciales. ¿Cómo se impuso entonces Allende en esas condiciones? Salvador Allende era de una gran tenacidad. Si tenía que visitar 10 veces a un político, lo iba a ver 20. Además, recibió la ayuda del secretario general de su partido, Senador Aniceto Rodríguez, quien dio muestras de un absoluto desinterés por el poder, ya que pudo ser el candidato de su colectividad. Entonces Salvador Allende empezó a trabajar al PR, sabiendo que con el apoyo de este partido tenía lista su nominación y la consiguió. Luchó porque su colectividad aceptase al PR y por último, se movió en la hermandad de la masonería y fue allí donde finalmente se selló el apoyo radical”.⁸⁸

La convergencia de grupos que adherían al marxismo, en sus diversas vertientes, con otros de carácter socialdemócrata, sumado las abismantes diferencias de base ideológica existente entre estos partidos, hacen suponer que esta alianza solo se sustentó en motivaciones interesadas y coyunturales. Los mantenía unidos sí, el anhelo de reformar el sistema institucional vigente que llevaran a una sociedad más justa e igualitaria, una común enemistad con la Derecha y la Democracia Cristiana, la necesidad de formar un bloque electoral que les permitiera alcanzar el poder y conservarlo, y la figura de Salvador Allende, quien en las diversas elecciones en que participó logró unificar las fuerzas de izquierda en pos de un objetivo común, que fue la de llevar la Revolución a la Moneda.

Según Sofía Correa Sutil, paradójicamente, los dirigentes de los partidos de la Unidad Popular no confiaban demasiado en las posibilidades de triunfo de su candidato. La experiencia de la anterior elección presidencial, los posibles efectos de la “campaña del

⁸⁸ Revista Ercilla, N° 1802 y 1805 de 1970.

terror” que se había montado, y el notable aumento en los últimos años de la votación del Partido Nacional, junto a la adhesión que aún suscitaba en la ciudadanía la figura del ex Presidente Jorge Alessandri, candidato de la derecha en la elección de 1970, les hacía dudar de la victoria.⁸⁹

Al interior de la Unidad Popular era posible distinguir dos posiciones contrapuestas. El Partido Comunista, apoyado generalmente por los Radicales y el MAPU, y el Partido Socialista, respaldado por los grupos más extremos dentro y fuera de la coalición, discrepaban en torno a cuales eran los límites para adoptar un modelo revolucionario en la sociedad socialista. El Partido Comunista pregonaba la idea de gobernar con todos aquellos que estuvieran dispuestos a generar cambios estructurales, demócratacristianos inclusive, siempre y cuando el plan de gobierno estuviese sustentado sobre la base de medidas antiimperialistas y antioligárquicas, que propiciaran la formación de un socialismo real. A pesar de que el Partido Comunista rechazó la vía armada para alcanzar el poder, el Gobierno de Los Estados Unidos, vio en este partido su principal enemigo dentro de la Unidad Popular, quizás por el prestigio que había alcanzado su nombre en los sectores populares de todo el mundo.

El Partido Socialista, por su parte, desestimó permanentemente todo tipo de alianzas con aquellos partidos calificados de burgueses, e insistió en autoproclamarse como el refugio de la clase trabajadora, apostando a la posibilidad de construir el socialismo sin tener que esperar la madurez del capitalismo. El Partido Socialista, en el Congreso celebrado en 1967, se declara marxista-leninista, y descarta toda posibilidad de aliarse con radicales y demócratacristianos y, más aún, abierto al uso de métodos revolucionarios con miras a la toma del poder. A pesar del continuo discurso antialiancista de los máximos dirigentes del Partido Socialista, figuras como Allende propiciaron la ampliación de la Unidad Popular a sectores políticos que a simple vista no cuadraban en esta nueva concepción marxista.

La Unidad Popular también contó con ciertos grupos de agitación popular, que simplemente, sentían un verdadero desprecio por la democracia. La más importante de estas agrupaciones fue el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), creado en 1965 en la Universidad de Concepción, bajo la inspiración de la guerrilla castrista. Entre 1967 y 1970, el MIR sembró el terror en las ciudades: colocaron bombas, perpetraron asaltos armados y

⁸⁹ Sofía Correa Sutil, “Historia del Siglo XX Chileno”, Pág.257.

realizaron robos bancarios. En opinión del MIR, el sistema político-burgués estaba en descrédito y con él las instituciones que lo afianzaban, además la vía electoral era ineficaz para las fuerzas revolucionarias y la democracia cristiana había fracasado en su intento por instaurar verdaderas reformas en el país.

La derecha, por otra parte, era representada políticamente por el Partido Nacional, creado en 1966, luego de la disolución de los Partidos Conservador y Liberal, dicha determinación se vio favorecida por la baja votación electoral obtenida por ambos partidos en la elección parlamentaria de 1965, cuando ambas colectividades no sumaron más del 12,5% de los votos. A esta fusión de los partidos históricos de la derecha, se plegaron los grupos nacionalistas de clara definición antimarxista. Este nuevo conglomerado también se vio afectado por este clima de beligerancia, utilizando en su accionar político, herramientas poco convencionales y más bien violentas, ante sus enemigos políticos, específicamente contra la izquierda marxista. Tal fue el caso del Movimiento Nacionalista Patria y Libertad, quienes contribuyeron a exacerbar el creciente clima de polarización, quizás motivados por la neutralización que la administración democratacristiana hiciera de los grupos económicos, tan allegados a la derecha empresarial, ejercida desde los años treinta en las empresas estatales e instituciones a cargo de las políticas financieras del país. No pudiendo hacer pesar su parecer dentro del marco institucional, el empresariado, comenzando por los agricultores, derivó hacia una actitud contestataria, cada vez más confrontacional. La derecha, en definitiva, apostó por representar a numerosos sectores de la clase media-medianos y pequeños empresarios, comerciantes, agricultores, empleados y profesionales-, los cuales estaban descontentos con las reformas implantadas por el gobierno democratacristiano.

La campaña presidencial de 1970 estuvo marcada por la vehemencia en el discurso político con que se enfrentaron los tres candidatos, los cuales tenían una visión irreductible del país que pretendían forjar.

La candidatura de Jorge Alessandri Rodríguez, estuvo respaldada por el Partido Nacional, sin embargo nuevamente, tal como lo fueran en las elecciones de 1958, estuvo revestida de un sello, técnico y pragmático. Su programa de Gobierno, titulado “La Nueva Republica”, ponía énfasis en la derogación inmediata de las reformas impulsadas por la Administración Frei, y una significativa disminución de las prerrogativas del Estado, puesto que se presumía que la crisis global que padecía el país tenía su causa en “la estrechez mental en que nos debatimos por vivir enmarcados en un sistema que, entregado cada vez

más al estatismo, ha quebrado las alas de nuestra imaginación y audacia creadoras”.⁹⁰ Su discurso causaba simpatía en la empresa privada nacional y extranjera, ya que este descansaba sobre la idea de que el mercado era capaz de regularse a sí mismo, lo que implicaba una creciente liberalización del comercio exterior. En el ámbito político institucional, proponía otorgar mayores facultades al ejecutivo y limitar la intromisión del Congreso en las decisiones del gobierno. En la promoción de los proyectos del gobierno solo se iban a tomar en consideración factores técnicos que reemplazarían las consideraciones políticas e ideológicas. Para esta candidatura ya era tiempo de poner fin a la división interna en la que se encontraba el país, la cual era producto de la odiosa lucha de clases, que la izquierda, promovía a cada momento en su discurso incendiario.

Jorge Alessandri pretendía una transformación radical en el modo de enfrentar la realidad política, económica y social del país, de ahí que algunos llegaran a hablar de la contrarrevolución, la que sin embargo, no distaba mucho del modelo capitalista que reinaba en gran parte de occidente.

Radomiro Tomic, candidato de la Democracia Cristiana, aspiraba, por su parte, a una profundización de las reformas iniciadas bajo el gobierno de Eduardo Frei, para así concretar aún más los principios planteados por “La Revolución en Libertad”. Tomic buscó formar una alianza con los partidos de izquierda, tanto así que fue él quien primero acuñó el término de Unidad Popular. , al asegurar que sin esta combinación él no sería candidato presidencial. Sin embargo, la izquierda no aceptó esta propuesta, por ser, precisamente, la Democracia Cristiana el principal blanco de sus críticas, debiendo Tomic enfrentar la elección solamente con el apoyo de su partido. Su programa, “Tarea del Pueblo”, proponía sustituir el despreciado sistema capitalista por una verdadera revolución chilena, democrática y popular. Pensaba hacerlo a través de la participación ciudadana, especialmente de los pobladores, las mujeres, los campesinos y los jóvenes, lo que suponía el éxito del programa de “Promoción Popular”, de ahí que no era ninguna sorpresa que buscara el perfeccionamiento de este programa para así lograr un mayor acercamiento a la gente. Aun siendo el candidato del gobierno, y no obstante el alto respaldo popular con que contaba la DC, su triunfo no estaba asegurado.

La Unidad Popular, entre tanto, no hacía mucho por alejarse del programa de la Democracia Cristiana, sin embargo, se diferenciaba de éste por situarse en el bando

⁹⁰ Sofía Correa Sutil, “Historia del Siglo XX Chileno”, Pág.262.

moscovita, cercano a la Revolución Cubana y que tenía por principal enemigo a los Estados Unidos.

El programa de la izquierda proponía la Nacionalización de la Gran Minería del Cobre, de los monopolios industriales estratégicos, del comercio exterior, de los bancos, los seguros y las grandes empresas en sectores claves de la economía-tales como la distribución, la energía y el transporte-, todas las cuales pasarían a constituir el Área de Propiedad Social, manejado por el Estado. Proponía, también, una reforma agraria con medidas más favorables a los trabajadores, distintas a las ya aplicadas por la DC, que calificaban de mesuradas; una reestructuración del Poder Legislativo de modo que una Asamblea Popular o cámara única de representantes reemplazara el sistema bicameral vigente y ejerciera un mayor control sobre el Ejecutivo; y una distribución de riqueza más equitativa, mediante la aplicación de programas específicos en las áreas de salud, educación y vivienda. Al mismo tiempo, la Unidad Popular se comprometió a realizar este programa mediante la promoción de reformas constitucionales y legales, respetando el Estado de Derecho. Los trabajadores y los sectores populares especialmente, fueron quienes pavimentaron la llegada de la “Vía Chilena al Socialismo”, identificada como una “revolución con empanadas y vino tinto” y que imprimieron a esta cruzada un verdadero sentimiento de utopía.

De igual magnitud a la alegría de la izquierda, era la desazón que experimentaba la derecha con los últimos cómputos que daban por triunfador al Doctor Allende. La estrechez de los resultados con que Allende salió electo, provocó incertidumbre respecto a la validez de este acto eleccionario, con lo cual se exacerbaron los ánimos propios de esta campaña. Allende ganó la elección con un 36,3% de las preferencias-porcentaje incluso menor al obtenido en las elecciones de 1958-, siendo seguido muy de cerca por Jorge Alessandri, quien alcanzó un 34,9%. Tomic, quien obtuvo un magro 27,8% de los votos, dio su respaldo a Allende, pero no así el conjunto de los demócratacristianos, muchos de los cuales temían por la intromisión de la U.R.S.S. en un futuro gobierno de Allende.

Resultados de la Elección de Presidente de la República (4 de Septiembre de 1970)⁹¹

Candidatos	Varones		Mujeres		Total	
	Votos	%	Votos	%	Votos	%
Salvador Allende (P.S.)	631.488	41,6	438.846	30,5	1.070.334	36,6
Jorge Alessandri (Ind.)	478.902	31,5	552.257	38,4	1.031.159	34,9
Radomiro Tomic (P.D.C.)	392.719	25,9	429.082	29,9	821.801	27,8
Votos en blanco y nulos	14.882	1,0	16.623	1,2	31.505	1,1
Total de votantes	1.517.991	100	1.436.808	100	2.954.799	100
Abstención	355.868	18,9	229.080	13,7	584.958	16,5
Total de inscritos	1.873.859		1.665.888		3.539.757	

Al día siguiente a la elección presidencial la prensa nacional⁹² colocó el triunfo de Allende en el centro de la noticia.

El Mercurio acotaba: “La ciudadanía deberá considerar que el desenlace estrecho y azaroso de esta elección se debe principalmente a la indefinición del programa demócrata cristiano, cuyos puntos de coincidencia con el marxismo dieron a la candidatura de Allende un empuje capaz de disputar palmo a palmo la elección al candidato independiente, que logró un impresionante apoyo en todo el país. En cuanto a la Democracia Cristiana, que aspiraba a continuar en el gobierno por un nuevo período, debe meditar atentamente sobre las orientaciones exclusivas que dio a su régimen, imponiendo la administración de un solo partido, que alejó a los demás sectores de una colaboración más amplia en el terreno político y parlamentario.

El Siglo por su parte agregaba: “El pueblo triunfó ayer en la más trascendental y reñida elección del presente siglo. Salvador Allende fue elegido Presidente de la República y la Unidad Popular, el más vasto movimiento político de la historia de Chile, recibió del pueblo el mandato de encabezar el más profundo proceso de transformación que haya conocido el país”. Pero esta elección al igual que la de 1964, superó las fronteras de nuestro país. En Moscú, la Unión Soviética, describió la victoria de Salvador Allende como un acontecimiento de significado histórico. “PRAVDA” órgano del partido comunista soviético, dijo: “La campaña de difamación y temor organizada por los imperialistas y

⁹¹ Ricardo Cruz-Coke, “Historia Electoral de Chile, 1925-1973”, Pág. 112.

⁹² La Estrella de Valparaíso, 5 de Septiembre de 1970, Pág. 3.

derechistas chilenos fue un fracaso”. PRAVDA advierte, no obstante, que la Unidad Popular de Allende, una coalición de seis partidos de izquierda debe “movilizar a las masas para proteger la victoria de las distintas maniobras derechistas para frustrar la voluntad del pueblo”. The New York Times por su parte dijo: “Luego de la victoria de Allende en los comicios presidenciales de Chile, los EE.UU. solo pueden lavarse las manos, comportarse correctamente y esperar lo mejor. Esta elección con su resultado sin precedentes en las Américas y virtualmente sin paralelo en ninguna parte es pesado golpe para la democracia liberal. Puede significar la defunción de la declinante Alianza para el Progreso, la que se emprendió para mejorar y fortalecer las instituciones democráticas. La Doctrina Monroe no tiene relevancia aquí ni tampoco la tiene el Tratado Interamericano de Defensa. Cualesquiera sean las dificultades que lleguen a presentarse en Chile, ellas se atribuirían a EE.UU. ante la mera sospecha de una ingerencia norteamericana”.⁹³

Comparando los resultados de este plebiscito con las parlamentarias del año anterior podemos ver que la candidatura de la derecha creció en 14,13%, la DC disminuyó en un 5,94%, y los partidos de la UP en un 9,82%.

Para Joan Garcés, señalar cuál de esos partidos fue el más afectado con esta deserción es casi imposible. Sostener, por ejemplo, que el Partido Radical habría votado con sus dos terceras partes por Allende, y una tercera parte por Alessandri, es sólo aplicar una apreciación subjetiva difícilmente mensurable. El hecho cierto, sin embargo, es que tal desplazamiento se produce a lo largo de todas las circunscripciones electorales, lo que torna todavía más difícil determinar su procedencia.⁹⁴

Para Germán Urzúa, este fenómeno es, en este, muy diferente a lo ocurrido en 1958, en el que se presentaron tres candidatos de igual contenido (Alessandri, Allende y Frei), no obstante lo cual no se produjo tal desplazamiento hacia la derecha, sino, por el contrario, hacia la izquierda.⁹⁵

Es importante considerar el comportamiento del voto femenino en esta elección y la incidencia que tuvo en el apoyo a uno u otro candidato.

En 1958, del total obtenido por Alessandri, el sufragio femenino aportó el 37,95% del mismo (contra el 34% de Matte), lo que significó la reafirmación de su tradicionalismo.

⁹³ La Estrella de Valparaíso, 7 de Septiembre de 1970. Pág. 5.

⁹⁴ Joan Garcés, 1970. “La Pugna Política por la Presidencia en Chile”, Pág.50

⁹⁵ Germán Urzúa Valenzuela, “Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992”, Pág. 639.

En lo que respecta a elección de Frei, la participación femenina llegó al 40,6% del total de la votación. Ambos porcentajes demuestran la adhesión clara que tuvo la mujer frente a estas posturas de derecha y de centro. En 1970 el sufragio femenino fue tanto o más significativo que en las elecciones presidenciales anteriores. En el caso de la candidatura demócratacristiana, que había atraído el voto femenino en 1964, éste le representó en 1970 el 52,38% de su votación total, y el 30,15% del total de las mujeres votantes. Por su parte, la candidatura de Alessandri tuvo nuevamente un fuerte apoyo femenino, ya que del total de su votación, el 53,76% correspondió a la adhesión femenina, las que en relación a la votación total de mujeres capitalizaron el 38,88% del mismo. Por último, la candidatura de Allende logró el equivalente al 41,25% de su respaldo total por la votación femenina (lo que resulta ampliamente inferior al respaldo que éstas otorgaron a las otras candidaturas), lo que corresponde, en definitiva, a un 30,96% de la votación de las mismas a nivel nacional.⁹⁶

Hay que consignar además, que el voto mayoritario de la izquierda estuvo dado en esta oportunidad, y como podía preverse a raíz de los resultados de las elecciones pasadas, por sus adherentes enquistados en las zonas urbanas industriales y mineras.

El Frente Popular, en el que el partido determinante era el Radical, fundó las bases de una economía industrial y modificó profundamente la organización del país, provocando cambios importantes dentro de la tradicional escalera social que existía en nuestro país. Esto se había logrado a pesar de la oposición de la derecha y del conformismo de la izquierda.

El Gobierno de la Unidad Popular, airoso en las elecciones de 1970, si bien tenía las mismas fuerzas políticas de 1938, más otras que fueron surgiendo en el camino, modificó el mapa político del reparto de poderes que éstas tenían hacia 1938; comunistas y socialistas, además de ser grupos rivales por enfrentamientos de tipo histórico, eran minoritarios con respecto al radicalismo, y debieron contribuir sacrificando a sus propios candidatos a la elección de los Gobiernos Radicales.

Cuando el Partido Radical entra en crisis, por la poca claridad de sus líderes, muchas veces también oportunistas, y ve divididas las filas de su juventud por motivos clasistas, el socialismo y el comunismo comienzan a crecer, nutriéndose el primero, al igual que la DC, de sectores tradicionalmente cercanos al radicalismo. En 1958 los socialistas

⁹⁶ Germán Urzúa Valenzuela, "Historia Política de Chile y su evolución electoral 1810 a 1992", Pág. 641.

impiden la aproximación de radicales e izquierdas, y en 1964 no acompañan al candidato que trata de representarlos, y votan por Frei y Allende. En 1970 pese a seguir siendo desvalorizados por la extrema izquierda (sobre todo el MIR) se les admite dentro de la Unidad Popular, claramente con un interés netamente electoral. Queda claro, que la Unidad Popular al irrumpir en los sectores de clase media propensos a votar por el Partido Radical, habría garantizado gran parte de su victoria.

Como lo recuerda Joan Garcés, Allende quería mostrar que no había una verdadera relación entre el Frente Popular y la Unidad Popular: "Nosotros-decía- no queremos una repetición del Frente Popular. Este buscó mejorar el régimen y mantener el sistema. Nosotros queremos cambiar el régimen y el sistema, para poder constituir una nueva sociedad sobre bases sociales y económicas totalmente distintas."⁹⁷

Ahora bien, ya que ninguno de los candidatos había obtenido la mayoría absoluta de los votos, correspondía al Congreso, según disposición constitucional, la elección definitiva del futuro presidente entre las dos más altas mayorías relativas. Aunque ya se había transformado en una institución parlamentaria el hecho de elegir al candidato con más alta mayoría relativa, no fueron pocos los sectores, sobre todo de la derecha y de la democracia cristiana, quienes quisieron poner trabas a Allende para su ratificación en el Congreso.

Por otra parte, la posibilidad de restarle opción a la candidatura de Allende en el Parlamento, ponía consecuentemente a la Derecha a pasos de la Moneda. De ahí que los parlamentarios afines a la candidatura de Jorge Alessandri; le ofrecieron a Eduardo Frei que si la Democracia Cristiana elegía al hijo de león en el Congreso, éstos a su vez apoyarían incondicionalmente una futura candidatura a la presidencia del falangista.

Bajo las declaraciones de ambos bandos y con un tenso clima de incertidumbre, se activó una seguidilla de acciones contradictorias. Por una parte, los partidarios de la Unidad Popular salieron a festejar a las calles, movilizaciones populares y expresiones de júbilo caracterizaron los días posteriores al 4 de Septiembre de 1970. Por otra parte, aquellos que no resultaron favorecidos con esta elección, veían en la figura de Salvador Allende la llegada del marxismo a la moneda y con ello la pérdida de libertad, que durante más de un siglo de historia independiente se había logrado conservar.

⁹⁷ Joan Garcés, 1970. "La Pugna Política por la Presidencia en Chile", Pág.50.

En la derecha, algunos optaron por autoexiliarse, otros prefirieron permanecer en el país para construir una alternativa de oposición a la Unidad Popular. Las presiones se intensificaron para lograr que el Congreso no ratificara a Allende. Los medios de comunicación y de prensa controlados por la derecha hacían hincapié en el hecho de que los dos tercios del país, en las pasadas elecciones, se manifestaron contra la llegada de Allende a la Moneda, y que si bien no obtuvieron la más alta mayoría relativa representaban el querer democrático de una nación toda. También la derecha se tomó las calles, a través del recién formado Movimiento Nacionalista Patria y Libertad, el cual convocó inmediatamente después de la elección a una masiva concentración antimarxista. Además, la CIA, central de inteligencia del gobierno norteamericano, trató de impedir la confirmación del candidato de la izquierda, recurriendo a métodos que incluían llamados de prensa nacional e internacional a rechazar la opción de Allende, por ser contrario a los principios inspiradores de un Estado Democrático, intentos de soborno a parlamentarios, hasta la instigación de un golpe de Estado, según se extrae del Informe Church, al que ya se ha hecho referencia en acápites anteriores.

El Partido Demócrata Cristiano en este periodo de decisión fue objeto de grandes presiones. De sus congresistas dependía en última instancia la decisión de quien iba a dirigir en los próximos años los destinos del país. El partido se debatía entre quienes, como los militantes juveniles, habían recibido con entusiasmo el triunfo de Allende por sobre Alessandri, y aquéllos para los cuales el posible triunfo de la izquierda traería consigo una desestabilización del orden establecido. Este temor se vio agudizado por el Informe Público que a pocos días de la elección emitió el entonces ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar, pronosticando un derrumbe económico en el país, si era elegido el candidato de la Unidad Popular.

Tras un largo debate la Democracia Cristiana decidió ratificar el triunfo de Allende siempre y cuando éste estuviera dispuesto a firmar un Estatuto de Garantías Constitucionales elaboradas por la propia Falange, donde se comprometía la Unidad Popular a no llevar adelante un gobierno dictatorial, semejante al de los países que viven bajo el yugo marxista.

Finalmente, el 24 de Octubre de 1970, Salvador Allende fue proclamado Presidente de la República, concitando la atención internacional, por la llegada del Marxismo al poder por la vía democrática, y la promesa de un respeto irrestricto al orden institucional, que su figura emblemática había hecho al pueblo de Chile. Estas propuestas no dejaron indiferente

a nadie, sobre todo por el clima de beligerancia que la Guerra Fría había impuesto en América Latina y la insistencia por parte del bloque soviético de instaurar en nuestro país una revolución similar a la de Cuba.

Conclusiones

Tras una mirada omnicomprendensiva de la evolución histórica experimentada por nuestro país entre 1958 y 1970, se logra adquirir la convicción de que se trata de un periodo determinante dentro nuestra historia política, electoral e institucional. Sin duda, que resulta atrayente enfrascarse en cada una de las elecciones presidenciales tratadas en este trabajo. Sobre todo, si es un observador de nuestros tiempos, el llamado a interpretar los pasajes de dicha historia. Muchos son los cambios que se han devenido en el transcurso de los años posteriores a dicho periodo. Hoy ya no existe la cortina de hierro y los anhelos de una revolución estructuralista parecen haberse desvanecido. Lo cierto es que la vida política de aquellos tiempos nos igual a la de ahora. A juicio de este servidor, quien se declara abiertamente parcial, es imposible resistirse al encanto de la retórica y del pluralismo político que se respiraba en aquel entonces. Las discusiones sobre el porvenir de Chile no eran de exclusiva propiedad de los políticos, por el contrario el debate público se hacía latente en cada rincón de nuestra sociedad, desde las salas de clases hasta las industrias, nadie quedaba indiferente ante lo que estaba sucediendo y menos si estaba en juego el destino del país.

Con este trabajo se trató de dar una mirada diferente al tema de las elecciones presidenciales, ya que fueron enfocadas más bien desde un punto de vista regionalista. La lectura de los diarios y revistas de la provincia me permitieron dar una visión más localista de lo que se estaba viviendo en el país, que muchas veces contrasta con el carácter centralista con que se afrontan los sucesos nacionales. En aquellos tiempos la política en el Gran Valparaíso, era un tema obligado en las reuniones sociales no tan solo de los grupos intelectuales sino también de la plebe. Nadie estaba ajeno a la contingencia política y las noticias asociadas a ella acaparaban las principales portadas de los diarios.

Ahora bien, el análisis de las diversas elecciones presidenciales y el rol que les tocó cumplir a las Alianzas Políticas en dichos comicios, nos permite concluir como idea inicial, que sin la ayuda de los partidos políticos y, en especial de las alianzas políticas, ninguno de estos presidentes hubiera alcanzado la victoria de no ser por su colaboración. Además, estas alianzas políticas se diferencian sustancialmente de las del siglo XIX. En efecto a diferencia del carácter localista que tenían éstas últimas, las nuevas alianzas miran hacia el extranjero y no solo la experiencia local, se refugian en las doctrinas extranjeras y tratan de aplicar un modelo foráneo a nuestra realidad. Lo anterior se debe principalmente a la inclusión de los partidos extraparlamentarios en la vida política nacional. Estos grupos, principalmente,

socialistas, comunistas y demócratas cristianos, ponen en tabla aquellas problemáticas que afligen a la comunidad internacional en su conjunto y se transforman en pequeñas sedes de aquellos partidos con un claro sentido internacional.

En efecto, si bien, don Jorge Alessandri Rodríguez se presentaba ante la opinión pública como un candidato independiente libre de toda sujeción partidista, no es menos cierto que su pensamiento político y económico es claramente más afín con la derecha que con la izquierda. Por lo mismo, fueron el Partido Conservador y el Partido Liberal los primeros en proclamarlo como su abanderado oficial, y a ellos especialmente, les tocó encabezar los principales gabinetes del gobierno de Alessandri.

Otro fenómeno que cabe resaltar es el de la Democracia Cristiana, quien ayudado por los aires revolucionarios propios de la época, lograron obtener la mayoría absoluta en las elecciones presidenciales de 1964 sin necesitar la colaboración de ningún otro partido político. Lo que marcó un hito histórico dentro de la historia electoral chilena. Sin embargo, no supieron aprovechar la lealtad de su electorado y pecaron de soberbios al querer gobernar solos, en una clara demostración de egocentrismo.

Además tenemos una clara alianza de los partidos de izquierda en torno a la figura de Salvador Allende. Primero con el FRAP, en las elecciones de 1958 y 1964, y luego con la Unidad Popular en el año 1970. Durante este periodo la izquierda se mueve por los más diversos sectores de la política nacional para formar una coalición que les permita llegar al poder. En el año 1958, el FRAP, como coalición netamente de izquierda, estuvo a punto de alcanzar la victoria, la cual se vio frustrada por la dispersión de votos provocada por el diputado Antonio Zamorano, cuya base electoral históricamente había pertenecido al marxismo. De haberse alcanzado la victoria hubiese sido la primera vez en que el marxismo hubiese llegado a la primera magistratura sin contar con elementos ajenos a su doctrina. Hay que recordar, que en el año 1970, la Unidad Popular logra el triunfo en las elecciones presidenciales, ya no solo con la ayuda de los partidos de izquierda, sino que también con la colaboración del Partido Radical, quien fue determinante en la elección, ya que amplió el piso electoral de Allende a sectores medios que tradicionalmente habían sido renuentes a la izquierda.

Otra característica importante presentada por las Alianzas políticas durante estas elecciones presidenciales es su transitoriedad, ya que en la mayoría de los casos su existencia solo abarca el periodo comprendido entre la campaña presidencial y la elección

propiamente tal. Además podemos ver que la figura del candidato es determinante al momento de conformar la coalición, este personaje es el eje sobre el cual se manejan las distintas fuerzas, constituyéndose en una especie de moderador de equilibrios.

También vemos que las elecciones parlamentarias que generalmente preceden a las presidenciales, permiten avizorar cuales son los partidos políticos con mayor fuerza electoral y sobre la base de esta experiencia comienza a dibujarse el mapa político de la próxima elección. Es decir, los partidos políticos, una vez que cuentan con estos resultados, comienzan a idear las distintas fórmulas de unión que les permitan obtener mejores réditos en la votación que se avecina. El caso más ilustrativo es el del llamado “Naranjazo”, donde producto de una elección complementaria realizada en la ciudad de Curicó, se puso término a una incipiente alianza entre conservadores, liberales y radicales. El motivo de la escisión del Frente Democrático no fue otro que la alerta que causó en la derecha el triunfo del marxismo en una zona tradicionalmente conservadora, lo que provocó que la derecha y el partido liberal anunciaran su retiro de la coalición y su apoyo al candidato de la Falange, Eduardo Frei.

Por otra parte, las Alianzas Políticas que se formaron en torno a estas elecciones, no fueron ajenas a los cambios políticos que se vivían en el orbe. En efecto, los partidos de izquierda tuvieron siempre el apoyo del Gobierno Ruso, quien miraba con buenos ojos la posibilidad de establecer una pequeña Cuba en uno de los lugares más estratégicos de Sudamérica. El FRAP y luego la Unidad Popular, fueron fuerzas que estuvieron inspiradas por los ideales revolucionarios de la época y que veían como su principal enemigo a la derecha conservadora. Por su parte, la centro derecha, asociada a los conservadores, liberales y demócrata cristianos, constituyeron el foco de atención de los EE.UU., en ellos el gobierno norteamericano cifró sus esperanzas para detener el avance del marxismo en América Latina. De ahí, que sus inversiones en nuestro país, en especial en los partidos políticos contrarios al régimen comunista, superaran los varios millones de dólares.

El país durante este periodo se polarizó, distinguiéndose claramente dos bloques, por un lado, aquellos que eran partidarios de la mantención de un régimen democrático y por el otro, aquellos que querían instaurar un régimen socialista con grandes cambios estructurales en nuestra organización política. A los primeros se les denominó momios, por su trasnochado conservantismo y a los segundos se les denominó zurdos o marxistas, por ser seguidores de las doctrinas soviéticas del marxismo-leninismo. Claro es, que ambos sectores conformaron sus alianzas políticas en pos de un triunfo electoral. Sin embargo, yace tras este interesado objetivo el anhelo de ver materializado sus ideales políticos. De

ahí, que este periodo se caracterizara por el clima de beligerancia con que se disputó cada una de estas votaciones. Los constantes ataques y el escarnio público de que fueron objeto los candidatos, no es más que el desenlace de un compromiso a toda prueba con la llamada justa causa.

En definitiva, las alianzas políticas durante este periodo se convirtieron en verdaderas trincheras, que agrupaban a sectores relativamente afines, con un claro sentido electoral y con el propósito de hacer frente, a través de la unión de sus fuerzas, a quienes se encontraban del otro lado de la línea roja y que consideraban sus enemigos.

Bibliografía

1. Libros

- Scully, Timothy R. “Los partidos de centro y la evolución política chilena”. Editorial Cieplan-Notredam, 1992.
- Edwards Vives, Alberto. “Bosquejo Histórico de los partidos políticos chilenos”.
- Nogueira Alcalá, Humberto. “Las Fuerzas Políticas en los hechos y en el derecho”.
- Grayson, George W. “Partido Demócrata Cristiano Chileno”.
- Amunátegui Jordán, Gabriel. “Partidos Políticos”.
- Corvalán Marquez, Luis. “Los Partidos Políticos y el Golpe del 11 de Septiembre”.
- Olavarria Bravo, Arturo. “Chile entre dos Alessandri”.
- Angell, Alan. “Chile de Alessandri a Pinochet”.
- Gazmuri R., Cristian. “Eduardo Frei Montalva”.
- Gazmuri R. Cristian “Eduardo Frei Montalva y su época”.
- Illanes O., María Angélica. “La batalla de la memoria: ensayos históricos de nuestro siglo: Chile 1900-2000”.
- Cruz Coke, Ricardo. “Historia Electoral de Chile”.
- Urzúa Valenzuela, Germán “Historia Política de Chile y su evolución electoral”.
- Silva Bascuñan, Alejandro. “Tratado de Derecho Constitucional”.
- Valenzuela, Arturo. “Orígenes y Características del Sistema de Partido en Chile”.
- Bravo Lira, Bernardino. “Orígenes, apogeo y ocaso de los partidos políticos en Chile”.
- Bravo Lira, Bernardino. “De Portales a Pinochet”.
- Guilisasti Tagle, Sergio. “Partidos políticos chilenos”. Editorial Nacimiento, 1964.
- Gil, Federico G. “Los partidos políticos chilenos: génesis y evolución”. Editorial Andrés Bello, 1966.
- Urzúa Valenzuela, Germán. “Los partidos políticos chilenos”. Editorial Jurídica Conosur, 1988.

- Bravo Lira, Bernardino. **“Régimen de Gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973”**. Editorial Jurídica, 1978.
- Bravo Lira, Bernardino. **“El Presidente en la Historia de Chile”**. Editorial Jurídica, 1986.
- Correa Sutil, Sofía. **“Historia del Siglo XX chileno”**. Editorial Sudamericana, 2001.
- Góngora, Mario. **“Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX”**. Editorial Universitaria, 1990.
- León E., René. **“Evolución histórica de los partidos políticos chilenos”**. Editorial Francisco de Aguirre, 1971.
- Izquierdo, Gonzalo. **“Historia de Chile”**. Editorial Andrés Bello, 1990.
- Frías Valenzuela, Francisco. **“Historia de Chile”**. Editorial Universitaria, 1994.
- Duverger, Maurice. **“Los Partidos Políticos”**. Fondo de Cultura Económica, 1961.

2. Documentos

- Archivos del Registro Electoral
- Mensajes Presidenciales.

3. Prensa de la Época

- Diario el Mercurio de Santiago
- Diario la Unión de Valparaíso
- Diario la Estrella de Valparaíso
- Revista Ercilla